

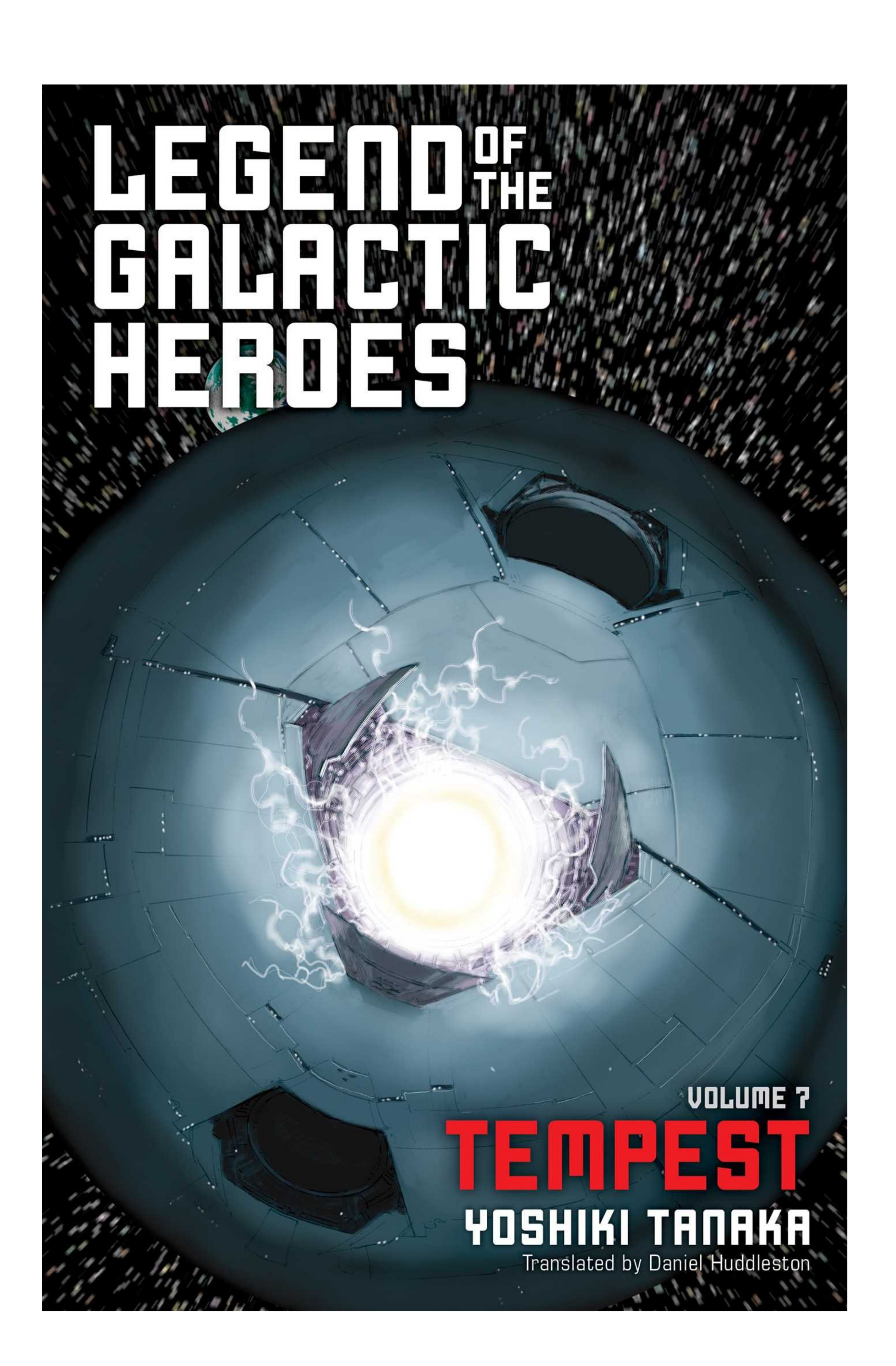
LEGEND OF THE GALACTIC HEROES

VOLUME 7

TEMPEST

YOSHIKI TANAKA

Translated by Daniel Huddleston


LEGEND OF THE GALACTIC HEROES
VOLUME 7
TEMPEST
YOSHIKI TANAKA
Translated by Daniel Huddleston

Traducida al español por Ralevon.com (ex-jucagoto)
Edición digital al español por M. Nigthkrelin Subs
Edición digital empaquetada por riojano0

No vender o distribuir por comercio electrónico o físico.

CAPÍTULO 01: BAJO EL GOLDENLÖWE

I

CUANDO EL MARISCAL IMPERIAL Oskar von Reuentahl, secretario general del cuartel general del comando militar imperial, agachó su alto cuerpo por la puerta de la sala que albergaba la reunión del consejo imperial del día, otros dos asistentes ya estaban presentes y sentados: Paul von Oberstein, ministro de asuntos militares y Wolfgang Mittermeier, comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial. Ambos eran mariscales imperiales. Fue la primera reunión de los llamados Tres Jefes del ejército imperial en mucho tiempo.

Solo en apariencia, formaron un trío notable: el esbelto y pálido ministro de asuntos militares, con su cabello blanco y sus ojos artificiales; el apuesto secretario general del Cuartel General del Comando Militar Imperial, con su cabello castaño oscuro, ojo derecho negro y el izquierdo azul; y el comandante jefe de la Armada Espacial Imperial, de ojos grises y algo diminuto, cuyo cabello dorado era del color de la miel. El último par no eran simplemente colegas; juntos, enfrentaron la vida y la muerte en el campo de batalla muchas veces. Los tres eran hombres jóvenes, de poco más de treinta años.

Era el 9 de octubre de 799 SE. Año 1 del Nuevo Calendario Imperial.

La historia del planeta Phezzan como hogar de la sede imperial de Reinhard von Lohengramm acababa de comenzar. El planeta Odín había servido

como capital del imperio durante cinco siglos, pero en septiembre de ese año, el emperador de veintitrés años lo había dejado de lado y trasladó su trono a Phezzan, que hasta el año anterior se había regocijado en su independencia de El mayor Imperio Galáctico.

Todavía no habían pasado cien días desde que la corona se posó sobre su cabeza.

Después de llegar a Phezzan, Kaiser Reinhard había instalado su sede imperial en el mismo hotel que había utilizado como almirante temporal durante la Operación Ragnarok, antes de que la corona aún no se le acercara. Ahora, al igual que entonces, este hotel no era prestigioso ni conocido por sus instalaciones de clase alta. Sin embargo, proporcionó un acceso conveniente tanto al puerto espacial como al centro de la ciudad. Si bien esto generalmente se consideraba su único punto de venta, era exactamente por qué Reinhard lo había elegido. Correr junto a la deslumbrante apariencia y talento de este apuesto joven conquistador era un espíritu de admiración por lo pragmático e incluso lo prosaico. Incluso había intentado arreglárselas con una sola habitación para sus habitaciones privadas en el hotel.

La habitación en la que acababa de entrar von Reuentahl tampoco era lo que uno llamaría lujoso. Escaso y sencillo, su mobiliario probablemente había sido costoso, pero no parecía haber sido elegido con mucho cuidado. Dicho esto, el estandarte de la dinastía Lohengramm, recientemente aprobado, estaba colgado en la pared del frente, cubriéndolo por completo, y le dio un brillo impresionante a una habitación que de otra manera carecería de carácter.

Hasta hace poco, el estandarte había sido el de la dinastía Goldenbaum: un águila dorada de dos cabezas sobre fondo negro. Eso había sido abolido y reemplazado por el estandarte de la dinastía Lohengramm: una bandera carmesí con bordes dorados, la imagen de un león dorado colocado en su centro.

Este estandarte, denominado *Goldenlöwe* , era una bandera de majestad incomparable. Si bien, por diseño, no era nada terriblemente original, la

bandera dio una impresión poderosa tanto en ese momento como en las generaciones venideras, debido simplemente al hecho de que simbolizaba al joven de cabello dorado que lo voló, y a las multitudes que lo siguieron.

Los tres mariscales imperiales eran representantes de esas multitudes. Sus posiciones, logros y fama fueron superados solo por los del propio Kaiser. Con von Oberstein en el cuartel general al mando o en la retaguardia, y los otros dos en la línea del frente, habían participado en innumerables batallas — y contribuido a las victorias en igual número. Mittermeier y von Reuentahl, conocidos como las "Murallas Gemelas" de los militares imperiales, habían recibido elogios particulares por sus récords de servicio invictos, junto con el pelirrojo Siegfried Kircheis, que había abandonado este mundo tan joven.

Fue a causa de su pérdida que Mittermeier — llamado el "Gale Wolf" — y el heterocromático von Reuentahl habían podido alcanzar los más altos puestos de autoridad dentro de la Armada Imperial por las jóvenes edades de treinta y uno y treinta y dos, respectivamente. Otros los siguieron, pero no había nadie que corriera delante de ellos.

Los dos mariscales ya presentes asintieron con la cabeza a von Reuentahl, quien procedió a tomar asiento. Tal vez le hubiera gustado disfrutar de una agradable conversación solo con Mittermeier, pero como se trataba de un escenario oficial, no podía simplemente ignorar al despreciado secretario de asuntos militares. Tendría que buscar otro momento y lugar para alcanzar a Mittermeier.

"¿A qué hora Su Majestad se unirá a nosotros?", Preguntó von Reuentahl, aunque la pregunta era pura formalidad. Al recibir una respuesta de "En breve" de su buen amigo, procedió a hacerle otra pregunta al ministro de asuntos militares: ¿Para qué había llamado Su Majestad esta asamblea?

"¿Podría tener algo que ver con el asunto Lennenkamp?", Preguntó. Si es así, eso sin duda sería un asunto importante.

"Eso es correcto", respondió von Oberstein. "Ha habido un informe del almirante Steinmetz".

“¿Y?”

Los ojos protésicos de Von Oberstein se fijaron en los curiosos von Reuentahl y Mittermeier, que se habían inclinado ligeramente hacia adelante, en igual medida antes de responder: “Lennenkamp, nos informa, ya ha pasado por las puertas de Hades. El cuerpo llegará aquí en breve”.

El nombre pronunciado por el ministro de asuntos militares era el de un almirante mayor estacionado en el planeta Urvashi en el Sistema Gandharva, ubicado en el seno de la Alianza de Planetas Libres. En julio pasado, el almirante mayor Helmut Lennenkamp, que se desempeñaba como Alto Comisionado de la Alianza de Planetas Libres, fue secuestrado por elementos de descontento del ejército de FPA, y Steinmetz fue apresurado para negociar con el grupo criminal y el gobierno de FPA.

“¿Entonces él?”, Dijo von Reuentahl. “Bueno, no puedo decir que me sorprenda…”

Tal resultado apenas había sido imprevisto. Desde el momento en que se informó por primera vez sobre el secuestro, la esperanza de una recuperación segura de Lennenkamp había sido abandonada en gran medida. Este era el “sentido del olfato”, el sentido común, de aquellos que eligieron vidas tumultuosas durante tiempos tumultuosos.

“¿Y la causa de la muerte?”

“Se ahorcó”.

La respuesta del ministro de asuntos militares fue la esencia de la brevedad, su voz baja y seca, capaz de penetrar profundamente en la psique de sus oyentes. Dos famosos mariscales imperiales intercambiaron una mirada tricolor. Los vivaces grises de Mittermeier se inclinaron ligeramente cuando su dueño ladeó la cabeza.

“Lo que significa que no estamos en posición de declarar a Yang Wen-li responsable”, dijo. Mittermeier no había hecho la pregunta tanto como

planteó el problema. Necesitaba saber qué pretendían Kaiser Reinhard y su ministro de asuntos militares con respecto a las próximas decisiones y acciones militares.

“Lennenkamp tenía todo lo que un hombre podía desear”, dijo von Oberstein. “No había razón por la que debería haberse suicidado. Por llevarlo a esas circunstancias, Yang Wen-li claramente tiene una parte de la responsabilidad. Como ha emprendido el vuelo sin intentar explicar sus acciones, es, por supuesto, inevitable que se enfrente a preguntas en el asunto”.

Yang Wen-li no era un nombre para ser tomado a la ligera, ni en las Fuerzas Armadas de la Alianza ni en el ejército imperial. Como almirante de la armada de la FPA, tenía fama de ser invencible, pero después de que la Alianza de Planetas Libres doblara la rodilla ante Reinhard, se retiró del servicio y comenzó su vida como pensionista. Sin embargo, en dos ocasiones separadas, Yang había vencido a Lennenkamp en el campo de batalla, y Lennenkamp nunca había logrado perdonar u olvidar esas humillaciones. Después de poner a Yang bajo vigilancia y de planear que lo arrestaran sin ninguna evidencia material que respaldara sus sospechas, Lennenkamp había sufrido un duro golpe.

Muchas cosas sobre las circunstancias aún no habían salido a la luz, y por ahora solo se podía adivinar. Sin embargo, no había lugar a dudas de que el arrepentimiento y la frustración derivados de sus derrotas se habían convertido en una pesada carga que nublaba la lente del mejor juicio de Lennenkamp. Acosado por responsabilidades que superaban su talento, se había convertido en un raro ejemplo de error entre los nombramientos de Kaiser Reinhard.

Mittermeier se cruzó de brazos. “Pero Lennenkamp siempre fue justo con sus hombres”, dijo.

“Lamentablemente, Yang Wen-li no estaba entre sus subordinados”.

Cuando se trataba de magnanimidad hacia sus oponentes o flexibilidad de pensamiento, le faltaba a Lennenkamp. Eso era un hecho, y no había más

remedio que reconocerlo. Von Reuentahl y Mittermeier lamentaron la pérdida de un colega, pero cuando se trataba de eso, también tenían las habilidades de su enemigo, Yang Wen-li, en mayor estima que las de su desafortunado colega. Como tal, su decepción podría haber sido mucho mayor si las cosas hubieran resultado opuestas a lo que habían sido. Ambos reconocieron el punto de von Oberstein, aunque los sentimientos del ministro de asuntos militares permanecieron algo opacos.

Hubo un tiempo en que Reinhard había quedado tan impresionado por las habilidades de Yang que esperaba poder poner al hombre bajo su propio mando. Incluso ahora, no estaba claro si había abandonado la idea por completo. Cuando se enteraron de las intenciones de su señor, tanto Mittermeier como von Reuentahl estuvieron de acuerdo internamente con él, pero von Oberstein, según se dijo, había expresado cortésmente — pero con firmeza y firmeza — su objeción. “Si debe tenerlo en su campamento, le corresponde establecer ciertas condiciones que debe cumplir”, había insistido.

“Siempre me he preguntado qué es exactamente lo que le pediste a Su Majestad que hiciera que Yang hiciera en ese momento”.

“¿Me está preguntando, mariscal von Reuentahl?”

“No, puedo decirlo sin preguntar”.

“¿Usted puede ahora?”

“Conviértalo en gobernador regional sobre el territorio de la antigua Alianza de Planetas Libres, haga que gobierne sobre la tierra donde nació y lo obligue a subyugar a sus propios aliados anteriores. ¿Seguramente pretendías algo en ese sentido?”

Von Oberstein simplemente se desabrochó los dedos, luego los ató una vez más; Sus músculos faciales y cuerdas vocales permanecieron completamente inmóviles. Mientras von Reuentahl miraba su perfil con su mirada aguda y dispareja, una esquina de su boca se arrastró infinitamente más arriba.

“Ese *es* el tipo de cosas en las que piensas. ¿Qué es más importante para ti? ¿Reunir individuos talentosos para servir a Su Majestad, o establecer pruebas para que los superen?”

“Reunir talento es importante, pero ¿no es también mi responsabilidad determinar si se puede confiar o no en esas personas?”

“Entonces, en otras palabras, ¿todos los que se reúnen a los pies de Su Majestad deben ser sometidos a su interrogatorio? Es un trabajo bastante bueno, pero ¿quién se asegura de que el examinador se comporte de manera justa y leal con Su Majestad?”

En la superficie, al menos, el ministro de asuntos militares de ojos sintéticos estaba tranquilo frente a este sarcasmo ácido.

“Ustedes dos son bienvenidos para realizar esa tarea”.

¿Y qué quieres decir con eso? von Reuentahl sondeó, no con su voz, sino con sus ojos desiguales.

“Dejando a un lado el sistema en sí, el mando del ejército del imperio está efectivamente en tus manos. Si llega el día en que falta mi imparcialidad, seguramente tendrás los medios para deshacerte de mí”.

“El ministro de asuntos militares parece de alguna manera equivocado”.

La hostilidad calva comenzaba a alcanzar el punto de saturación en la voz de von Reuentahl, y Mittermeier, tragando su propio grito enojado, dirigió una mirada preocupada hacia su amigo. Von Reuentahl no era un hombre que se enfureciera fácilmente, pero como su amigo de diez años, Mittermeier sabía muy bien cómo su expresión lingüística a menudo podía volverse extrema.

“¿Equivocado?”

“Con respecto a aquel en quien se otorga la autoridad sobre los militares. En

la dinastía Lohengramm, toda autoridad militar reside con Su Majestad, Kaiser Reinhard. Tanto yo como el comandante en jefe Mittermeier no somos más que representantes de Su Majestad. Sus palabras, Ministro, parecen sugerir que hacemos nuestra autoridad nuestra”.

Este tipo de razonamiento acre fue más adecuado para el uso de von Oberstein. Los ojos artificiales del ministro de asuntos militares rebosarían una luz gélida cada vez que golpeara el punto débil de una discusión; cuando lo hacía, sus oponentes generalmente eran silenciados, con el flujo subcutáneo de sangre saliendo de sus caras. Sin embargo, incluso cuando se defendió, von Oberstein mantuvo la calma.

“Me sorprendes”, dijo. “Por su propia lógica, nunca fue necesario que se preocupara por mi imparcialidad, o falta de ella, hacia Su Majestad. Después de todo, ¿quién sino Su Majestad solo puede decidir si soy justo?”

“Un poco de sofistería impresionante. Sin embargo–”

“¡Ambos, por favor, simplemente *deténganse* !” Mittermeier golpeó el escritorio una vez con el dorso de su mano izquierda, lo que provocó que tanto el ministro de asuntos militares como el secretario general del Cuartel General del Comando Militar Imperial rompieran su microescala, pero gravemente intensa escaramuza. Hubo el sonido bajo de una respiración exhalada, aunque era difícil juzgar de quién provenía. Después de un breve momento, von Reuentahl ajustó su posición en el sofá para aprovechar el respaldo, y von Oberstein se levantó de su asiento y desapareció en el baño.

Mittermeier se rascó con una mano su cabello rebelde y rubio como la miel, y con una voz deliberadamente burlona, dijo: “Pensé que era mi trabajo luchar la guerra de las palabras con von Oberstein. Esta vez, seguiste robando *mi* atención”.

Un indicio de una sonrisa irónica apareció en el rostro de von Reuentahl en respuesta a la burla de su amigo.

“Ahórrame el sarcasmo, Mittermeier; Sé que estaba siendo infantil”.

De hecho, von Reuentahl podía sentir que se encogía por dentro al solo pensar en ese estado de ánimo agresivo que la actitud fría de von Oberstein le había provocado. Por un momento, se sintió como si hubiera perdido el control de la razón.

Mittermeier comenzó a decir algo, pero luego, inusualmente, dudó. Fue entonces cuando von Oberstein regresó a la habitación. Cualquier emoción que pudiera haber tenido todavía estaba oculta detrás de la pálida cortina de su rostro inexpresivo, y su presencia cargó el aire con una débil corriente eléctrica. Sin embargo, el incómodo silencio no duró mucho. Con el lujoso cabello dorado balanceándose en la suave brisa del aire acondicionado, apareció su kaiser, vestido con un uniforme negro y plateado.

II

El almirante mayor Ernest Mecklinger, conocido como el “almirante artista”, evaluó a su joven soberano de la siguiente manera: “El kaiser se expresó a través de su propia vida y la forma en que la vivió. Él era un poeta. Un poeta sin necesidad de lenguaje”.

Ese fue un sentimiento compartido por igual entre los valientes almirantes al servicio de este joven conquistador. Aunque algunos pensaron poco en qué tierra lejana podría llevarles el gran río del tiempo, incluso ellos abrigaban sin duda que si seguían a este joven, podrían grabar sus nombres en la historia.

Varios historiadores han dicho: “La dinastía Goldenbaum robó el universo; la dinastía Lohengramm lo conquistó”. Y si bien esa evaluación podría no ser del todo justa, el cambio de Rudolf von Goldenbaum de las maniobras políticas antes de su entronización para abrir la opresión después había revertido el flujo de la historia misma. Comparado con eso, la conquista de Reinhard fue mucho más rica en el tipo de espectáculo extravagante que enciende el romanticismo de las personas.

Desde su primer contacto con el combate a los quince años, Reinhard había ofrecido siete décimas de su tiempo en el altar de Marte. Sus éxitos incomparables en y alrededor del campo de batalla habían sido ganados por su propia astucia y valentía. Los que una vez lo habían reprendido como un “imbécil mocoso de oro” ahora juraron epítetos cuando la diosa de la victoria lo colmó de su favor. Sin embargo, para Reinhard, esa diosa estaba simplemente siguiendo sus órdenes y produciendo resultados acordes con sus talentos; nunca había huido a sus faldas para protegerse.

Para entonces, Reinhard ya había demostrado ser uno de los líderes militares sobresalientes de la historia, pero como gobernante, aún tenía que enfrentar la prueba del tiempo.

Las numerosas reformas políticas y sociales que había promulgado como primer ministro del Antiguo Imperio Galáctico habían sido dignas de adulación, pero lo habían purgado de la corrupción y la decadencia que durante cinco siglos se habían infiltrado en las profundidades de su historia y desterrando a las clases privilegiadas al cementerio del tiempo. Ningún otro gobernante había logrado tan grandes logros en el breve lapso de dos años.

Y, sin embargo, el desafío final para cualquier monarca grande y sabio es seguir siendo grande y sabio. Extremadamente raro es el rey que comienza su reinado gobernando sabiamente y no lo termina en una tontería. Antes de recibir el veredicto de la historia, un monarca primero debe soportar sus propias facultades mentales en declive. En el caso de una monarquía constitucional, parte o incluso la mayor parte de la responsabilidad puede ser cedida a la ley constitucional o al parlamento, pero un autócrata no tiene nada en qué apoyarse, excepto sus propios talentos, habilidades y conciencia. Aquellos que carecen de un sentido señorial de responsabilidad desde el principio tienen una forma extraña de salir mejor. Son los que tropiezan mientras luchan por la grandeza los que a menudo se convierten en los peores tiranos.

Reinhard no era el trigésimo noveno emperador de la dinastía Goldenbaum; Fue el fundador de la dinastía Lohengramm. Si no le naciera ningún

sucesor, él sería su único kaiser. En la actualidad, no fue a través de ninguna tradición o institución que su "Neue Reich" se alzó en medio de las olas de la historia; se debió más bien a la capacidad personal y al carácter del hombre que ocupaba su puesto más alto. En general, se pensó que Paul von Oberstein, el ministro de asuntos militares, veía esto como una base frágil y planeaba fortalecerlo y perpetuarlo a través de instituciones y líneas de sangre.

Kaiser Reinhard ya estaba al tanto de la muerte de Lennenkamp, pero después de enterarse por segunda vez en el informe organizado del ministro de asuntos militares, permaneció en silencio durante bastante tiempo. A veces, cuando este apuesto joven se sentía triste, adoptaba una apariencia inanimada y sin vida, una que le recordaba no a un hombre enfermo o muerto, sino a uno esculpido en cristal.

Luego pasó el momento y la estatua habló cuando la vida volvió a él. "Lennenkamp", dijo Reinhard, "nunca fue un hombre de carácter perfecto. Aun así, sus pecados no fueron tan grandes como para merecer ser conducidos a este tipo de muerte. He hecho algo lamentable".

Suave pero puntiagudamente, von Reuentahl preguntó: "¿Su Majestad cree que alguien debería ser penalmente responsable?". Su intención no era criticar a Reinhard. En su calidad de secretario general del Cuartel General del Comando Militar Imperial, von Reuentahl necesitaba saber quién creía que era culpa del kaiser para poder preparar una respuesta militar adecuada. ¿Debería rastrear y atacar al fugitivo Yang Wen-li? ¿Atacar al gobierno de la Alianza de Planetas Libres, que en su opinión no era simplemente incompetente e ineficaz, sino que había empeorado las cosas activamente al descuidar sus obligaciones en virtud del Tratado de Baalat? ¿O debería tomar el rumbo opuesto y hacer que el gobierno de FPA trate con Yang en su lugar? No importa lo que finalmente se decidiera, estaba obligado a superar la esfera de la acción puramente militar.

Y, sin embargo, al mismo tiempo, von Reuentahl personalmente no quería una respuesta mundana de su joven señor. Incluso para un hombre

inteligente como él, este era un elemento psicológico difícil de resolver. Cuando la estructura de poder de la dinastía Goldenbaum todavía parecía inamovible e inviolable, von Reuentahl, junto con su mejor amigo, se habían colocado voluntariamente bajo el mando de Reinhard. Habían puesto su futuro en manos de un joven de unos veinte años sin un linaje impresionante del que hablar. Con justa recompensa por esa decisión, von Reuentahl era un mariscal imperial a la edad de treinta y dos años, y había hecho suya la sede del secretario general en la sede del Conjunto Militar Imperial. Naturalmente, poseía habilidades y logros dignos de ese cargo. Con innumerables actos de heroísmo en el campo de batalla, von Reuentahl había contribuido en gran medida al establecimiento de la dictadura de Lohengramm y la hegemonía dinástica.

Durante ese tiempo, también había logrado logros fuera del campo de batalla. Al concluir la llamada Guerra de Lippstadt dos años antes, el pelirrojo Siegfried Kircheis, un hombre que había sido como un hermano para Reinhard, había perdido la vida defendiendo a su amigo jurado del arma de un asesino, y Reinhard aparentemente había perdido su mente de conmoción y dolor. Inmediatamente después de una victoria abrumadora, la facción Lohengramm había enfrentado su mayor crisis. En ese momento, habían sido von Reuentahl y Mittermeier quienes habían ejecutado la estratagema viciosa ideada por von Oberstein, liderando el equipo que había llevado a cabo el derrocamiento del enemigo a su retaguardia, el duque Lichtenlade. Era improbable que los otros almirantes hubieran tomado medidas solo por la insistencia de von Oberstein. Fue a través de su decisión y liderazgo que él y Mittermeier se habían establecido como las “Murallas Gemelas” del ejército imperial, un par de joyas brillantes.

Todo lo que habían hecho, todas sus acciones valientes, había sido multiplicar los rayos emitidos por una enorme estrella llamada Reinhard von Lohengramm. Von Reuentahl nunca había albergado ninguna insatisfacción en este punto. Lo que sí provocó un repentino retorcimiento en los rincones subversivos de su corazón fueron aquellos momentos en que detectó una *atenuación* en los rayos de ese gran sol. Quizás von Reuentahl estaba buscando la perfección en el objeto de su lealtad.

El orgullo — y también la autoevaluación objetiva, muy probablemente, le

dijo a von Reuentahl que poseía talentos y habilidades que superaban las de numerosos emperadores de la dinastía Goldenbaum. ¿No debería alguien que gobernó sobre un hombre como él estar equipado con un talento aún mayor, una capacidad más amplia y un carácter más rico?

Su buen amigo Wolfgang Mittermeier se había impuesto un estilo de vida que era firme y de ojos claros hasta el punto de ser ingenuo. Y aunque tenía un gran respeto por el comportamiento recto de su amigo, von Reuentahl no creía que fuera imposible que él pudiera adoptar esas formas por sí mismo.

¿Había podido Reinhard adivinar las vastas emociones comprimidas y selladas dentro de esa breve pregunta formulada por el secretario general del Cuartel General del Comando Militar Imperial? Algo afectado, el joven kaiser apartó el cabello de su frente de piel clara y la luz dorada se balanceó dentro de la habitación.

Esto fue, por supuesto, una acción inconsciente. Ni una sola vez en su vida había llevado su buena apariencia como arma. No importa cuán extraordinario pudiera haber sido su apariencia, él mismo no había contribuido nada para lograrlo. El crédito por ese logro pertenecía a los linajes de su odiado padre y una madre que, en comparación con su hermana mayor, le había dejado poca impresión. Por lo tanto, su hermoso rostro no era algo de lo que se enorgulleciera. Sin embargo, dejando a un lado sus propios deseos, su rostro atractivo podía avergonzar a una escultura, y sus movimientos ágiles eran la esencia misma de la elegancia fluida: era un hecho de su vida que otros no podían evitar sentirse conmovidos para alabar estas cualidades.

“En lugar de llorar el vino amargo del año pasado”, dijo Reinhard, “examinemos las semillas de las uvas que sembraremos este año. Ese es el curso más efectivo”. Von Reuentahl tuvo la sensación de que lo habían parado, pero no le molestó. El ingenio y el ingenio sobresalientes de Reinhard nunca lo ofendieron.

“En cambio, me gustaría explotar la brecha entre Yang Wen-li y su gobierno en este momento, e invitar a ese genio extraordinario a venir a servirme. ¿Qué tal, von Oberstein?”

“Creo que sería una idea espléndida”.

La sorpresa brilló entre las largas pestañas del joven kaiser, y al observar eso a través de sus ojos artificiales, von Oberstein agregó, “Sin embargo, también creo que tal oferta debe hacerse con la condición de que Yang Wen-li corte él mismo la línea de vida de la Alianza de Planetas Libres”.

Las cejas de Reinhard, como pequeños trazos del pincel de un pintor clásico, se movieron ligeramente. Mittermeier y von Reuentahl se miraron, ambos parecían querer chasquear la lengua. La idea misma de que el secretario general del Cuartel General del Comando Militar Imperial había criticado unos momentos antes ahora era descaradamente propuesta por el ministro de asuntos militares.

“Para Yang Wen-li, convertirse en su vasallo significaría dejar de lado un estado al que ha servido hasta el día de hoy y negar las razones que ha tenido para luchar todo el tiempo. Siendo ese el caso, también sería por su propio bien que elimine todos y cada uno de los elementos que de otro modo quedarían como un apego sin resolver después”.

Reinhard lo miró en silencio.

“Aun así”, dijo von Oberstein. “Dudo que tal cosa sea posible para él”.

En el sofá, Reinhard cruzó sus largas piernas. Con un codo en el reposabrazos, la punta de lanza de su penetrante mirada se volvió hacia el ministro de asuntos militares.

“Entonces, ¿lo que finalmente deseas decir es que Yang Wen-li nunca se convertirá en mi vasallo?”

“Si su Majestad.”

Sin dudarlo, y con bastante calma, el ministro de asuntos militares había dado una respuesta que también podría interpretarse como, *Su Majestad carece de la capacidad de hacerlo* . Incluso los otros dos mariscales, que

despreciaban a von Oberstein, tuvieron que dárselo cuando se trataba de su audacia – o insensibilidad.

“Me gustaría preguntar qué posición y deberes serán recompensados con Yang Wen-li en caso de que doblegue la rodilla ante Su Majestad. Una recompensa demasiado pequeña no lo satisfará, pero una recompensa demasiado grande incomodará a los demás”.

Aunque no lo dijo en voz alta, von Oberstein tuvo la sensación de que una vez que Yang se convirtiera en vasallo del kaiser, no se contentaría con competir contra Mittermeier, von Reuentahl y el resto. ¿No los superaría, integraría las fuerzas de la antigua Alianza de Planetas Libres y llegaría a ocupar el asiento del número dos?

El número dos tuvo que ser purgado. El surgimiento del advenedizo Reinhard, fundador de la dinastía Lohengramm, había llegado tan repentinamente que era mejor llamarlo “la mitad” de su nombre que el primero, y en su nuevo régimen, la relación entre el señor y el vasallo tampoco estaba codificada, ni establecido en la tradición. La existencia de un número dos capaz de reemplazar al número uno nunca podría ser tolerada.

Mittermeier y von Reuentahl fueron vasallos que juraron personalmente a Reinhard von Lohengramm, y probablemente todavía tenían poca conciencia de sí mismos como vasallos de la corte de la *dinastía* Lohengramm. Además, si se consideraban a sí mismos los compatriotas jurados de Reinhard en lugar de sus vasallos, el orden no podría mantenerse en la relación señor-vasallo. Era la lealtad, codificada y consagrada en la tradición, lo que aseguraría la dinastía Lohengramm a perpetuidad, por lo que su único papel apropiado era el de “vasallos del kaiser”, no “los amigos del kaiser”.

Después de un largo silencio, Reinhard respondió.

“Muy bien. Dejaremos de lado el asunto de Yang Wen-li por el momento”.

Reinhard no había dicho que se había rendido por completo. Von Oberstein,

quizás reacio a seguir adelante con el asunto, mantuvo la paz.

“Aún así, el gobierno democrático debe ser notablemente miope si un individuo como Yang Wen-li no puede encontrar un lugar en uno”.

Reinhard lo pensó y lo dijo. El que respondió fue Wolfgang Mittermeier.

“Si puedo, Su Majestad, el problema probablemente no sea tanto el sistema como las personas que lo ejecutan. Llamaría a su atención el ejemplo más reciente, en el que los regalos de Su Majestad no podían encontrar lugar en la dinastía Goldenbaum”.

“Entiendo. Eso es ciertamente cierto”. Reinhard sonrió con ironía, pero el entusiasmo había desaparecido de su semblante elegante.

Con una mirada cínica, von Reuentahl dijo: “En ese caso, Su Majestad, ¿qué haremos? ¿Usar la muerte de Lennenkamp como una ocasión para anexar todo el territorio de la FPA a la vez? Ya les hemos dado algo de alivio”.

“ *Podríamos* enviar todo el poder del ejército imperial para cortar este nudo gordiano, y sin embargo, parece una pena hacerlo con los republicanos bailando tan locamente. También tenemos la opción de verlos desde las tribunas un poco más y dejarlos bailar hasta el cansancio”.

Las palabras de Reinhard habían sido elegidas para controlar su propio espíritu de lucha. Para los tres mariscales imperiales, esto fue algo inesperado. ¿Trasladar el cuartel general imperial a Phezzan solo había sido suficiente para saciar el espíritu de su kaiser? Su mano blanca jugaba con el colgante en su pecho.

Sobre el brillo dorado del cabello del joven y guapo kaiser, un león de ese mismo color rugía sin voz. Los tres mariscales imperiales saludaron al unísono ante su nuevo estandarte y kaiser. Los ojos de cada hombre albergaban sus propios sentimientos y expectativas profundos. Cuando Reinhard les devolvió el saludo, una fina neblina de irritación dirigida a sí mismo nubló su expresión.

El teniente comandante Emil von Reckendorf, ayudante de campo del mariscal imperial von Reuentahl, estaba parado afuera de la sala de reuniones esperando las decisiones de su oficial superior sobre dos o tres asuntos de oficina en la sede conjunta de Imperial. Cuando se levantó la sesión del consejo imperial y el joven mariscal heterocromático salió de la sala de reuniones, intercambió una simple despedida con su amigo del cabello color miel, y luego se dirigió por el pasillo del hotel. Mientras caminaba, los subordinados le entregaron documentos y él dio instrucciones mientras examinaba su contenido. El ayudante de campo siguió al mariscal imperial con sus ojos, sintiendo que algo estaba un poco apagado en su tono de voz lúcido, pero algo mecánico. Sin embargo, no había forma de verlo a través de él para sondear las profundidades del corazón interno de von Reuentahl.

Por favor, Kaiser, no me des una oportunidad para levantarme contra ti. Es a ti a quien he elegido dirigir el timón de la historia — a quien he presentado para esa tarea. Sigo tu pancarta con orgullo. Nunca hagas que me arrepienta. Siempre debes caminar delante de mí, iluminando el camino. Pero, ¿cómo puede arder una luz como la suya si se alimenta de pasividad y estabilidad?

Ese espíritu incomparable tuyo, esa capacidad de acción, ahí es donde reside tu verdadero valor…

III

Hildegard von Mariendorf, secretario en jefe del káiser, naturalmente había seguido a Reinhard cuando se mudó de su cuartel general a Phezzan. El padre de Hilda, el conde Franz von Mariendorf, era ministro de asuntos domésticos y se había quedado en el planeta Odín, durante mucho tiempo la ubicación de la capital imperial. Allí estaba ocupado atendiendo asuntos de estado. El káiser y su ministro en jefe del gabinete estaban separados por

una distancia de varios miles de años luz, y no importaba cuánto usaran los canales de comunicación FTL, era difícil esperar que el negocio de la nación funcionara sin problemas. Sin embargo, este sistema poco ortodoxo era un arreglo temporal, y muy pronto, el ministro de asuntos domésticos seguiría al káiser a Phezzan. Lo contrario era imposible. Los días de Odín como el quid del imperio ya habían terminado, nunca más volverían.

Hilda estaba ayudando a Reinhard con el procesamiento de los negocios del gobierno, al mismo tiempo que avanzaba un análisis de la situación que cambia rápidamente — a veces — drásticamente. Gracias a que Lennenkamp se descarriló y el caos resultante en el gobierno de los Planetas Libres, Yang Wen-li ahora estaba solo, lo que naturalmente complica los factores políticos y militares que componían la situación actual. No deben volverse complacientes y desestimar sus fuerzas como un molesto enjambre de moscas. Después de todo, aunque la Dinastía Lohengramm y la Alianza de Planetas Libres podrían ser grandes ríos, cada uno había comenzado con una sola gota de agua.

Había muchas fuerzas trabajando en la galaxia. Enumerándolos, Hilda escribió lo siguiente:

A: Neue Reich (dinastía Lohengramm)
B: Gobierno actual de la Alianza de Planetas Libres
C: Fuerzas autónomas de Yang Wen-li
D: Ex fuerzas de Phezzan
E: Antiguo Imperio Galáctico (holdouts de la Dinastía Goldenbaum)
F: El Fácil (ha declarado su independencia)
G: Holdouts de la Iglesia de Terra

¿Era justo decir que estaba siendo demasiado sospechosa aquí? Hilda echó un vistazo a un pequeño espejo sobre la mesa, cerró un ojo y se miró la cara, asediada por las preocupaciones que provocaban el ceño fruncido. La expresión hizo que el rostro de la hija de un conde, de pelo corto y juvenilmente atractivo, pareciera aún más infantil. Hilda se encogió de hombros, estiró los brazos sobre su cabeza y respiró hondo. De vez en cuando, incluso sus enérgicas células cerebrales necesitaban un descanso.

Cuando lo pensó, las condiciones políticas de hace mucho tiempo eran más secas. Hace aproximadamente medio siglo, la policía y los detectives tanto del imperio como de la Alianza de Planetas Libres habían cooperado para exponer a un sindicato de drogas contrabando de tioxina. Las acrobacias políticas como esa serían posibles si los líderes de ambos lados pudieran simplemente estar de acuerdo. Aunque incluso en aquel entonces, ese tipo de investigación coordinada nunca se intentó por segunda vez. En estos días, parecía que todas y cada una de las células de la familia humana dividida estaban tratando de predicar a sus compañeros acerca de lo que era correcto, todos ellos blandiendo diccionarios hechos a medida para sus posiciones.

Y el campo al que estaba afiliada Hilda seguramente había tenido un diccionario más grueso que cualquier otro. Sin embargo, el propio Reinhard había estado demasiado orgulloso para someterse con gracia a esas páginas de bordes dorados en manos de los nobles Boyardos. ¿Quién estaba allí, en los campos opuestos a Reinhard ahora, quién podría decir que ese viejo Reinhard ya no existía?

Hilda volvió a mirar a las diversas fuerzas etiquetadas de la A a la G. Visto desde esta perspectiva, pudo ver que cada uno de ellos tenía debilidades grandes o pequeñas. D y G habían perdido sus bases de origen y no poseían fuerzas militares conocidas. B y E sufrían de falta de personas con talento. F era tan impotente como un recién nacido. Y en A y C, todo dependía de las habilidades personales de sus líderes. Si el líder de cualquier lado se perdiera, sus organizaciones se derrumbarían. Hilda no pudo evitar estremecerse al pensar en lo que habría sucedido si Reinhard, sin dejar sucesor, hubiera muerto a manos de Yang en Vermillion el pasado abril.

El enemigo que merezca la mayor precaución sería una amalgama de B, C, D y F – una unión, en otras palabras, de elementos de descontento de la Alianza de Planetas Libres y Phezzan, construida alrededor de un núcleo de confianza en Yang Wen-li. Si tal combinación de poderío militar y poder económico reaccionara químicamente, podría crear las condiciones para que un débil y venenoso humo cayera sobre un enorme dragón. Seguramente ni siquiera el propio Yang creía que podría derribar a Reinhard con solo su pequeña fuerza militar. Si eso era lo que estaba pensando, no habría

necesidad de temerle. Eso significaría que no era más que un hombre enfermo, afectado por la enfermedad mental del narcisismo heroico.

Suponiendo que derribara al káiser… ¿Tendría Yang Wen-li alguna posibilidad después?

Esa pregunta estaba dando vueltas y vueltas en la mente de Hilda. Por supuesto, no había forma de que su mirada pudiera penetrar todos los fenómenos del universo, pero había adivinado que el vuelo de Yang no había sido premeditado; se describió mejor como una evacuación de emergencia. Podía ver eso al observar su conducta durante la Guerra Vermillion. En lo que a él respectaba, las órdenes de un gobierno elegido por el pueblo deben haber sido naturalmente similares a los oráculos divinos.

Había algo muy interesante sobre este hombre, este Yang Wen-li. En opinión de Hilda, sus habilidades estaban espectacularmente fuera de sincronía con su disposición. Aunque poseía talentos extremadamente adecuados para la resolución de problemas realista y desapasionada, personalmente parecía despreciar esas habilidades. Hilda podía imaginarse al hombre mirándose a sí mismo con triste insatisfacción, a pesar de que se había convertido en el hombre más importante de su nación a una edad muy temprana.

Inmediatamente después de la Guerra Vermillion, Yang había sido invitado a reunirse con Reinhard a bordo de su amado nave de guerra *, Brünhild* . Según lo que Hilda había escuchado de unos pocos tripulantes, incluido el comodoro Günter Kissling, jefe de la guardia personal de Reinhard, no se parecía en nada a un hombre cuyo currículum estaba enterrado en innumerables logros de tiempos de guerra. La impresión que había tenido Kissling no había sido de un mariscal o comandante, sino de un erudito delgado y prometedor. Y sin embargo, Yang aparentemente parecía completamente desanimado mientras visitaba una nave de guerra enemigo solo. Ese punto ambiguo era probable donde reside el verdadero valor del hombre llamado Yang.

Si ese aspecto ligeramente peculiar del carácter de Yang Wen-li dejara de

existir, entonces el poder militar de la Alianza de Planetas Libres y el poder económico de Phezzan perderían el catalizador a través del cual podrían combinarse. Por otro lado, si eso sucediera, cada una de las otras fuerzas más pequeñas trataría de escabullirse en la dirección que creyeran conveniente, lo que tal vez requeriría aplastarlas individualmente. Eso en sí mismo iba a ser un gran problema.

Incluso Káiser Reinhard, con su intelecto extremadamente claro, había parecido incapaz en las últimas semanas para tomar una decisión clara sobre cómo lidiar con la situación.

“Sea como fuere, me pregunto qué está pensando Su Majestad”.

Hilda no albergaba medio gramo de dudas sobre los talentos del joven káiser. Aun así, una cosa sí le preocupaba: los hilos de la psique de Reinhard estaban hechos de acero resistente y muy avanzado, pero entrelazados con delicadas cuerdas plateadas. Los primeros siempre estaban trabajando en el campo de batalla, dando crédito al mito de la invencibilidad de Reinhard, y lo mismo había sido cierto incluso en los pasillos del gobierno. Sin embargo, ¿no fueron los hilos plateados los que se unieron para componer las normas psicológicas de este joven que estaba a punto de completar una conquista de un tamaño desconocido para la historia? Las llamas que ardían dentro de Reinhard eran brillantes en su intensidad, pero ¿no era la llama más brillante que se apagó más rápidamente? Esa preocupación estaba proyectando una sombra sobre el corazón de la brillante hija del conde.

IV

El traslado de Káiser Reinhard a Phezzan resultó ser un estimulante apasionante para los tecnócratas del Neue Reich. Bruno von Silberberg, un joven que se duplicó como ministro de industria y secretario jefe de construcción de capital, vivía en un edificio en ruinas no lejos de la sede

imperial, realizando tareas difíciles día y noche. Su único tiempo libre había sido una semana de licencia por enfermedad.

El viceministro del ministro de industria, Gluck, un burócrata de mediana edad convertido en político, debería haber sido adecuadamente competente, pero a pesar de sus mejores esfuerzos, el trabajo de oficina se había retrasado durante la baja por enfermedad de von Silberberg. Cuando el ministro de industria recuperado regresó y se ocupó de los asuntos delictivos prácticamente en ningún momento, el viceministro perdió la confianza en sí mismo y presentó su renuncia al káiser.

El viceministro se había estado preparando para una reprimenda enojada, pero el joven y guapo Káiser le había dado una sonrisa inesperada.

“Las responsabilidades de un viceministro son secundarias a las de un ministro. Si sus talentos superaran los de von Silberberg, lo habría instalado a usted, no a él, como ministro. Eres un hombre modesto que conoce sus limitaciones. Eso es lo suficientemente bueno para mí”.

Según los deseos del káiser, Gluck se había quedado como viceministro del ministro de industria. Reinhard no salió y lo dijo, pero no era su intención perpetuar la organización gigantesca y los vastos poderes del Ministerio de Obras Públicas. Una vez que la estructura del estado y el marco de la sociedad se estabilizaron, él planeó privatizar los departamentos que trabajan en el lugar y reducir la organización. Durante las fases de establecimiento y expansión, un talento sobresaliente como von Silberberg era indispensable, pero durante los períodos de reducción y estabilización, era preferible la firmeza de Gluck. El káiser vio que si usaba Gluck como una especie de línea de plomada, y afeitaba las partes que estaban más allá de su capacidad de gestión, lo que quedaba sería una organización de escala y autoridad apropiadas.

Si bien los errores — como la entrega del almirante mayor Lennenkamp como comisionado en jefe de la Alianza de Planetas Libres — podrían encontrarse entre los nombramientos de Reinhard, fueron superados en gran medida por los éxitos arraigados en su magnanimidad y ojo perspicaz. En cuanto a von Silberberg, a quien incluso el káiser reconoció como un

talento raro, estaba dedicando una parte de sus vastas energías a desarrollar un plan para transformar el Planeta Phezzan en el centro de todo el universo.

Como primer ministro de industria de la dinastía Lohengramm — o mejor dicho, el primero en la historia de la humanidad en el espacio — ya estaba dispuesto a recordar su nombre entre las generaciones futuras. Siendo ese el caso, pensó, ¿por qué no hacer que realmente se destaque, con decoraciones de lujoso oro y carmesí? Quería hacerlo para que su nombre nunca fuera olvidado mientras existiera el Planeta Phezzan.

El pueblo Phezzanese, por otro lado, no podía sentirse a gusto. Hasta ahora, el imperio simplemente había ocupado su planeta ancestral, pero ahora que habían sido tragados, también estaban siendo digeridos. “La próxima parada para nosotros será el orinal”, decían algunos, mostrando cuán profundo era su sentido de derrota al intentar — y no lograrlo — convertirlo en una broma grosera. Al aprovechar al máximo su posición astrográfica entre el imperio y la Alianza de Planetas Libres, y al utilizar su riqueza y cada truco en el libro de Maquiavelo, se habían esforzado por convertirse en los gobernantes de facto de todo el universo, pero ahora todo eso había desaparecido como espuma en la orilla del mar.

“La sabiduría de los civilizados, deshecha por el fuerte brazo del bárbaro”, opinaron algunos, pero al final, esto no fue más que la autocompasión que siguió a la admisión forzada de la derrota. En cualquier caso, no habían podido adivinar que el otro lado recurriría a la fuerza bruta.

“Ya sea que mire hacia la derecha o hacia la izquierda, todo lo que veo son tazas feas de imperiales”.

“Aun así, es difícil creer cuánto ha cambiado en menos de un año”.

A medida que se intercambiaban miradas de pesar e indignación entre los Phezaneses, los uniformes plateados y negros de los militares imperiales aumentaron día a día, hasta que parecía que la mitad de la atmósfera se consumía al servicio de su respiración.

La mayor parte de la gente de Phezzan no tenía razón para apoyar al Káiser Reinhard, sin embargo, parecía que no podían ayudar a desarrollar una admiración a regañadientes por la grandiosidad de su complot y la velocidad con la que tomó decisiones y tomó medidas. Era cierto, por supuesto, que una serie de impurezas se mezclaban con esos sentimientos. Maldecir a Reinhard como un incompetente sería meterse en un lodo de desgracia por haber sido superado por dicho incompetente. El poder económico que se suponía que había sido abrumador se había quedado inactivo frente a la fuerza militar, y la inteligencia que se suponía que habían monopolizado había sido robada por las manos de los militares imperiales sin brindarle a Phezzan ningún beneficio. Fueron las personas astutas e intrigantes de Phezzan quienes habían vivido complacientemente en el invernadero de una cosmovisión conservadora, sin saber cuán frágiles eran sus paredes de vidrio hasta que ese joven de cabello dorado había llegado y las había destrozado.

En cualquier caso, no cabía duda de que el Káiser Reinhard estaba en el proceso de crear historia. Al mismo tiempo, la gente de Phezzan no pudo evitar la preocupación sobre qué tipo de papel se les daría en el magnífico escenario de la historia que ahora se está creando.

También hubo quienes se impusieron perspectivas y acciones positivas. El punto fuerte de los Phezzanese siempre había sido su capacidad de extraer el máximo beneficio de cualquier circunstancia política que se les presentara. Incluso en los viejos tiempos, Phezzan nunca había sido un paraíso de igualdad universal – los pequeños y medianos comerciantes habían quedado llorando por el abuso de los derechos adquiridos por parte de los magnates adinerados, y las familias habían sido arruinadas por la derrota en la competencia por las ventas. Para personas como estas, el cambio violento de los tiempos que trajo consigo la conquista de Reinhard fue una oportunidad única en la vida de lo que podría llamarse un partido de consolación.

Y así, buscando el favor del conquistador, se apresuraron a conseguir los suministros que necesitaban los militares, a construir viviendas para soldados y a proporcionar información sobre la economía, el transporte, la geografía y el estado de ánimo de la ciudadanía. La generación más joven

en particular albergaba una rebeldía acelerada hacia los ancianos de Phezzan, así como el apoyo a nivel emocional para su joven conquistador, y el gobierno imperial hizo un punto deliberado de tratar bien al joven Phezzanese, cuando comenzaron a patinar por el camino hacia coexistencia.

V

Era el primero de noviembre cuando una agitación aún más masiva sacudió el suelo bajo los pies de la gente.

Ese día, el funeral del fallecido almirante Helmut Lennenkamp se llevó a cabo en secreto. El mariscal von Oberstein, ministro de asuntos militares, fue nombrado presidente del comité funerario, y aunque asistieron el Káiser Reinhard y muchos funcionarios gubernamentales y militares de alto rango, podría haberse llamado un asunto modesto considerando el rango del difunto. El gobierno imperial aún no había recibido una decisión del káiser sobre si publicitar o no las muertes de funcionarios de alto rango y, además, a diferencia del caso del almirante Kempf en los últimos años, la causa de la muerte del fallecido esta vez fue deshonrosa. —Suicidio por ahorcamiento —, por lo que incluso los almirantes presentes tuvieron dificultades para encontrar mucha carne en su muerte para alimentar a sus espíritus luchadores.

Neidhart Müller, de cabello y ojos arenosos, se inclinó y le susurró a Mittermeier, sentado a su lado: “Entonces, ¿el almirante Lennenkamp no será ascendido a mariscal imperial?”

“Bueno, él no murió en la batalla, así que…”

“Murió en el cumplimiento del deber. A pesar de eso, ¿no recibe ascenso?”

Sin palabras, Mittermeier asintió. Como Müller había dicho, Lennenkamp efectivamente había perecido en el cumplimiento del deber, pero su muerte

había sido causada por la culpa y no por el logro. Probablemente debido a que se había desviado de su misión original, el nuevo orden, basado en el Tratado de Baalat, estaba a punto de ser despojado del tiempo que necesitaba para desarrollarse. Aunque hubiera sido temporal, la paz había estado a punto de llegar a esta edad, y Lennenkamp inevitablemente recibió al menos parte de la culpa por agarrarlo por los tobillos y arrastrarlo hacia las profundidades.

Justo antes del funeral, un contralmirante adjunto a la flota de Lennenkamp se acercó a Mittermeier con una sincera solicitud.

“Serví bajo Su Excelencia, Almirante Lennenkamp, durante cinco años. Si bien es cierto que estaba un poco incómodo en sus formas, era un buen oficial superior. ¿Podría pedirle, por favor, que solicite que Su Majestad inicie un ataque de represalia en su nombre?”

Mittermeier simpatizó con la solicitud del contralmirante. Aun así, si hubiera expresado su opinión con claridad, habría dicho que tanto Lennenkamp como los que lo rodeaban habrían sido afortunados si nunca hubiera sido promovido más allá de contralmirante o vicealmirante. Los seres humanos tenían una cosa llamada capacidad, que era diferente para todos, tanto en tamaño como en forma. Un comandante de flota capaz no necesariamente era un excelente comisionado. De hecho, juzgarlo mal había sido un error del káiser, pero al mismo tiempo Mittermeier no podía negar que la caída en las acciones de Lennenkamp había sido responsabilidad suya. Naturalmente, actuar contra los deseos del káiser y estropear la autoridad de su nueva dinastía tampoco había sido considerado un delito menor.

En consecuencia, Lennenkamp no merecía el ascenso a mariscal imperial. El Káiser Reinhard, al no otorgarle ese título, podría haber sido considerado un hombre duro desde el punto de vista del sentimiento humano, pero en términos racionales, era lo correcto. Si el Káiser Reinhard hubiera cedido a la emoción y le hubiera dado a Lennenkamp el rango de mariscal imperial, habría duplicado su error, y el segundo error no habría hecho un derecho al primero.

Simplemente dar altos rangos a los vasallos no hacía todo bien. Si hubo algún punto en el que Cornelio I, sucesor del sabio emperador Maximiliano Josef II, no había alcanzado la grandeza, no se encontraba en sus talentos ni en sus logros. Estaba más bien en su propensión a otorgar excesos a los jefes militares imperiales en sus vasallos, hasta que incluso los comandantes de pequeñas flotas sostenían los cetros de los mariscales. Después de que el intento de Cornelius de conquistar la Alianza de Planetas Libres hubiera fracasado, finalmente pensó mejor en la práctica, y hasta el día de su muerte nunca más le otorgó el rango de mariscal imperial.

Mittermeier sintió que quería cambiar de tema y volvió sus ojos grises hacia su joven colega.

“Por cierto”, dijo, “¿cómo se siente al viajar en ese flamante nave insignia tuyo?”

Aunque Müller estaba preocupado por lo que la gente a su alrededor pudiera pensar, su rostro se iluminó un poco y respondió de inmediato: “¡Es fantástico!”

Percival fue la primera nave de guerra que las fábricas de ordenanzas completaron después del establecimiento de la dinastía Lohengramm, y fue él— el almirante mayor Neidhart Müller— quien tuvo el honor de recibirlo del káiser. Por la valiente lucha que había mostrado en la Guerra Vermillion — rescatando a su señor Reinhard en una situación crítica y escapando de naves que se hundieron hasta tres veces durante el caos de la feroz batalla— se había dado a conocer tanto a amigos como a enemigos como “Müller die eiserne Wand ”— Müller el Muro de Hierro. Incluso su archienemigo Yang Wen-li, cuya victoria completa sobre Reinhard Müller había impedido, lo había elogiado como un excelente comandante, y la fama de Müller como guerrero había aumentado hasta que ahora solo perdía la de las Murallas Gemelas. A pesar de eso, nunca había crecido engreído, y la actitud sincera y fiel que tenía como el más joven entre sus colegas nunca vaciló

Müller estaba a punto de responder a Mittermeier aún más cuando el reflejo

de alguien nuevo apareció en sus ojos arenosos. El ayudante adjunto de Káiser Reinhard se inclinaba hacia los dos. Theodor von Rücke había sido ascendido a teniente comandante. Esto fue en reconocimiento a su reciente acto de valentía, cuando se intentó atentar contra la vida del káiser en la finca del barón von Kümmel, y von Rücke disparó y mató a uno de los criminales involucrados. Tenía la misma edad que el Káiser, y aunque se manifestaba de una manera bastante diferente a la de su señor, tenía cierta juventud sobre él que incluso ahora sugería un subclub despistado en la escuela de oficiales.

¿Se reunirían todos los mariscales imperiales y almirantes superiores en la Sala de Granito en el piso dieciséis? A Su Majestad Imperial le gustaría escuchar sus opiniones sobre cierto asunto.

Es casi seguro que a Von Rücke no se le había dicho cuál era el tema a discutir, por lo que Mittermeier no se molestó en preguntarle. Una imagen flotaba en el fondo de su mente del káiser en la reunión del consejo imperial hace solo unos días, aparentemente vacilante en sus decisiones y elecciones.

La sala de granito era amplia y espaciosa, más un salón que una sala de reuniones, y se había preparado café para los almirantes.

“¿Su Majestad nos llevará a la batalla otra vez?”, Murmuró a nadie en particular el almirante mayor Fritz Josef Wittenfeld. Para sus colegas estaba claro como el día que no estaba haciendo una pregunta sino expresando su esperanza. Más que ningún otro, Wittenfeld era un hombre que encarnaba la naturaleza militarista de la nueva dinastía, un hecho que él mismo reconoció. Sus ojos marrones claros recorrieron la decoración de la habitación desinteresadamente.

“Su Majestad anhela que los enemigos luchen. Aunque nació para la batalla, las batallas han terminado demasiado pronto…”

Neidhart Müller sintió lo mismo. Él mismo era un guerrero, y aún no tenía la edad para sentir el cansancio de la batalla. ¿Sería irrespetuoso decir que

la lástima se mezcló con la reverencia que su glorioso joven kaiser inspiró en él? Aun así, había visto cómo se veía Reinhard después de la muerte del almirante Kircheis.

El almirante mayor Ernest Mecklinger, que se había quedado atrás en Odín en el importante puesto de comandante en jefe de la retaguardia, le había dicho una vez a Müller: “Esta bien y bueno que Su Majestad se mude a Phezzan, pero estoy un poco incómodo con esto reformas a los militares. El poder militar debería ser centralizado. Si le otorgan a los precintos militares el poder de liderar y comandar tropas, ¿eso no conducirá a la fragmentación de la autoridad según el territorio en el mismo momento en que el control central se debilita?”

El Káiser Reinhard era joven y estaba lleno de vitalidad y posibilidades, pero aunque era un genio, y aunque era un héroe, no era inmortal. Cuanto mayor sea su presencia, mayor será el agujero que quedaría después de que él se fuera. Mecklinger estaba preocupado por eso, y aunque Müller simpatizaba, no podía llevar su preocupación tan lejos. Desde el punto de vista de la edad, tanto Mecklinger como Müller estaban seguros de pasar antes que el káiser; Las pruebas que vinieron después se dejaron en manos de la próxima generación.

Cuando Müller tomó su taza de café, los suaves tonos de la conversación de las Murallas Gemelas le llegaron a los oídos.

“Por cierto”, dijo Mittermeier, “¿cómo crees que el gobierno y los militares del FPA están lidiando con la situación actual?”

“Al correr por la confusión y luego caer del cansancio”, respondió von Reuentahl.

El caos y la confusión en el ejército de la FPA había sido particularmente horrible. Sus autoridades civiles aún no habían publicado una declaración oficial sobre la muerte deshonrosa del Comisionado Lennenkamp o la huida del mariscal retirado Yang Wen-li. La culpa de la primera la pusieron a los pies de la política de secreto del gobierno imperial, mientras que con respecto a la segunda, insistieron obstinadamente en que no se podía

esperar que el gobierno conociera los movimientos de un solo civil. El resultado fue que los huevos de inquietud que habían estado poniendo habían creado pollitos de desconfianza.

Wittenfeld dejó la taza de café sobre la mesa y se unió a la conversación.

“Todo lo que puedo ver es que el FPA ha perdido su capacidad de autogobernarse. En el momento en que los aros de barril se suelten, la sopa hirviendo se derramará por todas partes, y nada más que el caos seguirá. Siendo ese el caso, ¿no deberíamos sacar esos aros por nosotros mismos? Deberíamos aceptar el caos en el gobierno de los Planetas Libres como una señal de Lord Odín de que ya nos ha otorgado su territorio”.

“Incluso si nos movilizamos, nuestra cadena de suministro aún no está lista”, señaló Mittermeier con calma. “Se convertiría en una imagen especular de Amritsar hace tres años, esta vez seríamos los que moriremos de hambre”.

“Entonces deberíamos capturar las bases de suministro de la Alianza de Planetas Libres”.

“¿Sobre qué base legal?”

“¡Base legal!”

Wittenfeld soltó una risa burlona que hizo que su largo cabello anaranjado se balanceara. Incluso cuando actuó así, el almirante de línea dura tenía una extraña inocencia acerca de él; Mittermeier no pudo disgustar seriamente al hombre. Wittenfeld casualmente hizo a un lado su taza de café.

“¿Es realmente tan importante una base legal?”

“Mientras el gobierno de la FPA tenga la voluntad y la capacidad de aplastar a las fuerzas armadas que se resisten, no tenemos forma de actuar contra Yang Wen-li nosotros mismos. Después de todo, el Tratado de Baalat prohíbe expresamente la interferencia en sus asuntos internos”.

“Entiendo. Pueden tener la voluntad, pero ¿no es obvio que carecen de la habilidad? ¿Dónde está Yang Wen-li en este momento? ¿A dónde fue Lennenkamp? Si me preguntas, diría que estas preguntas en esencia muestran exactamente dónde están sus limitaciones”.

Las palabras de Wittenfeld no podrían haber sido más agudas, y Mittermeier guardó silencio, con una expresión bastante irónica en su rostro. A decir verdad, había estado pensando en algo similar. Sin embargo, en circunstancias normales, a Mecklinger le tocó frenar los pronunciamientos más radicales de Wittenfeld.

“En última instancia, puede deberse a una cuestión de si nuestro imperio o el gobierno de la Alianza de Planetas Libres violaron a sabiendas los derechos legales de Yang Wen-li”, dijo Mittermeier, mirando irónicamente a von Oberstein, que permaneció en silencio con los brazos cruzados. Mittermeier albergaba la sospecha de que las acciones de Lennenkamp se debieron, al menos en parte, a las indicaciones de von Oberstein.

Dejando eso de lado, las opciones de los militares imperiales no eran tan simples. Si Yang Wen-li estuviera determinado a ser un enemigo público del Nuevo Imperio Galáctico, las fuerzas imperiales podrían tomar medidas directas para eliminarlo. Al mismo tiempo, sin embargo, eso podría proporcionar una oportunidad para que movimientos antimperiales misceláneos y mal organizados se unan alrededor de Yang Wen-li como símbolo.

“Incluso si son solo una chusma desordenada, obviamente podrían proyectar un poder mayor que sus propias habilidades si tuvieran a Yang Wen-li y sus ingeniosos planes de su lado. Por otro lado, si las fuerzas que se nos oponen permanecen fragmentadas como están ahora, tendremos que andar aplastándolos uno por uno. Suena como un gran problema para mí”.

“En ese caso, ¿por qué no dejar que Yang Wen-li reúna a las fuerzas anti-káiser y las unifique? Luego tratamos con Yang, y con un ataque extinguimos toda la cadena de volcanes. No importa cuánta lava se derrame, una vez que se enfríe, será impotente. ¿No estás de acuerdo?”

Aunque la opinión de Wittenfeld sonaba cruda, como teoría estratégica no estaba equivocada. Aplastar el núcleo de una organización que se había unificado orgánicamente fue más eficiente que destruir una gran cantidad de organizaciones más pequeñas y separadas individualmente. Por ese camino, sin embargo, también existe el peligro de que una fuerza unificada con Yang en su núcleo pueda convertirse en algo demasiado poderoso para que incluso el imperio pueda suprimirlo.

La recién nacida dinastía Lohengramm poseía un poder abrumador en el sentido militar, y el joven káiser que estaba a la cabeza era un prodigio en el arte de la guerra. El poder militar, sin embargo, no fue el único factor que determinó la historia o el espacio geométrico; se deduce naturalmente que las partes que se habían expandido con la anexión de Phezzan y la rendición de los planetas libres causarían que la estructura en su conjunto perdiera parte de su densidad. Si ocurriera un desgarro, ¿quién diría si se podría reparar?

“Yang Wen-li es una preocupación”, dijo Neidhart Müller, inclinando la cabeza, “pero ¿qué pasa con el rumor que ha impulsado toda esta cadena de interrupciones? ¿Es verdad? ¿Sigue vivo el almirante Merkatz?”

Los almirantes se miraron el uno al otro. Como había dicho Müller, los rumores sobre el estado del almirante Merkatz— cuya muerte en la Guerra Vermillion se había anunciado públicamente— le habían brindado a Lennenkamp la oportunidad de hacer que el gobierno de la Alianza de Planetas Libres arrestara a Yang, y también había provocado la reacción de pánico del Planetas libres del gobierno.

“En este punto, probablemente deberíamos asumir que está vivo…”

Un destello agudo brilló en los pálidos ojos color aguamarina del almirante mayor Adalbert Fahrenheit. Él y el almirante Merkatz se conocían desde hace muchos años. Tanto él como Merkatz habían luchado contra las Fuerzas Armadas de la FPA bajo el mando de Reinhard en la Región Estelar de Astarte. Luego, cuando Merkatz se vio obligado a asumir el papel de comandante en jefe de las fuerzas militares de los aristócratas en la Guerra de Lippstadt, fue él, Fahrenheit, quien se convirtió en el colega más

confiable de Merkatz. Cuando la Guerra de Lippstadt había llegado a su fin, Merkatz había desertado a la Alianza de Planetas Libres por consejo de su ayudante de campo, y el almirante capturado Fahrenheit había sido enjuiciado penalmente y recibido en las filas de Reinhard.

“Hoy en día, él y yo servimos bajo diferentes banderas. Increíble, la diferencia que solo dos o tres años pueden hacer”.

Fahrenheit no estaba particularmente dedicado al profundo sentimentalismo, pero cuando reflexionó sobre el pasado y luego miró hacia el futuro, no pudo evitar sentir algo. ¿Y a qué tipo de conclusión llegaría esta agitación? *No puedo morir antes de ver esto hasta el final,* Fahrenheit murmuró en su corazón.

En este momento, los asesores de Reinhard en la Sala de Granito consistían en solo tres mariscales imperiales y cuatro almirantes de alto rango. De los que habían estado presentes inmediatamente después de su victoria en la Guerra de Lippstadt, tres de ellos, Kircheis, Kempf y Lennenkamp, habían ido a Valhalla, mientras que otros cuatro, Mecklinger, Kessler, Steinmetz y Lutz, se habían quedado en sus diferentes puestos, y Wahlen todavía estaba siendo tratado por sus heridas. Podrían volver a encontrarse con la vida, pero a medida que se reducía a la mitad el número de asesores que ayudaban a Reinhard, incluso estos valientes almirantes endurecidos por la batalla sintieron un fugaz instante de quietud tranquila.

“Se ha vuelto un poco solitario por aquí”, dijo Wittenfeld con un movimiento informal de la cabeza.

El almirante sentado a su lado era el almirante mayor Ernst von Eisenach. Von Eisenach tenía treinta y tres años y era bastante delgado. Su cabello era del mismo tono que el cobre comenzando a oxidarse, y aunque se lo había peinado cuidadosamente de la cara, un pequeño mechón estaba en la parte de atrás, dirigido hacia los cielos.

Von Eisenach asintió sin decir palabra. Un hombre de muy pocas palabras, se decía que incluso en presencia del Káiser Reinhard, él nunca dijo nada más que *ja* o *nein.* Por supuesto, la reputación generalmente se exageró a

medida que las historias pasaban de persona a persona, pero un rumor, que sus ayudantes y asistentes fueron entrenados para responder no a la voz de su comandante sino a sus gestos y expresiones faciales, era casi seguro que se basaba en hechos. Cuando chasqueó los dedos tres veces, por ejemplo, un asistente venía corriendo a una velocidad casi sónica, trayendo consigo media taza de café con medio terrón de azúcar. Müller lo había visto suceder dos veces.

Se decía que mientras todavía era un estudiante en la escuela de oficiales, nadie había visto su boca abierta en ningún momento que no fuera el desayuno, el almuerzo o la cena; que incluso cuando le habían hecho cosquillas, se había reído sin usar su voz; y que cuando murmuró “Drat” después de dejar caer una taza de café en el suelo en Zie Addler— un club para oficiales de alto rango— Mittermeier y Lutz lo miraron fijamente desde el otro lado de la mesa y luego dijeron: “¿realmente habla?” Sin importar qué anécdotas se contaran sobre él, sin embargo, no había nadie que dudara de las habilidades de von Eisenach como comandante. Quizás su ángel guardián era simplemente incompetente, y por eso había tenido tan pocas oportunidades de subir al escenario durante escenas espectaculares de enormes batallas.

Aun así, literalmente sin una sola palabra de queja, había realizado durante mucho tiempo esas tareas menos glamorosas pero aún esenciales, como acosar a la retaguardia del enemigo, bloquear la llegada de refuerzos, defender las líneas de suministro de su propio lado e incluso ejecutar tácticas de distracción y proporcionando apoyo de aterrizaje. Von Eisenach había servido a su joven señor, y Reinhard, cuyas expectativas nunca había traicionado, le había otorgado el rango de almirante mayor, tratándolo como el igual de almirantes valientes con innumerables logros heroicos. Incluso el mariscal von Oberstein, el ministro de asuntos militares, que a menudo expresó su desacuerdo con respecto a los nombramientos militares de Reinhard, en cambio, alentó la promoción en su caso. Sin fruncir el ceño ni una mueca, von Eisenach siempre había contribuido a las victorias de sus camaradas sin importar qué tipo de órdenes se le dieran, e incluso von Oberstein, conocido por sus rigurosas evaluaciones de desempeño, lo calificó altamente. Von Eisenach también tenía una esposa y un hijo recién nacido, aunque la forma en que este hombre extremadamente callado había

cortejado a una mujer era un misterio que Mittermeier y los demás se preguntaron con toda seriedad.

Los hombres que se habían casado eran una minoría entre los altos ejecutivos de Reinhard. Entre los mariscales imperiales solo había Mittermeier, y dos almirantes superiores, Wahlen y von Eisenach, elevaron el total a tres. Sin embargo, la esposa de Wahlen había fallecido, por lo que en realidad solo había dos hombres comunes y corrientes. Y aunque tanto Müller como Wittenfeld se habían perdido la oportunidad de casarse mientras iban y venían del campo de batalla, von Eisenach, el "almirante silencioso", era el único que tenía esposa e hijo. Si bien Mittermeier tenía una esposa amorosa, lamentablemente no tenían hijos. En cuanto al mejor amigo de Mittermeier, ya sea en Odín o aquí en Phezzan, nunca tuvo vergüenza de ser mujeriego y había arrugado sin cesar las cejas de los moralistas durante su ascenso al alto rango de mariscal imperial.

Cuando partieron de Odín, Mittermeier había intentado una vez más sugerirle matrimonio a su amigo.

"¿Matrimonio?"

Reuentahl había respondido con una risa grave. Aunque estaba agradecido por la preocupación de su mejor amigo, la risa había sido el único medio para mantener el equilibrio emocional que había podido encontrar. Cuando esa risa finalmente se calmó, esos ojos desiguales que las damas encontraron tan encantadoras brillaron con una luz indescriptible.

"No estoy dispuesto ni merezco tener una familia adecuada. Creo que deberías saberlo mejor que nadie".

"¿Yo? No sé nada de eso".

Ante la respuesta poco comprensiva de Mittermeier, una mirada inusual de inquietud apareció en el rostro del famoso almirante con ojos desiguales.

"Whoa, eso no fue contrición que acabo de ver ahora, ¿verdad?"

“¿Hay alguna razón por la que debas preocuparte por eso?”

Los dos se miraron por un momento, luego con una sonrisa irónica dejaron caer el asunto.

“Por cierto, entiendo que la mujer más reciente viene a Phezzan contigo. ¿Realmente te gusta tanto?”

“¿Oh, ella? Parece que esa mujer está a mi lado porque quiere presenciar mi destrucción con sus propios ojos. Una dama de gustos exquisitos, debo agregar”.

Hablaron de Elfriede von Kohlrausch— se había mudado a la residencia del oficial de von Reuentahl y era la hija de la sobrina del duque Lichtenlade, quien había sido ejecutado por von Reuentahl. Muchas preocupaciones se habían envuelto alrededor de Mittermeier como cadenas sobre eso. Se había preguntado qué pensaría von Oberstein de la situación. O lo que estaba pensando en eso.

“Von Reuentahl, no sé a qué se refería con decir algo así, pero esa mujer es una mala noticia para ti”.

“¿Y? ¿Qué quieres que haga al respecto?”

“Dale algo de dinero y envíala lejos – Eso es lo único que puedes hacer”. Von Reuentahl hizo una doble toma y miró a su amigo con una expresión ligeramente sorprendida. “Ese no es el tipo de consejo que estoy acostumbrado a escuchar de ti”.

“No me importa cómo lo hagas, solo busca una salida y sal de esto. Todo lo que veo es que te arrastras más y más en este laberinto”.

“Estoy seguro de que te parece así”. “¿Me equivoco?”

“No. Para ser honesto, estaría mintiendo si dijera que lo mismo nunca se me pasó por la cabeza. Es solo que…”

En ese momento, el penetrante ojo izquierdo azul de von Reuentahl y el profundo ojo derecho negro parecieron atenuarse al mismo color. Actualmente, von Reuentahl forzó una sonrisa y le dio una palmada en el hombro a su amigo.

“No te preocupes, Mittermeier. Soy de una familia de guerreros. Cuando muera, será por la espada. No seré destruido por una mujer”.

Para cuando Mittermeier encontró su camino fuera de la memoria, el mariscal heterocromático estaba enderezando su postura y poniéndose de pie.

Gale Wolf se apresuró a hacer lo mismo. Kaiser Reinhard había entrado en la habitación.

VI

Reinhard estaba de mal humor. Desde el secuestro de Lennenkamp a manos de la facción de Yang Wen-li, la indecisión lo había paralizado. El joven de cabello dorado no estaba acostumbrado a este estado, por decir lo menos.

Ahora, con la causa de la inesperada muerte de Lennenkamp, ¿debería buscar reparación atacando a la Alianza de Planetas Libres? ¿O dejar el asunto al paso del tiempo por un tiempo, como había propuesto brevemente hacer antes, y simplemente esperar a que el enemigo caiga en la confusión y la autodestrucción?

Casi no es de extrañar que los Tres Jefes Imperiales encontraran la reciente contemplativa del káiser difícil de aceptar. El propio Káiser estaba teniendo problemas para aceptar su propia pasividad. Lo que lo había hecho así era un estado mental de auto-amonestación contra el ejercicio de su autoridad casi ilimitada. Su sentido estético juvenil retrocedió ante la idea de ejercer fuerza militar contra un enemigo derrotado apenas cuatro o cinco meses

después de la firma del Tratado de Baalat.

Lo que hizo volar ese sentimiento fue un discurso apasionado de Wittenfeld. Cuando le pidieron su opinión el káiser, Wittenfeld le hizo el mismo argumento a su joven señor que acababa de hacerle a Mittermeier. Al principio, el káiser no parecía terriblemente conmovido por él; claramente consideraba demasiado obvio que Wittenfeld abogaría por más militarismo. Sin embargo, fueron sus siguientes palabras las que resumieron la situación para él.

"Su Excelencia, la razón por la que ha podido presumir de invencibilidad hasta ahora radica en el hecho de que ha actuado para mover la historia. ¿Vas a cruzarte de brazos ahora, de todos los tiempos, y esperar a que la historia te mueva?"

El efecto que esa línea tuvo en el joven de cabello dorado fue realmente sorprendente. Parecía una escultura a la que se le había dado vida.

"Bien dicho, Wittenfeld".

Cuando el káiser se levantó de su sofá, sus ojos azul hielo brillaron, llenos de una luz amarga. Coronas estelares bailaban salvajemente en esos ojos. Wittenfeld no lo había conmovido. Había redescubierto lo que él mismo había estado buscando.

"He estado pensando demasiado en esto", dijo. "La unificación del espacio es la mayor y más alta justificación. Sin embargo, aquí he estado, poniendo varios pretextos que apenas merecen consideración antes de eso".

En medio de una quietud tan completa que el aire mismo parecía haberse cristalizado, la voz del kaiser agitó ondas rítmicas.

"¡Almirante Wittenfeld!"

"¡Sí!"

"Aquí están tus órdenes. Tan rápido como sea posible, tome la flota de

Schwarz Lanzenreiter y parta hacia el espacio de la alianza. Reúnase con el almirante Steinmetz en el planeta Urvashi y mantenga la seguridad allí hasta que llegue mi fuerza principal”.

“¡Sí!”

Debajo de su cabello anaranjado, la feroz cara del joven comandante se sonrojó. Todo lo que había deseado acababa de ser concedido. Cuando Reinhard dio la orden, también dirigió sus ojos azul hielo hacia su secretaria en jefe, que lo había acompañado.

“Fräulein von Mariendorf, en breve haré público el fallecimiento del almirante Lennenkamp y anunciaré una movilización en busca de reparación por parte del gobierno de la Alianza de Planetas Libres. Procura que haya un borrador de discurso en mi escritorio para fines de semana”.

“Si su Majestad.”

Dominado por el espíritu de Reinhard, ni siquiera Hilda pudo advertirlo o disuadirlo. También en sus ojos, el káiser parecía brillar cegadoramente.

“Sea como fuere, Su Majestad carecerá de una vivienda permanente hasta que se complete su palacio”, dijo Wittenfeld.

Reinhard, que había empezado a caminar hacia la puerta, se detuvo y se dio la vuelta, su lujosa melena de cabello dorado agitaba el aire. Luego, los elegantes labios del joven rey y conquistador devolvieron las palabras que los futuros historiadores nunca dejarían de reproducir al intentar escribir la biografía de Reinhard.

“No necesito ningún palacio”, dijo. “El palacio real del Imperio Galáctico está donde sea que esté. Por ahora, mi trono estará instalado en el acorazado *Brünhild*. ”

Una emoción de exultación que fue casi un estremecimiento se disparó a través del sistema nervioso central de los almirantes. *Ese* era el tipo de espíritu que revelaba el verdadero yo de su digno de alabanza. El káiser no

residía en palacios; Era un hombre del campo de batalla.

Sin embargo, aparte del espíritu de Reinhard, un centro central para la política, los asuntos militares y la recopilación de inteligencia era indispensable para un vasto imperio interestelar, y no había habido cambios en el plan de Reinhard para darle uno en forma de Phezzan. Con el Ministro de Industria von Silberberg como jefe, la sede de Imperial Capital Construction se estaba volviendo cada vez más animada en sus actividades, y los planes avanzaban para la nueva residencia del castillo del káiser, llamada tentativamente Löwenbrunnen, o Fuente del León. Como es ampliamente conocido, sin embargo, la construcción de este palacio no comenzó durante el reinado de Reinhard.

La elegante figura de Reinhard desapareció detrás de la puerta, y los almirantes, saludando a su partida, se separaron. Cada uno de ellos podía sentir que su temperatura sanguínea aumentaba.

10 de noviembre.

En el puente de *Königstiger* , nave insignia de la flota Schwarz Lanzenreiter, el almirante mayor Fritz Josef Wittenfeld miró la pantalla principal con los brazos cruzados. Su línea de visión estaba dirigida a Phezzan, ya en camino de convertirse simplemente en la más brillante de las muchas estrellas allí exhibidas. Aunque fue una salida apresurada, lo que se le había exigido había sido más apresurado.

Almirante Halberstadt, el vicecomandante de la flota; Almirante Gräbner, jefe de gabinete; y el comodoro Dirksen, un ayudante principal, conformaba su personal. Con expresiones fuertes y valientes en sus rostros, se pararon dispuestos alrededor de su comandante. Moviendo su mirada a través de cada una de sus caras, el feroz líder del Schwarz Lanzenreiter declaró invenciblemente: “Bueno, entonces, ¿nos dirigiremos a Heinessen y nuestras brindis por la victoria?”

Los extravagantes colores del Goldenlöwe brillaban desde la pared del

puente. Debajo de su nuevo estandarte, las fuerzas militares de una nueva dinastía comenzaron su primer viaje codicioso de conquista. Ciento cuarenta y un días habían pasado desde que la corona de oro había descansado sobre la cabeza de cabello dorado de Reinhard von Lohengramm.

CAPÍTULO 02: DESAFIANDO CADA BANDERA

I

MIENTRAS EL GOBERNADOR y las fuerzas armadas de la dinastía Lohengramm entraban en acción para poner la historia y el universo a la altura del brillante estandarte Goldenlöwe, otro grupo de naves espaciales deambulaba por la noche eterna, sin ninguna bandera propia para levantar.

En los tiempos por venir, esto a menudo se llamaría la “Flota Independiente de Yang”, pero el hombre al que se refería ese nombre simplemente lo llamaba “Irregulares”, y sus subordinados lo llamaban “Irregulares de Yang”. Sea como fuere, La flota necesitaba algún tipo de nombre oficial para sí misma, y su futuro pensionista, conducido involuntariamente de su acogedor invernadero al mundo frío y cruel, había solicitado sugerencias de nombres de los propios miembros de la tripulación. Su razón para esto fue que alentaría un sentido de solidaridad y autoconciencia entre el personal de la flota, pero de hecho, el factor motivador principal había sido que encontrar un nombre era un dolor en el cuello.

La medida fue, de hecho, efectiva. Si bien algunos ciertamente participaron porque no tenían nada mejor que hacer, hay pocas dudas de que dio sus frutos en términos de crear una conciencia compartida de “nuestra flota”. Del valor de las presentaciones de los encuestados de una brigada, Yang seleccionó el menos excéntrico consciente de sí mismo.

Un famoso líder de la flota, temporalmente alejado de la fuerza principal en

ese momento, luego lamentaría que si solo hubiera estado presente para sugerirlo, “Olivier Poplin y su elenco de apoyo masculino” seguramente habría sido la nomenclatura elegida — aunque él carecía incluso de un simpatizante de este reclamo.

En cualquier caso, Yang Wen-li no les permitió poner ningún nombre ridículamente sobrecargado en su flota.

Yang sabía que la frase ácida “armada privada errante” había ganado popularidad entre quienes se oponían a él. Si uno ignoraba todo lo que había sucedido hasta ahora y se enfocaba solo en el presente, esa evaluación tenía algo de verdad superficial. Incluso con Yang Wen-li como su comandante, Wiliabard Joachim Merkatz ayudándolo, y Walter von Schönkopf, Alex Caselnes y Dusty Attenborough como oficiales de personal, todavía existía completamente divorciado de la sanción oficial de su nación. Es probable que estos cinco oficiales puedan organizarse y liderar una fuerza en la escala de cinco millones de personal, pero en realidad, su flota contaba con más de seiscientas naves, con un personal de solo dieciséis mil.

No tenían cobertura política ni bases de suministro. Ahora que el ambiente festivo de su reunión con Merkatz en la base abandonada de Dayan Khan se había enfriado un poco, el liderazgo de los Irregulares tuvo que pensar mucho en su dirección para seguir adelante.

Solo Dusty Attenborough, que pasaba una mano por una cabeza enmarañada de cabello lanoso y gris hierro, se movía primero hacia la acción, en lugar de pensarlo. En apariencia, se parecía más a un activista estudiantil revolucionario que a un almirante de la marina. Yang siempre calificó a su antiguo subclasista de la Academia de Oficiales en términos de sus habilidades como táctico y comandante, pero ahora liberado de los grilletes del ejército de la FPA, Attenborough se había mostrado, en un grado sorprendente, como un hombre de acción. así como su habilidad organizativa, sorprendiendo a otros con su arduo trabajo y energía mientras se aplicaba a tareas como reorganizar la flota, preparar planes de batalla tácticos y entrenar soldados. La indolencia de Yang solo hizo más evidente su vitalidad.

“¿Qué tal esto, mariscal? Recuperamos Iserlohn, creamos una zona de liberación que se extiende desde la región del corredor hasta El Fácil, y luego respondemos a la ofensiva del imperio”.

La propuesta de Dusty Attenborough en realidad sonaba como algo que diría un estudiante revolucionario. Esto fue evidente por su uso de términos como “zona de liberación”. Yang, por su parte, sintió ganas de arrojar una nube de sarcasmo humeante en su rostro. *No tienes ningún problema en el mundo, ¿verdad?* él pensó. Pero también había discernido el valor estratégico en la propuesta de su antiguo subclasista.

“Si retomar Iserlohn fue todo lo que hicimos”, dijo Yang, “simplemente terminaríamos aislados en medio del corredor. Pero si pudiéramos asegurar El Fácil como una cabeza de playa, y desde allí construir conexiones con Tiamat, Astarte y otros sistemas cercanos para establecer corredores de espacio liberado, eso podría hacer que sea más fácil responder a cualquier cambio que se produzca. Aun así, este no es el momento para eso todavía”.

Yang creía eso. Además, pensando en el futuro en términos de estrategia política en lugar de militar, sintió que probablemente era mejor seguir adelante y comenzar a preparar el escenario para un futuro acuerdo político. Al reconocer la hegemonía de Reinhard von Lohengramm y el Neue Reich, y restaurar la Fortaleza Iserlohn para él, podría ser posible liberar a El Fácil a cambio, nombrándolo una “ciudad libre del imperio” o algún eufemismo similar, y preservando la tenue luz de la lámpara de la democracia republicana. Sin embargo, para extraer tal concesión del Kaiser Reinhard, habría que pagar un precio acorde.

En la actualidad, Yang no pensaba en absoluto en la posibilidad de que Reinhard incumpliera su palabra. Ese joven, cuyo bello rostro era como un retrato hecho con pinturas impregnadas del aliento de la musa, podría conquistar, invadir, purgar y vengar, pero parecía incapaz de romper una promesa una vez que se hizo. La única vez que Yang lo conoció, lo sintió por la presencia del otro hombre.

En otras palabras, varias cosas funcionan mejor si nos hace el favor de

seguir con vida. Yang era el mismo hombre que había llevado a Reinhard al borde de la derrota en la Guerra Vermillion hace apenas un año y medio, pero a veces todavía tenía esos pensamientos. Desde el principio, Yang nunca había albergado ningún ánimo hacia Reinhard como persona.

El hombre conocido como Yang Wen-li era un organismo compuesto de innumerables contradicciones. Mientras detestaba a los militares, se había elevado al rango de mariscal; mientras evitaba la batalla, había apilado la victoria sobre la victoria; Mientras dudaba de la importancia de la existencia continua de su estado, sus contribuciones a ese estado habían sido muchas; Ignorando la virtud de la diligencia, había acumulado logros incomparables. Por esa razón, algunos argumentan que no tenía una filosofía orientadora: que lo que fluyó constantemente a través de su psique podría haber sido el sincero deseo de ser un simple suplente en el gran juego de la historia, y un deseo de entregar el papel principal y encuentre su asiento entre los espectadores tan pronto como un individuo mayor suba al escenario.

Garabateado en un tratado histórico inacabado que Yang abandonó la escritura fue el siguiente: “Todo el universo es un escenario, y la historia es una farsa sin autor”. Como simplemente estaba repitiendo un proverbio muy antiguo, no fue el fruto de ningún creador particularmente un proceso creativo de pensamiento. Aun así, fue útil para comprender al menos parte de dónde provenía su punto de vista.

Si Yang hubiera nacido en la misma generación que Ahle Heinessen, padre fundador de la Alianza de Planetas Libres, su vida probablemente habría sido más simple y sus elecciones más claras. Lo más probable es que hubiera ofrecido su lealtad completa e incondicional a Heinessen y sus ideas, y en el aspecto militar, trabajó en una capacidad de asesoramiento limitada, manteniéndose un paso detrás del líder y apoyándolo desde el fondo.

Algunos historiadores han señalado la tendencia psicológica de Yang a preferir el papel del número dos al número uno. Afirman, por ejemplo, que cuando Yang extendió su mayor cortesía a su anciano comandante en jefe, Alexandor Bucock, no lo hizo basándose en simples sentimientos de afecto

y respeto, sino por un deseo profundamente arraigado de no elevarse más que la posición número dos.

Aquellos que argumentan que la formación más fuerte para las Fuerzas Armadas de la Alianza de Planetas Libres habría sido Bucock como comandante en jefe y Yang como jefe general de personal — y lamentan el hecho de que esto finalmente no fue así — basan sus puntos de vista en tales opiniones.

Naturalmente, el propio Yang nunca dio una respuesta clara a estas afirmaciones. Sin embargo, lo que es cierto es que, durante el transcurso de su propia vida, Yang finalmente no pudo encontrar a ningún *individuo* digno de su lealtad política. Si esto fue una bendición o una maldición probablemente no estaba claro incluso para Yang.

II

Inmediatamente después de que él y sus subordinados escaparan de las manos asesinas de su gobierno, Yang se reunió con Merkatz y supo que el gobierno del sistema El Fácil había declarado su independencia de la Alianza de Planetas Libres. La "estrategia de liberación" de Attenborough, por supuesto, se había diseñado sobre la base de esta información.

Walter von Schönkopf también lo alentó en líneas similares. La impresión de Yang, sin embargo, fue más de él ondeando una bandera roja para animarlo. "Ve a El Fácil de inmediato", dijo von Schönkopf. "La gente de allí es apasionada, pero no tienen ninguna estrategia política o militar. Probablemente estarían contentos de tenerte como su principal líder".

Sin embargo, incluso en medio de tales circunstancias, Yang mantuvo su negativa a convertirse en el líder supremo del movimiento anti-imperio.

"El principal líder tiene que ser un civil. No existe una democracia o una

república gobernada por soldados. No puedo ser el líder de esto”.

“Estás siendo demasiado terco”, insistió von Schönkopf. Él y la palabra “discreción” habían perdido el contacto hace años. “Ya no eres un soldado. No tiene rango, es un civil sin trabajo cuyo gobierno no pagará tu pensión, y mucho menos un salario. ¿Qué te detiene?”

“No hay nada que me detenga”, dijo Yang, y aunque parecía que solo estaba discutiendo por eso, tenía más de una razón para no apresurarse a El Fácil. Lo que quería decir era que las cosas no eran tan fáciles.

“Mariscal, ¿alguna vez ha pensado dónde está que se queda atrás del Káiser Reinhard?”

“Es nuestra diferencia en talento”.

“No, no lo es”, afirmó von Schönkopf. “Es tu diferencia de espíritu”.

Yang cayó en un silencio sombrío ante las palabras de von Schönkopf, con una mano todavía en la boina negra que llevaba puesta. Era su forma de admitir que no podía negar la verdad en la afirmación de von Schönkopf.

“Si el destino tratara de pasar por encima al Káiser Reinhard sin mirarlo, él lo agarraría del cuello y la obligaría a seguirlo. Para bien o para mal, en eso es bueno. Tú, por otro lado…”

Contrariamente a las expectativas de Yang, von Schönkopf dejó de criticarlo aún más, ya que una expresión que desafió la descripción fácil apareció en su hermoso rostro caballeroso. “Creo que hay algo que buscas. ¿Qué esperas, mariscal? ¿En nuestra etapa actual?”

Después de una breve vacilación, Yang respondió en voz baja: “Solo hay una cosa que espero. Ese presidente Lebello hará un buen trabajo suavizando mi ausencia”.

Desde que escapó de la capital de los Planetas Libres, Heinessen, Yang había estado avanzando a tientas a través de un laberinto de pensamiento y

estrategia, y había necesitado muchos descansos en el camino.

Con cinco años de rienda suelta, Yang podría haber empleado una planificación constructiva y una conspiración destructiva como un cuchillo y un tenedor, rebanando y cortando el universo entero a su gusto y condimentándolo con algo parecido a su república democrática ideal. Sin embargo, los granos de reloj de arena que realmente habían caído en su palma no habían ascendido a más de sesenta días. Las acciones arbitrarias de Lennenkamp y la reacción exagerada de Lebello hacia ellos habían detenido el pasadizo de su reloj de arena con el concreto de su obstinación, y Yang había sido expulsado de su humilde nido de hibernación.

La dulce canción de cuna de su largamente soñada vida de pensionista se había interrumpido después de apenas dos meses. Yang había estado pagando una parte de su salario en el sistema de pensiones durante los últimos doce años. Fue una atrocidad obtener solo dos meses de pagos, y sintió ganas de gritar: “¡Al menos déjenme ver algún retorno de la inversión!”. Tanto como figura pública como figura privada, esta era la altura de desilusión, tanto en la realidad abstracta como en la concreta.

Aun así, no era como si hubiera tratado de abandonar la responsabilidad que tenía de participar en la creación de la historia.

Cuando El Fácil golpeó imprudentemente los colores de la independencia, Yang por un breve tiempo consideró seriamente acudir en su ayuda. Attenborough y von Schönkopf no habían necesitado intentar tentarlo. Si lo hubiera hecho, habría asegurado tanto la justificación como una base de operaciones, y El Fácil habría adquirido especialistas militares capaces.

Sin embargo, Yang había previsto que tal drama pronto llevaría a la entrada de una magnífica tormenta de viento con el nombre de Reinhard von Lohengramm, y hasta que pudiera determinar qué dirección tomarían los eventos, no quería conducir ninguna brecha permanente entre él y la Alianza de Planetas Libres.

Si tuviera que echar mano de su suerte con El Fácil ahora, no era inconcebible que un gobierno aterrado de Planetas Libres se uniera por

completo con el Imperio Galáctico. Los gobiernos locales en otros sistemas probablemente se levantarían en respuesta a El Fácil, pero dada la escala de las fuerzas actuales de Yang, no había nada que él pudiera hacer por ellos. Todo lo que podría hacer era mirar desde muy lejos, ya que estaban aplastados bajo el gigantesco cuerpo del imperio.

El Káiser Reinhard estaba seguro de hacer un movimiento. En ese punto, Yang albergaba sin duda alguna. Dentro de un año, él vendría, liderando sus fuerzas en persona. Las estrellas brillantes de la Alianza de Planetas Libres los arrojaría a su cáliz dorado y luego, como una deidad inmensa de la mitología antigua, los tragaría enteros. En cierto sentido, Yang comprendió mejor la verdadera naturaleza de Reinhard que Reinhard mismo. Ese joven apuesto, en apariencia como una figura hecha de luz cristalina solidificada, nunca permitiría que el destino del universo fuera decidido por alguien que no sea él. “Duerme y espera suerte”, dicen algunas personas, pero dormitando perezosamente en su cama con dosel esperando que le lleguen cosas buenas no se convirtió en ese joven en lo más mínimo. En este punto, Yang estaba totalmente de acuerdo con la evaluación de von Schönkopf.

Cuando cambió ese pensamiento y se evaluó a la luz de él, Yang tuvo problemas para reprimir una sonrisa irónica. Su punto de vista difería del de von Schönkopf — creía que estaba caminando por un camino para el que nunca había sido destinado.

En los tiempos por venir, algunos criticarían duramente las acciones de Yang durante este período.

“Yang Wen-li no tenía en mente ningún cálculo estratégico cuando se separó de la Alianza de Planetas Libres. Ante la amenaza contra su vida, no hizo nada más que impulsivamente emprender un curso de autoconservación extremadamente simple. Un movimiento decepcionante para uno tan elogiado por su brillantez como comandante…”

“Si Yang Wen-li hubiera tenido la intención de vivir su vida como un ambicioso advenedizo empeñado en la conquista, debería haber ignorado la orden de alto el fuego del gobierno en la Guerra Vermillion, y con una lluvia de fuego láser pusiera fin a Reinhard von Lohengramm. Si, por otro

lado, pretendía vivir su vida como un soldado leal de la Alianza de Planetas Libres, ¿no debería haber obedecido la voluntad de su gobierno, incluso hasta el punto de aceptar su propia muerte injusta? Pero Yang Wenli no fue un ejemplo perfecto de ninguna de las filosofías…”

Yang sabía muy bien que estaba muy lejos de la perfección, por lo que es poco probable que hubiera negado estas críticas unilaterales. No es que él los hubiera aceptado simplemente como un buen niño tampoco.

Sobre el tema de la imperfección, la esposa del recién casado del Milagroso Yang, Frederica Greenhill Yang, se había dado cuenta de todo tipo de imperfecciones como ama de casa. Cuando su enésimo desastre culinario transformó su estofado irlandés en una masa negra de mermelada carbonizada, Charlotte Phyllis, hija de la familia Caselnes, que también estaba a bordo de la nave insignia, pronunció estas palabras de aliento: “Está bien, señora Frederica. Si sigues intentándolo, seguramente te volverás buena”.

“Er… gracias, Charlotte”.

Naturalmente, el padre de Charlotte Phyllis, a cargo del reabastecimiento y la contabilidad de la Flota Independiente Yang, no podía ser infinito en su generosidad. Cada comida que Frederica arruinaba consumía el valor de una comida de las reservas de alimentos de los soldados. No importa cuán excelente haya sido un maestro de escritorio Alex Caselnes, ni siquiera él podría hacer algo de la nada. Empleando una multitud de expresiones indirectas, logró convencerla de que había cosas más importantes que darle todo a la práctica de la cocina.

Entonces, en lugar de concentrarse en su posición doméstica, Frederica decidió aprovechar al máximo sus puntos fuertes en el papel de ayudante de campo para un almirante joven y famoso, eligiendo centrarse en el trabajo de escritorio por un tiempo. En cuanto a si su esposo y su antiguo estudiante de último año brindaron con alivio este desarrollo con vasos de whisky de papel, no queda ningún registro. En cualquier caso, Yang no tenía ninguna

expectativa particular de que su esposa de siete años más joven fuera una maestra de las tareas domésticas.

Por otro lado, las habilidades de Frederica como ayudante de campo estaban muy por encima del promedio. Su agudo instinto para comprender exactamente lo que querían sus oficiales superiores, sus poderes de memoria, su decisión y sus habilidades en la oficina fueron dignos de la lluvia de elogios de millones. También estaba el hecho de que, en términos de su historia personal, había sido la ayudante de Yang durante mucho más tiempo que su esposa. Yang también parecía preferir hablar de estrategia con ella.

“Cuando el Káiser Reinhard entre en vigencia, existe la posibilidad de que el gobierno entre en pánico y me envíe un mensajero. Sí, incluso podrían pedirme que haga el doble deber como director de la sede de operaciones conjuntas y comandante en jefe de la Armada Espacial, y que me otorgue autoridad sobre todo el ejército”.

“¿Aceptarías eso?”

“Bueno, cuando tienes un regalo en ambas manos, no hay forma de esquivar cuando salen los cuchillos”.

Yang, por su parte, no pudo evitar hablar un poco mezquino. Si él, después de ser agasajado con innumerables honores, fuera alegre y descaradamente a dar un paseo y fuera asesinado, se ganaría el dolor de sus antepasados y el desprecio de las generaciones futuras. También existía la posibilidad de que el gobierno de los Planetas Libres buscara asegurar la paz ofreciéndolo como un cordero de sacrificio. Después de todo, ya habían tratado de matarlo.

Junto con una dosis considerable de melancolía, la solemne cara de João Lebello, presidente del Consejo Superior de la Alianza de Planetas Libres, surgió en la mente de Yang. Lebello había planeado el asesinato de Yang, pero no por malicia o ambición— había tenido un conflicto sincero al respecto, buscando nada más que la continua existencia de la Alianza de Planetas Libres, con sus dos siglos y medio de historia desde Ahle

Heinessen. Si el estado podía sobrevivir, incluso estaba dispuesto a asesinar al Milagroso Yang y dejar que su propio nombre quedara en la infamia en los anales de la historia. Incluso suponiendo que esto no fuera más que un efecto psicológico asociado con el narcisismo, no sería fácil para Yang contrarrestar si Lebello tenía al menos una creencia y determinación subjetivamente exhaustiva.

Otro problema era que los deseos de los militares y el gobierno que representaba Lebello no eran necesariamente los mismos, y el factor más importante que determinaba sus acciones era probablemente el impulso. No importa cuán superiores sean los poderes de percepción de Yang, era casi imposible adivinar el contenido de un impulso. Aun así, había hecho una predicción particularmente terrible, aunque aún no había hablado de eso ni siquiera con su esposa. Si esa predicción resultó ser correcta, el curso que tendría que tomar ya estaba decidido. Pero para justificar ese curso, Yang sabía que, al menos por ahora, no debía ir a El Fácil.

Cuando Dusty Attenborough visitó la oficina del comandante de la flota con una jugosa información, se dirigían a la tercera semana desde su fuga de Heinessen. Lo llamó “inteligencia”, aunque no tenía nada que ver con asuntos militares o políticos, y estaba más en la línea de los chismes cotidianos. Frederica comenzó a levantarse para irse, pero Attenborough le indicó que se quedara y bajó la voz con un drama exagerado.

“¿Sabías que el Vicealmirante von Schönkopf tiene un hijo ilegítimo en esta flota?”

Attenborough miró directamente a los rostros de los Yang, y una sonrisa de satisfacción se extendió por su rostro. Dejar al Milagroso Yang atónito no fue tarea fácil. No se trataba de noticias estremecedoras ni de nada constructivo, y ciertamente no era una conversación elevada, pero había logrado sorprender a Yang.

En su esencia, Attenborough era un hombre que prefería el zumbido de la actividad en conflicto al estancamiento de la paz, aunque entendía a su

manera cuando era y no era aconsejable revelar secretos. Con respecto a este hecho, no había dicho nada ni siquiera a von Schönkopf.

Mientras leía una lista de toda la tripulación de los Irregulares, su memoria se había tropezado con el apellido de un Katerose von Kreutzel. Le había llevado bastante tiempo darse cuenta de que era la hija de un paradero desconocido de quien el mismo von Schönkopf le había contado.

“Así que justo ahora, me escabullí a la sala de pilotos para contemplar la cara bonita del joven fräulein del vicealmirante von Schönkopf”.

“¿Y? ¿Cómo era ella?” La voz de Yang estaba a punto de desbordarse de curiosidad. “Probablemente quince, dieciséis años. Toda una belleza, y parece que todavía tiene potencial para mejorar. Sin embargo, tal vez solo sea un poco mandona”.

“¿Pensando en retractarse de su soltería, almirante Attenborough?”

Ante la pregunta de Frederica, Attenborough lo pensó por un momento. Para los Yang, parecía más que medio serio, pero al final, sacudió la cabeza con el cabello enredado y lacio de color gris hierro.

“No, no voy a ir allí. No puedo entender cómo llamar al Vicealmirante von Schönkopf “Padre” alguna vez se conectaría con el maravilloso futuro de mis sueños”. Yang asintió con total comprensión y Attenborough sonrió.

“En términos de edad, parece una mejor pareja para Julian”, dijo Attenborough.

“Oh no, no lo haces”, dijo Yang. “Tiene a Charlotte Phyllis”.

Ni Yang ni Attenborough sabían que el pupilo de Yang, Julian Mintz, ya había conocido a Katerose von Kreutzel hace seis meses, o que estaban dejando sus deseos completamente fuera de la conversación.

“… Sin embargo, si la hija de Caselnes y la hija de von Schönkopf comenzaron a pelear por Julian, ¡sería un espectáculo para la vista! ¿Me

pregunto cómo competirían esos papás tontos de ellos por el papel de suegro?” Frederica, mirando un poco horrorizada a su marido divirtiéndose tan irresponsablemente, arrojó con calma una piedra a las aguas: “Tienes razón. No importa cuál de ellos gane, la familia Yang obtendría un nuevo pariente maravilloso”. Yang, cuando escuchó eso, cayó en una seria contemplación, y Frederica y Attenborough tuvieron que esforzarse mucho para contener la risa.

“De todos modos”, dijo Attenborough, “¿cuántos meses han pasado desde que ese chico se fue a la Tierra? Me pregunto si está bien…”

“Claro que lo está. Está a salvo”, dijo Yang con un ligero énfasis.

Yang tenía treinta y un años este año, pero Julian Mintz, que ya había vivido durante cinco años como su pupilo, tenía diecisiete años y se le había otorgado el rango de subteniente. Había registrado logros militares cuatro años antes que su tutor, aunque eso, por supuesto, había sido excepcional.

Caselnes había predicho: “Podría terminar siendo un oficial de campo a los veinte, y Su Excelencia el Almirante a los veinticinco. Es un corredor más rápido que tú”.

“¿Las cosas realmente salen tan bien?”, Respondió Yang en un tono grave, aunque su expresión había traicionado su voz. “No lo halagues. Se engreirá”.

Yang no había tenido la intención de hacer un soldado de Julián, pero dado los propios deseos de Julián, le había dado al chico entrenamiento militar tanto en capacidades oficiales como no oficiales. Estrategia y táctica que Yang le había enseñado a Julian, von Schönkopf se había encargado del entrenamiento de combate cuerpo a cuerpo y Olivier Poplin lo había instruido en combate aéreo. Frederica y Caselnes lo habían entrenado en los entresijos de la burocracia. La intención de Yang había sido descubrir desde el principio a qué tipo de trabajo se adaptaba naturalmente al chico. Algunos observaron que la presión mental que este equipo de instructores de primera clase ejercía sobre el chico parecía calculada para hacerlo abandonar sus sueños de la vida militar, pero esas personas estaban

pensando demasiado, muy probablemente.

Sin embargo, Julian fue bendecido con una gran cantidad de talento natural, y mostró una gran habilidad en todo lo que puso en su mano. Sus instructores estaban complacidos, pero al mismo tiempo sintieron un ligero indicio de preocupación.

Un día, Olivier Poplin sentó al joven de pelo rubio para un sermón.

“Julian, puedes ser *bueno* en todo, pero si no puedes competir con Yang Wen-li en lo que respecta a estrategia y táctica, si no puedes defenderte de Walter von Schönkopf mano a mano, y si tus habilidades de combate aéreo no pueden mantener una vela frente a las de un Olivier Poplin, terminarás siendo un ejemplo de libro de texto del tipo de todos los oficios que no es dueño de nada”.

La mayor parte de lo que tenía que decir era una buena representación de lo que Yang estaba sintiendo, pero como Poplin era Poplin, tenía que ir y abordar algo innecesario al final de este sermón más sensible: “Entonces, Julian, quiero que trabajes duro para que al menos puedas superarme en la adquisición de sexo”.

Por supuesto, al escuchar a Alex Caselnes decirlo, ni el sermón de Poplin ni la preocupación de Yang tuvieron mucho efecto. Después de todo, cuando era mejor que Poplin en estrategia y táctica, mejor que Yang en el combate cuerpo a cuerpo y mejor que von Schönkopf en el combate aéreo, ¿qué negocio le tenían condescendiente?

Aun así, sin importar cómo pudieran evaluar a Julian con la palabra hablada, todos le tenían cariño y esperaban su seguridad y éxito.

Otra razón por la que Yang no estaba tomando medidas era que estaba esperando el día en que Julian volvería a él con inteligencia vital de la Tierra. Aunque tenía poca responsabilidad en el asunto, no había podido defender la casa a la que se suponía que Julian regresaría, y finalmente se vio obligado a huir de Heinessen. Por eso, Yang sintió que tenía la culpa.

III

Tras la fuga de Yang Wen-li y sus subordinados, se exhibió una lamentable agitación en la capital de planetas libres de Heinessen, como la de un dinosaurio herbívoro que se había metido en un pantano seco.

Con motivo de la fuga de Yang, se habían intercambiado disparos entre tres partes— los subordinados de Yang, las fuerzas gubernamentales de los Planetas Libres y las tropas imperiales comandadas por el difunto comisionado Lennenkamp. La gente, por supuesto, lo sabía. Desde ese día, se habían formado grietas silenciosas e intangibles en la tierra y el cielo de Heinessen.

Aunque João Lebello, presidente del Consejo Superior de la Alianza de Planetas Libres, estaba trabajando duro incluso ahora tratando de preservar los contornos y el liderazgo repentinamente desmoronados del estado, sus esfuerzos casi no produjeron ningún efecto real.

Lebello había ocultado al público la muerte renuente del comisionado Lennenkamp, así como lo que fue, después de todo, la reticente partida del mariscal Yang. Lo había hecho porque creía que era necesario proteger el honor y la seguridad del gobierno de los Planetas Libres. La batalla que se desarrolló en las calles de la zona alta de la capital la calificó como "un accidente no digno de comentario", pero al esquivar las preguntas, solo logró amplificar la inquietud y la desconfianza de la gente.

Como diría un historiador posterior: "No hay lugar para dudar de la lealtad y el sentido de responsabilidad de João Lebello hacia el estado. Pero también existen en este mundo esfuerzos desperdiciados y devoción inútil. Y eso describe a la perfección lo que estaba haciendo João Lebello, presidente del Consejo Superior de la Alianza de Planetas Libres…"

“Por supuesto, las desgracias de João Lebello comenzaron cuando asumió el cargo de jefe de Estado, luego del vuelo ignominioso de Job Trünicht. Si hubiera estado fuera del gobierno, no habría tenido nada que ver con el vergonzoso intento realizado contra la vida de Yang Wen-li, y bien podría haber tomado el primer puesto en la planeada Administración Civil Revolucionaria de Yang. Sin embargo, todas las posibilidades le habían dado la espalda…”

Lebello nunca había sido un hombre pesado, pero día tras día de penurias y trabajo excesivo había comido su cuerpo con avidez hasta que ya no era tan delgado como puntiagudo. Su piel había perdido su brillo saludable, y el enrojecimiento de los capilares ahora era perceptible solo en sus ojos.

Preocupado, el secretario jefe del gabinete civil y el secretario ministerial lo habían instado a tomarse un tiempo libre, pero sin siquiera responder, Lebello se había enraizado en su oficina, había roto sus amistades personales y se había aferrado firmemente a sus deberes oficiales con solo su sombra como compañía.

“No durará mucho más…”

Esa predicción indiscreta pero muy seria se susurraba de un lado a otro en la oficina. El tema de esa oración se había omitido con osadía— ¿era el nombre de un hombre o el nombre de una nación?

Job Trünicht, el predecesor de Lebello como presidente del Alto Consejo, había sido completamente detestado por sus oponentes, quienes lo llamaron un “imbécil de lengua plateada y cara hermosa”, pero cuando se trataba de jugar con las emociones de los seguidores y votantes indecisos, había sido un maestro. Una razón para eso fue que su buen aspecto y su elocuencia se destacaron entre la multitud, pero cuando dio el salto del presidente del Comité de Defensa al presidente del Alto Consejo, invitó a cuatro chicos y chicas a su ceremonia de inauguración.

Uno de ellos había sido Kristoff Dickel, un joven que, después de perder a sus dos padres mientras abandonaba el imperio con su familia, había trabajado para ir a la escuela, graduarse como el mejor de su clase y pasar a

la Academia de Oficiales. Otra había sido una mujer joven que, a pesar de haber sido aceptada en la universidad, se había ofrecido voluntaria para convertirse en una enfermera militar, y había salvado la vida de tres soldados en el campo de batalla. Una de ellas era una joven que se había convertido en líder en la recaudación de fondos para ayudar a veteranos heridos o enfermos. Y el último fue un joven que se había recuperado de la adicción a las drogas, fue a trabajar a la granja de su padre y ocupó el primer lugar tanto en un concurso de vacas lecheras como en un concurso de debate.

Trünicht había presentado a estos cuatro como “jóvenes ciudadanos de la república”, hizo un alarde de estrecharles la mano en el escenario y les entregó a cada uno una “Medalla de Honor para Jóvenes” que había inventado. El discurso que siguió fue uno completamente divorciado de la vergüenza o la objetividad. Había sido un diluvio de bonitas palabras y frases, y una cascada de elogios. Los que estaban bañados en su rocío habían quedado atrapados en oleadas de ilusión que se extendían por el momento. Todos los asistentes habían sido guerreros santos, luchando contra el imperio para proteger la libertad y la democracia. La energía de esta ilusión había corrido por sus venas.

Abrazando los hombros de los cuatro hombres y mujeres jóvenes, Trünicht había cantado el himno nacional en coro con todos, y cuando había cantado “¡Oh, somos gente de la libertad!”, La emoción y la emoción en la sala se habían convertido en un volcán activo que hizo erupción. Los asistentes se habían convertido en una ola de cuerpos humanos cuando se pusieron de pie y desataron una lluvia de elogios sobre la Alianza de Planetas Libres y el Presidente Trünicht.

Entre los asistentes a la ceremonia, naturalmente había habido críticos y opositores a Trünicht, pero aunque la naturaleza calculada de toda la producción los había disgustado internamente, no habían podido retener los aplausos. Finalmente, un enemigo de Trünicht era visto como un enemigo del estado, y ese era un peligro que habían evitado.

“Entiendo— esos son cuatro hombres y mujeres jóvenes que él tiene allí. Pero, ¿cómo se relacionan exactamente las cosas que han logrado con las

políticas y la toma de decisiones del señor Trünicht?”

Esa pregunta había sido arrojada a la pantalla por el entonces comandante de la fortaleza de Iserlohn, el almirante Yang Wen-li, pero como había estado en un lugar a cuatro mil años luz de la capital, sus palabras nunca llegaron a oídos de las autoridades. Según la estimación de Yang, el mayor enemigo de los Planetas Libres no había sido Reinhard von Lohengramm, sino su propio jefe de estado.

“Cada vez que escucho a ese tipo obtener todo Shakespeariano en sus discursos, mi alma se rompe en colmenas”.

“Eso es muy malo. Si fuera tu piel, podrías tomar vacaciones pagadas”.

Esta respuesta había sido de Julian, el compañero constante de conversación de Yang Wen-li, que había estado vertiendo miel cuidadosamente en el té Shillong.

Se corría la voz de que Job Trünicht había obtenido garantías para su seguridad personal y fortuna, y se embarcó en una vida de autocomplacencia en la capital imperial de Odín. Aunque fue criticado rotundamente por su abandono de principios, la gente todavía no pudo evitar reconocer que — aparte de las cuestiones del bien y el mal — había sido un pilar sobre el que descansaba su gobierno. Incluso si la falsedad se había hecho carne, Trünicht había unido los corazones de las personas e inspirado, mientras que los esfuerzos de Lebello, al igual que el calentamiento de un huevo no fertilizado, no habían hecho más que decepcionar.

Ni la pequeña cantidad de personas que conocían los hechos sobre la fuga de Yang Wen-li ni la mayoría que no sabía nada al respecto no podían dejar de notar el hedor de una base podrida que se elevaba desde las tablas del piso de esa casa de madera conocida como la Alianza de Planetas Libres. Solo, Lebello se había cerrado la nariz y seguía trabajando en el interior de esa casa basculante.

Su sentido de responsabilidad y misión no siempre funcionó en una dirección positiva. La carga de deberes que estaba tratando de asumir por sí mismo en verdad requería más de media docena de hombros para soportarlo, pero parecía estar tratando de resolver cada problema solo. Incluso su buen amigo Huang Rui, a quien se le negó una reunión por falta de tiempo libre, se encogió de hombros y no volvió. Su amigo siempre había tenido poca energía mental de sobra, y una vez que se agotó, no tuvo más remedio que cerrar las puertas de su refugio invisible.

Durante este período, el imperio había seguido guardando silencio, pero esto era simplemente el silencio de un volcán inactivo esperando a hacer erupción, y una vez que se activara nuevamente, envolvería a toda la galaxia en lava hirviendo. Incapaces de imaginar cuándo y cómo se reanudarían las erupciones, la gente ya estaba contemplando las espesas nubes de humo volcánico en sus mentes.

La camarilla de Yang Wen-li había desaparecido entre los torrentes y las olas de las estrellas, continuando su viaje invisible como un banco de peces de aguas profundas. Naturalmente, se les habían extendido antenas de reconocimiento en todas las direcciones, pero con la muerte inesperada del Alto Comisionado Lennenkamp, la huida del Mariscal Yang y, por supuesto, la orden del Alto Comisionado imperial y el esquema del gobierno del FPA, que juntos habían arrojado a Yang corporalmente en un vacío de cero g — clasificado como de alto secreto — las órdenes de reconocimiento apenas se habían seguido con gran atención a los detalles.

Una vez que los Irregulares de Yang habían sido vistos por naves FPA en patrulla, pero el Mariscal Yang — con una cara desconocida para nadie en las Fuerzas Armadas de la FPA — se había mostrado en la pantalla y dijo: “Estamos en una misión secreta del gobierno”. El comandante de las naves, bastante movido, los saludó y los despidió sin incidentes. Había utilizado perfectamente el autoritarismo de los militares y el secreto del gobierno contra ellos perfectamente, pero un entendimiento común que se formó entre muchos oficiales de alto rango más tarde fue: “Si nos hubieran revelado los hechos, no solo no habría arrestado a Yang — Hubiera cambiado de bando y me hubiera unido a él”.

No requería autodesprecio para decir lo obvio: tanto los soldados en la línea del frente como los civiles en la retaguardia tenían a Yang Wen-li en una estima mucho mayor y confiaban mucho más en él que en el gobierno.

Incapaz de advertir a su buen amigo, Huang Rui miraba por la ventana de su estudio todos los días, observando un pequeño remolino en el torrente de la historia.

La caída de la Alianza de Planetas Libres ya no era evitable. Y si fuera a ser destruido de todos modos, Lebello debería haber rechazado la orden de Lennenkamp de arrestar a Yang Wen-li, y al hacerlo demostró claramente la importancia de la existencia de una nación democrática: nadie fue arrestado sin fundamentos legales. Los derechos y la dignidad debidos a cada individuo tuvieron prioridad sobre los intereses siempre cambiantes del estado. Estas fueron las cosas que podrían haber cincelado en la historia la importancia de la existencia de la Alianza de Planetas Libres. Sin embargo, ya era demasiado tarde.

También para Huang Rui, era sumamente lamentable que un buen amigo como Lebello se hubiera entregado al tipo de tácticas ilícitas que habían sido tan diferentes a él, solo para fracasar. Lebello siempre había sido uno de los que perseguía el ideal con convicción sincera y sincera. La vista de su amigo, que ya no podía caer sobre su espada después de una vida libre de compromisos, ahora casi había desaparecido del campo de visión de Huang Rui. La visión de Huang Rui ni siquiera podía penetrar hasta el fondo de las olas.

IV

Tras la retirada de su comandante en jefe, el mariscal Alexandor Bucock, la Armada Espacial de la Alianza de Planetas Libres se había quedado sin un comandante supremo. Su jefe general de personal, el almirante Chung Wu-

cheng, había permanecido en su puesto mientras se desempeñaba como subcomandante en jefe, aunque ahora era ampliamente conocido como “el hijo de un panadero que se fue a trabajar al depósito de chatarra”. De hecho, todo lo que tenía hecho desde que asumió el deber fue supervisar la eliminación de acorazados y naves nodrizas de conformidad con el Tratado de Baalat. O para decirlo con mayor precisión, en realidad solo lo estaba haciendo en papel; incluso el hombre mismo evitaba comentar si los números en sus estadísticas eran confiables o no.

“¿Qué tal si tomo el cargo de diputado una vez que Yang Wen-li regrese al ejército? No hay nadie más que pueda trabajar como nuestro comandante en jefe”.

Eso, seguido de una disculpa, fue lo que Chung Wu-cheng le había dicho a Lebello cuando estaba a punto de nombrarlo oficialmente.

“Secuestró al Alto Comisionado Lennenkamp e hizo irreparable la fractura entre los Planetas Libres y el imperio”, había dicho Lebello. “Después de eso, no hay forma de que vuelva”.

“Si puedo decir una palabra, ¿cómo tratarías exactamente con Yang Wen-li si fuera vencido por la sed de venganza personal y se uniera a las fuerzas del Káiser Reinhard? No hay ninguna razón por la que debamos cortar *cualquier* posibilidad de reconciliación. Necesitamos preparar un entorno en el que pueda regresar en cualquier momento”.

Chung no dijo nada más, aunque ya estaba implementando numerosas medidas para permitir que Yang comandara una fuerza de combate tan efectiva como fuera posible cuando regresara.

“Si me dices que vaya a luchar contra él, lo haré”, agregó. “No es que tenga ninguna esperanza de ganar. En primer lugar, ¿realmente crees que los soldados tienen algún deseo de luchar contra ese almirante invicto? El punto clave para eso sería que corrieran para unirse a su campamento con armas en mano”.

El contenido de lo que estaba diciendo no llegó a convertirse en una

amenaza, pero la expresión y el tono de Chung Wu-cheng se habían mantenido tranquilos y despreocupados, por lo que Lebello no se había dado cuenta. Sus circuitos psicológicos ya estaban sobrecargados, su habilidad para proyectar las palabras y acciones de otros en su propia conciencia había comenzado a desmoronarse.

Este tipo se va a quemar por completo antes que pase mucho más tiempo, observó Chung Wu-cheng, preguntándose si eso podría ser realmente una bendición para el desafortunado jefe de estado. De hecho, la única persona viva que podía hablar con Lebello sin reservas o sarcásticamente era, en este momento, él mismo, aunque, naturalmente, no expresó esa observación en palabras.

Las voces de los periodistas se hicieron cada vez más fuertes y más intensas a medida que los periodistas sitiaron al gobierno, diciendo: "¡Dile a la gente la verdad!" Si bien tendrían que prepararse para la retribución si criticaran al imperio, la pluma aparentemente aún conservaba su poder cuando se trataba de criticar al gobierno de los Planetas Libres.

A aquellos en la oficina del alto comisionado imperial les hubiera encantado hacer público el incidente para exponer la falta de liderazgo en el gobierno de los Planetas Libres, pero si los hechos del secuestro del Alto Comisionado Lennenkamp hubieran salido a la luz, la autoridad del El gobierno imperial no habría sufrido daños menores. Además, habría dado dirección a los sentimientos antiimperiales en poder de los ciudadanos de los Planetas Libres, y eso podría haber convertido a Yang Wen-li en un símbolo entre los esfuerzos de resistencia antiimperiales. Una variedad de condiciones los obligó a permanecer en silencio, pero eso duró solo hasta que llegaron las instrucciones del gobierno imperial. Hummel, que había sido el ayudante de Lennenkamp, estaba instalado en la oscuridad de la oficina del alto comisionado como una especie de bestia nocturna, afilando sus garras y caninos. Cierto periodista se enfrentó al gobierno y dijo: "Hay dos cosas que me gustaría preguntar. Primero, ¿dónde está el Alto Comisionado Lennenkamp? Y en segundo lugar, ¿dónde está el mariscal retirado Yang Wen-li? Eso es todo lo que quiero saber. ¿Por qué el gobierno no responde?"

Esas preguntas, sin embargo, fueron exactamente lo que el gobierno no pudo responder, y de esta manera finalmente dieron crédito al proverbio “El silencio de un testigo es la madre de los rumores”.

“… El mariscal Yang fue secuestrado por el comisionado Lennenkamp. Lo mantienen fuera de la vista en su campamento en el Planeta Urvashi, ya que ha sido puesto bajo la jurisdicción directa del imperio”.

“… No, el gobierno tiene al Almirante Yang escondido en una cabaña de montaña en cierta región de las tierras altas. Un ranchero que vive en las cercanías vio a Yang y a su esposa. Aparentemente, el mariscal tenía su brazo alrededor del hombro de su esposa, y estaban paseando por su jardín, con la cara un poco baja”.

“… Según una fuente muy precisa, el mariscal Yang y el comisionado Lennenkamp se dispararon y están en un hospital militar con heridas graves”.

“… Todos ustedes están llenos de eso. El mariscal Yang ya ha barajado esta bobina mortal. Fue asesinado por uno de los hombres del káiser”.

Apenas una palabra de estos rumores estuvo a punto de tocar una parte de la epidermis de un hecho, y naturalmente, el que se hizo más popular fue el que forzó más los límites de la exageración con respecto a la fama y las habilidades de Yang. Afirmó que el mariscal Yang estaba inventando un plan de mil años para perpetuar la democracia republicana, y había elegido sus viejos terrenos de El Fácil como fortaleza. Toda esta cadena de circunstancias se desarrollaba en la palma de la mano del mariscal Yang, y pronto llegaría el día en que el mariscal revelaría su figura invicta y galante en El Fácil, asumiría su asiento como líder de su gobierno revolucionario y declararía ante el Todo el universo que estaba levantando un ejército!

“No estamos aislados”, dijo el portavoz del gobierno autónomo de El Fácil. “Seguramente responderemos a su llamado, y luego la política de la verdadera democracia republicana se promulgará en todo el universo. Desde el fondo de nuestros corazones, daremos la bienvenida a la llegada del mariscal Yang, el mayor protector de la democracia”.

Sin nadie para continuar donde lo dejó, sin embargo, la sensación de aislamiento del portavoz solo se profundizó. Naturalmente, su comentario generó objeciones:

“En sus palabras y hechos, el gobierno autónomo de El Fácil está dando la espalda al bien de la Alianza de Planetas Libres en su conjunto. Esta es una traición grave que amenaza la existencia misma de la forma republicana de gobierno. Es nuestra esperanza que abandones tu justicia propia y regreses a los ideales de nuestro padre fundador, Ahle Heinessen”.

Esas palabras fueron dichas por el propio Lebello, pero debido a que había permanecido en silencio sobre el tema de la vida, la muerte o el paradero actual de Yang, no fue una sorpresa que no hubiera aplicado mucha presión.

El escenario presentado por Chung Wu-cheng, un diagrama que representa a Yang y al Káiser Reinhard uniendo sus fuerzas, parecía brillar como una lámpara de señal roja incluso en la visión extrema del túnel de Lebello.

“¿Estás diciendo que si respaldamos a Yang en una esquina demasiado cerrada, no tendrá a dónde ir y se unirá al Káiser Reinhard y se colocará bajo el mando imperial?”

Eso fue exactamente lo que Chung Wu-cheng estaba señalando. ¿Qué otra forma había de interpretarlo?

“Incluso si no quiere, podría verse obligado a tomar la única opción que tiene si no hay otra forma de sobrevivir. No debemos arrinconarlo”.

“Aun así, no importa cuán apretado sea el problema, Yang creció bebiendo el agua de la democracia republicana — No puedo creer que alguna vez se subordine a un déspota”.

“No se olviden, Su Excelencia, Rudolf von Goldenbaum comenzó como un líder en una república democrática y terminó siendo el gobernante de una dictadura que era positivamente medieval”.

“En ese caso, ¿tenemos que tratar con Yang antes de que eso suceda?”

“¿Matar a la serpiente mientras todavía está en el huevo, quieres decir? Aun así, necesitaremos soldados si vamos a luchar contra el mariscal Yang. Y eso definitivamente es una tarea difícil”.

Las fuerzas imperiales consideraban a Yang su mayor enemigo. Las batallas en Astarte, Amritsar, el Corredor Iserlohn y Vermillion habían demostrado que eso era cierto. Y en cuanto a los soldados de las Fuerzas Armadas de la Alianza de Planetas Libres, no podían pensar en matar a Yang como algo más que ayudar e incitar al imperio.

“No creo que luchar contra Yang signifique hundirse en el estado de las patas de gato imperiales”.

“Presidente, el problema que estoy señalando tiene que ver con las emociones de los soldados, no con su opinión”.

Después de disparar esa línea descortés con un tono de voz cortés, el almirante Chung Wu-cheng se despidió del agonizante jefe de estado. Tenía otras cosas que hacer y no podía permitirse perder el tiempo en discusiones graves pero infructuosas.

Lo que finalmente alejó a Lebello de su tiovivo de inquietud ilimitada fue un joven con lujoso cabello dorado. El 10 de noviembre de ese año, Reinhard von Lohengramm, el káiser del Imperio Galáctico, apareció en las pantallas de comunicación FTL en toda la galaxia, frente a su nuevo estandarte.

“Ciudadanos de la Alianza de Planetas Libres, ha llegado el momento de que reconsideren si su gobierno merece o no su apoyo”.

El discurso del Káiser Reinhard, que comenzó con ese comentario introductorio, sorprendió tanto a los ciudadanos como al gobierno de la Alianza de Planetas Libres.

Habló del suicidio del alto comisionado imperial — del almirante mayor

Helmut Lennenkamp — Del escape del mariscal retirado Yang Wen-li de la capital. Sobre el enfoque de mano dura de la oficina del comisionado y los planes del gobierno de la FPA, que juntos formaron el semillero del cual surgieron estos resultados. Todas las cosas que las personas no podrían haber aprendido si hubieran querido se les contaron en ese momento.

“Admito libremente mi propia ignorancia y la irreflexión del gobierno imperial. Estas cosas merecen ser criticadas, y no puedo evitar llorar por el hombre consumado que se perdió y la paz que se hizo añicos. Sin embargo, al mismo tiempo…”

A los ojos de un pueblo cautivado por el shock, ese joven conquistador de cabello dorado era como un ídolo dorado para el dios de la venganza. Sus ojos azul hielo brillaban con una luz amarga, abrasando las retinas de los espectadores.

“… Al mismo tiempo, no puedo pasar por alto la incompetencia y la infidelidad del gobierno de los Planetas Libres. Fue incorrecto que el difunto alto comisionado Lennenkamp exigiera el arresto del mariscal Yang. El gobierno de los Planetas Libres debería haberme recurrido con respecto a esta injusticia y salvaguardado los derechos legales de su ciudadano más ilustre, el mariscal Yang Wen-li. En cambio, optaron por ganarse el favor de los poderosos, violando incluso sus propias leyes en el proceso. ¡No solo eso, cuando el plan se vino abajo, trataron de evitar represalias ofreciendo al alto comisionado a sus enemigos!”

La forma pálida de Lebello, enfrentando el juicio político desde una distancia de varios miles de años luz, se duplicó en una habitación subterránea en el edificio del Alto Consejo, rodeada por sus secretarios.

“Vendieron a su ciudadano más distinguido en aras de un beneficio temporal para el estado. Después de lo cual inmediatamente cambiaron de bando y vendieron a mi representante. ¿A dónde fue el orgullo— y la razón de ser— de la forma republicana de gobierno? En este momento actual, se ha convertido en una injusticia reconocer la perpetuación de dicho sistema. El espíritu del Tratado de Baalat ya se ha contaminado. No hay forma de corregir esto, excepto a través de la fuerza”.

Esta fue la abolición del tratado y una redeclaración de la guerra. El aire de cada mundo habitado estaba impregnado de un silencio horrorizado. Perforando este silencio, empapando los tímpanos de la gente, estaba la voz del káiser, hablando en un tono ligeramente alterado.

“El mariscal Yang no tiene toda la culpa en este asunto, sino que fue una víctima y simplemente protegió sus propios derechos. Si el mariscal Yang se presenta ante mí, lo recibiré a él y a sus seguidores con gusto”.

La dignidad del gobierno de los Planetas Libres recibió un golpe fatal con la bomba atómica verbal que Reinhard les había lanzado. Eso fue claro como el día, incluso para los niños pequeños.

Entre los funcionarios de alto rango de ese gobierno, hubo algunos cuyos rostros mostraron liberación de sus responsabilidades bastante pesadas. Se decían a sí mismos: “Sabía todo el tiempo que las cosas saldrían así. Simplemente no había otro curso que pudiera tomar. Incluso el peor resultado fue mejor que ningún resultado en absoluto”. Aquellos que pronunciaron tales palabras probablemente querían vivir una vida firme y estable dentro de un proyecto creado para ellos por algún Otro gigantesco y abrumadoramente poderoso. Mucho menos en número eran aquellos que tomarían alegremente el pincel y el caballete cuando se les presentara un lienzo blanco puro.

Una vida de subordinación, de seguir las órdenes de otra persona, era simplemente más fácil. Este era el terreno psicológico del que había surgido la aceptación del hombre de las dictaduras y el absolutismo. Hace quinientos años, la mayoría de los ciudadanos en el Gobierno de los Estados Unidos habían elegido por su propia voluntad la regla de Rudolf von Goldenbaum. En cualquier caso, también hubo quienes no tuvieron escapatoria de las importantes responsabilidades. Estos incluyeron a João Lebello, aislado en el asiento del presidente del Alto Consejo que ya nadie quería, y el liderazgo militar, que tuvo que enfrentar una segunda invasión imperial mientras lideraba una fuerza que, en términos de espíritu y

provisiones, era un hueco, sin cáscara de lo que había sido.

V

Desde que se retiró debido a la edad y la mala salud, las solicitudes del mariscal Alexandor Bucock para regresar al servicio activo fueron rechazadas tres veces. Dos días después de que e Káiser Reinhard volcara la galaxia entera con su renovada declaración de guerra, Bucock fue a visitar la sede del Comando de la Armada Espacial.

El teniente comandante Soon “Soul” Soulszzcuaritter, que había estado sirviendo como ayudante de campo de Bucock en el momento de la jubilación del anciano mariscal, corrió hacia la entrada principal del cuartel general de la Armada Espacial para ayudar a los pasos del viejo almirante venerado, corriendo tan rápido que le arrancó la boina negra de la cabeza. Ahora, como si fuera lo más natural del mundo, le mostró a Bucock al comandante en jefe de la oficina. Como el subcomandante en jefe Chung Wu-cheng estaba fuera en ese momento, intentó que se sentara en su antiguo escritorio. Si el subcomandante en jefe hubiera estado presente, Soul bien podría haberlo expulsado para asegurar su asiento al viejo almirante. Bucock sonrió y agitó una mano, sin embargo, y en su lugar hundió su viejo marco en el sofá que era para invitados.

“Excelencia, ¿el hecho de que hayas venido aquí en uniforme significa que estás volviendo al servicio activo para luchar contra el imperio? ¿Estaré bajo tu mando otra vez?”

Las palabras del teniente comandante estaban mucho más cerca de los deseos que de las preguntas. Bucock asintió con calma.

“A diferencia del almirante Yang, he estado en la nómina de los planetas libres durante más de cincuenta años. En este punto, no puedo mirar para otro lado”.

El joven oficial de sangre caliente sintió que la temperatura y la humedad alrededor de sus cuencas se dispararon. Una vez más saludó, y con voz temblorosa dijo: “Su Excelencia, voy a ir con usted”.

“¿Cuántos años tienes, soldado? Tengo veintisiete años, pero…”

“Hmm, eso es muy malo. Esta vez, no puedo llevar a ninguno de ustedes niños menores de treinta años. Esta fiesta será solo para adultos”.

“¡Excelencia, por favor–!”

Al darse cuenta de la verdadera intención del viejo almirante, el teniente comandante Soul quedó estupefacto. Debido a que era joven y tenía buenas perspectivas para el futuro, Bucock no tenía intención de llevarlo consigo. El viejo almirante le dedicó una sonrisa como la de un niño travieso que inesperadamente había envejecido toda una vida.

“Escucha, Soul, tengo una misión importante para ti, y no debes tomar esto a la ligera”.

Soul, fuertemente atada por cadenas invisibles de tensión, escuchó mientras el viejo almirante Bucock pronunciaba cada palabra con claridad.

“Quiero que vayas al Almirante Yang Wen-li, y le digas esto: ‘No pienses en vengarte del comandante en jefe. Tienes una tarea que solo tú puedes hacer’”.

“Excelencia…”

“No te hagas una idea equivocada. Podría estar perdiendo el tiempo dándote este tipo de mensaje. No planeo perder dos veces con un cachorro cincuenta años menor que yo. Esto no es más que una contingencia en caso de que las cosas salgan mal”.

Físicamente, Bucock se había vuelto un poco débil, su cuerpo una vez musculoso se había atrofiado con la edad, pero aunque la sombra de la

vejez se cernía sobre él como una niebla gris, el brillo en sus ojos y el poder en su voz tenían una vitalidad que podría abrumar a un hombre en su mejor momento. Incluso si todo esto fuera solo bravuconería, no estaba mostrando su celo al joven; Estaba mostrando su consideración por él. Fue por algo más que por la razón que el teniente comandante se dio cuenta de que debía seguir la orden.

Se abrió la puerta del comandante en jefe de la oficina y apareció el “Hijo del panadero”. Probablemente ya haya escuchado el informe de sus visitantes, no apareció ninguna sorpresa en su rostro mientras miraba al viejo mariscal y lo saludaba con una sonrisa tranquila.

“Bienvenido de nuevo, Su Excelencia”.

El teniente comandante Soul luego comentaría que “nunca antes había visto un saludo tan bueno”.

“Entiendo que has dicho que no puedes llevar a nadie menor de treinta años. Siendo como tengo treinta y ocho años, creo que estoy calificado para ir contigo…”

Bucock comenzó a abrir la boca, luego la cerró y sacudió la cabeza gris. A diferencia del teniente comandante Soul, sabía que con Chung, él sería el que no llegaría a ninguna parte discutiendo.

“Tampoco sé qué voy a hacer contigo. Esto, cuando el almirante Yang necesita toda la ayuda con talento que puede obtener”.

“Demasiados viejos de clase alta, y los jóvenes no tendrán nada que hacer. Caselnes es suficiente para el almirante Yang solo”.

El anciano mariscal asintió, volviendo la mirada hacia algún lugar más allá de la pared.

“El Káiser Reinhard pudo habernos juzgado como criminales de guerra, pero no lo hizo. Al menos le debo eso personalmente, aunque no voy a corresponder. No hay necesidad de que los jóvenes sean tan selectivos, pero

en cuanto a mí, he vivido en este país jodido el tiempo suficiente”.

Frotando una mejilla hueca, el viejo mariscal sonrió al teniente comandante Soul, que estaba clavado en el lugar.

“Oh, sí, Soul, casi lo había olvidado: en el sótano de mi casa, hay una caja de madera amarilla con dos botellas de brandy muy fino adentro. ¿Podrías llevarte uno cuando vayas y dárselo a Yang por mí?”

El espectacular rayo de luz que Reinhard había arrojado se extendía hasta los bordes del vacío del espacio. Yang Wen-li escuchó las noticias en una habitación a bordo del acorazado “insumergible” *Ulysses* , presionado como una nave insignia temporal para los Irregulares.

El joven y guapo Káiser y el emblema que adornaba la pancarta carmesí detrás de él se superpusieron y fueron magnificados en el fondo de la mente de Yang. *Goldenlöwe, ¿eh? Deberían haberlo llamado “pancarta preciosa que no se adapta a nadie excepto a ese joven”*.

El anuncio del káiser de que “recibiría al Mariscal Yang cálidamente” pesaba más en la mente de Yang que la de cualquier otra persona. Cuando surgió la sensación, solo tomó la forma de un chiste malo (“¿Crees que me pagará una tarifa de contrato?”) Que le valió las miradas heladas de los oficiales de su personal. Aun así, era porque eran oficiales del personal de Irregulares que podían tomar la broma como una broma; El gobierno de la Alianza de Planetas Libres tenía una conciencia culpable acerca de sus acciones, y seguramente habría visto ese comentario como evidencia de que había ido al imperio.

No era como si Yang no hubiera enfrentado dilemas hasta ahora. Si hubiera revelado la verdad sobre su arresto injusto y cómo lo había llevado a huir de Heinessen, la violación ignominiosa del gobierno de la ley habría quedado expuesta, y la confianza de la gente en la justicia de la democracia republicana se habría visto socavada. Decir “¿Por qué he estado luchando?” No hubiera sido solo una negación de su propio pasado— habría sido un

desaire contra la dignidad de innumerables personas que habían luchado por el bien del gobierno republicano.

Era muy consciente de lo verdaderamente ingenuo que era esto, pero incluso ahora, seguía contando con el gobierno de los Planetas Libres para reconocer sus errores, disculparse y pedirle que regresara.

Siempre valió la pena contar con la democracia. Después de todo, ¿no había sido en la negación de la infalibilidad de los estados y las estructuras de poder que el gobierno democrático había comenzado originalmente? ¿No se encontró la fuerza de la democracia en su disposición a llamar equivocados sus propios errores, examinarse y purificarse?

Sin embargo, el silencio estéril del gobierno de la Alianza de Planetas Libres se había prolongado una y otra vez, dejando finalmente que el imperio saliera con su movimiento preventivo de la manera más drástica. Después de todo, lo que el imperio había hecho público era “factual”, por lo que la única forma en que los Planetas Libres tuvieron que resistir fue a través de una ficción de una verdad aún mayor. Como no existía tal cosa, su silencio había continuado.

El camino de Yang hacia el gobierno de la Alianza de Planetas Libres ya estaba cortado. Hasta el momento, no había respondido a la declaración de independencia de El Fácil, sino que había dejado que la flota consumiera suministros mientras continuaba corriendo silenciosamente, pero eso también había sido un esfuerzo inútil. El anuncio del Káiser Reinhard de que trataría bien a Yang no era ciertamente una falsedad. Incluso después de la Guerra Vermillion, Reinhard lo había animado a unirse al ejército imperial. Su acusación de las verdaderas intenciones del gobierno había tenido el máximo efecto político, cortando completamente la relación entre el gobierno de FPA y Yang. Esto fue lo que hizo al joven de cabello dorado tan extraordinario. Yang no pudo evitar sentirse impresionado.

¿Era una deficiencia en la propia razón de Yang o la capacidad infinita de capricho del corazón que incluso cuando negaba la autocracia, en particular, el gobierno benevolente “misericordioso y eficiente”, Yang no podía odiar a Reinhard von Lohengramm como individuo? Yang encontró esa pregunta

difícil de responder a sí mismo. De cualquier manera, a Yang se le había robado todas las opciones menos una: aprovechar la lucha entre el imperio y la alianza y construir una tercera fuerza.

¿Una tercera fuerza? Todo lo que Yang pudo hacer fue encogerse de hombros. Llamarlo dependía de que la Alianza de Planetas Libres fuera lo suficientemente saludable como para llamar a una segunda fuerza. El colapso de la alianza se estaba cerrando ante sus ojos.

“Entonces, ¿volveremos a Iserlohn?”

Yang solo había murmurado las palabras, pero en los oídos de Frederica, rugieron como rompedores, agitando algo muy parecido a la nostalgia. Ni siquiera había pasado un año completo desde su partida, sin embargo, ese planeta plateado inorgánico hecho por el hombre se hinchó en su corazón con una nostalgia inexpresable. Esa era la patria de los Irregulares de Yang, de la Flota Yang.

“Después de eso”, dijo Yang, “Tomamos El Fácil y aseguramos la entrada al corredor. Vamos a probar el plan de Attenborough, ¿de acuerdo? ”

El Fácil era solo una región estelar fronteriza, pero como base de suministro para las fuerzas de Yang Wen-li sería más que suficiente. Y luego estaba el asunto de Julian. Cada vez que regresaba de la Tierra, el chico necesitaría un hogar para darle la bienvenida, y para eso no podía pensar en otra cosa que el “corredor liberado” que une a Iserlohn y El Fácil.

Los ojos oscuros de Yang comenzaron a llenarse de vida y energía. Algo que acechaba en su interior que no era el historiador comenzó a agitarse. En el fondo de su mente, un sello de hielo se rompió y un poderoso torrente de ideas respaldadas comenzó a brotar.

“El Káiser Reinhard probablemente le ordenará al Almirante Lutz que lance un ataque desde Iserlohn. Será la Operación Ragnarok de nuevo. Y ahí es cuando tendremos nuestra apertura…”

Cuando Yang comenzó a murmurar con entusiasmo, Frederica escuchó con todo su ser.

CAPÍTULO 03: OTRA VEZ, RAGNAROK

I

DESPUÉS DE QUE LA MÁS venerable de las coronas descansara sobre su frente, Reinhard von Lohengramm había trasladado su cuartel general imperial al Planeta Phezzan. No habían pasado cinco meses desde ese día, y ahora estaba por comenzar una segunda expedición al espacio de los Planetas Libres. Otros miraron asombrados la velocidad de todo, pero durante ese período, el joven conquistador de cabello dorado se sintió un poco avergonzado, como si estuviera retrocediendo hacia una preferencia por la estabilidad sobre el progreso, y dejando que la historia lo llevara en su cinta transportadora. que tomarlo en sus propias manos.

Para los extraños, debe haber parecido el discurso apasionado, incluso extremista, del almirante mayor fue lo que finalmente despertó al káiser, pero desde la perspectiva de Reinhard, simplemente abrió las cortinas de una siesta de la tarde y encontró a ese almirante feroz parado en el otro lado. Sin embargo, dado que los argumentos de Wittenfeld se alinearon perfectamente tanto con el pensamiento estratégico de Reinhard como con su naturaleza fundamental, era natural que su respeto por el comandante de Schwarz Lanzenreiter estuviera en aumento.

Algunos historiadores señalan un empeoramiento de los biorritmos del nuevo káiser durante los primeros meses posteriores a su entronización, y, de hecho, Reinhard experimentó inestabilidad ocasional en su condición física, incluida la pérdida de apetito y brotes de fiebre. Sin lugar a dudas, se

podían percibir destellos dispersos de una leve pasividad, que había estado ausente en su propia precoronización. Aun así, incluso si era cierto que sus biorritmos habían caído, las minas de Reinhard aún conservaban ricas venas de espíritu y talento. Había enviado al almirante Wahlen para aplastar el cuartel general de la Iglesia de Terra, y había trasladado el cuartel general imperial a Phezzan desde su hogar de cinco siglos en el planeta Odín. Mientras tanto, se estaban formando nuevos sistemas y organizaciones, se nombraba a personas con talento para puestos clave, y las leyes se reformaban y abolían a diario — Reinhard ciertamente no estaba inactivo sus días como gobernante.

Sin embargo, el propio Reinhard sintió más que nadie que este breve respiro de 141 días había sido una pérdida de tiempo. El amigo más querido de Reinhard, el difunto Siegfried Kircheis, lo había dicho una vez de esta manera: "Los pies de Lord Reinhard nunca fueron hechos para caminar por la tierra, sino para cruzar el cielo". Los proyectos de construcción y el trabajo de establecer un gobierno probablemente calificaron como "Caminando por la tierra" a él. Ciertamente no tenía intención de descuidar estas cosas. Aun así, fue cuando estaba al mando de flotas gigantescas, cuando él y las fuerzas enemigas se dispararon el uno al otro, que sintió una profunda satisfacción — una euforia ardiente — llenando las profundidades de su alma.

Reinhard albergaba muchas contradicciones debajo de su piel de porcelana, aunque en un sentido ligeramente diferente de la de su rival en el espacio de batalla Yang Wen-li. Una y otra vez había luchado, y una y otra vez había ganado. Ganar significaba reducir el número de sus enemigos, y si sus enemigos fueran reducidos, también lo serían sus oportunidades para la batalla. Era posible que su vitalidad misma se hubiera reducido en última instancia como resultado de esto.

Pequeños problemas que se sentían ajenos a su naturaleza siempre surgían tanto dentro como fuera de la corte. Justo el otro día, un burócrata en el Ministerio de Industria había provocado un polvo involuntario con un comentario descuidado. El hombre era un gran trabajador que incluso había sido asignado a la sede de Construcción de la Capital Imperial, pero una noche salió a beber con sus colegas y, mientras trataba de enfatizar la

importancia de Phezzan durante el curso de su conversación, también había movido la lengua. lejos.

“Phezzan debería ser el nodo que une orgánicamente a toda la sociedad humana. Incluso si la dinastía Lohengramm terminara, Phezzan seguiría siendo el lugar más importante en la galaxia”.

La última parte de esta declaración había estropeado la santidad del emperador; fue lèse-majesté y, como tal, merecedor de la pena máxima, dijo el que le había informado. Con una expresión despectiva, el joven káiser delegó el juicio en el asunto a Hilda. Después de confirmar los antecedentes y los detalles del caso, ella reprendió al orador por su descuido, pero pronunció una frase más severa sobre el informante — una degradación de un rango por hacer que la colega de la lengua fuera un delito deliberado y por causar Un alboroto innecesario. Al hacerlo, había dañado a muchos vasallos y funcionarios del káiser, y había manchado la reputación de tolerancia y equidad del káiser.

Pasaron varios días y Reinhard, de repente recordando el caso, le preguntó a Hilda cómo lo había manejado. Hilda informó los hechos sin adornos. Satisfecho, el joven kaiser se echó el largo cabello hacia atrás detrás del cuello.

“Eres muy razonable, Fräulein von Mariendorf. Esto será una buena lección para cualquiera que piense que me gustan las palomas fecales. En el futuro, parece que voy a delegarle una variedad de asuntos”.

Después de agradecerle, Hilda tuvo una solicitud propia para el Káiser, con respecto a una tendencia menos que deseable que se extendía rápidamente en estos días tanto en la corte como en el gobierno. Si bien era normal que las personas mostraran su respeto por el Káiser, algunos estaban usando esto como una herramienta para lograr fines indignos.

“¿De qué hablas específicamente, Fräulein von Mariendorf?”

“Cosas como criticar a alguien que no dice “Sieg kaiser” al saludar a un colega o compartir un brindis, por ejemplo, o a los supervisores que toman

nota de tales cosas en los registros de desempeño del personal”.

“Eso es absurdo.”

“Como dice Su Alteza. Por eso le agradecería que hiciera una proclamación formal a tal efecto, que saldría a todos sus vasallos. Un ataque preventivo, si lo desea, contra aquellos que tratarían de avanzar en sus propias carreras criticando y derribando a otros”.

Los dedos de marfil de Reinhard juguetearon con un mechón de cabello dorado que le caía sobre la frente.

“Si te preocupas por tales pequeñeces, Fräulein, tus labores nunca terminarán tampoco. Aun así, sería mejor cortar esto de raíz. Muy bien. Enviaré la proclamación al final del día”.

“Gracias por escuchar, Su Majestad”.

Si el avance no vino por hazañas de valor contra enemigos feroces en el campo de batalla o por resolver problemas difíciles en el gobierno nacional, sino por la adulación de la autoridad absoluta, entonces la dinastía Lohengramm seguramente se encaminaría directamente hacia la decadencia. Reinhard entendió las preocupaciones de Hilda, y siempre había odiado a los que intentaban congraciarse con los gobernantes.

En el pasado, reflexionó Hilda, había sido el difunto Seigfried Kircheis quien lo había aconsejado, pronunciando palabras francas de consejo. Ahora tenía gente como el Mittermeier de flecha recta y el honesto Müller con él, pero ninguno de sus almirantes estaba en condiciones de estar completamente sin reservas con el káiser. Por su parte, sería un ultraje pensar en sí misma como teniendo tal posición; aun así, había cosas que incluso Reinhard no notaría a menos que alguien hablara.

El día en que volvió a declarar la guerra a la Alianza de Planetas Libres, Reinhard estaba explicando varias de sus teorías tácticas a Hilda después de regresar a su oficina desde la sala FTL. Sabía lo bien que Mittermeier había evaluado su incisiva planificación; Dijo que sobresalía el poder de fuego de

una flota de batalla.

“¿Ve algún movimiento inteligente que podamos hacer en esta próxima invasión, Fräulein von Mariendorf?”

“Si Su Alteza lo desea, puedo traer al jefe de Estado de la alianza aquí en menos de dos semanas, sin más peleas”.

Los ojos azul hielo de Reinhard se iluminaron con interés.

“¿Y qué necesitarías, Fräulein, para arrancar esta fruta de la rama?”

“Un solo e-gram”.

Con inconsciente elegancia, la cabeza de Reinhard se inclinó ligeramente hacia adelante en sus pensamientos, luego, después de solo un momento, estalló en una sonrisa.

“Entiendo, los vas a deleitar el uno con el otro. ¿Estoy en lo cierto, Fräulein von Mariendorf?”

“Si su Alteza.”

“Si puedo decirlo, este es el tipo de sugerencia que generalmente esperaría del mariscal von Oberstein. Parece que las grandes mentes a veces cruzan los mismos puentes”.

Hilda parpadeó para ocultar la sorpresa en sus ojos, y luego observó a Reinhard de cerca. Tal vez él le había hablado de esa manera esperando tal reacción, pero antes de que ella pudiera decirlo, él le hizo una nueva pregunta.

“Bueno, entonces, ¿cuáles son las ventajas de este plan?”

“Evitamos llevar la guerra a la capital de la alianza, Heinessen, y resolvemos esto sin involucrar a los no combatientes. Podemos atribuir la responsabilidad del colapso de la alianza a los propios líderes y alejar de

nosotros la mala voluntad de los ciudadanos”.

“¿Y sus desventajas?”

“En el corto plazo, al menos, esto fortalecerá la facción del mariscal Yang Wen-li. Sin nadie a quien recurrir, todos y cada uno de los enemigos de Su Alteza acudirán en masa a él. También…”

“¿También?”

“Después de su éxito, este plan probablemente dejará a Su Alteza con un sabor amargo. Dado que el deseo de Su Alteza es aplastar a los militares de los Planetas Libres en una confrontación frontal”.

Reinhard se echó a reír en un tono alto y claro, y un sonido como los vasos de cristal resonando retumbó en el aire de la habitación.

“Parece que Fräulein von Mariendorf tiene un espejo plateado, que refleja los corazones de los hombres”, dijo. Esa evaluación se basó en los recuerdos de un cuento de hadas que su hermana Annerose le había contado una vez cuando era niño, aunque, naturalmente, el joven káiser no dijo tanto.

“Aun así”, insistió Hilda, “sin recurrir a trucos baratos, una vez que se enfrenten a un colapso inminente, la gente se desesperará, y algunos seguramente vendrán a nosotros, vendiendo el tipo de mercancía que no podríamos comprar ahora si nosotros tratamos.”

“Esa es una posibilidad distinta”, admitió Reinhard.

Al encontrarse de acuerdo con la evaluación de Hilda, Reinhard tocó una campana sobre la mesa. Apareció el joven Emil von Selle, su asistente personal, y Reinhard le dijo que trajera café.

Incluso ahora, cada vez que Emil se presentaba ante su querido joven káiser, sus articulaciones se ponían rígidas, como las de una muñeca automatizada.

Esto solo sirvió para profundizar el afecto que Reinhard sentía hacia el muchacho, que fue fiel hasta la exageración. Sin embargo, si Emil se hubiera acostumbrado al afecto del káiser y se hubiera vuelto arrogante, seguramente habría incurrido en el disgusto de Reinhard.

Cuando Emil tomó sus órdenes y salió brevemente de la habitación, sus acciones sacaron una sonrisa de Hilda.

"Es un buen joven, ¿no?"

"Con él aquí, no tengo inconvenientes. Será un buen médico. Incluso si sus habilidades son menos que perfectas, los pacientes con mucho gusto confiarán en él con sus vidas…"

En momentos como este, la ferocidad y la amargura asociadas con un lado de Reinhard desaparecieron debajo de su piel de marfil, reemplazadas por características del otro lado.

"Es porque no tengo hermanos menores", dijo. Con esas palabras, Reinhard había revelado un pequeño rincón de su corazón. Como él mismo era para siempre el hermano menor de una mujer, parecía tener una alegría sin diluir al revertir ese papel. Mientras esperaban el café, Hilda de repente pensó en su propio estado, y de manera inusual en ella, sus pensamientos se detuvieron. Ella era la secretaria principal leal y capaz de este gran joven conquistador. Fuera de eso, no había otra posición que ella pudiera esperar.

El mariscal imperial von Oberstein, ministro de asuntos militares, había sido nombrado comandante del cuartel general de defensa planetaria de Phezzan y, como tal, debía ser dejado atrás. Durante la ausencia del káiser, los asuntos militares serían manejados por el ministro de asuntos militares, mientras que el gobierno civil sería manejado por el ministro de industria. Si bien esta era la opción de personal más obvia, tanto Mittermeier como von Reuentahl estaban pensando lo mismo por dentro: *con él desaparecido, siento que puedo respirar nuevamente.*

Von Oberstein había recibido sus órdenes con su habitual expresión ilegible, y ahora en una habitación en el edificio donde se había instalado el Ministerio de Asuntos Militares, estaba comenzando a hacer algunos trámites. Sin embargo, uno de sus subordinados, el comodoro Anton Ferner, estaba experimentando la emoción de empujar a su oficial superior "despiadado, sin emociones" con una aguja verbal tan desafilada como se atrevió.

"Creí que se oponía a una segunda invasión, Ministro".

"No, no tengo ningún problema con eso".

Von Oberstein no creía que esta invasión repentina y repetida resultaría una panacea, pero dado que el gobierno de los Planetas Libres no tendría tiempo de montar una estrategia defensiva efectiva, las condiciones se equilibraron. Lo importante era mantenerse siempre posicionado para crear las condiciones y no ceder la iniciativa al enemigo. Como alto comisionado, Lennenkamp no había marcado éxitos de los que hablar, sin embargo, a través de su desafortunada muerte, había jugado un papel en conducir a la Alianza de los Planetas Libres a un terreno traicionero.

"Además, el Káiser está más en su elemento cuando se requiere una acción rápida y decisiva. Cuando lo piensas, quedarte quieto y esperar a que las cosas cambien no se adapta al káiser en absoluto".

"No hay duda de eso".

Si bien estuvo de acuerdo con la tesis de von Oberstein, partículas dispersas de sorpresa bailaron en la mirada que Ferner le dirigió.

II

Tras atravesar el Corredor Phezzan y entrar en el territorio de la Alianza de Planetas Libres, el almirante mayor Wittenfeld avanzaba rápidamente hacia una cita con las fuerzas del almirante mayor Steinmetz. Sin embargo, en un momento del camino, se detectó una pequeña formación de unas diez naves de la Armada FPA acercándose de manera provocativa.

El poder destructivo del Schwarz Lanzenreiter podría haber reducido una fuerza débil como esa a tanto polvo espacial en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, desde el almirante mayor Wittenfeld hacia abajo, los oficiales y soldados de los "Lanceros Negros" se enorgullecían de ganar su reputación luchando contra *grandes* fuerzas enemigas. Con una generosidad nacida de tener naves y potencia de fuego de sobra, el Schwarz Lanzenreiter intentó ignorar a la pequeña flotilla, pero el enemigo comenzó a seguirlos, negándose persistentemente a despegarse. Después del paso de aproximadamente una hora, Wittenfeld, que nunca había sido un hombre paciente, ya no pudo soportar su irritación.

"Los nervios de estos tipos. Simplemente no saben cuándo rendirse".

Al recibir la orden de su comandante de flota de "vaporizarlos con un solo golpe y tomar la primera sangre de este despliegue", cerca de cien naves se acercaron a la pequeña flota, lamiéndose las chuletas como animales feroces.

Sin embargo, inesperadamente, esa pequeña flota reveló que no había venido buscando batalla, sino negociaciones. Justo cuando su sistema de comunicaciones fuera de orden había estado a punto de dar lugar a las peores circunstancias imaginables, recuperó la funcionalidad. Al enterarse de que un enviado especial del gobierno de Planetas Libres estaba pidiendo negociar su retirada, la boca de Wittenfeld se torció en una leve sonrisa mientras contemplaba el asunto. Por fin, chasqueó mentalmente los dedos cuando se le ocurrió una idea.

"En mi posición, no tengo autoridad para negociar con ustedes. Tendrás que hablar con el mariscal imperial Mittermeier, que viene detrás de mí. Te garantizo un pasaje seguro".

Wittenfeld ordenó a un destructor que actuara como guía y escolta, y luego, acompañado por el Schwarz Lanzenreiter, aceleró aún más en el espacio negro del territorio del FPA.

Después de ser ignorado por Wittenfeld, el enviado especial del gobierno de la FPA probablemente pensó que Mittermeier sería más fácil de tratar de todos modos. Dirigidos por el destructor imperial, viajaron durante otros tres días, hasta que finalmente se acercaron a la flota de Mittermeier y solicitaron una conferencia.

“Wittenfeld, rata”, murmuró Mittermeier. “Simplemente me estás presionando a un invitado problemático, para que puedas avanzar más mientras trato con él”.

Mittermeier había visto a través de la travesura de Wittenfeld, pero como comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial, no podía simplemente cerrar la puerta a alguien que afirmaba ser un enviado especial del gobierno. Con un chasquido de lengua, se pasó una mano por el pelo rubio miel e invitó a este “enviado especial” a abordar su nave insignia *Beowulf* y verlo en la oficina del comandante.

El enviado especial William Odets había sido comentarista de solivisión antes de convertirse en político. Un joven que sirve en el Comité de Defensa, la ambición de Odets era emplear su don para el discurso elocuente, y hacerse un nombre que sería recordado por las generaciones venideras. Ni siquiera Lebello, que lo había enviado, esperaba mucho de esta misión, pero el propio Odets estaba hinchado como una rana toro con ganas de “ser la lengua solitaria que detuvo la poderosa flota del imperio”. Escoltado por oficiales del personal a su derecha y a su izquierda, intercambió un saludo cortés con Mittermeier, luego hinchó el pecho y comenzó a hablar con su voz resonante. “Tanto la soberanía como la integridad territorial de la Alianza de Planetas Libres están garantizadas bajo los términos del Tratado de Baalat. Sin embargo, a pesar de eso, el Imperio Galáctico está tratando de invadir nuestro territorio mediante una violencia completamente ilegal, desafiando tanto la letra como el espíritu del tratado. A menos que desee hostilidad en el presente y críticas en el futuro, debe retirar sus fuerzas de inmediato y presionar su caso a través de

canales diplomáticos”.

Cuando Odets terminó de hablar, un Mittermeier de aspecto descuidado no hizo ningún intento de responder, sino que simplemente se tocó el pelo rubio como la miel con una mano. El enviado especial estaba comenzando a abrir su boca nuevamente cuando una reacción poderosa lo golpeó no desde el frente, sino desde su izquierda.

“¡Sosténlo justo ahí! ¡¿Que acabas de decir?!”

Levantando su forma larguirucha de su asiento para dar este latigazo fue el almirante Bayerlein. “¿Quién fue el que violó el tratado cuando vendieron el plenipotenciario del embajador de nuestro káiser, el Alto Comisionado Lennenkamp? Ese fue el gobierno de los Planetas Libres, ¿no? Nunca ha tenido la intención de observar el tratado, y como nuestro káiser los ve a todos como incompetentes, ha movilizado sus fuerzas en persona para llevarlos al límite. ¡Cualquiera de ustedes que tenga conciencia debe ir y postrarse ante él, de modo que pueda evitar ese derramamiento de sangre innecesario!”

Aunque se enfrentó a tal fervor, el Enviado Especial Odets no, al menos en la superficie, retrocedió. En cambio, dijo, “el Alto Comisionado Lennenkamp se ahorcó, y fue el grupo de Yang Wen-li quien lo llevó a eso”.

“Bueno, en ese caso, ¿por qué no haces nada al respecto?”

“Porque ustedes, los imperiales, no le están dando a nuestro gobierno el tiempo suficiente para tratar con ellos”.

Esa respuesta trajo un brillo frío a los ojos azul oscuro de Bayerlein, como un meteorito que cruza el cielo nocturno.

“¡Hora! Con el tiempo, el grupo de Yang Wen-li solo se fortalecerá, mientras que su gobierno no hace nada más que secarse y marchitarse. Incluso si tuvieras diez veces la fuerza de Yang, no creo que puedan vencerlo”.

“Eso bien puede ser cierto”, dijo Odets. La respuesta cortés del enviado especial fue socavada por el veneno que goteaba de su voz. “Pero en cualquier caso, ni siquiera Káiser Reinhard, que tiene cien veces la fuerza de fuerza de Yang, está haciendo algo por él. Así que ciertamente no hay forma de que un hombre sin talento como yo pueda oponerse a él”.

Un silencio que era como plomo vaporizado llenó la habitación. Incluso el audaz Bayerlein, por un breve momento, pareció haber sido despojado de su función respiratoria. El Enviado Especial Odets se había burlado tacañamente del hecho de la derrota de Reinhard a manos de Yang en el combate en Vermillion. El silencio alcanzó rápidamente una presión crítica, y cuando estalló, surgió un torrente de ira asesina.

“¡Te atreves a insultar a Su Majestad, escoria de la alianza!”

Gritos furiosos de Büro y Droisen habían sonado casi al unísono, y Bayerlein, también, cargó ferozmente hacia Odets, saltando sobre un escritorio mientras se acercaba a él. Ya, un desintegrador brillaba en una mano.

Fue entonces cuando Mittermeier, que había cruzado los brazos y permaneció en silencio hasta entonces, lanzó un fuerte comando.

“¡Detente justo ahí! Ustedes son guerreros, todos ustedes, ¿no es así? Entonces, ¿a quién piensas presumir si matas a un hombre que entró solo en medio de sus enemigos y, además, desarmado?”

El estallido feroz de Bayerlein se detuvo. El valiente joven almirante se puso rojo de repente, saludó a su comandante y regresó a su asiento. Para el enviado especial, que estaba tratando de no parecer aliviado, Mittermeier dijo casualmente: “Hay una cosa que me gustaría preguntarle. Supongamos que uno de los almirantes aquí viajó a la capital de los Planetas Libres como mensajero y luego insultó a su jefe de estado. ¿Hay algún líder en su ejército que quiera hacerle pagar esa indignidad con su vida?”

El enviado especial William Odets no tuvo respuesta.

El elocuente mensajero se había quedado estupefacto por primera vez. Algo en la expresión de Mittermeier le decía que una respuesta ingeniosa y vacía no sería suficiente.

“No hay nadie así… desafortunadamente”.

“Bueno, entonces, ¿qué hay de la gente de Yang Wen-li? Arriesgaron sus vidas para rescatar a su comandante”.

De nuevo, Odets se encontró sin respuesta.

“El poderoso gobierno de los Planetas Libres no tiene terror para nuestro káiser, pero la chusma de Yang Wen-li sí lo temen. Y tú también has aclarado la razón de ese cristal, ¿verdad?”

Mittermeier se puso de pie. Su construcción inesperadamente pequeña tomó a Odets por sorpresa. Había asumido que una de las Murallas Gemelas del ejército imperial sería un hombre gigante, con una estatura acorde con su reconocido valor.

“Gracias por su arduo trabajo hoy, pero parece que nos hemos quedado sin cosas de qué hablar. Si tiene algo más que desea abordar, deberá preguntarle directamente al káiser”.

“Eso estará bien, Su Excelencia. Aunque le agradecería, mariscal Mittermeier, si pudiera abstenerse de realizar más actividades militares hasta que pueda pedirle al Káiser que se retire”.

“Me temo que eso no será posible. Ya sea que vayas a ver el Káiser o no, depende de ti, pero nuestras operaciones de flota no se verán obstaculizadas por eso de ninguna manera. Si un edicto baja de Su Alteza diciéndome que retire las fuerzas, por supuesto que obedeceremos, pero si eso sucede o no depende de cuán elocuente *sea* un orador — no tiene nada que ver con nosotros. Hasta que se publique un nuevo edicto, seguiremos al anterior. En otras palabras, continuaremos nuestro avance hacia el espacio de Planetas Libres, eliminando cualquier resistencia que podamos encontrar. Si simplemente debe detener nuestra invasión, no pierda un momento — vaya

ante nuestro káiser. Aprovechar al máximo su oratoria aquí, me temo, es un ejercicio inútil”.

Para Mittermeier, fue una respuesta inusualmente larga, como si estuviera compensando el silencio que había mantenido hasta ahora. Todas y cada una de las palabras se convirtieron en una bala invisible disparada al corazón del Enviado Especial Odets. Un discurso elocuente respaldado solo por la técnica no fue suficiente para influir en el más alto, más poderoso almirante del imperio.

El enviado especial bajó la cabeza. Parecía que había quemado todo su coraje y ambición. Su misión había fallado. Si no podía convencer a Mittermeier aquí, no había manera de que pudiera convencer a su maestro, Káiser Reinhard, que cayera.

Cuando salió de la capital de los planetas libres, Heinessen, había una mezcla gaseosa de pasión, coraje y confianza que lo llenaba desde adentro; en este punto, sin embargo, su presión había caído a condiciones de casi vacío. Aun así, levantó un farol y partió de la nave insignia *Beowulf* con el pecho hinchado. Sin embargo, cuando regresó a su propia nave, bajó la cabeza tristemente. Las siguientes horas que pasó encerrado en su camarote, y cuando finalmente se mostró fuera de su puerta, fue para anunciar en un tono desesperado que iba a ir y defender su caso directamente ante Káiser Reinhard.

Pasaron unos días y Mittermeier le preguntó a Büro: “¿Qué le pasó a ese Charlatán? Comenzó tan fuerte, y luego se desvaneció”. Al ser informado de que el enviado especial de los Planetas Libres se había dirigido hacia Phezzan para presentar su caso ante el káiser en persona, Mittermeier asintió una vez y archivó mentalmente el asunto bajo“ Cosas que puedo olvidar”.

Si se cuestionara a sí mismo, podría haber pensado mejor simplemente arrestar a ese alborotador que se creía un artista de la lengua. Aun así, por un momento no pensó que un orador viajero incapaz de cambiar de opinión tendría la esperanza de influir en Káiser Reinhard. También estaba el hecho de que no tenía por qué obstruir a alguien que deseara llevar su caso

directamente al káiser. Una vez antes, inmediatamente después de la Guerra de Lippstadt, un asesino había planeado quitarle la vida a Reinhard, pero como resultado le había robado la vida a Siegfried Kircheis. Esta vez, sin embargo, tal peligro era difícil de imaginar. Aun así, solo para estar seguros, Mittermeier tenía un mensaje transmitido a la sede imperial, advirtiéndoles sobre a quién tener cuidado.

Mientras el almirante mayor Wittenfeld se dirigía a Heinessen, avanzando a toda velocidad por una región del espacio de planetas libres ahora vaciado de fuerzas militares, el almirante mayor Karl Robert Steinmetz estaba en alerta de combate total en la región estelar de Gandharva— un territorio bajo el control directo del Imperio Galáctico— esperando que lleguen las fuerzas aliadas.

Usando las fuerzas que el káiser le había dado, habría sido posible que Steinmetz realizara un ataque directo contra Heinessen de inmediato, sin embargo, había una serie de condiciones que requerían que actuara con precaución. En primer lugar, se desconocía el paradero del partido de Yang Wen-li, y aunque las probabilidades de un ataque furtivo eran escasas, el sistema Gandharva se convertiría en una base de operaciones para el ejército imperial, por lo que no se atrevió a dejarlo indefenso. Si bien el trabajo en sus instalaciones había progresado desde la firma del Tratado de Baalat, su etapa de finalización aún estaba muy lejos de la de una fortaleza permanente como Iserlohn, y para defender tanto su condición de fortaleza militar como su arsenal de suministros. , era esencial mantener la fuerza principal de la flota estacionada allí.

Además, más de diez mil oficiales civiles y militares anteriormente asignados al fallecido alto comisionado Lennenkamp fueron estacionados en la capital de los Planetas Libres, Heinessen, y era necesario garantizar su seguridad. Naturalmente, ya se había enviado una advertencia al gobierno de los Planetas Libres, y ni siquiera la alianza podría matar o mutilar a las personas que tenían el potencial de convertirse en rehenes valiosos.

En realidad, Steinmetz había estado en un momento a punto de irse a

Heinessen solo para exigir cierta responsabilidad del gobierno de los Planetas Libres; en ese momento, su vicecomandante, el almirante Glusenstern, palideció y se opuso a esto vociferantemente.

“Ir a Heinessen ahora con solo un puñado de asistentes equivaldría a suicidio. ¿Has olvidado el desafortunado precedente establecido por el Alto Comisionado Lennenkamp?”

“Si se trata de eso, simplemente haz volar a Heinessen del cielo, y yo junto con ellos”, Steinmetz había respondido como si eso fuera un asunto insignificante. “Eso eliminaría la mayor parte del caos de larga data con un solo golpe”.

Acompañado por oficiales de personal, incluidos el vicealmirante Bohlen (jefe de gabinete), el contralmirante Markgraf (jefe adjunto de gabinete), el contralmirante Ritschel (secretario general del cuartel general del comando), el comandante Serbel (asistente de campamento de Steinmetz) y el comandante Lump (capitán de la flota de escoltas), Steinmetz acababa de dejar atrás al Almirante Glusenstern, su vicecomandante, y se dirigió a la capital de los Planetas Libres. Finalmente, sin embargo, la reunión nunca había tenido lugar; En el borde exterior del sistema Gandharva, Steinmetz se dio la vuelta y regresó al Planeta Urvashi. Steinmetz había sido el primer capitán de la nave insignia de Reinhard, *Brünhilde*, y desde entonces había realizado muchos actos de valor, principalmente en la frontera. Ahora, como un arco tenso, esperó a que pasaran los días.

¡El Imperio Galáctico lanza la segunda invasión a gran escala!

Es comprensible que ese informe haya provocado estremecimientos en todo Heinessen, la capital de la Alianza de Planetas Libres. Algunos se burlaron de la situación, diciendo: “¡Wow, nunca soñé que veríamos flotas imperiales dos veces en el mismo año!”, Mientras que otros gritaron que la resistencia debe continuar hasta que todo el planeta se reduzca a tierra quemada. Otros

argumentaron que la resistencia ya no era factible, así que “deberíamos decirles claramente que deseamos hacer una rendición incondicional”. Algunos abogaron por evacuar las ciudades y huir a las montañas— cuando el imperio había invadido repentinamente antes de la firma del Tratado Baalat, ni siquiera hubo tiempo de entrar en pánico; Esta vez, sin embargo, la creciente ola de destrucción lentamente se estaba abriendo paso por las piernas de los espíritus de la gente. Un sentimiento falso, de ser prisioneros destinados a la ejecución, se apoderó de las personas, y una sensación de impotencia se cernió sobre ellos desde todos los lados. Cuando esos sentimientos llegaron al punto de saturación, estallaron disturbios. Los ciudadanos se enfrentaron con la policía de seguridad frente a las puertas de los puertos espaciales cerrados, y las muertes aumentaron a miles.

En sustitución del viejo y enfermo Alexandor Bucock, Chung Wu-cheng estaba haciendo rápidos preparativos para interceptar a la Armada Imperial Galáctica; últimamente, sin embargo, también lo estaban presionando para que escuchara las quejas y delirios del presidente del Alto Consejo, João Lebello, un papel del que se estaba cansando. Incluso las secretarias estaban evitando al presidente últimamente. Un día en su oficina, Lebello le hizo una pregunta deprimente a Chung:

“¿Me estás diciendo que el mariscal Bucock se niega a luchar contra Yang Wen-li, pero que cuando el oponente sea Káiser Reinhard, él peleará?”

“No veo qué es tan sorprendente sobre eso”, respondió Chung Wu-cheng con una voz terriblemente gentil. “Por favor, piense en esto: usted y el mariscal Bucock han estado en buenos términos durante muchos años. Entonces, ¿por qué no se reunirá contigo? ¿No crees que podría ser porque recuerda *demasiado bien* cómo eras en los días previos a que fuera nombrado mariscal?”

“¿Estás tratando de decir que he cambiado?”

“El Mariscal Bucock no ha cambiado. Seguramente puedes reconocer eso”.

Lebello volvió su mirada sin vida hacia Chung Wu-cheng, pero era evidente que estaba mirando a través de él, mirando algo más allá de él que solo él

podía ver. Su boca se abrió y cerró ligeramente, dando una voz baja y seca. Chung Wu-cheng tensó sus nervios auditivos hasta sus puntos de ruptura. Lebello recitaba los cargos penales contra el fugitivo Yang Wen-li.

“Me doy cuenta de que es impertinente de mi parte decir, Excelencia, pero Yang Wen-li podría haberte matado o haberte llevado al borde de la galaxia. La razón por la que no lo hizo fue…”

Pero Chung Wu-cheng no terminó su oración. Era obvio que Lebello no estaba escuchando. El jefe general de personal de la armada espacial dejó escapar un suspiro y se puso de pie. Su expresión era la de preocuparse por el futuro de una panadería con problemas financieros. Cuando Chung Wu-cheng salió de la oficina de Lebello, comenzó a decirle algo al jefe de la oficina de seguridad, pero se detuvo. No podía sacudir la sensación de que espiritualmente, el presidente ya se había suicidado.

De vuelta en la sede del Comando de la Armada Espacial, Chung Wu-cheng fue informado en el atrio de que tenía visitas. Después de pasar por su propia oficina, abrió la puerta de la sala de recepción de visitantes que le habían indicado.

Allí sus tres visitantes se volvieron para mirar al “Hijo del panadero”, que era jefe general de personal. Todos se levantaron del sofá y lo saludaron con movimientos y expresiones rígidas.

El vicealmirante Fischer, que había sido vicecomandante de la flota de patrulla de Iserlohn, el vicealmirante Murai, que había sido su jefe de gabinete, y el contralmirante Patrichev, que había sido su subdirector de gabinete: esos eran sus nombres.

Cuando Yang se retiró del ejército después de la firma del Tratado de Baalat, lo que se conocía comúnmente como la “Flota Yang” se disolvió, y cada miembro de este trío fue reasignado a diferentes bases militares en varios sectores fronterizos que se encontraban en direcciones completamente diferentes entre sí. Hasta hace solo seis meses, habían sido

líderes en la fuerza armada más poderosa de la Alianza de Planetas Libres, pero ahora, después de muchas batallas en muchos sectores, muchas victorias y muchas labores, claramente habían llegado a ser vistos como obstáculos e intrusos, y así habían sido expulsados de la capital. Desde un punto de vista político, este tratamiento no se había equivocado. La posibilidad de que el regimiento más poderoso actuara de forma autónoma y se transformara en una facción política militar era algo que el gobierno central temía naturalmente, por lo que tenía sentido para ellos promover la disolución de la Flota Yang— especialmente cuando no había más valor para usarlo.

Aunque estos tres líderes no se sintieron exactamente *incómodos* en sus nuevos puestos, tampoco pudieron sentirse del todo cómodos. En la frontera, estaban separados de sus camaradas, y todo lo que sabían sobre la situación en la capital consistía en anuncios oficiales y rumores inciertos que llegaban por las tuberías de información como agua plana e insípida de un depósito estancado. No sabían si Yang Wen-li— el ex comandante con quien habían enfrentado batallas de vida o muerte durante los tres años desde la fundación de la Decimotercera Flota— había escapado o había sido purgado. Todo lo que sabían con certeza era que, de cualquier manera, había sido expulsado de la vida ideal con la que había soñado.

“Todos ustedes deben estar exhaustos después de un viaje tan largo. Por favor tome asiento.”

Incluso cuando Chung los animó a sentarse, se sentó en el sofá. Con una postura relajada y tranquila, el jefe general de personal repasó lo que sabía sobre sus invitados en el fondo de su mente.

A Murai le faltaba la creatividad, pero tenía una mente altamente organizada que sobresalía en la resolución de problemas burocráticos; era conocido como “el raro sensible en la flota de Yang”. Fischer era conocido por su habilidad para administrar las operaciones de grandes flotas; Fue gracias a su control impecable de la flota Yang que nunca había fallado mientras ejecutaba las operaciones propuestas por Yang. Patrichev no se parecía en nada a un oficial de personal, y aunque su enorme estructura solo era suficiente para impresionar, de hecho nunca había permitido que las

operaciones de la sede de la Flota Yang cayeran en mora, y no había duda de su sincera devoción a sus deberes y su oficial al mando. Yang Wen-li, el joven que había contratado a estos talentosos individuos, los dirigió y nunca los dejó caer, no era un soldado común, pensó Chung Wu-cheng.

De una cara solemne, una voz solemne habló.

“Si pudiera preguntarle al jefe de personal general, ¿qué tipo de propósito tiene al convocarnos aquí desde nuestros respectivos puestos?”

Los otros dos invitados permanecieron en silencio, aparentemente cediendo la palabra al Vicealmirante Murai.

Brevemente, pero sin sacrificar la precisión, Chung Wu-cheng explicó la situación que llevó a Yang y a sus subordinados a huir de Heinessen. Miró cara a cara mientras esas tres caras se miraban, y luego sacó los documentos que había traído.

“Y esto me lleva a lo importante. Me gustaría que encuentre al Almirante Yang y le entregue este documento”.

“¿Qué es?”

“Un contrato de transferencia”.

Los tres líderes de la antigua Flota Yang hicieron tres tipos diferentes de expresiones sospechosas mientras miraban las páginas. Cuando levantaron la vista, sus expresiones de sorpresa y desconfianza se habían vuelto más severas. Luciendo un poco cansado y reacio, Chung Wu-cheng cruzó las piernas y se enderezó.

“Es exactamente lo que parece. Estoy firmando más de 5,560 de las naves de nuestra armada a Yang Wen-li. Y me gustaría que entreguen la documentación junto con la mercancía en sí. Todos los procedimientos legales fueron atendidos, por lo que no hay necesidad de preocuparse por eso”.

Murai hizo un sonido de tos.

“¿Realmente hubo alguna necesidad de hacer este tipo de papeleo? Tengo que pensar que incluso las formalidades sin sentido tienen sus límites”.

“No lo entiendes, ¿verdad?”

Con ojos inocentes, Chung Wu-cheng miró a los tres hombres. Patrichev inclinó su cuello musculoso, Fischer parpadeó y Murai ni siquiera pudo manejar eso.

“Es una broma, por supuesto”, dijo Chung Wu-cheng, ajustando cuidadosamente el ángulo de su boina negra. Murai se enderezó aún más. Tal vez estaba pensando *: Entonces, mi comandante hasta hace seis meses no es el único alborotador.* Si lo era, no se veía en su rostro. Dicho eso, su tono de voz adquirió un tono más agudo, a pesar de que estaba hablando con un oficial superior.

“¿Una broma, excelencia? Está bien, pero si has reducido tu flota de esta manera, cuando llegue el momento de reunir fuerzas, será imposible manejar la invasión imperial, ¿no crees?”

“Incluso si reunimos todo lo que tenemos, no podremos manejarlos”. La respuesta demasiado clara de Chung dejó sin palabras al vicealmirante Murai. Como Fischer, de cabello plateado, todavía no hacía ningún movimiento para romper su silencio, fue Patrichev quien luego abrió la boca tras el ex jefe de gabinete.

“Así que Su Excelencia puede decir, pero… no tiene la intención de entregar la capital sin luchar, ¿verdad?”

“Eso es correcto— no tengo esa intención. El comandante en jefe Bucock y yo planeamos intentar un poco de lucha vana”.

“Pero eso es un acto de suicidio, ¿no?”, Dijo Patrichev. “¿Qué pasa si, en lugar de eso, Su Excelencia y Comandante en Jefe Bucock vinieron con nosotros?”

El vicealmirante Murai cambió su línea de visión, mirando suavemente al contraalmirante gigante.

“Mira lo que dices. Para empezar, aún no hemos decidido si vamos a ir a Yang nosotros mismos”.

“Tengo la intención de hacerlo”, dijo Fischer, finalmente rompiendo el silencio cuando sus ojos plateados se volvieron hacia el jefe general de personal. Chung Wu-cheng volvió a cruzar las piernas.

“¿Podría hacer eso por mí, almirante Fischer?”

“Con mucho gusto, su excelencia. Vicealmirante Murai, no tenemos tiempo para estar de puntillas en torno a nuestras intenciones. Sigamos el mejor curso, sin perder tiempo”.

Después de un momento de silencio, el vicealmirante Murai miró al techo con indignación, aunque probablemente había reconocido que el hombre mayor, Fischer, tenía derecho a ello. Por fin, saludó y aceptó sus órdenes.

Después de que los tres líderes de la antigua flota Yang abandonaron la sede llevando el contrato de transferencia, Chung Wu-cheng informó a Bucock lo sucedido. Agradeciéndole por su arduo trabajo, el viejo almirante de repente miró a lo lejos.

“Cuando me golpearon en Rantemario, debería haber muerto en ese momento. Me convenciste de seguir viviendo durante otros seis meses, pero al final todo lo que lograste fue retroceder la fecha de mi muerte”.

“Cuando recuerdo eso ahora, tal vez hablé fuera de turno. Por favor, perdóname”.

“No, gracias a ti he podido hacer algunas cosas buenas por mi esposa, pero… ¿qué pasa con tu familia, soldado?”

“No hay necesidad de preocuparse — he decidido enviarlos a Yang junto con el vicealmirante Murai y los demás. También soy egoísta en este asunto, pero me preocupa mi familia”.

“Me alegra oírlo”, dijo el viejo mientras cerraba los ojos. Él mismo siempre había dejado a su anciana esposa en casa. Su esposa se había negado a abandonar la casa donde habían vivido desde sus días de recién casados. Eso probablemente significaba que, eventualmente, enfrentaría el final de ella y de la familia Bucock en esa casa.

“Yang Wen-li es un hombre de muchos defectos”, dijo Chung, “pero tiene un punto por el que nadie puede criticarlo: cree sinceramente en las palabras que le decimos al público, que el ejército de una nación democrática existe, para proteger la vida de sus ciudadanos. Y ha actuado sobre esa creencia más de una vez”.

“Sí”, dijo Bucock. “Eso es muy cierto.”

En el rostro envejecido de Bucock, apareció una pequeña sonrisa que era como una extensión de luz desvanecida.

“Lo hizo en El Fácil. Y lo hizo cuando abandonó la fortaleza de Iserlohn. Nunca ha sacrificado a un solo civil”.

Probablemente Yang pasaría a la historia como un artista de guerra que rivaliza o incluso supera a Reinhard von Lohengramm. Sin embargo, había algo más en él que era aún más importante transmitir a las generaciones futuras. Sin embargo, ni Bucock ni Chung Wu-cheng cumplirían el deber de contarlo. Todos tenían su propio trabajo que hacer.

“Creo que entiendo a qué te refieres, Chung”, dijo finalmente Bucock. “Si Yang es derrotado, no será por el genio sobresaliente de Reinhard von Lohengramm”.

Sería por la fijación de Yang en sus propios ideales. En Vermillion, debería haber ignorado la orden de alto el fuego del gobierno. Bucock no pudo salir

y decirlo, pero por el bien de Yang, eso era lo que debería haber hecho.

III

Después de rechazar la visita del Enviado Especial Odets de Planetas Libres, Mittermeier disparó su primera descarga de cañones contra un objetivo militar de Planetas Libres. Debido a que estaba algo alejado del curso directo de la Armada Imperial, Wittenfeld lo había ignorado, pero estratégicamente hablando, la fábrica de armas de las Fuerzas Armadas FPA en el Planeta Lugiarna no era algo que pudieran darse el lujo de pasar por alto. Dada su posición astrográfica y su capacidad de producción, solo causaría problemas en el futuro si lo dejaran solo.

Las acciones rápidas de Mittermeier no avergonzaron su apodo, “Gale Wolf”. El 2 de diciembre, la fábrica de armas militares en el planeta Lugiarna fue completamente destruida por el asalto de la Armada Imperial, y su comandante, el vicealmirante tecnológico Bounsgoal, compartió el destino de la instalaciones de la fábrica. Sin embargo, la mitad de sus destructores y cruceros recientemente completados lograron escapar. Bajo el mando del comodoro Desch, eludieron la persecución de la Armada Imperial y, reuniendo tripulación y suministros a medida que avanzaban, finalmente llegaron a El Fácil después de cincuenta días, donde arrojaron su lote con los Irregulares de Yang.

La larga procesión de naves de la Armada Imperial formó un vasto cinturón de luz que se extendió más allá de la retaguardia de la flota de Mittermeier, atravesando sectores enteros del espacio de los Planetas Libres. En contraste con la fuerza actual de las Fuerzas Armadas de la Alianza de Planetas Libres, los números excesivamente grandes de la Armada Imperial estaban estirando su capacidad de reabastecimiento hasta el límite. Directamente detrás de Mittermeier, la antigua flota de Lennenkamp se

dividió en dos, extendiéndose hacia afuera en dos alas. Cuando el almirante mayor Lennenkamp fue instalado como Alto Comisionado, la flota que había comandado se había dividido y reorganizado bajo el mando de los almirantes Alfred Grillparzer y Bruno von Knapfstein. Ambos eran hombres jóvenes de veinte años, bendecidos con abundante espíritu y energía. Además, ambos habían tomado la decisión de vengar a su antiguo comandante Lennenkam

Dicho esto, naturalmente hubo diferencias en sus personalidades. Von Knapfstein había sido el estudiante leal y capaz de Lennenkamp, poseedor de habilidades tácticas completamente ortodoxas y una personalidad que tenía solo un toque de seriedad puritana. Por otro lado, la reputación de Grillparzer como soldado fue algo que desmintió su tierna edad y, además, se había hecho un nombre como explorador y figuraba como miembro de la Asociación Imperial de Geografía e Historia Natural. Unirse a esa asociación requirió la recomendación de un miembro y una revisión académica de un artículo científico, y se había calificado con una disertación de una tediosamente largo nombre de *Un examen de la distribución de la vida de las plantas polares en el segundo planeta del sistema Armento-Phoubel, Demostrando la relación mutua entre su orogenia y la deriva continental.*

Había recibido noticias de la aceptación de su solicitud justo cuando estaba a punto de sentarse para el funeral del difunto Karl Gustav Kempf, y aunque estaba muy bien vestido con su mejor atuendo formal, había corrido directamente a un retrete así arreglado. Después de lanzar una explosión de alegría solo en ese espacio privado, había puesto una cara sombría y había vuelto a enfrentar la ceremonia. Debido a su historia personal y a sus gustos, uno podría pensar que mantendría al Almirante Mayor Mecklinger, el “artista del almirantazgo” en mayor consideración que Lennenkampf, pero eso, por supuesto, no fue un obstáculo para su pasión por la venganza. El espíritu competitivo que existía entre Grillparzer y von Knapfstein probablemente también estaba elevando la temperatura de esa pasión.

Formando una línea a la popa estaban las flotas comandadas por el almirante Grotewohl, el almirante Waagenseil, el vicealmirante Kurlich, el vicealmirante Meifocher y otros. Una figura tan influyente como el

almirante mayor Ernst von Eisenach estaba haciendo acto de presencia.

Von Eisenach era relativamente aficionado al alcohol, e incluso en camino a la batalla, una botella de whisky nunca estuvo lejos de su lado. Sin embargo, no había tenido una caída desde su partida de Phezzan. Había una pequeña razón para esto. Como era almirantazgo, se dedujo que un estudiante de la Academia Imperial de Niños Militares vendría con él como asistente; sin embargo, su reputación de ser "extremadamente callado, severo y difícil de complacer" se aferró incluso a su sombra, y el estudiante se congeló desde el primer momento en que recibió instrucciones del ayudante de von Eisenach.

"Si el almirante chasquea los dedos una vez, le traes café. Asegúrese absolutamente de que no tome más de cuatro minutos. Si chasquea los dedos dos veces, eso significa whisky. Tenga cuidado de no confundirlos".

El estudiante de la Academia Imperial de Niños Militares había tratado desesperadamente de recordar sus instrucciones, y dado sus poderes naturales de memoria, eso debería haber sido lo suficientemente fácil para él. Sin embargo, la presión psicológica parecía haber distorsionado ligeramente los circuitos de memoria del joven, y después de salir de Phezzan, von Eisenach un día chasqueó los dedos dos veces, solo para recibir dos tazas de café tres minutos y cincuenta segundos después.

El almirante "extremadamente callado, severo y difícil de complacer" había echado un rápido vistazo al niño y lo había visto allí completamente rígido. Sin decir una palabra, había bebido las dos tazas de café. La tensión se había drenado de todo el cuerpo del estudiante de la Academia Imperial de Niños Militares, y él había soltado un suspiro de alivio. De esta manera, Ernst von Eisenach nunca había faltado a una o dos tazas de café en esta campaña.

Las motas de luz que se arrastraban hacia la popa de von Eisenach formaban la flota comandada por el almirante mayor de ojos color aguamarina Adalbert Fahrenheit. A Fahrenheit se le había encomendado la tarea vital de conectar las flotas dispuestas en el frente con las flotas que forman la retaguardia, que estaban bajo el mando directo de Reinhard. Era

seguro decir que la ejecución suave y orgánica de toda la operación descansaba sobre sus hombros.

Luego vino la flota personal del Káiser Reinhard. El principal oficial de personal que asesoraba a Reinhard era el secretario general del Cuartel General del Comando Militar Imperial, el Mariscal Imperial Oskar von Reuentahl, y debajo de él estaba el Almirante Hans Eduard Bergengrün, quien era responsable de administrar las operaciones de la flota. El asistente principal del káiser, el vicealmirante Arthur von Streit, también estaba en la nave insignia, junto con el teniente comandante Theodor von Rücke (su asistente adjunto) y Hildegard von Mariendorf (su secretaria en jefe).

Al final de la cola estaba la flota comandada por el almirante mayor Neidhart Müller, también conocido como el “Muro de Hierro”. Müller no solo actuaba como retaguardia; En caso de algún disturbio hacia Phezzan, tendría que revertir el curso y subyugar al enemigo como punta de lanza de toda la armada imperial. Asegurar sus líneas de suministro traseras también estaba entre sus deberes.

Y así, con esta formación profunda, la segunda invasión de la Armada Imperial se convirtió en una ola de energía y suministros furiosos que parecían listos para engullir todas las tierras de la Alianza de Planetas Libres. Sin embargo, a diferencia de esta gigantesca movilización, una misión silenciosa pero importante estaba a punto de ejecutarse en otro pequeño rincón del espacio.

Yang Wen-li estaba comenzando la operación para recuperar la fortaleza de Iserlohn.

CAPÍTULO 04: LIBERACIÓN, REVOLUCIÓN, CONSPIRACIÓN, NUCLEO ET

I

EL ABANDONO DE la fortaleza de Iserlohn en el 799 SE y su audaz recaptura al año siguiente se han denominado la realización definitiva de la teoría de la estrategia de “control espacial” de Yang Wen-li, hecha posible por la habilidad táctica elevada al nivel de una forma de arte. Esto significa no fijarse en las victorias tácticas logradas mediante duelos con otras flotas, sino más bien asegurar las posiciones necesarias en los momentos necesarios para lograr los objetivos militares de uno.

“Yang Wen-li era un maestro del combate de flota a flota, pero su verdadera grandeza radica en el hecho de que todavía tenía una buena comprensión de sus límites, por lo que nunca dejó que sus propias fuerzas lo ahogaran”.

Así lo dijo un historiador, que prodigaba elogios sin reservas a Yang, aunque en ese punto, el rival de Yang, Reinhard von Lohengramm, no fue diferente, y ambos vieron las batallas de flota como nada más que demostraciones localizadas de habilidad técnica dentro de la ejecución de sus estrategias más amplias. Preparar una fuerza más fuerte que la de su enemigo, ejecutar una operación de suministro impecable, recopilar mucha información, analízarla con precisión, designar comandantes de primera línea confiables, asegurar posiciones astronográficamente ventajosas y elejir el momento para comenzar la batalla. Haga estas cosas, y una o dos

derrotas tácticas no serán dignas de crítica. El comandante en jefe en realidad solo tenía un deber: decirle a toda su fuerza: “No te descuides”.

Esta segunda Operación Ragnarok encontró a Reinhard von Lohengramm en una posición desde la que solo pudo haber hecho eso. Sin embargo, ir a la primera línea en persona fue lo que convirtió a Reinhard en el “León de Oro”. Fue un acto relacionado con su caracter más que con su habilidad.

Yang Wen-li, por otro lado, tuvo que salir de una situación difícil bajo condiciones estratégicas extremadamente desfavorables. Fue algo que dijo Alex Caselnes que finalmente lo impulsó hacia la decisión que tomó. En una cabina a bordo de la nave insignia *Ulysses* , el estudiante de último año de Yang de la Academia de Oficiales abrió la boca para decir con diversión: “Hey, estamos en la ruina, ¿sabes? Decide ya qué vas a hacer”.

Entre el personal de la Flota Yang, Caselnes era prácticamente el único que podía entender las finanzas y la economía a escala de las naciones. El plan a largo plazo de Yang para reconstruir el ejército de la FPA había terminado como un fantasma, pero en él el mismo Yang había insertado una viñeta con respecto al financiamiento, demostrando que no era un ideólogo para la supremacía del poder militar. Aun así, sus pensamientos se referían principalmente a asuntos militares, un hecho que tenía que admitir incluso si no le gustaba. Llámalo revolución o guerra, le costó dinero ejecutarlo de cualquier manera, y por el momento Yang no tenía una lámpara mágica en la mano.

Cuando Caselnes sugirió hacer uso de las conexiones del amigo de Yang, Boris Konev, para pedir prestados fondos de los comerciantes Phezaneses, Yang se preocupó. El dinero prestado tuvo que ser devuelto, y en la actualidad no había forma de idear un plan para pagarlo. En primer lugar, proporcionar dinero para los irregulares errantes de Yang era una apuesta lo suficientemente tonta como para justificar el término “especulación”, y no creía que ningún Phezzanese estuviera dispuesto a aceptarlo.

“¿De qué estás hablando? Una vez que lo tomamos prestado, es nuestro”, dijo Caselnes. Arrugando su cabello negro, Yang se sumió en sus pensamientos. Caselnes continuó: “Phezzanese tiene un buen ojo para sus

propios intereses. Si creen que tenemos la posibilidad de derribar al Káiser Reinhard, invertirán absolutamente en su futuro”.

Yang no dijo nada.

“Y una vez que comiencen a invertir, tendrán que seguir invirtiendo, por lo que no habrán gastado su dinero por nada. La inversión inicial en sí será la primera gota para ampliar y fortalecer la conexión entre ambas partes.”

“Lo entiendo, pero ¿podemos realmente sacar dinero de los negocios de Phezzanese con nada más que quizás?”

“El éxito de un juego de tejones depende de los encantos de la mujer”.

“¿Los encantos de la mujer…?”

Yang ladeó la cabeza, luego lanzó su boina negra al aire y se echó a reír. Sabía exactamente a qué se refería Caselnes ahora.

El espíritu de Phezzanese siempre había sido de independencia y autodeterminación. Era cierto que se habían rendido ante la gran y audaz estrategia de Reinhard von Lohengramm y el poder militar que la apoyaba. Era cierto que se habían visto obligados a esperar hasta que volviera el cielo despejado. Pero los comerciantes de Phezzan en particular habían estado cantando alabanzas a la libertad económica durante generaciones, por lo que, naturalmente, se opusieron especialmente al estado actual de las cosas. Si fuera posible, seguramente querrían derrocar el gobierno del Káiser Reinhard. Simplemente carecían del poder militar para hacerlo.

Es por eso que los Phezzanese probablemente mostraban una falsa obediencia mientras buscaban fuerzas que pudieran compensar lo que les faltaba. Podrían coexistir y cooperar con el grupo de Yang. Al mismo tiempo, sin embargo, no eran filántropos; nunca desperdiciarían un buen dinero en una fuerza débil que no tenía una oración de ganar. Por esa razón, se necesitaría un medicamento poderoso para anestesiar su instinto de autoprotección.

Si Yang pudiera ganar una victoria táctica masiva, si pudiera mostrarles que alguien que no sea el Káiser Reinhard podría tomar las riendas del futuro, entonces la escala de Phezzan debería inclinarse mucho en su dirección.

“Una mujer hermosa, para cautivar y desconcertar a los Phezzanese”, dijo Caselnes. En otras palabras, la fortaleza de Iserlohn. Volverían a tomar Iserlohn, mostrarían el poder de las fuerzas anti-imperio y conseguirían que esos inversores aflojaran sus cadenas.

“Entonces, esa también es una razón para recuperar a Iserlohn, ¿verdad?”

Así fue como la recuperación de Iserlohn se convirtió en la propuesta suprema para Yang y sus seguidores. Esto fue más allá de un mero objetivo militar. También estaban haciendo esto por los efectos políticos y por su supervivencia económica. Yang, combinando elementos esenciales de cada truco de magia conocido en la historia, tuvo que regresar con éxito a Iserlohn, luego asegurar el punto de salida del Corredor Iserlohn —El Fácil — luego prepárate para la próxima batalla, empleando el poder de Phezzan para organizar a las personas y reunir inteligencia.

Dicho esto, todo esto sería en vano si se permitiera a sus patrocinadores de Phezzanese interferir y manipular los actos de revolución en beneficio de los especuladores. Ahí fue donde les cortaron el trabajo.

Sin embargo, desde el punto de vista de Reinhard, la fortaleza de Iserlohn no era más que una piedra en el interior. Esto no fue solo porque el temperamento indomable de Reinhard lo había llevado a subestimar la importancia de esa piedra; porque había tomado el control del Corredor Phezzan y trasladó su cuartel general imperial al Planeta Phezzan, solo se dedujo que el Corredor Iserlohn había perdido gran parte de su valor estratégico. Había dejado al mariscal von Oberstein, ministro de asuntos militares, detrás de Phezzan y había estacionado una poderosa fuerza militar allí, mientras había enviado las fuerzas de Lutz a Iserlohn, pero vació el corredor — como resultado demostrando que la corazonada de Yang era correcta.

Naturalmente, algunos historiadores luego afirmarían que fue la arrogancia

lo que hizo que Reinhard prestara muy poca atención al Corredor Iserlohn, pero su contemporáneo, Yang Wen-li, tenía una opinión diferente.

“El halcón y el gorrión tienen diferentes puntos de vista. No vale la pena recoger una moneda de oro para un multimillonario, pero para una persona pobre puede significar la diferencia entre la vida y la muerte”.

Reinhard, como monarca autocrático del Imperio Galáctico, ya gobernaba la mayor parte del espacio habitado e intentaba conquistar lo poco que quedaba. Yang estaba tratando de liderar una banda errante de fugitivos sin siquiera una fortaleza para llamarla propia, para mantener vivas las formas democráticas y republicanas de gobierno, y con mucha suerte, atraer a la diosa de la historia, ahora sonriendo tan seductoramente la dinastía Lohengramm, en su campamento. De cualquier forma que lo mirara, Yang era el que intentaba hacer algo escandaloso, y lo que era peor, tenía que buscar en los bolsillos de los magnates generosos para que sucediera.

Y así fue que el 9 de diciembre, 799 SE, los Irregulares de Yang se revelaron en el sistema estelar de El Fácil.

En realidad, no fue la intención proactiva de Yang reunirse con el gobierno revolucionario independiente de El Fácil. Yang sintió que lo que El Fácil había hecho había surgido de intensas pasiones, y era más parecido a la violencia que a la revolución. Sin embargo, como primer paso para unificar a los republicanos anti-imperio, un apretón de manos entre los pioneros políticos y los poderosos militarmente se había convertido en una necesidad.

II

El líder del organismo autónomo de El Fácil era un hombre de cuarenta años llamado Francesicu Romsky que originalmente había sido médico. Desde la antigüedad, los médicos, maestros, abogados y estudiantes habían

sido importantes fuentes de revolucionarios, por lo que también se podría decir que él también continuaba con la vieja tradición.

Once años antes, en el momento de la llamada El Escape del Fácil, había sido uno de los civiles que cooperaba con el subteniente Yang Wen-li, el oficial a cargo de la evacuación, aunque para Yang cualquier recuerdo de su nombre o rostro tenía hundido en las profundidades del olvido, y no miraría por encima de la superficie del agua para él. En cualquier caso, incluso se había olvidado de su actual esposa Frederica hasta que ella le recordó quién era, por lo que no había forma de que recordara a algún otro jugador.

Frederica, cuyos poderes de memoria eran mucho más ordenados que los de su esposo, no se había olvidado de Romsky. Había tratado a su madre enfermiza en más de una ocasión, y ella lo había tratado con café y bocadillos. Romsky también recordó a esa chica de cabello rubio con los llamativos ojos color avellana. Sonriendo de oreja a oreja, el médico convertido en revolucionario agarró las manos del Sr. y la Sra. Yang. Yang Wen-li retrocedió internamente; El cuerpo de prensa que rodeaba a Romsky tenía sus cámaras alineadas como una batería de cañones. Al día siguiente, 10 de diciembre, los periódicos electrónicos de El Fácil fueron enterrados exactamente en el tipo de titulares que Yang había previsto.

“¡Yang Wen-li regresa! ¡El Milagro de “El Fácil” se repite!”

“Aquí está,” dijo Yang. “Es por eso que no quería hacer eso”.

Yang sostuvo su cabeza en sus manos, pero finalmente no tuvo más remedio que desempeñar el papel de la imagen proyectada que sus propias acciones y éxitos habían establecido. Había pasado de ser el héroe de una nación democrática al héroe de una revolución democrática — y su reputación como un almirante brillante e invencible solo iba a ser aún más publicitada.

En cuanto al gobierno revolucionario de El Fácil, que el partido de Yang se uniera a sus filas no solo significó un salto cuántico en el poder de sus fuerzas militares, sino que fueron los que el mayor líder de la Alianza de Planetas Libres había reconocido como una administración legítima, luchando por la política probada y verdadera de la democracia republicana.

Simultáneamente con su deleite, querían usar eso para todo lo que valía la pena.

Era obvio por qué Romsky tenía la intención de mantener una relación cercana con los periodistas, tanto desde el punto de vista de los ideales de la democracia republicana como de la estrategia de inteligencia de la revolución. Yang, por supuesto, no pudo hacer público su asco interior. El acceso público fue un pilar de la democracia republicana. Si hubiera preferido el secreto y la no divulgación, hubiera sido mejor ponerse del lado de los totalitarios; en cambio, Yang tuvo que luchar contra sus sentimientos personales y sonreír a las cámaras.

No obstante, en la magnífica ceremonia de bienvenida que se celebró en su honor, Yang logró terminar su discurso en apenas dos segundos: "Soy Yang Wen-li. Encantada de conocerlos."

Esto decepcionó a los diez mil asistentes que parecían haber esperado un discurso conmovedor y apasionado, pero si producía resultados, eso eventualmente compensaría tales decepciones. Cuando Yang volvió a sentarse, Romsky le dijo en voz baja: "Almirante Yang, creo que nuestro nuevo gobierno necesita un nombre…"

"Sí, por supuesto…"

"Me gustaría anunciar esto formalmente mañana, pero ¿qué piensas del 'gobierno legítimo de la alianza de planetas libres'?"

Esto fue seguido por un largo silencio— el equivalente psicológico de Yang de tropezar durante los tres pasos. Quería pensar que Romsky estaba bromeando, pero era obvio que no estaba. Cuando Yang no respondió de inmediato, Romsky lo miró de nuevo, algo incómodo.

"¿No te gusta?"

"No es eso. Es solo, ¿realmente crees que es necesario discutir sobre la legitimidad nacional? Creo que deberías enfatizar el hecho de que estás comenzando de nuevo…"

Yang hizo su caso tan reservadamente como pudo. No quería que pensara que estaba buscando su propia opinión sobre Romsky con las fuerzas armadas en el fondo.

"Así es", dijo Dusty Attenborough, quien había adivinado el estado mental de Yang y vino a proporcionar refuerzo. "En primer lugar, llamarse a sí mismo el 'gobierno legítimo' es simplemente mala suerte. ¿Recuerdas el ejemplo reciente del 'gobierno galáctico imperial legítimo'?"

Al parecer, Attenborough había logrado sintonizarse con la longitud de onda psicológica del Dr. Romsky. El revolucionario asintió y dijo que tratarían de ser desfavorable, y que trataría de llegar a otra cosa. Aun así, parecía un poco decepcionado.

"Almirante Yang, por favor no se canse de pequeñas cosas como esta", susurró Dusty. "Seguramente quirúrgicamente montañas más altas que está habrá en el futuro".

"Lo sé", susurró Yang, y no fue del todo una formalidad vacía. También podríamos tener — algunas fallas— muchas, no podría permitirme que este pequeño e impotente brote de democracia sea cortado. Si se quedaba de brazos cruzados, todo el espacio habitado tendría envuelto en las palmas blancas de una personalidad más eminente y elegante. El problema ahora no era las habilidades o la conciencia de Reinhard. Tampoco fue la impresión favorable que Yang tenía de Reinhard personalmente un problema tampoco. Lo que no podría permitirse era que todo el universo estaría gobernado por un ingenuo sistema de gobierno dependiente de los talentos y cualidades de un solo individuo.

En lugar de tener las justificaciones de un dios solitario y absoluto forzado sobre ellos, era infinitamente mejor tener muchas personas insignificantes saludando sobre sus propias justificaciones insignificantes y tontas y lastimándose unos a otros. Combina todos los colores en uno, y todo se vuelve negro; una mezcla caótica de muchos colores era preferible a la pureza incolora. No había nada inevitable en cada sociedad humana se uniera bajo un solo sistema de gobierno.

En cierto sentido, se podría decir que estos pensamientos sobre Yang no carecían por completo de elementos opuestos a las repúblicas y las democracias. Después de todo, la mayoría de los republicanos democráticos sin duda deseaban que el universo estuviera unido por sus ideas, y rezaban por el fin de la autocracia.

Aun así, esto tampoco podría ser más irónico. Cuando el enorme cuerpo del Imperio Galáctico de la Dinastía Goldenbaum se derrumbó con silenciosos rumores, la Alianza de los Planetas Libres, después de dos siglos y medio de resistencia firme, fue destruido y devorado por las termitas.

"¿Podría ser, entonces, que el significado histórico de la Alianza de Planetas Libres no terminó con su oposición a la tiranía, sino con su oposición a von Goldenbaum?"

Eso era algo en lo que Yang había pensado antes, y aunque las cosas parecían, en su opinión, más o menos de esa manera, habría sido una mala forma de su parte decidir que era así. Toda la historia desde que su padre fundador, Ahle Heinessen, había emprendido audazmente en la Larga Marcha de 10,000 años luz, todas las esperanzas, pasiones, ideales y ambiciones acumuladas de innumerables personas — dos siglos y medio de alegría, ira, tristeza y deleite — ¿eran todas estas cosas apiladas sobre el cadáver de un hombre, Rudolf von Goldenbaum?

Por supuesto, cuando uno lo pone de esa manera, incluso el guapo conquistador Reinhard von Lohengramm podría no ser diferente. Se había propuesto vencer a la dinastía Goldenbaum, y aunque se había dado cuenta de esa ambición, ¿no había sido nada más que conducir al fantasma de Rudolf de regreso bajo su lápida? Romsky seguía hablando en tono acalorado sobre un nuevo nombre, una nueva bandera y un nuevo himno para su nación. Mientras asentía en los momentos apropiados, los pensamientos de Yang estaban corriendo a través de la oscuridad del pasado, así como el laberinto del futuro…

Así fue como los "Irregulares" se convirtieron en la "Reserva Revolucionaria". El comandante Olivier Poplin diría más tarde sobre el

asunto: ‘Ropa de invierno en invierno, ropa de verano en verano’. Sin embargo, sin importar lo que lleves puesto, lo que hay dentro no cambia”.

El oficial al mando era el mariscal Yang Wen-li, y su jefe de gabinete era el almirante mayor Wilibard Joachim von Merkatz. El vicealmirante Alex Caselnes se convirtió en gerente de servicio de retaguardia. El presidente del gobierno, Romsky, se convirtió en presidente de asuntos militares. Yang sintió un poco de alivio. Tener solo un jefe era algo por lo que estar agradecido.

Pero la llegada de Yang a El Facil fue recompensada por una alegría aún mayor — su reunión con Julian Mintz y Olivier Poplin.

III

El 11 de diciembre, Attenborough fue al puerto espacial y acababa de concluir una discusión sobre la reorganización del sistema de control de tráfico militar-civil de doble uso cuando vio la sala de Yang. O, para ser sincero, vio a una bella morena de aspecto elegante, ligeramente fuera de lugar con un abrigo de piel de leopardo, caminando entre olas de personas vestidas principalmente con overoles de trabajo que fluían por el vasto vestíbulo. Mientras él la estaba escaneando con su línea de visión, vio una cabeza de cabello lino de aspecto familiar.

“¡Julian! Oye, ¿eres tú, Julian?”

Debajo de la cabeza de cabello lino que giraba, los ojos alegres y juveniles se iluminaron de alegría cuando vieron de dónde venía la voz. Con pasos rápidos y rítmicos, se acercó y saludó enérgicamente.

“Vicealmirante Attenborough. Es bueno verte otra vez.”

Unfaithful , la nave de carga en el que había viajado acababa de llegar a

puerto, y su capitán, Boris Konev, todavía estaba en la oficina, en medio de los procedimientos de atraque necesarios.

“Entonces, ¿dónde está el resto de tus seguidores, chico?”

“Eso es horrible, vicealmirante — no deberías llamarlos así”.

Machungo estaba colgando detrás de Julian, llevando el equipaje con ambos brazos y ambos hombros; Ocupaba el doble de espacio que el chico. Cuando Attenborough vio a Olivier Poplin, estaba a varios pasos de distancia, charlando agradablemente con tres mujeres jóvenes que parecían estar en algún lugar alrededor de los veinte. Ligeros como plumas, fragmentos de su conversación llegaron flotando hacia ellos.

“¡Comandante Poplin!” Gritó Julian.

“Ah, aquí vamos…” dijo Poplin, quejándose mientras se acercaba. “No me interrumpas justo cuando las cosas estén mejorando. Solo un poco más de tiempo, y esta noche habría tenido dulces sueños en una cama doble”.

Dio un saludo superficial a Attenborough, que no era un hombre tan pequeño como para herir sus sentimientos por ese grado de rudeza, aunque sí mostró su sarcasmo: “Mírate, trabajando duro en el momento en que llegas a puerto. Debes seducir a nuevas mujeres por minutos”.

Poplin no mostró signos de contrición.

“La raza humana tiene cuarenta mil millones de personas, y la mitad de ellas son mujeres. Si la mitad de ellos son demasiado viejos o demasiado jóvenes, y la mitad de ese número lo descalifico por mi apariencia, eso todavía me deja cinco mil millones de intereses románticos elegibles. No puedo permitirme perder ni un segundo”.

“No debe ser demasiado particular en lo que respecta al intelecto y la personalidad”.

“Oh, le dejaré a los que tienen grandes personalidades, almirante

Attenborough. La mitad con malas personalidades las quitaré de las manos”.

“Comandante, ¿no tienes conciencia de ti mismo? Por la forma en que hablas, solo podría suponer que eres un estafador, y eso lo pone muy bien”.

“Aw, puedes cortarme tanto tiempo. Después de todo, mientras hemos estado trabajando duro en un viejo y sombrío planeta llamado Tierra, todos ustedes lo han estado viviendo en Heinessen, haciendo lo que quisieran”.

“Oye, también hemos estado trabajando duro”.

Mientras hacía ese comentario infantil, Attenborough notó que Julian intentaba no reírse, y con una clara risa atragantada en la garganta, cambió de tema.

“En serio, sin embargo, es genial que hayas llegado hasta aquí. Solo llegamos aquí hace dos días”.

Julian, por supuesto, había estado tratando de regresar a Heinessen al principio, pero en el instante en que cruzaron desde el Corredor Phezzan al espacio FPA, escucharon la renovada declaración de guerra del Káiser Reinhard, supieron que Yang había huido y se vieron obligados a cambiar de direccion. Después de considerar cuidadosamente varios factores, Julian había predicho que, independientemente de lo que sucediera mientras tanto, Yang seguramente planearía la recaptura de Iserlohn y, de alguna manera, se pondría en contacto con el gobierno revolucionario independiente de El Fácil.

“Mucho sucedió en el camino”, dijo Julian, “pero de alguna manera logramos llegar aquí de manera segura. En cualquier caso, gracias a Dios, todos están a salvo y podemos volver a vernos. Verdaderamente.”

Aunque Julian había dicho esto concisamente, realmente habían sucedido muchas cosas en el camino. Después de la conclusión de la misión del Almirante Mayor August Samuel Wahlen de aplastar la Iglesia de Terra, lo siguieron a la capital imperial de Odín, donde recorrieron el interior del

Palacio Neue Sans Souci, que actualmente se reutiliza como museo histórico. Aquí, como era de esperar, Poplin se había tomado una foto con una chica de cabello oscuro que también había venido a hacer turismo. Para cubrirse, se habían hecho pasar por un grupo de comerciantes libres muy curiosos de Phezzan. Aunque fue una simple formalidad, también se enfrentaron a interrogatorios por parte de la policía militar. El disco óptico que habían sacado de la sede de la Iglesia de Terra bajo el mayor secreto había sido robado en un momento, y tuvieron que pasar tres días buscándolo. Poplin, a punto de compartir una noche de pasión con la esposa de un oficial imperial, había sido descubierta por su esposo. Sin embargo, gracias al buen favor del almirante Wahlen, finalmente se les permitió salir de Odín. Habían regresado a través de Phezzan, donde había que superar obstáculos por docenas antes de poder regresar al espacio de Planetas Libres. Después de todo eso, casi habían sido recogidos por una de las naves de reconocimiento de Schwarz Lanzenreiter, pero gracias al pilotaje de Boris Konev, finalmente se dirigieron a El Fácil.

Dentro del vehículo terrestre, cuatro hombres — Attenborough, Poplin, Julian y Machungo — se dirigían al edificio que ahora servía como centro de comando de Yang. Debido al volumen de Machungo y la gran cantidad de equipaje, nadie pudo sentarse derecho. Con esfuerzo, Poplin se inclinó hacia el asiento del conductor, donde estaba sentado Attenborough.

"Aun así, es un movimiento bastante audaz, cortar los lazos con el gobierno de los Planetas Libres. Supongo que esto es lo que sucede cuando se despierta y deja de holgazanear". Probablemente pensando que debería decir algo, Attenborough, todavía mirando hacia adelante, respondió: "Escuche, comandante Poplin — no se haga una idea equivocada. No estamos en este tipo de revolución para presumir y divertirnos".

"Por mucho que prefiera no, puedo ver eso solo mirando todas tus caras. Supongo que la Flota Yang solo ha cambiado su placa de identificación".

Cuando llegaron al centro de comando, los cuatro hombres fueron liberados de su estado de casi asfixia. Con una pequeña montaña de equipaje, el

gigante Louis Machungo bajó a un vestuario del sótano por el momento, mientras que los otros tres atravesaron el vestíbulo y se dirigieron al ascensor. Ahí fue donde Olivier Poplin se detuvo en seco. Un joven oficial subalterno, con su boina negra descansando sobre una espesa cabellera del color del té ligeramente preparado, se acercó con un paso rítmico que rivalizaba con el de Julian, lo llamó y lo saludó. Saludos apresurados y cambios de expresión se cruzaron entre los cuatro, y la puerta del ascensor se cerró con solo Julian y Attenborough a bordo. Una mezcla algo complicada de estados de ánimo flotaba en el aire del recinto de doce metros cúbicos.

“Julian, ¿la conoces? A esa chica de hace un momento”

“Sí, el Comandante Poplin nos presentó en la Base Dayan Khan. ¿Cómo la conoce, almirante Attenborough?”
“Um, bueno, ella es la hija de alguien que conozco”. El joven almirante comenzó a abanicar su rostro con su boina negra. Parecía que la mala influencia de su comandante lo había contagiado.

“Oh, entonces debes conocer bastante bien al cabo Katerose von Kreutzer”.

Al sondeo casual de Julian. Attenborough decidió seguir adelante y cruzar esa línea.

“Muy bien, te lo diré. Esa chica es hija del vicealmirante von Schönkopf”.

Las bombas, sin embargo, no necesariamente tienen el efecto deseado cuando explotan. Julian parpadeó tres veces, ladeó la cabeza y miró a Attenborough. Por fin, su circuito cognitivo combinaba el lenguaje con el significado, y el joven comenzó a reírse.

“Lo siento, señor. Es un poco difícil creer que el vicealmirante von Schönkopf tenga una hija”.

Más aún si fuera Katerose von Kreutzel, también conocido como Karin. Todo lo que Julian pudo hacer fue sacudir la cabeza.

“Seguro que lo has entendido bien. Incluso ahora, todavía no puedo creerlo. Pero piénsalo. El vicealmirante von Schönkopf también se ha ganado su franqueza en esa arena desde que tenía más o menos tu edad. No me sorprendería que haya dejado bastardos por docenas, no importa uno solo”.

Durante un largo momento, Julian no dijo nada mientras examinaba la sala de retratos que ocupaba una parte de su memoria. No importa el cabello claro de color té de Karin y esos ojos colores añil que brillaban como el cielo a principios del verano; Algo sobre su apariencia general lo dejó con el menor indicio de déjà vu. ¿Podría ser porque era la hija de von Schönkopf? Poplin había dicho que parecía haber algún tipo de situación con respecto a su nacimiento…

“¿Sabe el vicealmirante von Schönkopf sobre esto?”

Cuando Attenborough dijo que no, Julian se sumió en sus pensamientos una vez más.

“¿Qué tal, Julian?” Dijo Attenborough. “¿Quieres intentar usar esa virtud tuya para mediar en una reunión padre-hija?”

“Nunca funcionaría. Probablemente no le gusto”.

“¿Hiciste algo que no te gustara?”

“No, señor, nada en particular. Es solo que, de alguna manera, estaba teniendo ese tipo de sentimiento”.

Attenborough lanzó una mirada ligeramente hacia abajo al joven, pero no pudo distinguir nada en su rostro para sacar conclusiones.

“Bueno, de todos modos, por el momento, deberíamos dedicar toda nuestra energía a retomar Iserlohn, en lugar de mirar hacia abajo desde la sección de hemorragias nasales a las disputas familiares de von Schönkopf”.

La puerta del ascensor se abrió y, cuando la vista exterior se amplió, Attenborough entrelazó los dedos detrás de la cabeza y le hizo una seña a

Julian con un tirón de la barbilla.

“Vamos, Julian, nuestro perezoso mariscal es así, de mala gana en el trabajo”.

Incluso Su Excelencia, su perezoso mariscal, a veces tuvo momentos de diligencia momentánea. Ese día, también, Yang estaba en su escritorio, desencadenando volcanes de pensamiento encadenados. Los papeles que se habían utilizado para tomar notas y hacer cálculos estaban dispersos a su alrededor.

“Tienes que dar lo mejor de ti. Si esto no se resuelve durante la generación de Su Excelencia, la generación de Julian lo pasará muy mal”.

Así lo dijo la teniente comandante Frederica G. Yang, su ayudante en el cuartel general del Comando de la Reserva Revolucionaria, un brillo travieso que baila en sus ojos color avellana. Su esposo dejó escapar un suspiro de indignación y tomó un sorbo del té que su esposa le había traído.

“Cuando trabajamos duro para progresar, siguen cosas notables”, opinó con aire condescendiente.

“Me siento honrado, excelencia”.

Riendo, Frederica vislumbró a su esposo poniéndose de pie, con la taza de té todavía en la mano. Mientras se volvía hacia él, vio que la expresión de su esposo cambiaba de sorpresa a alegría en unas pocas décimas de segundo.

Julian Mintz estaba de pie allí. Era incluso más alto ahora que cuando se habían separado; Ya es digno de ser llamado un hombre joven en lugar de un chico. Su rostro redondeado y guapo sonrió con nostalgia mientras observaba las miradas de bienvenida de Yang y Frederica.

“¡Bienvenido a casa!”

Yang habló primero, y Frederica lo siguió.

“¡Julian! ¡Te ves bien!”

“Me siento bien… acabo de llegar”. Incluso la voz de Julian rebotó con excitación rítmica. “Ha pasado demasiado tiempo, su excelencia. Esto puede ser repentino, pero los materiales relacionados con la Iglesia de Terra están registrados en esto. Espero que sea útil, aunque sea un poco”.

Hablando así, extendió el disco óptico. Por más que intentara asumir la actitud de un adulto mientras lo hacía, todavía parecía tan infantil e inocente. No carecía de inquietud, aunque lo que tenía solo se podía medir en micras. ¿Qué pasaría si la familia de Yang ya no fuera su hogar? ¿Qué pasaría si la campana de apertura hubiera sonado para la historia de la nueva familia Yang, y él no fuera más que un elemento extraño que había llegado demasiado tarde?

Pero todo eso era una preocupación innecesaria. Él era una pieza en el rompecabezas gigante que era la familia Yang, por lo que, por supuesto, encajaba perfectamente en el espacio donde pertenecía. La calidez de la casa Yang y la naturaleza de espíritu libre de la Flota Yang formaron el ambiente temporal y espacial que era más valioso, más digno de nostalgia en todos los recuerdos de Julian. Que nunca pudo olvidar esto fue una gran bendición para Julian, y más tarde se convertiría en una nostalgia que acompañó el dolor en su corazón.

Después de finalmente disfrutar de una agradable conversación con Attenborough y Poplin también presentes, Yang les explicó su plan — como siempre había sido su costumbre. Para organizar y reexaminar sus planes, Yang a menudo le había pedido a Julian sus opiniones, lo que a su vez le había proporcionado lecciones incomparablemente valiosas en estrategia y táctica.

“Finalmente podremos volver a Iserlohn, ¿no?”

“Si todo va bien, Julian”.

“Lo hará. Estoy seguro. Pero, aun así, el Káiser Reinhard realmente le gustan esas pinzas y estrategias de envoltura a gran escala, ¿no?”

“También me gustan”.

Julian podía escuchar una sonrisa irónica en la voz de Yang. Si él, como estratega, tuviera una gran fuerza militar cuyo tamaño excediera el de Reinhard, seguramente la habría dividido en dos y trataría de atrapar al enemigo en un movimiento de pinza. Si pudiera atraer a Reinhard hacia Iserlohn, y usar una fuerza auxiliar para cortarlo de sus fuerzas en la retaguardia… O sin siquiera ir tan lejos, si pudiera usar una unidad para capturar y mantener la Fortaleza de Iserlohn, la otra podría enviar a través del corredor para invadir el espacio imperial, atacando su antigua capital de Odín después de una carrera de larga distancia a través de su territorio…

Anteriormente, durante la Operación Ragnarok, poderosos almirantes, incluidos von Reuentahl, Lennenkamp y Lutz, habían sido posicionados dentro del Corredor Iserlohn, pero ahora, si podía capturar la Fortaleza Iserlohn una vez que Lutz se desplegara en otro lugar, el Corredor Iserlohn sería un mar abierto hasta la flota Yang estaba preocupada. Cuando el Káiser Reinhard intentara regresar al espacio imperial, no tendría otra opción que salvar un largo desvío a través del Corredor Phezzan, y si aquellos que deseaban recuperar su independencia se levantaran al mismo tiempo en Phezzan, el joven conquistador perdería su camino a casa. Entonces, por primera vez, Yang podría arrojar un guante blanco al káiser de cabello dorado.

Yang apoyó una mano sobre su boina negra y sacudió la cabeza con una sonrisa irónica. Desafortunadamente, no hubo tiempo suficiente para convertir esta fantasía en realidad. No era como si estuviera en comunicación de alguna manera con la facción de independencia de Phezzan. La realidad era que esa era la tarea en la que tenía que comenzar a trabajar ahora. Tuvo que capturar la fortaleza de Iserlohn por segunda vez, establecer lo que Attenborough llamó un “corredor liberado” entre Iserlohn y El Fácil, y finalmente decirles: “¡Envíenos capital — esta inversión es una

cosa segura!”. Tenía que mostrarles pagarés. eso no contenía más que incertidumbres, y con ellas aseguró la cooperación que pudo. Un paso en falso, y sería un fraude, puro y simple.

Por supuesto, su próxima operación fue en sí misma equivalente a fraude, en cualquier caso.

Yang había calculado con casi perfección el tiempo y las circunstancias bajo las cuales Lutz se desplegaría desde la Fortaleza Iserlohn. Yang no creía que el FPA fuera capaz de montar una resistencia organizada a la segunda invasión de Reinhard, por lo que estos cálculos tenían que ser perfectos al minuto y al segundo. Si hubiera sabido que el mariscal Bucock y el almirante Chung Wu-cheng estaban reuniendo los restos de las Fuerzas Armadas de la FPA para desafiar a Reinhard, habría tenido que idear una ecuación diferente.

Con respecto a esta hipótesis, muchos historiadores teorizan que “Yang Wen-li probablemente se habría lanzado, por primera vez en su vida, a una batalla que no tenía esperanzas de ganar”, aunque también hay quienes muestran una opinión extremadamente dura de Yang: “Si la noticia de la movilización del mariscal Bucock hubiera llegado a Yang, se habría visto obligado a tomar una decisión extremadamente dolorosa: esperar y ver cómo muere un querido superior, o unirse a una batalla que posiblemente no podría ganar. ¿Reprimir su razón o sacrificar sus emociones? Fue porque Yang no sabía que podía dedicar toda su atención a la tarea del artista de retomar a Iserlohn. Yang Wen-li fue un artista afortunado”.

La evaluación anterior apesta a malicia fiscal, pero sí dice la mitad de la verdad. Yang creía que Bucock se había retirado, se ocupaba de las enfermedades que se presentaban con la edad avanzada y que nunca volvería a salir a la vida pública. Por eso, incluso cuando había huido de Heinessen, se había abstenido de involucrar al viejo almirante a quien tanto amaba y respetaba. Cuando conoció a Reinhard en persona después de la Guerra Vermillion, Reinhard había declarado claramente que no trataría de castigar a Bucock. Había cumplido esa promesa, y Yang había estado seguro de que continuaría haciéndolo. En ese punto, Yang lo creyó implícitamente.

Por supuesto, la predicción de Yang fue, al final, completamente equivocada.

Como una prueba más de que Yang estaba preocupado por la recuperación de Iserlohn, uno puede señalar su retraso en la inspección del disco óptico que Julian había traído de la Tierra. La recuperación de la fortaleza de Iserlohn fue todo, y Yang vio el disco como algo para examinar solo después de estar en una posición estratégica más firme. Ya llevaba una carga mayor de la que podía soportar, y si se añadía otro asunto importante, incluso el cerebro de Yang podría sobrecargarse y comenzar a arrojar chispas. Ciertamente no estaba tomando la inteligencia sobre la Iglesia de Terra a la ligera. Aun así, el hecho es que recibió solo un informe básico de Julian y Olivier Poplin, y que los propios reporteros estaban más centrados en el trabajo por delante que en un éxito pasado. Julian y Poplin habían expresado su pesar — aunque la redacción había diferido según sus caracteres individuales — por haberse perdido el escape de Heinessen; ahora tampoco se trataba de dejarse excluir del plan para regresar a su “hogar, dulce hogar”.

En cualquier caso, Yang estaba en este momento elaborando un plan que en el futuro sería alabado por muchos académicos militares — aquellos a quienes no les gustaba Yang dirían que era menos una táctica que un truco de magia, y que no era útil que otros aprendieran de ellos.

Naturalmente, Yang tenía la intención de comandar personalmente la flota que destruiría la fortaleza de Iserlohn, pero el gobierno independiente de El Fácil no acogió con satisfacción la idea de su ausencia. ¿Qué pasaría si una fuerza militar del imperio o la Alianza de Planetas Libres atacara, o se produjera un levantamiento antirrevolucionario durante su ausencia? Cuando Yang les dijo que dejaría atrás al Almirante Merkatz para sostener el fuerte, su inquietud y sospecha habían sido imposibles de ocultar, y Yang, enfurecido, habría salido de la reunión sin otra palabra si Frederica no se hubiera tirado de la manga.

Lo que volvió loco a Yang fue que Merkatz, como desertor del imperio, fue condenado al ostracismo porque su lealtad y confianza probablemente

estaban dirigidas hacia Yang personalmente. La confianza excesiva en Yang Wen-li solo, y la gran cautela hacia aquellos a quienes dirigía Yang, eran muy característicos en este momento de los civiles en el gobierno independiente de El Fácil, y cuando se llegó a esto, se cree que temieron que Yang partido usurparía el control y establecería una administración militar.

Al final, el comandante en jefe Yang terminó quedándose en El Fácil con Caselnes, Attenborough, el comandante Rainer Blumhardt y Frederica, donde debía hacerse cargo y comandar toda la operación desde la retaguardia. El almirante Merkatz tomó el mando de la unidad delantera, y el mando de las operaciones de combate durante la captura de la fortaleza fue a von Schönkopf. Los siguientes oficiales: Rinz, von Schneider, Poplin, Bagdash y Julian, también participarían en el combate. A Yang le hubiera gustado tener a Julian a su lado en lugar de estar en la línea del frente, pero no podía ignorar los deseos del joven. Es posible que una reunión que había tenido con Boris Konev anteriormente haya influido un poco en su pensamiento.

En los tiempos por venir, la imagen dominante de Yang Wen-li sería la de un estratega en la retaguardia al mando de sus almirantes en el frente, pero esta operación para recuperar la fortaleza fue, de hecho, la primera vez que utilizó esa configuración. Hasta entonces, Yang había dirigido todas las operaciones que había ideado desde el frente, uniendo en sí mismo el papel de planificador estratégico y ejecutor táctico. Una razón por la que respetaba tanto a su rival, Reinhard von Lohengramm, era el hecho de que el joven dictador de cabello dorado siempre guiaba a sus fuerzas a la batalla. Yang creía que eran los que estaban en la cima quienes debían enfrentar los mayores peligros, y él siempre había vivido esa creencia.

A partir de ahora, sin embargo, la situación iba a ser un poco diferente. Una responsabilidad más que Yang no podía eludir había sido ejercida sobre él. Él mismo todavía era un hombre joven, y aunque era capaz de dirigir los asuntos militares en las próximas décadas, la necesidad de entrenar a la generación que vendría después de él era urgente y crecía rápidamente. Por esa razón, también tuvo que pedirle al experto veterano Merkatz que supervisara más que comandara, y dejara que Attenborough ganara

experiencia en la supervisión del progreso de la batalla en su conjunto.

IV

Durante los preparativos para el asalto contra Iserlohn, Yang llamó a Boris Konev antes de tomar decisiones de personal, y le pidió que negociara y se organizara en Phezzan, para que la facción anti-imperial de los comerciantes allí pudiera prestar apoyo en secreto a las finanzas de El Fácil.

“No importa qué tipo de pagarés pueda emitir el gobierno de El Fácil, las probabilidades son muy altas de que nunca serán honrados. Puede sonar gracioso escucharme decir esto, pero para que el Phezzanese baile a tu ritmo, debes ofrecer condiciones lo suficientemente atractivas como para que parezca que vale la pena”.

Las palabras de Boris Konev sonaban bastante verosímiles y, fundamentalmente, había aceptado la solicitud de Yang. Sin embargo, como era su costumbre, no podía dejar pasar las cosas sin antes intentar tirar una bola curva.

“En realidad, las semillas de una amenaza también funcionarían. Si el imperio controla todo el espacio habitado, eso no será bueno para Phezzan. Si las cosas parecen encaminarse así, Yang, no tendrán más remedio que apoyarte”.

“¿Qué tal esto, entonces? ‘A la luz de los efectos negativos derivados de la búsqueda de ganancias del pueblo Phezzan, el imperio hará que su objetivo sea distribuir la riqueza de Phezzan por igual y poner fin a la monopolización de los medios de producción. Todas las industrias deben ser nacionalizadas’”.

“Si eso es un hecho, será una pesadilla. ¿Pero podría ser un hecho, me pregunto?”

“Podría volverse factual. El káiser odia la monopolización de la riqueza. ¿Cómo se paga a los nobles Boyar del imperio por eso ahora?”

“Tampoco puedo imaginar que seas un fanático de los monopolios…” Por un instante, Konev pareció sonreír con ironía. “Bueno, si de todos modos vas a pelear, cuanto más fuerte sea el otro, más vale la pena hacerlo. Aun así, no estoy sin una pregunta o dos”. Boris tomó su taza de té, pero no bebió de ella. “Quiero preguntarte esto directamente y desde el principio: ¿en serio quieres derribar al Káiser Reinhard?”

Ahora Boris Konev ni siquiera tenía una sonrisa fría. La expresión plasmada en su rostro fue más allá de la mera seriedad.

“Hasta ahora, el Káiser Reinhard no se ha equivocado y tiene talento y fuerza militar lo suficiente como para unir todo el espacio. Una vez que sea derrocado, Yang, ¿qué garantía hay de que las cosas mejorarán?”

“No hay ninguna.”

A decir verdad, Yang todavía estaba tratando de pensar en alguna forma de salvar la democracia sin derribar a Reinhard, pero hasta ahora no había logrado ningún avance.

“Al menos eres honesto. En ese caso, lo dejaré de lado y le preguntaré uno más: una vez que la democracia republicana se haya debilitado, no hay garantía de que alguna vez se recupere, sin importar cuánto intente hacer que eso suceda. Incluso si involucra a Phezzan, es posible que lo aprovechen. A pesar de que todo esto podría terminar en vano, ¿todavía estás de acuerdo con esto?”

“Tal vez”, dijo Yang, tomando un sorbo de té que se había enfriado por completo. “Aun así, si no esparces ninguna semilla de hierba porque eventualmente se marchitará, la hierba nunca crecerá. No podemos comer solo porque volveremos a tener hambre. ¿No es así, Boris?”

Boris Konev chasqueó la lengua suavemente.

“Sus metáforas son poco convincentes, pero también tienen razón”.

“Después de que Rudolf von Goldenbaum destruyó la antigua Federación Galáctica con su usurpación, pasaron dos siglos antes de que Ahle Heinessen apareciera. Una vez que la democracia republicana es completamente desarraigada, las cosas se ponen realmente duras antes de que regrese. Incluso si va a tomar generaciones, todavía quiero aligerar un poco la carga de la próxima generación”.

“Por ‘próxima generación’, ¿te refieres a Julian?”

“Julian es uno de ellos, sin duda”.

“Julian tiene mucho potencial. Trabajando con él en los últimos meses, he llegado a ver eso muy claramente”.

Cuando una expresión de satisfacción apareció en el rostro de Yang, Konev le lanzó una mirada irónica.

“Pero, Yang, no importa cuán buena voz de canto pueda tener Julian, al menos por ahora, solo puede usarla en el escenario que es la palma de tu mano. Aunque creo que esto es algo que tú mismo has sabido durante mucho tiempo”.

Cuando Yang parecía dispuesto a responder, Boris Konev devolvió su taza de té intacta a su platillo y se cruzó de brazos.

“Un estudiante que es demasiado fiel a su maestro nunca lo superará. Si las cosas continúan en este camino, Julian nunca será más que una reproducción tuya en una escala regresiva. Aunque eso solo es bastante impresionante…”

La forma crítica de Boris de decirlo frotó ligeramente a Yang de la manera incorrecta. Aunque Yang era muy consciente de cómo era su amigo, todavía había momentos en los que podía lastimar sus sentimientos. Esto se debía a que Boris sabía cómo empujar a Yang exactamente donde le dolía.

“Julian tiene mucho más potencial que yo”, dijo Yang, “así que no vale la pena preocuparse”.

“En ese caso, déjame preguntarte esto: ¿bajo qué clase de profesor estudiaste? No, no solo tú, el Káiser Reinhard también debe haberse levantado. Incluso si Julian te supera en términos de potencial bruto, es muy posible que nunca se acerque a ti, dependiendo de cómo se haya criado. En realidad, hay algo relacionado con eso que me molesta un poco”.

Las yemas de los dedos de Boris Konev le pellizcaron la barbilla mientras su té reflejaba el contorno incierto de la parte superior de su cuerpo.

Julian no había tratado de analizar el disco óptico que habían obtenido en la Tierra. Se lo había llevado a Yang todavía sellado, con la intención de rendir juicio y análisis a Yang. Como una expresión de fidelidad, esto no era nada de qué quejarse, pero si hubiera sido por él, Boris habría revisado el disco primero. Luego, incluso si se perdiera el disco, podría haberse convertido en un disco vivo, superando a los más altamente calificados en términos de la cantidad de datos establecida que tenía, y aumentando el valor de su propia existencia.

“Julian debería ser un poco más rebelde. Después de todo, la rebeldía es la fuente de la independencia y la autosuficiencia”.

“Esa es una buena frase, pero ¿le has dicho eso?”

“¿Cómo podría? No puedo decir cosas vergonzosas como esa”.

Después de que Boris Konev le prometió sus mejores esfuerzos y se fue, Yang arrojó las dos piernas sobre la mesa con descuido y se llevó la boina a la cara. Si bien no fue exactamente culpa de Boris Konev, estaba sintiendo una pequeña cantidad de agotamiento. En cualquier caso, era el gobierno de El Fácil — no él — el que debería estar promoviendo apretones de manos secretos con los comerciantes Phezaneses. La postura política de Yang en este momento se convertirá en el futuro en el objeto de muchos debates.

“… Yang Wen-li, en última instancia incapaz de abrazar a un individuo como objeto de su devoción política, se vio obligado a buscarlo en un sistema. El sistema de gobierno republicano democrático. Y los sistemas, a fin de cuentas, son formalidades. Aunque entendió muy bien que, en tiempos extremos, se necesitan medidas extremas y talentos extremos, la razón por la que finalmente no intentó convertirse en jefe del gobierno revolucionario fue su fijación con el sistema de control civil que es el gobierno democrático republicano. De hecho, el gobierno revolucionario de El Fácil se estableció debido al poderío militar y los recursos de personal de la facción de Yang Wen-li, y nadie podría haber criticado a Yang si hubiera elegido estar en la cima”.

“… El hecho más trágico fue que en ese momento solo existía un hombre que tenía el carácter suficiente para estar por encima de Yang, y él era uno que nunca podría ser el objeto de la devoción política de Yang: Reinhard von Lohengramm. Como dictador y como autócrata, Yang tenía a Reinhard von Lohengramm con la máxima estima. Esto se aplicaba tanto a sus talentos como a sus habilidades. Más allá de eso, incluso le gustaba y lo respetaba personalmente. Sin embargo, Reinhard, debido a sus dones verdaderamente excepcionales, se convirtió en el mayor enemigo del *sistema* democrático republicano. Dentro de los estrictos límites del *sistema* democrático republicano, Reinhard nunca podría haber ejercido sus dones al máximo. Fue solo a la dictadura a la que se adaptó su inmenso genio”.

“… Yang entendió todo esto muy bien. Por eso exactamente no podía ir más allá de los límites del sistema democrático republicano. En el momento en que usara la excusa de una ’emergencia’ para exceder el marco del sistema y convertirse en un dictador en las esferas política y militar, el universo existiría como nada más que un escenario para el enfrentamiento entre el tirano Reinhard von Lohengramm y el dictador. Yang Wen-li. Si ese enfrentamiento iba a exigir un derramamiento de sangre, Yang consideraba infinitamente preferible ofrecerle todo a Reinhard. Incluso si tuviera que apostar por el derramamiento de sangre y emplear trucos tácticos, era el sistema democrático republicano el que tenía que defender”.

“… La visión crítica de esta idea de Yang, que la pinta como un formalismo oculto, puede, por supuesto, establecerse. ‘No es el sistema, sino el

espíritu'; Yang, al fijarse excesivamente en la apariencia externa, abandonó su responsabilidad de defender la verdad interna", dicen. Sin embargo, como estudiante de historia, Yang sabía de muchos dictadores malvados que habían usado esa línea de razonamiento. También sabía que la mayoría de los dictadores *habían aparecido porque se los deseaba* , y que su fuente de apoyo popular no era la lealtad del pueblo a un *sistema* político, sino a un individuo. Sabía que sus propios subordinados tendían a ser leales a él personalmente más que al *sistema* democrático republicano, y eso significaba que nunca podría estar en la cima. Sabía muy bien que la combinación caótica del poder militar supremo y la mayor popularidad producía una enfermedad mortal para el sistema democrático republicano. Más que nadie, temía él mismo, si la autoridad se concentrara en su persona. ¿Quién tiene derecho a llamar a esa cobardía…?

Este ensayo, escrito con gran esfuerzo para preservar su neutralidad, fue escrito por Julian Mintz. Fue una obra en la que vertió tanto su pasión como su razón, pero si Boris Konev lo hubiera leído, podría haber pensado: "No tiene rebeldía en él". Si el propio Yang lo hubiera leído, ciertamente se habría rascado la cabeza y miró hacia otro lado. En cualquier caso, era seguro que Yang Wen-li, que parecía despreocupado a primera vista, no tenía pocas preocupaciones.

CAPÍTULO 05: EL REGRESO DE LOS PRODIGIOS

I

LA UNIDAD DE ASALTO comandada por el almirante Merkatz, encargada de la recuperación de la Fortaleza Iserlohn, sonó en el Año Nuevo de la 800 SE en un rincón remoto del Corredor Iserlohn. No importa cuán feroz sea la misión mostrando sus colmillos delante de ellos, era simplemente su estilo sacar la lengua y hacer estallar los corchos de champán. Como dijo Olivier Poplin, “la fortaleza de Iserlohn no va a escapar, pero ahora solo podemos brindar por el Año Nuevo”.

Inusualmente para él, Walter von Schönkopf estaba de acuerdo. Los dos se habían turnado para servir champán en la copa de Julian cuando Louis Machungo pasó, tomó la copa de Julian y se volvió hacia Poplin.

“Lo estás haciendo beber como si fuera un elefante”, los regañó.

Julian sacudió la cabeza, tratando de librar a su cuerpo del exceso de alcohol. Miró a von Schönkopf, y la historia que Dusty Attenborough — a quien habían dejado en El Facil — le había contado, surgió de las profundidades de su conciencia.

“No es como si estuviera esperando seriamente una pelea en la familia von Schönkopf”, había dicho Attenborough antes, defendiéndose de una pregunta que Julian ni siquiera había hecho.

Justo antes de que la unidad de asalto se movilizara, Attenborough había decidido informar a von Schönkopf de que su hija estaba a punto de entrar en combate por primera vez.

“Vicealmirante, ¿sabe que una suboficial adolescente llamada Katerose von Kreutzer está en esta unidad?”

Contrariamente a la expectativa tácita de Dusty, el desertor aristocrático no había mostrado el peso de sorpresa de una pluma.

“¿Ella es una espectadora?”

“Er… ¿por qué preguntas?”

“Si lo es, es mi hija. Si no lo es, es otra persona con el mismo nombre y apellido”.

“Ella es… una espectadora”, había admitido Attenborough con resignación.

Von Schönkopf asintió y procedió a eliminar el nombre de Katerose von Kreutzer de la lista de voluntarios para la campaña de Iserlohn.

Ahora, en el punto de mira de Julian, el padre de Katerose “Karin” von Kreutzer estaba presumiendo cuán duro podía ser un bebedor, de pie odiosamente erguido en medio de una multitud de borrachos. Lloviendo abusos sobre Machungo por su embriaguez como una ballena, Olivier Poplin caminó hacia Julian con una botella de champán vacía en una mano. Lo miró de perfil con los ojos verdes que brillaban como la luz del sol bailando, y sin siquiera decir una palabra, le arrojó la botella vacía. Julian estaba sorprendido, pero logró atrapar la botella a tiempo. Poplin se paró a su lado y siguió la línea de visión de Julian. Su ataque comenzó rápidamente y fue efectivo:

“Dada la expresión de tu rostro, debes saber también, Julian”.

“¿Saber qué, Comandante?”

“Que el padre de Karin es un delincuente de mediana edad con el nombre de von Schönkopf”. Julian no podía negar la observación del joven as, ni con palabras ni con su expresión. Los ojos de Poplin estaban llenos de alegría esmeralda.

“Una vez que las cosas estén tranquilas — y aburridas como una salida — nuevamente, estoy pensando en abrir una oficina de asesoría de vida para asesorar a hombres y mujeres jóvenes. Los jóvenes parecen tener mucha fe en mí, probablemente por ser tan virtuoso”.

Lo que probablemente significaba que Karin había acudido a él en busca de consejo. Julian sintió que emociones sin clasificar bailaban en su pecho, y por alguna razón se sintió un poco alarmado.

“Entonces, ¿qué piensas de todo esto?”, Dijo Julian.

“Que finalmente resuelve la cuestión de cuál de nosotros es superior. Después de todo, podría sembrar la misma avena salvaje que el Sr. von Schönkopf, pero no soy tan descuidado como para dejar que brote. Seguramente estás de acuerdo, ¿no?”

Julián, sin poder responder, se pasó una mano por el pelo de lino.

Parece que tenemos todo tipo de problemas aquí, ¿no?”

“Si me preguntas, el problema no es que Karin haya tenido mala suerte en la vida, es solo que ella *cree* que sí”.

“¿De Verdad?”

“Es por eso que ella evita conocerlo, y aun así ni siquiera hablará con él. No me gusta la dirección en la que se dirige. Le sigo diciendo: ‘Ve a ver al tipo, dile que pague tus últimos quince años de subsidio’”.

El joven piloto as exhaló una neblina de alcohol. La expresión de su rostro era 51 por ciento seria.

II

Yang ya había explicado el plan para recuperar la Fortaleza Iserlohn a los líderes de la unidad de asalto. Nadie, excepto Julian, que ya estaba familiarizado con su contenido, se sentía exactamente impresionado por la emoción. Cuando von Schönkopf lo declaró “una trampa de ballenas”, Poplin había aceptado con entusiasmo.

Sin embargo, fue un engaño en el que sus vidas estaban montando. Para empezar, solo tenían fuerzas militares limitadas, y se enfrentaban a un almirante sobresaliente, un número superior y una enorme fortaleza de batalla.

Antes del combate real, el Capitán Bagdash se hizo cargo de ejecutar la campaña de desinformación; Por fin había encontrado la oportunidad de poner en práctica sus intereses y las habilidades de su vocación original.

“En definitiva, es solo un cómplice tramposo”, opinó Poplin.

Y así fue que, apenas comenzó el Año Nuevo, comenzaron a llegar órdenes extrañas a los canales de comunicación de la Fortaleza de Iserlohn, aunque estaban confundidos por interferencias de varios tipos.

Para ser precisos, cada pedido era en sí mismo completamente ordinario y apropiado, pero cuando se colocaban uno al lado del otro, su falta de consistencia era espantosa.

El primer pedido llegó el 2 de enero.

“Transmitir órdenes del Cuartel General Militar Imperial al Almirante Mayor Kornelias Lutz, comandante de la Fortaleza de Iserlohn y la flota estacionada allí. Salga de la fortaleza de Iserlohn dentro del día hacia

Heinessen y suprima la retaguardia del enemigo allí”.

Al recibir esta orden, Lutz comenzó a hacer los preparativos para la partida, aunque no pudo descartar un indicio de sospecha: *¿podría ser este uno de los trucos de Yang Wen-li?*

Al día siguiente llegó exactamente el orden opuesto: “Tu deber es defender la fortaleza de Iserlohn a toda costa. La movilización lo haría imposible. Yang Wen-li a menudo emplea trucos y engaños. Además, las personas que simpatizan con el FPA y Phezzan se esconden dentro de la fortaleza. En el caso de su partida, pueden apoderarse de la fortaleza y sellar el corredor. Repito — esta es una orden, no te muevas de tu posición actual”.

Lutz no era un hombre incompetente. Aun así, titubeó durante más de un momento sobre cuál de las dos órdenes creer. Como era de esperar, no podía ver que las órdenes contradictorias habían surgido de las células cerebrales de Yang Wen-li.

Luego, antes de que la escala mental de Lutz pudiera inclinarse de una forma u otra, llegó una tercera orden.

“Con respecto a sus órdenes anteriores: algunos de sus subordinados han cometido delitos, y Phezzan los está utilizando para dañar a la Fortaleza Iserlohn desde adentro. Investigue de inmediato”.

Para estar seguro, Lutz no tuvo más remedio que investigar. Y con más de un millón de oficiales y soldados presentes, no *había* forma de que no encontrara a *algunos* malhechores. Al final de la misma, la policía militar había retirado el valor de los delincuentes de un escuadrón, y se descubrieron los escándalos de dos escuadrones. Entre estos casos, hubo personas que se habían confabulado con los comerciantes Phezaneses, intentando malversar los suministros militares para venderlos en el mercado negro.

“Ahora veo: la verdadera voluntad de Su Majestad es defender la fortaleza. Ese es nuestro káiser. Adivinó nuestra situación con razón. Estaba a punto de caer en uno de los trucos de Yang Wen-li. No debo moverme de aquí”.

La mente de Lutz se tranquilizó y comenzó a liberar a la flota de su postura lista para partir. Fue entonces cuando llegó la cuarta orden. Este también era, por supuesto, de Yang.

“Almirante Lutz, ¿por qué no se movilizado? Deja solo una parte de tu fuerza para defender y mantener la fortaleza. ¡Ve a Heinessen de inmediato con el resto!”

“Hmph, un truco barato. ¿Realmente cree que voy a caer en eso?”

Lutz siguió fielmente “las verdaderas órdenes del káiser” y no hizo ningún movimiento para salir de la fortaleza de Iserlohn. Era el 7 de enero cuando la quinta orden, nuevamente exigiendo que se movilizara, le fue transmitida.

Lutz, con la quinta orden, también lo ignoró. Sin embargo, esta fue la primera orden que recibió Kaiser Reinhard.

Era natural que Reinhard estuviera furioso con Lutz, instalado en Iserlohn como un oso que había entrado en hibernación. Como su plan era que las fuerzas de Lutz suprimieran la retaguardia del enemigo en Heinessen, no podría implementar su estrategia por completo a menos que Lutz moviera sus fuerzas; Todo lo que Reinhard podía hacer ahora era seguir adelante y confiar en la fuerza para ganar el día.

Fue durante su avance hacia Heinessen que Reinhard recibió el informe: “La fuerza de Lutz no se mueve”. En un salón para oficiales de alto rango a bordo de su buque insignia *Brünhild*, los ojos del joven káiser destellaron con un rayo azul hielo.

“¿Por qué Lutz no se movilizará? ¿Piensa tan poco en mis órdenes?”

Su copa de cristal se hizo añicos en el suelo, y todos y cada uno de los fragmentos reflejaban la furia del joven conquistador, sus destellos de color arcoíris parecían parpadear. El asistente principal del káiser, el vicealmirante Arthur von Streit, lanzó una ligera mirada a las gotas de color

rubí esparcidas cerca de las puntas de sus zapatos, y luego expresó su opinión.

“Su Majestad, es posible que este sea el resultado de un plan astuto de Yang Wen-li. ¿Hay alguna razón por la que deba obstaculizar al Almirante Lutz? ”

“¿Algún plan astuto? ¿Cómo podría Yang Wen-li posiblemente beneficiarse si Lutz *no se* va de Iserlohn?”

La voz de Reinhard era ardiente de ira. Ni siquiera él había logrado una trascendencia absoluta, y como ser humano no le fue posible adivinar todos los planes y tácticas nacidos en los corazones de los demás. Solo por esa razón, no pudo evitar que nubes delgadas de inquietud revoloteen por los campos de su mente, y esa comprensión solo hizo que los vientos de su ira soplaran más rápido.

Después de un momento de silencio, von Streit respondió: “Perdón, Su Majestad. Esa es una pregunta más allá de la escasa sabiduría de este humilde soldado”.

Cuando von Streit guardó silencio, Fräulein Hildegard von Mariendorf habló en su lugar.

“Su Alteza, el Almirante Lutz que no deja a Iserlohn ciertamente va en contra de los mejores intereses del Mariscal Yang Wen-li. Y si ese es el caso, me pregunto si podría tener sentido dejarlo allí. Si el resultado funciona en beneficio de nuestras fuerzas, el pecado temporal del almirante Lutz apenas valdrá la pena ser castigado”.

Al no responder de inmediato, las elegantes cejas de Reinhard formaron un elegante ceño. Si bien reconoció el punto de Hilda, no tenía palabras para describir lo repugnante que se sentía al ignorar una orden que había dado.

En este momento, no solo von Streit, sino incluso el propio Reinhard habían caído en una trampa psicológica que Yang les había preparado hábilmente. La unidad de Lutz estacionada en Iserlohn no era realmente una fuerza de

combate esencial en lo que respecta a Reinhard. Si nunca hubiera movilizado a Lutz en primer lugar, el asunto habría terminado allí, pero para controlar las maniobras de Yang Wen-li, Reinhard había sentido importante utilizar las fuerzas de Lutz como una unidad autónoma. En términos de su conclusión, Hilda estaba en lo correcto, pero eso no significaba que hubiera adivinado la totalidad de la trampa de Yang. Reinhard, inusitadamente vacilante sobre cómo proceder, envió un mensaje poco entusiasta instando a Lutz una vez más a movilizarse y atacar. En cuanto a Lutz, una vez más lo ignoró.

Fue entonces cuando llegó otra transmisión falsa. Su contenido era tan intensamente intenso que el operador de comunicaciones que lo recibió se puso pálido.

“Si vas a ignorar mis órdenes y no te movilizarás, está bien. Haz lo que desees. Sin embargo, una vez que haya destruido hasta el último vestigio de los militares de los Planetas Libres, sin duda organizaré una investigación completa de sus crímenes”.

Aunque no se mostró en su rostro, esto molestó a Lutz un poco. Él entendió que la ira de un monarca absoluto era algo que debía temer. ¿Debería movilizarse o no? No podía decidir cuál de esas órdenes contradictorias era real y cuál era falsa.

Lutz cayó bajo el hechizo de Yang porque estaba tratando de discernir la verdad de la falsedad basándose en la consistencia de sus órdenes. Supuso que las órdenes reales y las órdenes falsas formaban líneas ordenadas y rectas que apuntaban en direcciones opuestas. Si una orden real le dijera que se movilizara, una orden falsa le prohibiría hacerlo. Si las órdenes verdaderas le prohibían repetidamente movilizarse, entonces las órdenes falsas exigirían repetidamente que lo hiciera. Eso era lo que pensaba, pero eso no significaba que Lutz fuera ingenuo. Si hubiera alguien capaz de ver a través de la maraña caótica de órdenes que Bagdash, de acuerdo con el plan de Yang, le estaba disparando, esa persona sería mejor descrita como excéntrica en lugar de superdotada.

Era la confusión misma a la que Yang apuntaba. Si todo lo que hubiera

querido hacer fuera lograr que Lutz se movilizara, no habría sido necesario recurrir a estos trucos. Fue en hacer que Lutz se diera cuenta de que estaba recurriendo a trucos que las probabilidades de éxito de Yang mejoraron.

Kornelias Lutz era un estratega ortodoxo, confiable y sin conocimientos ni experiencia. Fuera del campo de batalla, las conspiraciones, la guerra de información y cosas por el estilo nunca habían sido su fuerte. Fue la batalla de flota a flota lo que tanto su temperamento como sus procesos de pensamiento anhelaban.

Pero al fin, vio a través de lo que estaba sucediendo.

“Yang Wen-li está tratando de alejarme de la fortaleza para que pueda robarla mientras está vacía. Ahora que lo pienso, usó ese truco la primera vez que tomó a Iserlohn, ¿no?”

Con esa comprensión, una luz monocromática se apoderó de su mente.

No importa cuán sobresaliente haya sido una trama, si Yang estaba usando el mismo método dos veces, eso significaba que su fuente de estratagemas inteligentes debía haberse secado. Los ojos azules de Lutz adquirieron un tenue tinte de glicina, como a menudo lo hacían cuando estaba excitado.

Cuando el subordinado de Lutz, el vicealmirante Otto Wöhler, fue informado por su oficial superior de que tenía la intención de movilizarse, no dio una respuesta optimista.

“Pero, señor, con nuestra inteligencia en un estado tan confuso, no está claro qué órdenes son reales y cuáles son falsas. Incluso si eso significa incurrir en el disgusto del Káiser Reinhard por un tiempo, es mi humilde opinión que debemos defender la fortaleza y no salir a pelear. Si nos aseguramos, al menos, de que Iserlohn está seguro, ¿no será posible coordinarnos con las fuerzas de Su Alteza y hacer incursiones en el espacio de los Planetas Libres cada vez que queramos?”

“Su argumento es, por supuesto, correcto”, dijo Lutz con un movimiento de cabeza, sin mostrar su enojo. “Creo que la orden de despliegue fue falsa

enviada por Yang Wen-li. “Atrae a la flota y roba la fortaleza durante la apertura.” ¿No es ese el tipo de truco que jugaría Yang?”

Los ojos del vicealmirante Wöhler se abrieron de par en par.

“Entonces, aun sabiendo eso, ¿Su Excelencia todavía tiene la intención de movilizar la flota y dejar la estación vacía?”

“Sí, vicealmirante. Salgo con toda la flota. Voy a hacer que Yang Wen-li piense que me he comido su plan. Nosotros, sin embargo, seremos los que lo engañemos”.

En tono ferviente, Lutz explicó su plan a su subordinado. Cuando Lutz condujo a toda la flota a luchar, la Flota Yang, que probablemente contenía la respiración en algún lugar dentro del corredor, se deslizaría por esa abertura y se acercaría a la fortaleza. Cuando era el momento adecuado, Lutz daría la vuelta a la flota y atraparía a la Flota Yang entre sí y el muro de fuego que era el arma principal de la fortaleza, el Martillo de Thor. Entonces estarían completamente indefensos ante él.

“Los sabios se ahogan en su propia sabiduría. Al calendario de Yang Wen-li no le quedan muchos días”.

Su voz temblaba con el deseo de vengar a Lennenkamp y sus otros colegas. El vicealmirante saludó, mostrando su respeto por el oficial superior.

III

El 12 de enero, al frente de toda la flota que estaba bajo su mando, Lutz partió de la fortaleza de Iserlohn. La flota estaba compuesta por más de 15,000 embarcaciones, y el embarque de este majestuoso enjambre de motas ligeras fue recogido por la Flota Yang de inmediato — aunque como esto se hacía para mostrar, eso era natural.

“El almirante Lutz ha dejado Iserlohn”.

El 13 de enero, ese informe de Bagdash fue recibido con vítores y silbidos entre la tripulación de la Flota Yang. Otro de los “milagros de Yang Wen-li” estaba a punto de suceder, y fue lo bien que pelearon lo que determinaría si se hizo realidad o no. Se alzaron voces que exigían una celebración anticipada, y en muy poco tiempo botellas de whisky pasaron de mano en mano, cada soldado bebiendo por turno.

En medio de una tripulación tan alegre e intrépida, ni siquiera calmado e imperturbable Merkatz, a quien algunos incluso llamaron “el único caballero de la flota Yang”, podría mantener la dignidad distante de sus días imperiales. Aunque solo tocó sus labios con la bebida por el bien de las apariencias, cuando levantó torpemente un pequeño frasco de whisky, los aplausos y los vítores se hicieron aún más fuertes, y fue entonces cuando abrió la boca con algo importante que decir.

“Tenemos a Lutz actuando de acuerdo con nuestro plan, pero Lutz también debe pensar que nos tiene actuando de acuerdo con su plan. Es un táctico excepcional, y la flota que dirige es diez veces mayor que la nuestra. A menos que podamos obtener el control de la fortaleza antes de que se dé la vuelta y nos abrume, nuestra oportunidad de victoria se perderá para siempre. La batalla para capturar la fortaleza comenzará de inmediato. Vicealmirante von Schönkopf, me gustaría pedirle que dirija la primera línea”.

“Puede estar seguro, Almirante. Sólo déjamelo a mí.”

Von Schönkopf saludó, sin mostrar ningún indicio de aprensión. En ese año de 800 SE, cumpliría treinta y seis, un caballero elegante en su mejor momento. Mirándolo, Julian recordó la explicación de Yang del plan para capturar la fortaleza.

“… Lutz es un buen almirante. Él comprende lo importante que es Iserlohn, por lo que incluso si el Káiser le ordena que se movilice, es posible que se quede y le ruegue que lo reconsidere. E incluso si se va de Iserlohn por

orden del káiser, no se sabe cuándo podría comprender nuestro plan y regresar. Por eso le dejamos saber por adelantado cuál es nuestro plan. Si se sienta allí y no se moviliza, no hay nada que podamos hacer, pero dependiendo de cómo filtremos la información, probablemente podamos hacerle pensar que nos está atrapando en una trampa. Y para atraparnos en esa trampa, será necesario que esté a cierta distancia de la fortaleza. Cuanto más lejos se mueva, más fácil será para nuestro plan tener éxito. Puedes pensar que estoy confiando demasiado en trucos baratos, pero los trucos baratos son lo que necesitamos… para que Lutz pueda ver a través de ellos…”

Lutz cayó espléndidamente en la trampa de Yang. En ese momento, el táctico ortodoxo, que en circunstancias normales habría liderado una gran fuerza y una fortaleza inexpugnable para aplastar al grupo de Yang sin recurrir a trucos intermitentes, estaba a 800,000 kilómetros del puerto, observando en la pantalla de su navee insignia como el La flota de Yang se abalanzó sobre la fortaleza.

“Se han enamorado, esos bandidos errantes”.

Kornelias Lutz no era lo que podría llamar un hombre frívolo, pero solo por esta vez, no podía contener la alegría que estaba burbujeando dentro de él. Por fin, Yang Wen-li, ese tesoro viviente de artimañas y planes ingeniosos, estaba a punto de quedar atrapado en su propia trampa, y la rodilla de la Armada Imperial pronto pesaría mucho sobre su cuello.

Su alegría, sin embargo, no iba a ser duradera. Aunque esperó y esperó, la columna blanca del Martillo de Thor, el cañón principal de la fortaleza, capaz en cualquier momento de borrar a esos impertinentes enemigos del cielo a quemarropa… nunca rugió. Los ojos del oficial al mando estaban fijos en la pantalla, mientras que detrás de él, los oficiales de su personal intercambiaban miradas inquietas y sospechosas.

“¿Por qué no está disparando el martillo de Thor?”, Gritó Lutz. Un sudor nervioso y agitado humedeció la frente del intrépido almirante de la Armada Imperial. Su plan cuidadosamente diseñado, intrincadamente construido, comenzaba a colapsar como un muro de arena.

Al otro lado de un vacío de 800,000 kilómetros, la tensión dentro de la Fortaleza de Iserlohn se había convertido rápidamente en preocupación, seguida de pánico. Los operadores inundaron los canales de comunicación con una mezcla de gritos y maldiciones, y sus dedos recorrieron en vano sus teclados como si fueran pianistas aficionados.

“¡No está funcionando!”

“¡No hay respuesta!”

“¡El control no es posible!”

Sus gritos resonaron uno contra el otro. Se transmitieron numerosas transmisiones desde la flota de Yang, que se cerró rápidamente. Una de ellas que las computadoras de Iserlohn recogieron fue una cadena de palabras que ningún operador podría haber considerado una transmisión normal— “Por salud y belleza, tome una taza de té después de cada comida”— y en ese instante, todos los sistemas defensivos se cayeron inmediatamente.

El vicealmirante Wöhler, confiado por Lutz con la misión vital de defender la fortaleza, podía sentir algo parecido a un dolor de muelas que se disparaba a través de su circuito mental. La sensación de victoria que había sentido hasta hace un momento había sido eliminada de su cuerpo, reemplazada por el peso opresivo de una pesadilla que anunciaba la fatalidad.

“¡Rompa el control de la computadora y cambie a manual! ¡Dispara el martillo de Thor a toda costa!”. Las órdenes quedaron atrapadas en su garganta y no dejaron su boca fácilmente.

La desesperación se transformó en sonido y saltó de la boca del operador.

“¡No es bueno, comandante! ¡Es imposible!”

La comprensión y el terror invadieron los pulmones derecho e izquierdo del vicealmirante Wöhler y, cada vez más difícil de respirar, se quedó allí congelado en el asiento de mando.

Esa palabra clave para deshabilitar las defensas de la fortaleza había sido la semilla del truco de magia de Yang Wen-li, uno que había plantado hace un año, cuando había huido de la fortaleza. ¡Aun así, qué frase de paso tan absurda! Por su parte, Yang sintió que había trabajado muy duro para llegar a un enunciado que no corriera riesgo de ser utilizado en las transmisiones oficiales de Iserlohn durante los próximos años, aunque ni siquiera él podría haber presentado un fuerte argumento en términos de elegancia y gusto.

Claramente, tenía que haber otra frase para desbloquear los sistemas, pero como problema práctico, descubrirlo era imposible.

Cuando la Armada Imperial recuperó Iserlohn, se descubrió una gran cantidad de bombas de ultrabaja frecuencia. Se creía que las fuerzas de los planetas libres que huían habían intentado y no habían podido detonar la fortaleza. Sin embargo, cuando lo pensó ahora, en realidad había sido una finta extremadamente inteligente, diseñada para desviar los ojos de la Armada Imperial de la trampa real.

“¡El enemigo está a punto de asaltar el puerto!”

“¡Cierra las puertas! ¡No los dejen entrar!”

Aunque se dio la orden, la respuesta no fue difícil de adivinar. Cuando escuchó el grito del operador de que las puertas no podían cerrarse, Wöhler se levantó del asiento de mando y dio la orden de prepararse para el combate cuerpo a cuerpo. El aire dentro de la fortaleza vibró con el sonido de las alarmas.

Hasta este punto, parecía que las cosas se desarrollarían abrumadoramente en beneficio de la flota Yang. Pero como Lutz, que había ordenado un

cambio rápido, había dicho que alentara a su tripulación, ahora estaban en pie de igualdad.

Se calculó que desde el momento en que la flota de Lutz invirtió el rumbo, pasarían más de cinco horas antes de que pudieran inundarse en Iserlohn. A menos que mediante el combate cuerpo a cuerpo el enemigo pueda tomar el control de los sistemas de defensa de la fortaleza y activar el Martillo de Thor en ese momento, no habrá victoria para la Flota Yang. Además, en términos de fuerza de tropas, la guarnición que defendía la fortaleza tenía un número mucho mayor. Incluso con los sistemas de defensa de la fortaleza paralizados, aún podían defender a Iserlohn, cubierta por cubierta.

Las fuerzas de la Armada Imperial estarían bien mientras pudieran resistir hasta que llegaran sus aliados, pero la Flota Yang tuvo que asegurar una victoria total antes de que eso sucediera. La diosa de la victoria todavía estaba preocupada sobre a quién otorgarle su beso de bendición.

“Igual que siempre, tenemos que hacerlo”.

Sin embargo, como lo expresó Olivier Poplin de manera tan informal, este tipo de dificultad no era nada inusual para la Flota Yang. Durante el golpe de estado del Congreso Militar para el Rescate de la República, durante repetidas batallas ofensivas y defensivas dentro del Corredor Iserlohn, y en la batalla de Vermillion, la Flota Yang había estado bloqueando los cuernos regularmente con enemigos poderosos bajo lo que esencialmente eran condiciones aisladas y sin amigos. En comparación con estos precedentes, la situación en la que habían caído en este momento no era tan grave.

IV

Un asalto abrasador saludó a la Flota Yang mientras asaltaba las instalaciones portuarias dentro de la fortaleza. En circunstancias normales, los cañones de partículas cargados montados en la puerta habrían podido

desencadenar la matanza y la destrucción a voluntad, pero los sistemas defensivos vinculados a las computadoras tácticas estaban, sin excepción, en hibernación. A pesar del equipo, los combatientes tuvieron que viajar de regreso a la Edad de Piedra por sus tácticas. El explosivo gaseoso conocido como partículas Seffl había sido liberado, por lo que ya no era posible el uso de armas de fuego.

Olivier Poplin, que había abierto una escotilla de abordaje y había salido furioso afuera, ya se inclinaba hacia adelante cuando cayó al piso y rodó una vez. Un rayo de acero ultraduro, disparado desde la ballesta de un soldado imperial, había atravesado el espacio que su cabeza había ocupado un instante antes, golpeando el casco de la nave y rebotando con un anillo no melódico. Con un silbido imprudente, Poplin miró hacia adelante y vio tropas imperiales cargando hacia él, hachas de guerra y cuchillos de combate que reflejaban la iluminación.

Así comenzó la “sangrienta batalla de los bárbaros”. Fuera de la fortaleza, una flota de acorazados en la vanguardia de la civilización mecanizada se precipitaba en línea recta hacia su puerto de origen, pero dentro de sus gruesos muros, el tiempo había retrocedido hasta los días anteriores a la práctica de la pólvora, y allí había choque de cuerpos y cuchillas e instrumentos contundentes desplegados.

Los metales y los no metales se estrellaron entre sí, y el hedor de la sangre rociada superó la capacidad de los filtros de purificación de aire de las instalaciones portuarias. Los trajes blindados gris plateados cambiaron de incoloros a coloridos cada instante, ya que sus superficies fueron pintadas. Julian, encajado entre Olivier Poplin a la izquierda y Louis Machungo a la derecha, solo pudo luchar mirando hacia adelante. Había derribado los disparos de las ballestas enemigas y había tomado un tercio en su casco. El corte con el que lo pagó fue feroz, pero “en última instancia, una grieta en su traje blindado parece haber sido lo máximo que pude hacer con un tomahawk”, reflexionó más tarde.

“Aw, realmente odio esto”. Era la voz de Poplin, que había estado balanceando su hacha de guerra junto a él.

“¿Qué es lo que odias, Comandante?”

“¿‘Qué quieres decir’? ¡Entre la Tierra y aquí, me he acostumbrado a luchar con los pies en el suelo! ¿Qué más podría ser tan horrible?”

Un tajo vicioso vino hacia él, pero en lugar de simplemente bloquearlo, lo empujó hacia atrás, lanzó un destello fatal de metal hacia su enemigo y saltó hacia atrás. Mientras tanto, esquivaba las flechas de la ballesta que salían volando y se movía rápidamente para intercambiar golpes con su próximo oponente. Incluso si no pudiera producir bajas en masa en el nivel de von Schönkopf, sus acciones diestras y despiadadas convirtieron a Poplin en un objetivo para el odio imperial. Un soldado rompió la línea donde los dos bandos estaban luchando e intentó dar vueltas alrededor de Poplin por detrás, pero Kasper Rinz corrió hacia él y, con un destello de su tomahawk, dejó al soldado bajo una niebla de sangre.

“¡El Ritter Rosen!”

Antes de que pudieran escuchar el grito, un estremecimiento recorrió a los soldados imperiales. Su reputación de valor era conocida por todos en uniforme, tanto amigos como enemigos. Sacudidos, los soldados imperiales retrocedieron unos pasos, aunque nadie podría haberlos denunciado como cobardes por hacerlo. Sin embargo, esto fue suficiente para dar energía renovada a los combatientes de la Flota Yang. En combate, la fama y las reputaciones exageradas tuvieron que ser utilizadas al máximo. Durante el silencio, von Schönkopf dio órdenes, y el espacio que había sido abierto por la retirada de un lado se llenó instantáneamente por el avance del otro. Si bien la línea imperial no se derrumbó exactamente, se estaba cayendo, lenta pero segura, como la manecilla corta de un reloj.

A las 23.20, los escuadrones de Poplin, Julián y Machungo irrumpieron en el Bloque AS-28 y ocuparon la sala de control auxiliar # 4.

Las fuerzas imperiales no mostraron ninguna consternación particular ante este desarrollo. Después de todo, no era la sala de control central la que había estado ocupada, ni sus defensas estaban en peligro de colapso inminente. Sin embargo, el verdadero objetivo de la Flota Yang había sido

tomar el control de esta sala. Esperando que la sala de control central fuera increíblemente difícil de entrar, Yang había establecido anteriormente un enlace a la computadora táctica en esta sala, que estaba fuera de la ruta que conduce desde las instalaciones portuarias a la sala de comando central. Poplin arrojó a un lado su cuchillo de combate manchado de sangre, saltó a la consola e insertó la llave principal.

“¡Martillo de Thor, desbloqueado!”

Con los ojos vueltos hacia Poplin, Julian estiró sus dedos flexibles hacia la consola y escribió una serie de palabras clave en el canal: *una taza de té ruso. no con azúcar, no con mermelada; con miel*.

La cara manchada de sudor y manchada de sangre de Poplin se rió a carcajadas. Al igual que el primero, fue una frase de contraseña completamente divorciada de la tensión y la emoción de los militares.

A las 23:25, en el puente de una nave insignia que se precipita a través de la oscuridad del espacio, el almirante mayor Lutz dejó escapar un gemido de derrota.

“No es bueno. ¡Retirada!”

Se había dado cuenta de que no llegaría a tiempo. Sabía que las capacidades de la fortaleza habían caído en manos del enemigo. En un punto de la esfera plateada gigante y reluciente, se había acumulado una mota de luz que era demasiado brillante para mirarla de frente.

“¡Todas las naves, retirada! ¡Retírense del campo de tiro del Martillo de Thor!”

En la pantalla, la luz blanca que llenaba el cañón del martillo de Thor seguía aumentando tanto en luminosidad como en radio. Sintiendo un sudor frío y un sudor caliente en la espalda al mismo tiempo, Lutz ordenó que sus filas se dispersaran aún más. La fortaleza ya fue robada; pero incluso arrojado a las profundidades de la derrota, todavía tenía la responsabilidad de limitar el daño a la menor cantidad posible.

El mundo fue enterrado en luz blanca. En espera de lo que se avecinaba, cada nave amortiguaba el fotoflujo de sus pantallas. Aun así, el torrente de luz blanca era aún más poderoso. Incluso cuando se quemó en las retinas de los soldados y oficiales de la Armada Imperial, también congeló sus corazones.

En el intervalo de menos de cinco segundos durante el cual su rayo de energía de 924,000,000 de megavatios se había descargado por completo, la flota de Lutz había perdido para siempre una décima parte de su fuerza, y otra décima había sufrido daños. Las naves que habían recibido el golpe directamente habían sido vaporizadas con toda su tripulación, las naves ubicadas a lo largo de la franja de la viga habían explotado, y las naves en el borde exterior de su circunferencia habían estallado en incendios, sus tripulaciones se aferraron al pánico mientras se apresuraban desesperadamente a apagar las llamas.

“El acorazado *Luitpold* , ¡contacto perdido!”

“El acorazado *Trittenheim* , no responde…”

Mientras jadeaban, los gritos y los susurros tocaban su caótica sinfonía, Kornelias Lutz permanecía inmóvil, pálido hasta la punta de los dedos.

El martillo de Thor había aplastado no solo la moral de la flota de Lutz, sino también la de las fuerzas imperiales dentro de la fortaleza de Iserlohn. Se habían formado grietas en armaduras psicológicas que habían soportado cuatro horas de desgaste y derramamiento de sangre, y para cuando se golpeó un golpe nuevo e imparable, su voluntad de resistir ya se había evaporado.

Von Schönkopf y los demás ocuparon cada piso casi por completo sin derramamiento de sangre. El enemigo estaba tan desanimado que por cada metro que avanzaban las fuerzas de la Flota Yang, las fuerzas imperiales retrocedían dos. Antes de que nadie se diera cuenta, la página del calendario había pasado, y el 14 de enero, a las 0045, el comandante de las fuerzas imperiales, el vicealmirante Wöhler, finalmente solicitó permiso para

abandonar la fortaleza.

"Pido que a mis subordinados se les permita salir de manera segura. Si esa solicitud no se concede, resistiremos con el combate cuerpo a cuerpo hasta que caiga el último soldado, y no dudaremos en autodestruir la fortaleza con nosotros a bordo".

Julian no tuvo problemas con esa demanda, pero la técnica de negociación, le informó el Capitán Bagdash, impidió dar una respuesta inmediata. Julian prometió esperar quince minutos antes de responder.

Era seguro decir que el combate ya había terminado para ese punto. Sabían que el telón se caería después de otros quince minutos, por lo que ya no había necesidad de matarse y lastimarse unos a otros. Ambas partes enfundaron sus armas y simplemente se miraron a través de un río de sangre derramada.

Siete minutos después, Julian envió una respuesta diciendo que aceptaría esas condiciones. Lo envió porque no podía soportar mirar de frente a los heridos gimiendo de sangre. Si deja pasar otros ocho minutos, es posible que aún no estén vivos. Julian descubrió que ignoraba la expresión del rostro de Bagdash, que parecía decir: *Eres suave.*

Puedo probar mi resistencia en otro momento , pensó.

A las 0059, el cuerpo del vicealmirante Wöhler fue descubierto en su oficina, disparado en la cabeza por su propio desintegrador. Estaba sentado en su silla, boca abajo sobre su escritorio, pero la vista de una sábana doblada repetidamente, colocada con cuidado para evitar que su sangre manchara el escritorio, fue testigo del carácter del hombre que había muerto. Para alguien con una naturaleza tan estricta y obediente, probablemente no había otra opción que la muerte después de fracasar en su misión. Julian se quitó la boina negra y silenciosamente presentó sus respetos al difunto. El respeto por los enemigos era algo que había aprendido de Yang una y otra vez.

Los ojos de Lutz todavía no se moverían de la imagen de la fortaleza de Iserlohn que se muestra en la pantalla principal de su nave insignia.

“Excelencia, por favor, descanse”, dijo el teniente comandante Gutensohn, su ayudante, sabiendo que era inútil.

Como había esperado, Lutz simplemente se quedó allí inmóvil ante la pantalla, sin responder, soportando la sensación de derrota que le pesaba.

Los trenes de soldados derrotados, que sumaban diez veces el tamaño de la fuerza de ocupación, se dirigían hacia el puerto desde cada cuarto de la fortaleza. Los vendajes teñidos de sangre se destacaban naturalmente, pero aquellos que tenían heridas psicológicas parecían superar en número a los que tenían heridas físicas, y las caras que parecían incrédulas ante la idea misma de la derrota formaban oleadas de agotamiento.

“Este es realmente lo proverbial un ‘plan diabólico con planificación piadosa’”.

Mirando desde lejos las filas de los derrotados, los tímpanos de Bernhard von Schneider captaron el bajo murmullo de Merkatz. No importa la valiente lucha de von Schönkopf y otros; ¿Qué palabras podría usar para describir la brillante estrategia de Yang Wen-li, que había logrado llevarla a cabo sin problemas a través del tiempo y el espacio? Von Schneider podía entender lo que Merkatz, que solo tenía adjetivos preexistentes en los que confiar, debía estar pensando.

Había creído que el hombre era más que un táctico talentoso en el campo de batalla, pero cuando se trataba de la habilidad y la eficiencia que se exhibieron en el momento de retomar a Iserlohn, sintió que Yang era simplemente asombroso. Incluso mientras insistía en que luchar contra grandes números con números pequeños era tácticamente poco ortodoxo, utilizó esa heterodoxia hasta los extremos, y lo hizo perfectamente. ¡Imagínense lo que podría hacer si solo se le diera el tiempo y las fuerzas!

En enero de 800 SE, Yang Wen-li y sus subordinados lograron regresar a la fortaleza de Iserlohn. Había pasado un año desde que lo habían abandonado a regañadientes.

V

“La fortaleza de Iserlohn está en manos de nuestras fuerzas”.

Cuando ese informe llegó de Merkatz, junto con la noticia de que no había habido muertes entre los líderes, se dispararon alegres exhibiciones de fuegos artificiales en todo el planeta de El Fácil, y se asistió a la ceremonia que se celebró en su arena deportiva central. por cien mil personas con cien mil sonrisas.

“Esto marca la primera victoria de nuestra administración revolucionaria. Una vez más, el mariscal Yang Wen-li ha obrado un milagro. Y, sin embargo, este es solo un pequeño primer paso — un solo cuadro en una película que se extiende hacia el futuro infinito…”

Yang Wen-li estaba sentado en un asiento de invitado de honor, escuchando descontento mientras los VIP del gobierno independiente pronunciaban discursos sin refinar en comparación con los de Job Trünicht. Aunque la necesidad había forzado su mano esta vez, Yang todavía tenía la sensación de que había recurrido demasiado para detener las tácticas y trucos, y no tenía muchas ganas de jactarse.

Aun así, a pesar de que odiaba este tipo de cosas con pasión, sin publicidad tampoco significaría ningún efecto político. Con el fin de lograr que los Phezaneses inviertan, y para obtener recursos humanos de los antiguos Planetas Libres para reunirse aquí, la victoria y el vencedor tuvieron que anunciarse. Por obligación, Yang asistió a la Reunión Conmemorativa de la Victoria, pero luego evitó a las personas y se aisló en su habitacione —

mostrando una actitud que se convertiría en una semilla para la crítica en las generaciones futuras.

“Dado que esta operación se había concebido desde el principio en espera de su efecto político, su éxito, obviamente, era algo que debía gritarse desde los tejados. El hecho de que odiara eso y se encerrara en sus habitaciones demuestra que Yang Wen-li era un hombre de habilidades estrechas y que no estaba totalmente comprometido con su causa”.

De hecho, si bien Yang Wen-li fue un formador de la historia cuyos logros en la guerra ninguno podía rivalizar, tuvo que culpar a sí mismo por las evaluaciones bastante mezquinas que se hicieron de él. En cualquier caso, es un hecho que “no estaba totalmente comprometido con su causa”.

Yang dio su primer paso hacia la nostálgica sala de control central de la fortaleza de Iserlohn, y un viento agradable atravesó sus cinco sentidos. El 22 de enero, Yang llegó a Iserlohn desde El Fácil, y pudo recuperar el lugar que podría satisfacer sus deseos de hogar. O como lo expresó Walter von Schönkopf: “Es solo porque no hay políticos aquí— eso es lo que le permite relajarse”.

Finalmente, Yang no pudo evitar sentir que no estaba hecho para la vida en el suelo. Cumpliría treinta y tres este año, y la mayor parte de su vida hasta ahora seguramente no la había pasado en la superficie de ningún planeta, sino en naves espaciales y cuerpos celestes hechos por el hombre. Además, era un hecho que su vida y su estilo de vida habían sido cultivados y tejidos en estos espacios.

Era una pena lo del fallecido Helmut Lennenkamp. Había sido un vasallo importante de una dinastía que había conquistado la mitad de la galaxia y, como tal, no había tenido una pequeña cantidad de orgullo. Aunque sin duda había ordenado el espacio ingrávido como el lugar donde debía morir, había tenido que morir de manera miserable en el suelo. Era una pregunta insolente, pero el propio Yang también quería terminar con su vida en el espacio si podía…

Así fue como se completó el “Corredor de Liberación” que se extendía desde el sistema estelar de El Fácil hasta la Fortaleza Iserlohn. Sin embargo, fue una cosa rápidamente establecida por la ventaja astrológica y el poder moral para unirse, y los involucrados directamente sabían mucho mejor que los espectadores que necesitaría experimentar una pequeña cantidad de viento y lluvia antes de poder echar raíces en el suelo de la historia y crecer un dosel espeso de hojas. Aún así, estas personas que estaban directamente involucradas habían sufrido una mala influencia común, ya que cuanto más crítica se volvía la situación, más alegres aparecían en la superficie. Por un lado, esto se debía a que, independientemente de lo que pudieran decir en voz alta, conservaban la máxima fe en su comandante invicto. Como Julian Mintz recordaría algún día: “Confiamos en Yang Wen-li para todo. Dimos por sentado que era invencible e incluso creía que era inmortal”. Con el tiempo, aprenderían que este no era el caso, pero por ahora el vino y las melodías tarareadas aún podrían ser sus compañeros.

Sin embargo, justo después de las buenas noticias de que el plan para retomar la fortaleza de Iserlohn había tenido éxito, Yang Wen-li tuvo que enfrentar la noticia de una tragedia que instantáneamente convirtió su euforia en hielo.

Era la noticia de que el mariscal Alexandor Bucock había muerto en la batalla.

CAPÍTULO 06: LA BATALLA DEL MAR ADETTA

I

PROPIA INVASIÓN DE REINHARD del espacio de los planetas libres estaba teniendo lugar prácticamente en paralelo con la operación de Yang para recuperar Iserlohn. Esto había creado una apertura en el juicio y las acciones de Kornelias Lutz que Yang había aprovechado; desde el punto de vista de Reinhard, el ejército imperial y el cuartel general imperial, sin embargo, la ausencia de Lutz de sus filas, aunque causó disgusto, no fue un golpe paralizante. Su avance había sido descarado hasta el punto de la arrogancia, dispersando a las Fuerzas Armadas de la Alianza, o más exactamente, sus restos, y aniquilando sus instalaciones militares en cada cuarto. La flota Schwarz Lanzenreiter estaba comandada por el almirante mayor Wittenfeld, que estaba en la vanguardia. Habían avanzado rápidamente, eliminando varios focos débiles de resistencia en el camino, pero las actividades guerrilleras del comodoro de las Fuerzas Armadas de la Alianza Beaufort habían cortado temporalmente su línea de suministro, y mientras esperaban su restauración, habían perseguido, entre otras cosas, a Beaufort y destruyó su base de operaciones, incurriendo en una pequeña pérdida en el tiempo. Beaufort había escapado con poco más que su propia piel, y aunque la pérdida de ese premio fue frustrante para Wittenfeld, fue más que compensado por la inteligencia que obtuvo de los prisioneros que tomaron.

“Parece que el almirante Wilibard Joachim Merkatz está de alguna manera vivo y bien, y sirve bajo el mando de Yang Wen-li”.

Los murmullos de “¿Oh?” Surgieron del almirantazgo como burbujas estallando cuando recibieron esta noticia, lo que significa no tanto sorpresa como la satisfacción de lograr el cierre. Al final, el fallecido Helmut Lennenkamp había llegado a través de su prejuicio a la respuesta correcta. También se confirmó que Yang Wen-li había colaborado con el gobierno revolucionario autónomo de El Fácil. Sin embargo:

“Un general sin ejército es como una estrella sin planetas. Su luz y calor brilla, pero vanamente en la oscuridad”.

Esta línea optimista de razonamiento recibió sorprendentemente la mayor parte del apoyo entre los líderes del ejército imperial. La fuerza militar de los Planetas Libres y el genio de Yang Wen-li se habían dividido, solo porque un mundo fronterizo impotente había obtenido el último, eso no lo hacía merecedor de miedo, ¿verdad? Por lo menos, nadie creía actualmente que la postura militar y política abrumadoramente ventajosa del imperio corriera el peligro de ser revocada.

“Como táctico, los talentos y logros de Yang Wen-li no tienen paralelo. Eso, sin embargo, no ofrece garantía de su éxito como político. Con su fama y reputación, es posible que pueda reunir a las fuerzas anti-imperio a su lado; la pregunta, sin embargo, es ¿puede mantenerlos allí?”

Esa fue la pregunta de los asesores de Reinhard, y su respuesta fue que no sería fácil. Había varias razones para pensar eso. ¿El Fácil tenía suficiente capacidad de producción agrícola e industrial real y potencial para nutrir a un gran ejército? ¿Aceptarían otros planetas que cayeron detrás de El Fácil su suerte con gracia? ¿Y qué hay de las cualidades del propio Yang?

En la Guerra de Vermillion, Yang Wen-li había obedecido las órdenes de su gobierno incluso con la victoria colgando ante sus ojos, retrayendo sus cañones sin condición ni demanda. Esto a pesar de tener la nave insignia de Reinhard, *Brünhild* , casi dentro del campo de tiro. Si hubiera ignorado esa orden, podría haberse liberado de toda restricción gubernamental, y bien podría haber conquistado el universo.

Esa decisión, aunque moralmente digna de elogio, al mismo tiempo había expuesto los límites de Yang como activista político. Si todavía fuera firme en su reverencia por la forma de la política republicana democrática, en el futuro aún no podría actuar fuera de ese marco. Además, incluso si sus valores evolucionaron más tarde, era poco probable que la diosa de la suerte lanzara su mirada sensual por segunda vez a alguien que ya había dejado pasar la mayor de las oportunidades. Incluso si Yang Wen-li, estratega político, tuviera lo que se necesitaba en términos de habilidad, carecería de personalidad. La resistencia de Yang Wen-li al gobierno de los Planetas Libres y su huida de Heinessen habían sido medidas tomadas durante una evacuación de emergencia, no el fruto de un plan político cuidadosamente elaborado. Puso demasiadas restricciones sobre sí mismo para estar en la posición número uno, pero con el talento y la fama demasiado grandes para contentarse con la posición número dos, provocó celos y sospechas de los que estaban por encima de él…

Incluso si hubiera escuchado evaluaciones mordaces de sí mismo, Yang no podría haber discutido. E incluso suponiendo que el análisis de los oficiales del personal en el cuartel general imperial— en particular el de Fräulein Hildegard von Mariendorf— no reproducía los hechos a la perfección, los abordaba infinitamente como una curva a su asíntota. Se podría decir que la actividad del intelecto había clonado los hechos. Quería ser el número dos o menos, pero nunca había sido bendecido con ningún número de calidad para seguir. Sus poderes de resistencia y tolerancia se extendieron solo hasta sus actividades como soldado; en su mente, la posibilidad de que él viviera como político existía mucho más allá del horizonte del mar. Si bien no era como si Hilda tuviera una comprensión perfecta de esta naturaleza de Yang, una serie de fenómenos representativos de la misma se hicieron evidentes durante la Guerra de Vermillion, y gracias a ellos, ella pudo comprender sus límites con una precisión casi perfecta.

Sin embargo, incluso la penetrante visión de Hilda no le permitió aprehender completamente a Yang como estratega. Las ingeniosas estratagemas que tenía en un suministro aparentemente interminable eran dignas de admiración y miedo. Por eso Hilda no tuvo más remedio que tratar de convencer al káiser de que evite luchar directamente contra Yang en una confrontación decisiva.

“En el ejército de los Planetas Libres y en las diversas unidades que han cortado los lazos con su gobierno, todos dicen lo mismo— ‘Donde está Yang Wen-li, hay victoria’. Déle la vuelta, y eso significa que donde Yang no está, no hay victoria. Entonces, ¿por qué no multiplicar sus medidas estratégicas en lugares donde Yang no está, agotarlo al crear tantas tareas para él que se verá obligado a renunciar a la resistencia armada?”

El guapo káiser, lleno de juventud y espíritu, no pareció complacido al escuchar este consejo.

“Fräulein von Mariendorf, parece dispuesto a evitar que pelee con Yang Wen-li”.

Reinhard miró a Hilda de cerca. La joven condensa podía decir que el espíritu de sus ojos azul hielo estaba aumentando la velocidad del viento.

“Incluso con tu sabiduría incomparable, Fräulein, parece que a veces ves ilusiones. Si no soy derrotado por Yang Wen-li, ¿crees que me mantendré joven y viviré para siempre?”

Las mejillas de Hilda, así como su espíritu, se sonrojaron mientras levantaba ligeramente la barbilla, con la intención de plantear objeciones.

“Dices cosas tan desagradables, Su Majestad”.

“Perdóname”.

Reinhard sonrió, pero eso fue simplemente el resultado de observar el decoro; Las siguientes palabras que pronunció fueron una prueba positiva de que no tenía intención de revisar lo que había querido.

“Fräulein, el año pasado, peleé con Yang Wen-li en la Región Estelar de Vermillion. Fui derrotado espléndidamente”.

“Alteza…”

“Perdí esa batalla”.

Reinhard habló con una claridad y severidad que no admitirían discusiones.

“A nivel estratégico, me dejo llevar por sus provocaciones. A nivel táctico, estaba a un paso de recibir un golpe directo de sus cañones. Evité la muerte de los vencidos solo porque conseguiste que von Reuentahl y Mittermeier tomaran medidas y atacaran la capital del enemigo. El crédito es tuyo, Fräulein. No tomo ninguno en absoluto”.

Con el campo de la pasión roja sobre sus rasgos de marfil, las palabras y la respiración del káiser se hicieron más fuertes.

“Realmente le pido perdón a Su Majestad por decirlo, pero el logro de un vasallo pertenece al señor que lo nombró. Su Alteza no perdió esa batalla”.

Reinhard asintió, pero su mirada aún reflejaba los poderosos vientos que soplaban en su corazón. Después de dudar por un instante, Hilda se decidió a mantenerse firme frente a ese viento.

“Por favor, no pienses en vengarse de un solo individuo como Yang Wen-li. No está lejos el día en que Su Majestad tendrá todo el universo en la palma de su mano. Yang Wen-li no puede evitar que eso suceda. Eso es porque la victoria final será tuya. ¿Quién está allí que dirá que tu victoria fue robada?”

“Yang Wen-li no lo hará. Sin embargo, sus subordinados seguramente harán tales afirmaciones”.

Hubo un infantilismo — o más bien una niñería — en la forma en que lo dijo. Los dedos blancos y flexibles de Reinhard tocaron sus elegantes labios, dando la impresión de que apenas estaba evitando morderse las uñas. Este joven incomparable parecía uno a quien los dioses de la guerra y la belleza habían apostado su honor y pasión en una lucha por poseer, y parecía temer menos la derrota de lo que temía haber dicho que había sido derrotado. Hilda se sorprendió un poco por esto, y al mismo tiempo sintió una brisa siniestra que le recorría los nervios.

Hilda no fue tan lejos como para pensar que Reinhard tenía un deseo de muerte. Y, sin embargo, se preguntó: si se le diera la opción de envejecer y debilitarse durante largos años de inactividad después de que todos sus enemigos hubiesen sido vencidos o derrotados en la flor de su vida por un oponente sobresaliente, ¿Reinhard no elegiría incondicionalmente a este último? La razón por la que expresó intencionalmente ese pensamiento en el interrogativo fue porque incluso para Hilda, dar una respuesta definitiva le habría colocado la mayor de las cargas psicológicas. Incluso como una pregunta, se sintió sofocante.

Hilda sacudió ligeramente la cabeza y su cabello rubio oscuro reflejó la luz de la iluminación de la habitación. Nunca le había quedado bien, eligiendo intencionalmente los giros oscuros en el laberinto de sus pensamientos. Ya hacía tres años, pero en el momento de la Guerra de Lippstadt, ella y su padre se habían puesto del lado de Reinhard porque no había visto en él la belleza de la destrucción, sino su mirada al cielo y la fuerza en sus alas.

Hace quinientos años, la ambición política y el odio hacia quienes perturbaban el orden de la sociedad habían llevado al gigante de hierro Rudolf von Goldenbaum, entonces militar, a luchar contra sus enemigos, los cárteles piratas espaciales. Que su autoridad y el privilegio de sus descendientes fueran sostenidos por los sacrificios de los débiles era una consecuencia de su estilo de justicia. Reinhard había negado la justicia de Rudolf y se había alzado contra ella.

¿Por qué había sido eso? Porque Annerose, su bella y amable hermana mayor, había sido injustamente alejada de él por aquellos en el poder, y por eso había jurado vengarse. El sistema de gobierno de los nobles boyardos había perdurado durante cinco siglos, pero a partir de él, Reinhard había olido el hedor a decadencia y había puesto su corazón en su reforma. Una furia privada pero justa, y un anhelo público y justo. Seguramente estas fueron las fuentes de la vitalidad de ese joven — o tal vez fue que su vitalidad requería los medios de expresión más magníficos y amargos. Recientemente, Hilda a veces se encontraba pensando que sí. Y en esos momentos, se había preocupado: ¿ *no es la llama más brillante que se apaga más rápido?*

II

En 799 SE, o el primer año del Nuevo Calendario Imperial, Reinhard y los militares imperiales — incapaces de provocar reacciones de fusión en más núcleos mentales — partieron y llegó el Año Nuevo. Las festividades de Año Nuevo consistían en nada más que un pequeño banquete que el káiser celebraba en el auditorio para ceremonias a bordo de su nave insignia *Brünhild* , y la distribución de vino a todos los soldados y oficiales. Hablando a través de la pantalla de comunicación, el káiser les dijo que las celebraciones a gran escala se llevarían a cabo una vez que hubieran ocupado completamente la capital de los planetas libres, Heinessen, y los soldados y oficiales sacudieron los mamparos de cada nave con vítores de "¡Sieg Káiser Reinhard!" La fe de los soldados en el Káiser y su respeto por el almirantazgo eran como una espada sin muesca ni astillas, y en cuanto a la moral, no había malestar alguno. Las comunicaciones entre la flota principal y Wittenfeld en el frente con frecuencia estaban atascadas, por lo que los períodos de contacto mutuo tendían a ser pocos y distantes, y Lutz, por alguna razón, se negaba a salir de la Fortaleza de Iserlohn. Estos factores significaron que su situación actual no alcanzaba la perfección, pero mientras Wittenfeld, Lutz y Steinmetz no fueran eliminados uno por uno, no había razón para preocuparse por estos acontecimientos.

"Probablemente nos toparemos con un solo contraataque organizado. Habiéndose resignado a la muerte, vendrán con el objetivo de hacer una demostración final de resistencia. Una vez que lo hayamos aplastado, ocuparemos Heinessen y anunciaremos la disolución completa de la Alianza de Planetas Libres".

Con ese entendimiento, Reinhard y sus oficiales de personal habían construido sus planes, pero cuando llegó el 8 de enero, una flota de naves de más de mil se mostró por delante de las fuerzas de Mittermeier. Manteniendo hábilmente una distancia constante, nadaron de aquí para allá,

como si invitaran a un ataque.

Parecía que intentarían cortar la vanguardia de Wittenfeld del largo tren de la Armada Imperial. El Káiser Reinhard, junto con los oficiales de su personal, consideró dispersarlos de inmediato, pero evitó el combate, viéndolos más bien como una fuerza de exploración o vanguardia para la demostración final de resistencia de las Fuerzas Armadas de la Alianza. Notificar a Müller (en la retaguardia) que debería garantizar la seguridad de su ruta de suministro de regreso hacia Phezzan fue una medida que mostró la previsión de von Reuentahl como secretario general del Cuartel General del Comando Militar Imperial. Al mismo tiempo, Mittermeier detuvo por completo su fuerza y envió quinientos destructores y diez veces más naves de reconocimiento, tratando de reunir inteligencia. Durante este tiempo, las comunicaciones con la vanguardia de Wittenfeld se cortaron casi por completo; La intensificación del atasco fue una prueba silenciosa de que las fuerzas del FPA se acercaban para un ataque. Reinhard hizo que, von Eisenach, Müller y las fuerzas bajo ellos se reunieran.

Incluso para una fuerza genuinamente enorme, desde el punto de vista del comando unificado, nunca fue prudente formar filas extremadamente largas corriendo hacia adelante y hacia atrás. La tensión entre los oficiales y soldados se disparó.

“¿Estas personas vinieron aquí esperando ganar? ¿O están ganando y perdiendo por completo aparte del punto para ellos? ¿Están aquí para seguir a su república democrática hasta la muerte mientras cae?”

Esas preguntas estaban dando vueltas y vueltas en los corazones de los almirantes de la Armada Imperial. Si hubiesen sido oficiales de rango medio o inferior, podrían haber procesado esto en términos mentales sobre la materia, pensando, *de todos modos, solo tenemos que hacer lo mejor.* Sin embargo, los líderes de más alto rango no podían permitirse el lujo de hacer planes tácticos usando las palabras “debería” y “pretender”.

“Bueno, juntaron los números, si nada más. Por supuesto, es una pregunta abierta cuántos quedarán cuando esto termine”.

Con desprecio, Bruno von Knapfstein hizo esta evaluación el 10 de enero, en una reunión de altos funcionarios a bordo de *Brünhild* . Según las cuentas generales, se estimó que los militares de los Planetas Libres habían preparado una fuerza en algún lugar cercano a veinte mil barcos. De hecho, este número superó las expectativas de la Armada Imperial, pero no había forma de que tuvieran muchos acorazados o portanaves, y su potencia de fuego también debería ser inferior.

“Ese es el caso”, dijo el joven y enérgico Karl Eduard Bayerlein, sonrojado, “todo lo que tenemos que hacer es luchar contra ellos una vez aquí, y eso los pondrá fin. Cometer el error de dudar— de perder una oportunidad de victoria— no se convierte en nuestras fuerzas, que buscan unificar todo el universo”.

Alfred Grillparzer también se inclinó hacia adelante para hacer un discurso apasionado. “Las fuerzas de Yang Wen-li son actualmente miserables vagabundos, pero si nos sentamos aquí sin perder el tiempo sin ninguna razón, eso puede darle tiempo suficiente para reconstituir su fuerza. En la Batalla de Rantemario el año pasado, fue debido a sus maniobras que nuestras fuerzas perdieron la oportunidad de eliminar por completo las de los Planetas Libres. Su Majestad, se lo ruego, por favor dénos la orden— la orden de luchar contra ellos”.

Von Reuentahl y Mittermeier, sin recordar ninguna necesidad del pasado de incitar al káiser a la batalla, habían permanecido en silencio durante todo esto. Las únicas preguntas para ellos eran dónde y cómo pelear. Incluso si el FPA tenía una gran fuerza de veinte mil naves, era solo un pequeño escuadrón al lado de la fuerza del imperio, y debido a que el poder de fuego del FPA era inferior, sin duda emplearía las tácticas apropiadas para tratar de compensar la diferencia. En cualquier caso, parecía que su comandante era el mariscal Alexandor Bucock, un táctico experimentado que había luchado bien en Rantemario el año pasado. El descuido no era algo que pudieran tolerar. Esto se debió a que el 13 de enero llegó un informe informándoles que Bucock había desplegado sus fuerzas frente a ellos. Para entonces, Iserlohn ya había caído en manos de Yang, aunque el informe de eso aún no había llegado a Reinhard.

El nombre de la estrella era Mar Adetta. Estaba a 6,5 años luz de distancia de Rantemario, donde Bucock había interceptado una flota imperial el año pasado, y se vio obligado a la derrota por su gran tamaño.

En comparación con Rantemario, el valor estratégico de Mar Adetta era bajo, pero tácticamente hablando, era un espacio mucho más difícil para las fuerzas imperiales para operar. Era imposible calcular cuántos planetas tenía. Los asteroides con radios no mayores de 120 kilómetros formaron un vasto cinturón, y la estrella misma era extremadamente inestable, con constantes explosiones en su superficie. Esto, por supuesto, interrumpió las comunicaciones y, lo que es peor, el viento solar de Mar Adetta transportó no solo calor y energía, sino también minúsculos granos de roca, transportados caóticamente a lo largo de su flujo turbulento. Cuanto mayor sea la fuerza militar, más difícil será el mando y el control. Esa fue la información que recibieron las fuerzas imperiales. Casi todo su conocimiento astrológico de este tipo provino de materiales obtenidos de la oficina de control de tráfico espacial de Phezzan, y se puede decir que simplemente adquiriendo eso, Reinhard había logrado un logro militar incomparable.

“Ese viejo… Ese es un sector desagradable al que se fue y eligió para pelear”.

Ni siquiera von Reuentahl y Mittermeier pudieron evitar maldecir en voz baja. Esos juramentos, por supuesto, contenían un elemento de admiración extremadamente potente. Este sería probablemente el último campo de batalla para el viejo almirante, que durante el último medio siglo había luchado continuamente contra el despotismo del imperio. Reconociendo esa encarnación de tácticas ingeniosas y columna vertebral sólida, ambos sintieron la necesidad de enderezar sus collares por respeto.

“Tal vez deberíamos alabarlo por tener tanto coraje a su edad”, murmuró Müller. Contenidos en sus sentimientos de alabanza hacia él había partículas de romanticismo militar y sentimentalismo, aunque no había exageración ni falsedad en sus corazones. Al mismo tiempo, intuyeron que

el viejo estaba tratando de inspirar a los republicanos democráticos sacrificando su propia vida, y no pudo evitar sentir un escalofrío en sus espinas. Ese frío, por supuesto, estaba vinculado inseparablemente a la alegría y la satisfacción, y en ese punto existía una especie de incorregibilidad peculiar del espíritu militar.

Como un cinturón retorcido, un único corredor sinuoso se extendía hasta el otro lado del cinturón de asteroides. Las fuerzas de los Planetas Libres acechaban en algún lugar dentro de ese vacío en forma de túnel de 920,000 kilómetros de largo y 40,000 kilómetros de ancho, esperando el ataque del imperio. Estaban dejando ese hecho claro para que cualquiera lo viera. Por sus acciones, estaban mostrando su intención de desafiarlos.

El 14 de enero, la Armada Imperial comenzó una invasión masiva de la Región Estelar de Mar Adetta. Las antorchas azul hielo ardían en los ojos de Reinhard, primer káiser de la dinastía Lohengramm, gobernante del Imperio Galáctico. Hasta las puntas de sus capilares, el espíritu de lucha recorría esos ojos. Su forma alta y elegante, envuelta en un espléndido uniforme negro y plateado, rebosaba de las razones por las que las generaciones futuras dirían, “el gusto por la guerra estaba en su carácter”. Cuando se veía así en el puente de la nave insignia *Brünhild* , Los soldados y oficiales de la Armada Imperial ya no podían evitar ver batalla y victoria como la misma cosa.

Mittermeier, una de las Murallas Gemelas de la Armada Imperial, tomó el mando del ala del puerto desde su propio buque insignia *Beowulf* . Al lado de Reinhard estaba el secretario general del Cuartel General del Comando Militar Imperial, Oskar von Reuentahl.

Mover a la flota, reorganizar la formación, atacar al enemigo, hacer el máximo daño posible y luego retirarse del espacio de batalla. Nadie podría hacer eso más rápido que Wolfgang Mittermeier. Por eso había sido coronado con el nombre de guerreo “Gale Wolf”.

“Él es más rápido que un rayo, y también tiene buen sentido”, fueron las palabras que Oskar von Reuentahl usó para elogiar el excelente manejo de las fuerzas de su colega, y su colega lo alabó con estas palabras: “Su

ofensiva y defensa están cerca de la perfección. En particular, no puedo tocar el borde de su prenda cuando se trata de llevar a cabo una batalla mientras miro con calma todo su vasto espacio de batalla”.

El ala de estribor de las fuerzas imperiales fue comandada por el “almirante silencioso”, el almirante mayor von Eisenach, con el almirante mayor Müller al mando de la retaguardia. Ambos eran grandes almirantes, solo superados por las Murallas Gemelas en logros y talento, con Müller en particular un hombre que su enemigo Yang Wen-li había llamado “un comandante de primer nivel”.

“Démosle a este salvavidas del almirantazgo de los Planetas Libres un lugar apropiado para morir. La edad de los viejos canosos que van a la batalla ya ha terminado”.

Von Reuentahl advirtió a los jóvenes almirantes contra tales bravatas.

“Es más fácil decirlo que hacerlo. Asegúrate de que no seas tú quien se enrede en el dedo meñique de tu viejo almirante canoso “.

El honor de comandar la vanguardia recayó en dos almirantes que se habían hecho un nombre bajo el mando del difunto Helmut Lennenkamp: von Knapfstein y Grillparzer. Reinhard quería que estos dos siguieran los buenos ejemplos de von Reuentahl y Mittermeier. Por supuesto, debido a que sus gustos no se veían en ningún otro lado merecían ser llamados Murallas Gemelas, pero en un momento en que estos gigantes de las fuerzas armadas se movían gradualmente desde las líneas del frente hasta el centro, era necesario personas que podían llenar sus zapatos, incluso si solo fueran imitadores.

Como una fuerza de reserva adicional, el almirante mayor Fahrenheit había puesto sus fuerzas en espera cerca del borde exterior del sistema Mar Adetta. Dependiendo de las tácticas empleadas por las fuerzas de la alianza, podrían tener que moverse una distancia y un alcance considerables para responder a un ataque enemigo en la retaguardia o el flanco de sus aliados, pero era muy importante mantener la puerta abierta para operaciones activas, como desvíos en la parte trasera del corredor para cortar el camino

de retirada de las fuerzas de la alianza, o presionar aún más profundamente en el corredor para coordinarse con los aliados en la vanguardia y atrapar al enemigo en un movimiento de pinza. Esto fue lo que más estuvo de acuerdo con la naturaleza de Fahrenheit. Si bien quería que Reinhard diera la orden de invadir el corredor desde el principio, Reinhard sabía que era imposible usar una gran fuerza para su mejor ventaja dentro de un corredor estrecho, y las posibilidades de que los militares de los Planetas Libres estuvieran muy cerca trampa en el interior. Por estas razones, Reinhard eligió abrir con tácticas ortodoxas. En ese momento, la ventaja astrográfica se inclinó hacia la alianza.

Fue, de varias maneras, una batalla fuera de los límites del sentido común, y en esos momentos, alguien tenía que intensificar y aventurar una opinión con sentido común. El asistente principal del káiser, el vicealmirante von Streit, por tácito acuerdo de sus colegas, asumió ese deber en este momento.

“Seguramente Su Majestad no necesita enfrentarse personalmente al enemigo en una batalla decisiva. Si la flota principal se dirige directamente hacia Heinessen, una fuerza separada puede quedarse atrás, embotellando al enemigo y evitando que tome cualquier acción desacertada. Eso resolvería todo el asunto. Incluso si Marshal Bucock es un táctico experimentado y tiene la confianza de sus hombres, en última instancia, es un único espacio de batalla en el que está apostando su vida. Creo que Su Majestad haría bien en ignorarlo”.

Reinhard había estado esperando este consejo, por lo que no había signos de ira o sorpresa en su rostro. Las auroras azul hielo bailaron salvajemente en sus ojos mientras el joven káiser miraba a todos los oficiales de su personal. Estaba claro que quería que aquellos además de von Streit escucharan su respuesta también.

“Tu consejo no está equivocado. Pero este es el desafío de un almirante anciano forjado en innumerables batallas, un desafío que probablemente enfrenta la muerte para poder hacer. Rechazarlo sería descortés. Y aunque no estoy sin otras razones, para mí y para mis fuerzas, eso solo debería ser razón suficiente”.

Sin ofrecer más explicaciones, Reinhard selló los labios de von Streit y todos los asesores que tenía debajo. Nunca habían pensado que el Káiser podría perder. Lo que la naturaleza del káiser había decidido, ninguna otra palabra de consejo podría alterar.

A pesar de que ambos se habían convertido en mariscales imperiales, la costumbre de von Reuentahl y Mittermeier de beber vino juntos antes de que la batalla continuara vigente. Después de una sesión de estrategia a bordo del buque insignia *Brünhild* el 15 de enero, Mittermeier visitó a von Reuentahl en sus habitaciones privadas. El dueño del camarote le suministró el vino.

“¿Qué piensas? ¿Sobre esta batalla?”

El mariscal con los ojos desiguales no respondió la pregunta de Mittermeier de inmediato. En el espejo oscuro de su vino, los colores de sus ojos izquierdo y derecho se volvieron indistinguibles. Cuando el vino color sangre se había extendido por fin por sus venas, movió los labios y tejió una respuesta.

“Si esta batalla tiene algún significado, es a nivel emocional, no racional. El viejo león y el joven león anhelan esta pelea. Honor agregará algo de color a los procedimientos, pero al final, una espada, una vez desenvainada, no vuelve a su vaina sin primero ser bañada en sangre”.

“Nunca supe hasta hoy que tenías el alma de un poeta”.

Von Reuentahl ignoró la intención de su amigo de aligerar el estado de ánimo.

“Entiendo esos dos”, dijo. “Y seguramente tú también. La historia tiene sed cuando despierta, como un ser humano. La dinastía Goldenbaum ya está terminada. La Alianza de Planetas Libres podría haber sobrevivido hasta hoy, pero mañana terminará. La historia anhela una enorme corriente de sangre, Mittermeier. No puedo esperar para drenar el vaso seco”.

Mittermeier frunció el ceño y, inusualmente para uno alabado entre los almirantes más valientes del imperio, una fina nube de inquietud cruzó por su rostro. Finalmente, probó una discusión, aunque su voz carecía mucho de asertividad.

“Incluso si eso es cierto”, dijo, “creo que seguramente debe estar harto de las cosas en este momento…”

“Me pregunto. ¿Crees eso, Mittermeier?”

La voz de Von Reuentahl, incapaz de controlar sus emociones o su razón, lo hizo sonar como si estuviera un poco confundido y rebotando esa confusión en su amigo para ver qué diría.

Mittermeier golpeó con fuerza la copa vacía con la yema del dedo.

“El universo dividido estará unido por las manos de Su Majestad, el Káiser Reinhard, y él traerá la paz. Si, como usted dice, la Alianza de Planetas Libres termina mañana, mañana pasado mañana brillará con la luz de la paz. Si no es así, entonces todo por lo que hemos trabajado, y toda la sangre que hemos derramado, habrá sido en vano”.

Después de un largo silencio, von Reuentahl dijo: “Exactamente”.

Cuando asintió con la cabeza, su rostro adquirió una especie de camuflaje invisible bajo el suave efecto del vino. Dicho de otra manera, el laberinto de su corazón se había hecho visible a través de su piel.

“Esto es lo que pienso, sin embargo. Incluso si la historia se enfermara y se cansara de derramar sangre humana, solo sería la cantidad el problema. ¿Y en cuanto a calidad? Cuanto más noble es el sacrificio, más se regocija ese cruel dios…”

“¡Von Reuentahl!” La voz aguda de Mittermeier envió una aguda ráfaga de razón y realismo a través de los circuitos de los nervios de von Reuentahl, actuando como un ventilador. El alcohol y la niebla invisible que había

cubierto sus pensamientos habían sido expulsados de su cuerpo, y con una mano levantada, apartó a ambos, permaneciendo en silencio hasta que su intelecto lúcido habitual había vuelto a ocupar sus células cerebrales.

“Yo… parece que he estado actuando como una parte por la que realmente estoy equivocado. Después de todo, no soy un poeta o filósofo, solo soy un soldado grosero. Debería dejar este tipo de cosas a personas como Mecklinger”.

“Gracias a Dios que has vuelto en tus sentidos. Por el momento, necesitamos saber qué está planeando el enemigo frente a nosotros, en lugar de la voluntad de algún ‘dios de la historia’ que nunca hemos conocido”.

Von Reuentahl se pellizcó el lóbulo de la oreja.

“En cualquier caso, esta batalla se llama mejor ceremonia. Una en la que rendimos homenaje a la procesión fúnebre de la Alianza de Planetas Libres. A menos que tome esta forma, ni los vivos ni los muertos podrán aceptar el hecho de su destrucción”.

Después de verter el último vino en las copas de los demás, miraron hacia la pantalla en silencio. Las crestas de largas olas de luz, formadas por innumerables naves, tanto cercanos como lejanos, superpuestos entre sí, se extendían a lo lejos. Para mañana, un número considerable de ellos se borraría para siempre, enterrados bajo los tableros negros de los que estaba compuesto el universo.

Finalmente, Mittermeier se despidió de *Brünhild* y regresó a su propia nave insignia, *Beowulf*.

El mariscal Alexandor Bucock, comandante en jefe de la Armada Espacial de la Alianza de Planetas Libres, estaba en su oficina a bordo de su nave insignia, revisando el plan por última vez.

Dejando a un lado sus sentimientos personales, era su deber como

comandante hacer lo que pudiera para aumentar sus posibilidades de victoria, aunque solo fuera un poco.

Estrictamente hablando, era imposible determinar numéricamente cuán grande fue la fuerza que las Fuerzas Armadas de la FPA pudieron movilizar para esta “batalla final de la Alianza de Planetas Libres”. Ya, la sede operativa conjunta había perdido su capacidad de liderar el ejército, y mucho El material y muchos registros habían sido eliminados, con solo estimaciones y recuerdos existentes para llenar los vacíos. Aun así, fue posible calcular números sorprendentemente grandes: entre veinte mil y veintidós mil naves, y entre 2.3 millones y 2.5 millones de soldados y oficiales.

Se ha presentado un argumento extremo de que “la Batalla del Mar Adetta, que se libró a principios del 800 SE, no fue tanto la batalla final de la Alianza de Planetas Libres como un duelo personal entre el Káiser Reinhard y el Mariscal Bucock”. Sin embargo, Bucock en el que menos luchó con la bandera de la alianza en alto, mientras que los soldados y oficiales — que habían corrido al campamento del viejo almirante después de abandonar un gobierno de la alianza que había perdido su capacidad de gobernar — fue Bucock, en lugar de los VIP políticos y militares que se había escondido en Heinessen, quien era visto como el símbolo de la Alianza de Planetas Libres. Esto no era algo para discutir en el nivel del bien y del mal; fue simplemente un hecho. La catástrofe que siguió apenas seis meses después de la firma del Tratado de Baalat había puesto a los militares de la FPA en una terrible desventaja a la hora de planificar una estrategia a largo plazo, aunque el hecho de que todavía estaban en medio de desguace. los acorazados habían trabajado irónicamente a su favor.

El primer paso del almirante Chung “Hijo del panadero” Wu-cheng para mejorar su fuerza militar fue ponerse en una posición contradictoria. Mientras trabajaba para reunir una fuerza lo suficientemente grande como para lidiar activamente con la invasión de Reinhard, al mismo tiempo tuvo que dejar atrás las fuerzas suficientes para que Yang Wen-li y el resto lideraran más adelante. Como habían supuesto las Murallas Gemelas, se veía a sí mismo como un sacerdote que realizaba ritos funerarios para las Fuerzas Armadas de la Alianza y, al mismo tiempo, una comadrona que

intenta ayudar en el nacimiento de un ejército revolucionario republicano democrático. Por esa razón, había enviado a El Fácil a los antiguos líderes de la Flota Yang, que normalmente se habrían convertido en sus aliados capaces y confiables.

Durante este tiempo, las flotas dirigidas por Murai, Fischer y Patrichev aún no habían logrado reunirse con Yang. Para evitar fricciones con las fuerzas de la alianza y el contacto con las fuerzas imperiales, desde el principio se vieron obligados a tomar un gran desvío alrededor de los sectores fronterizos antes de dirigirse a Iserlohn. Normalmente, un período de tránsito de un mes habría sido un cálculo razonable, pero esta vez tuvieron que andar a tientas por una ruta fronteriza, gran parte de la cual hasta ahora era desconocida. El contacto con ellos se perdió en el sistema Fara, donde una explosión estelar dispersó la flota. Cuando finalmente terminaron de reensamblar su formación, Fischer, el maestro de las operaciones de la flota, desarrolló una fiebre alta debido al exceso de trabajo, y entre los soldados y oficiales asustados y molestos, algunos intentaron separarse de la armada. Durante un tiempo, la flota se enfrentó al peligro de desmoronarse por las costuras. En ese momento, Murai se apresuró a tomar el control de la fuerza principal, mientras que Patrichev y Soon, liderando a sus mejores y más brillantes, sofocaron el motín. Aun así, ese motín estuvo a punto de tener éxito.

Patrichev siempre había confiado en la filosofía de Yang Wen-li: “Cuando corran, no persigan”, pero si permitía que los amotinados abandonaran en este caso, existía el peligro de que su objetivo y posición se vieran comprometidos. Como carecían de la confianza suficiente para manejar una batalla flota contra flota, uno no tenía que ser Murai para sentirse nervioso por proteger su secreto. Incluso después de encarcelar a los amotinados, Patrichev continuó molesto por repetidos accidentes y conspiraciones para rebelarse. Según las reminiscencias de Soon, después de trabajos forzados “equivalentes a una escala de la serpiente que fue la Larga Marcha de 10,000 años luz”, pudieron ingresar al Corredor Iserlohn y a fines de enero 800 SE, se reunieron con Yang Wen- li y los demás. En ese momento, Yang liberó a los más de cuatrocientos amotinados encarcelados y les pagó sus salarios por primera vez desde que dejaron Heinessen. La mitad de los amotinados partieron en los transbordadores que les dieron, pero la otra

mitad se quedó en Iserlohn para luchar junto con Yang Wen-li.

Se suponía que Alexandor Bucock llegaría a su septuagésimo cuarto cumpleaños durante el año de 800 SE, pero hacía mucho que había renunciado a tener alguna oportunidad de probar su potencia pulmonar contra un pastel de cumpleaños con tantas velas.

El Jefe de Estado Mayor Chung Wu-cheng entró en la habitación con una cara que carecía de mucha tensión.

“¿Qué tal descansar un poco, Su Excelencia?”

“Hmm, tenía la intención de hacerlo, pero al final, si voy a pelear, quiero poner uno con el que pueda estar satisfecho”.

“No te preocupes por eso. El Káiser Reinhard no va a hacer nada impactante”.

“Espero que tengas razón. Aun así, esto hará que maten a mucha gente, por no mencionar a mí. No es que ahora me esté dando cuenta, pero esto es algo pecaminoso”.

“¿Por qué no convertirse en médico en su próxima vida? De esa manera, deberías poder equilibrar las cosas”.

Bucock miró al jefe de personal con sorpresa en sus ojos. Nunca pensó que escucharía a Chung Wu-cheng usando palabras como “próxima vida”. Pero sin decirlo, exhaló una reminiscencia como si se hablara a sí mismo, mientras se frotaba los párpados cansados con los dedos.

“Cuando lo pienso, probablemente soy uno de los afortunados. Al final de mi vida, pude conocer a dos estrategas incomparablemente grandes en Reinhard von Lohengramm y Yang Wen-li. Y pude hacerlo sin siquiera ver la vista de ninguno de ellos herido o derrotado”.

O la vista de la Alianza de Planetas Libres completamente deshecha, Chung Wüngng pareció escuchar al viejo mariscal decir, no con su sentido del oído, sino con sus poderes de perspicacia.

III

El 16 de enero de ese año, después de innumerables preliminares, las fuerzas militares del Imperio Galáctico y la Alianza de Planetas Libres se reunieron en un choque frontal.

El imperio estaba usando una formación convexa estándar, aunque una vanguardia que no estaba demasiado al frente. Las fuerzas imperiales avanzaban, intentando abrumar al enemigo con la profundidad de su espesa formación.

“¡Fuego!”

“¡Fuego!”

Probablemente no hubo un segundo retraso entre los gritos de esas dos órdenes. Decenas de miles de rayos brillantes atravesaron la oscuridad ilimitada, los colmillos blancos de energía mordieron las naves de guerra y los destrozaron, las jabalinas de luz ardieron y las pantallas de combate en ambos lados se convirtieron en jardines invadidos por flores florecientes. Cada una de esas flores brillantes consumió varios cientos de vidas a medida que florecían.

Después de responder al asalto inicial, las filas de la flota de la alianza continuaron colocando una corriente ordenada de cañones mientras comenzaban a retirarse. Grillparzer y von Knapfstein lideraron la vanguardia imperial en una furiosa carga, intercambiando fuego intenso con la retaguardia de la fuerza de la alianza mientras intentaban retirarse al estrecho corredor. Después de infligir un daño considerable, Grillparzer

irrumpió con éxito en el corredor a las 1050.

En 1120, sin embargo, una ola de viento solar ensanchó el flanco del puerto imperial con turbulencias caóticas, y su formación comenzó a perder su configuración ordenada. Mittermeier, rompiendo látigos de reprimenda contra aliados desconcertados, trató de reconstruir la formación, pero la unidad de Grillparzer se había sumergido profundamente en el corredor y estaba recibiendo fuego de las fuerzas de la alianza en una configuración agrupada. Incapaces de evadir el asalto en esa región estrecha del espacio, todavía estaban tratando de no golpearse mientras una cadena de explosiones estallaba.

“¿Qué crees que estás haciendo?”, Dijo Reinhard. “Sigue así, y solo erosionarás tu propia fuerza de fuerza. ¡Retírate y sacúdete al enemigo de vuelta después de ti!”

No era como si la reprimenda de Reinhard lo hubiera alcanzado, pero Grillparzer, al darse cuenta del peligro de dejar que una gran fuerza se concentrara dentro de un pasillo estrecho, comenzó a retirarse. El fuego de cañón enfocado de la alianza no podría haber sido más abrasador, y flores de destrucción blanco azulado florecieron en toda la línea del frente de la flota de Grillparzer. Aunque había sido preparado para recibir algo de daño, la energía desatada y los cascos destrozados llegaron sobre el viento solar y se abalanzaron sobre las filas de la fuerza imperial desde adelante, frotando sal en sus heridas abiertas. Empapando el interior de su uniforme con sudor caliente y frío, el joven nuevo miembro de la Asociación Imperial de Geografía e Historia Natural apenas logró evitar que sus filas se desmoronaran, y escapó del corredor bajo una lluvia de rayos de cañones enemigos disparando salvajemente.

Bucock prohibió la persecución. Solo habían tenido la ventaja porque estaban luchando dentro del estrecho pasaje, y estaba claro que, si salían a la vasta zona de espacio navegable, serían rodeados por una fuerza abrumadoramente mayor. En el momento en que Grillparzer se alejó del corredor, dispersó su formación y se preparó para un ataque de perseguir enemigos, pero como esa persecución finalmente no se materializó, reorganizó sus fuerzas restantes y las desplegó una vez más en la entrada

del corredor, todo el tiempo mordiendo respaldar la vergüenza y el remordimiento de haber perdido casi el 30 por ciento de sus fuerzas. Era 1210. Para entonces, Reinhard, que había estado observando cómo se desarrollaba la batalla en la pantalla del puente de *Brünhild* , ya estaba dando órdenes al almirante mayor Adalbert Fahrenheit.

“Toma tus fuerzas y elimina a ese viejo tigre”.

Fahrenheit, un veterano experimentado de muchas batallas, no requirió una instrucción táctica más específica que esa. Con un brillo en sus ojos color aguamarina, dio órdenes a sus subordinados de volar a través de una zona de peligro rica en asteroides a la máxima velocidad de combate y, dando vueltas hacia la parte trasera del corredor seguro, tratar de asestar un golpe a la fuerza de la alianza desde atrás. Si los golpeaban en la retaguardia, avanzarían y, por así decirlo, serían empujados hacia el abrumador fuego de cañones de la Armada Imperial completamente armada.

A las 1300, von Knapfstein lanzó una incursión en el corredor en lugar de Grillparzer. Esta fue una táctica preferida para evitar que un enemigo notara una operación de desvío. Naturalmente, su trabajo no terminó simplemente llamando la atención del enemigo; von Knapfstein también tenía el deber vital de erosionar la fuerza de la fuerza del enemigo y coordinarse con los aliados que habían dado la vuelta a la retaguardia del enemigo. Esto significaba que von Knapfstein obtendría una valiosa experiencia como táctico, siempre que sobreviviera al feroz combate, por supuesto.

Era comprensible cuando von Reuentahl murmuró en su corazón: Ahora, veamos de qué está hecho. Dentro del estrecho pasaje, la flota de von Knapfstein había sido golpeada por una descarga concentrada de ataques precisos y dirigidos, y rápidamente se encontró de espaldas al muro proverbial. Von Knapfstein carecía de cualquier ventaja astrográfica, y la diferencia de experiencia entre él y Bucock era grande. El hecho de que estuviera manteniendo unida la formación sin que se derrumbara directamente era realmente bastante notable.

Con los ojos aún fijos en su pantalla de batalla, el comandante en jefe, el mariscal imperial Mittermeier, dirigió su voz hacia un subordinado que se

mostraba en una pantalla secundaria.

“Odio tener que matar a ese viejo, Bayerlein. Puede que sea un enemigo, pero merece nuestro respeto”.

“Siento lo mismo, pero incluso si aconsejáramos la rendición, él nunca consentiría. Si él me derrotara, tampoco creo que cambie la bandera que sigo”.

Mittermeier asintió, pero sus cejas se arquearon ligeramente. “Que crees que está bien, Bayerlein, pero piénsalo dos veces antes de decirlo en voz alta”. Antiguos enemigos como Fahrenheit y von Streit habían jurado lealtad a Reinhard y se convirtieron en activos valiosos— cómo vivieron sus vidas que no es algo para ser criticado. En su caso, habían seguido la bandera equivocada desde el principio, y sus verdaderas vidas habían comenzado una vez que su enemigo había reconocido su habilidad y carácter. En cualquier caso, las fuerzas de la alianza estaban luchando loablemente. Basándose en elementos estratégicos como la fuerza armada y la capacidad de sus comandantes de primera línea, las fuerzas imperiales deberían haber tenido la ventaja desde el principio, pero Bucock había debilitado hábilmente su potencial de combate y utilizó bien su entorno, compensando la diferencia en números.

“Entonces, las Fuerzas Armadas de la Alianza nos van a mostrar un buen momento, ¿verdad?”

Reinhard los elogió, como si estuviera cantando un verso de una mentira. Aunque confiaba en que su victoria sería completa, las tácticas intrincadas siempre lo complacían, incluso cuando fueron ejecutadas por el enemigo.

Von Reuentahl sonrió, aunque solo por un momento. Si bien él también había sentido un placer irónico al ver a la valiente y poderosa Armada Imperial peleando una batalla cuesta arriba contra una fuerza enemiga débil, era su deber como el oficial de personal superior del Káiser calcular el momento adecuado para cometer refuerzos y apoderarse control sobre todo el espacio de batalla. Y aunque había decidido usar la flota de von Eisenach para ese propósito, elegir el momento perfecto para enviarlos no fue una

tarea fácil en una lucha caótica y muy parecida como esta.

IV

Era 1540. La flota de Fahrenheit, que había dado la vuelta con éxito a la entrada trasera del túnel, disparó su primera descarga de cañones en la parte trasera de la alianza. El fuego concentrado se dirigió hacia los confines del corredor, pero la descarga de la alianza fue inesperadamente intensa. Fahrenheit intentó entrar por la fuerza bruta una vez, pero a las 1615, detuvo a sus subordinados, que estaban a punto de inundar la entrada del estrecho corredor, y comenzó a tirar de ellos hacia atrás. Ningún ojo mediocre para las tácticas podría haber logrado lo que Fahrenheit acababa de hacer. Al predecir que las fuerzas de la alianza estaban a punto de hacer una carga inversa masiva contra ellos, había retirado sus propias fuerzas para eliminar al enemigo con un ataque en blanco en el momento en que lo atacaron.

Hasta ese punto, las cosas salieron como Fahrenheit había esperado, y parecía que las fuerzas de la alianza iban a salir de la salida trasera del corredor para ser cortadas por sus fuerzas que esperaban. Pero a 1620, las fuerzas de la alianza que se habían escondido dispersas por todo el cinturón de asteroides se formaron en una sola flecha de luz y golpearon la flota de Fahrenheit en el extremo posterior de su flanco de babor. Al mando de esta operación estaba el almirante Ralph Carlsen, que había luchado valientemente el año anterior en la batalla de Rantemario. Su ataque obligó a Fahrenheit a retirarse reticente.

En el puente del buque insignia de la armada *Brünhild* , los famosos ojos negros y azules de Oskar von Reuentahl se estrecharon ligeramente. Los profundos pensamientos de un maestro táctico corrían por su espacio interior a la velocidad de la luz.

No lo había estado esperando, pero había algo en las tácticas de la fuerza de

la alianza que no podían darse el lujo de tomar a la ligera. ¡Pensar que el enemigo había esperado que las fuerzas imperiales se desviaran hacia la parte posterior del corredor y establecieran una emboscada! Y luego, por supuesto, saldrían a la retaguardia de las fuerzas imperiales y…

“Von Reuentahl”.

“¿Su Alteza?”

“¿Qué piensa usted de esto? Von Knapfstein entró en el corredor planeando golpear a un enemigo en retirada, pero ahora…”

“Está bien que haya entrado — la pregunta ahora es si puede volver a salir”.

“¿Su razonamiento?”

“Si yo fuera el comandante enemigo, habría minado su interior para detener el avance de los enemigos invasores”.

“Estoy de acuerdo. Ahora que lo pienso, esa es una táctica que deberíamos haber usado “. La voz y la expresión de Reinhard transmitían no tanto una sensación de crisis como un resplandor que rebosaba de vida. Von Reuentahl lo miró y encontró su brillo deslumbrante.

“En el futuro, una táctica posible que podría ver usando al enemigo es ganar tiempo usando todas sus fuerzas en esta región estelar para confundir la batalla. Luego, durante la apertura que crean, una fuerza de reserva circularía alrededor de nuestra retaguardia. Dicho esto, no creo que la alianza tenga actualmente una fuerza de reserva tan enorme. E incluso si hicieron un círculo en nuestra parte trasera…”

La retaguardia de las fuerzas imperiales estaba dirigida por el “Muro de Hierro”, el almirante mayor Neidhart Müller. Si una fuerza enemiga de igual tamaño — o incluso un 50 por ciento mayor — lo desafiara, no cabía duda de que podría mantener sus líneas durante mucho tiempo.

Las elegantes cejas de Reinhard se movieron ligeramente.

“¿Pero dónde está Yang Wen-li?”

Realmente parecía que, para el genio, no era una opción ignorar al mago. Von Reuentahl se sorprendió de lo que sintió en su propio corazón ante eso. De alguna manera, parecía que se sentía un poco celoso de Yang, de un almirante enemigo que podía apoderarse de la conciencia del káiser así, y no dejarlo ir.

“Incluso en el improbable caso de que el comandante de la fuerza de reserva sea Yang Wen-li, intentará dividirnos y cortarnos el camino de regreso, en lugar de atacarnos de frente, ¿no?”

“Es como tú dices”.

Reinhard asintió y su abundante cabello ondulado con ondas de oro. Yang Wen-li, un continente en el mundo de los hombres, fue un factor que la Armada Imperial siempre debe tener en cuenta al perfeccionar sus estrategias y ejecutar sus tácticas. Sin embargo, desde que había huido de Heinessen, su fuerza de fuerza había sido vista como extremadamente débil, y como no había habido alertas de emergencia de Steinmetz, esta vez la gente pensaba que era seguro descartarlo.

“En caso de que Yang Wen-li nos interrumpiera de nuestra ruta de regreso a Phezzan, sería simplemente una cuestión de continuar nuestro avance, aniquilar a los enemigos frente a nosotros, atacar a Heinessen y regresar al espacio imperial a través del Corredor Iserlohn. No habría nada que temer en absoluto”.

Era una espléndida expresión de espíritu, pero al mismo tiempo, el hecho de que Reinhard lo hubiera dicho significaba que todavía no sabía que Iserlohn había caído.

Luego, en 2010, la batalla mostró otro desarrollo intenso. En ese momento, la flota de naves de la alianza de Carlsen cargó en sentido horario hacia la retaguardia de las fuerzas imperiales. Neidhart Müller organizó toda su flota en una formación cóncava, y se preparó audazmente para interceptarlos. Al

mismo tiempo, Fahrenheit se movía en la parte trasera de Carlsen como un ave de rapiña con sus alas extendidas, pero cerrarse en la cola de Fahrenheit era la fuerza principal de Bucock. El anillo de doble — y triple — persecución y combate comenzaba a tomar forma.

Por esta razón, si von Knapfstein se hubiera aferrado firmemente a la cola de Bucock, la situación habría sido completamente favorable para las fuerzas imperiales, pero von Knapfstein había sufrido daños por un enjambre de minas de acción retardada que Bucock había dispersado en el corredor. Incluso ahora, todavía no había salido de allí.

Y así, Bucock, habiendo obtenido una zona segura para su retaguardia, giró el rumbo de su flota hacia el punto más bajo, y evitando la tontería de perseguir a Fahrenheit, se deslizó bajo la poderosa formación de Müller e intentó atacar el cuartel general de comando de Reinhard.

“¡Vamos! ¡Defiende el káiser!”

Al darse cuenta del peligro, Müller lanzó el 30 por ciento de sus fuerzas contra la flota de Bucock, todo el tiempo que soportó un ataque fulminante de las fuerzas de Carslen, que estaban claramente decididos a luchar hasta la muerte. El avance de Bucock se ralentizó, pero luego una parte de la flota de Carlsen atravesó una esquina de la fuerza numéricamente debilitada de Müller y también voló hacia la parte trasera del cuartel general de comando de Reinhard. Ante esto, von Reuentahl dio órdenes frías para su defensa, y un torrente de rayos de energía concentrada vaporizó las fuerzas de la alianza a quemarropa.

Las fuerzas de Carlsen fueron atrapadas en un ataque de pinza de proa a popa por sus valientes oponentes Müller y Fahrenheit, y fueron abatidas por espadas de energía ardiente y explosivos. Irónicamente, las fuerzas de Carlsen lograron evadir la aniquilación total solo porque las fuerzas imperiales, preocupadas de que a tan corta distancia se dispararan entre sí, habían frenado su feroz ataque.

A las 2118, la gran flota del almirante mayor von Eisenach dio un gran rodeo alrededor del espacio de batalla y apareció en la cola de Bucock,

enviando lluvias monzónicas de rayos y misiles contra él. En medio de esas luces pulsantes, las naves de la flota de la alianza se estaban reduciendo a sus moléculas componentes una tras otra.

El asalto de Von Eisenach fue extremadamente efectivo, y parecía que las fuerzas de la alianza estaban a punto de encontrar el mismo fin que un cordero tragado por detrás y digerido por una pitón.

Era 2200. El viento solar cambió repentinamente una vez más, y en los pozos caóticos de las energías naturales y artificiales, se formó un vórtice en el extremo delantero del flanco de babor de von Eisenach, interrumpiendo sus ordenadas filas de naves de guerra. Mientras el comandante intentaba reorganizar la formación, Bucock, utilizando una poderosa formación de conos, pasó junto al campo de exterminio donde Müller, Fahrenheit y Carlsen todavía estaban luchando, y volvió a atacar el cuartel general de comando de Reinhard.

"¡Ese viejo es *bueno* !", Dijo Mittermeier, maravillado, incluso cuando clavó una lanza afilada en el flanco de Bucock y, con tres sucesivas ráfagas de cañones, abrió un agujero en su formación, hundió su propio tren de naves de guerra en él, y comenzó a romperlo por todos lados.

Como Siegbert Seidlitz, capitán de la nave insignia *Brünhild*, fue quien asumió la mayor responsabilidad por el funcionamiento de este "cuartel general imperial móvil", ocupó el rango de comodoro, aunque solo como una formalidad. Era el único miembro del almirantazgo en toda la Armada Imperial que comandaba una sola nave. Después de que el primer hombre en capitanear esta nave, Karl Robert Steinmetz, se hizo almirante completo y se transfirió a un distrito estelar fronterizo, Reuschner y Niemeller lograron el puesto uno tras otro, pero sus períodos como capitán habían sido breves. Seidlitz había mandado a la nave insignia de Reinhard el más largo de todos. Tenía treinta y un años y, desde su cabello rojo ladrillo (con algunos mechones grises) hasta las puntas de sus botas, era lo que podría llamarse un espaciador de "raza pura". El hecho de que "durante seis generaciones, ningún jefe de la familia Seidlitz haya muerto con los pies en

el suelo” fue un motivo de orgullo para él, y tuvo un efecto abrumador en la confianza que la tripulación depositó en él. Lo único sobre él que sus subordinados encontraban irritante era el hecho de que cada vez que este joven oficial normalmente solemne se emborrachaba, estaba seguro de comenzar a cantar una canción en particular. La raza humana había escrito innumerables millones de canciones, así que de todas ellas, ¿por qué le encantaba cantar una canción sombría como “El Espacio es Nuestro Sepulcro, Nuestra nave es nuestro ataúd”?

Aunque esto se dijo de él, el “vástago de séptima generación de la familia Seidlitz” poseía habilidades casi perfectas como capitán de *Brünhild* , la joya de la Armada Imperial, y había satisfecho a Reinhard en cada campaña y cada batalla en la que había participado. Comparado con ese logro, sus deficiencias como cantante fueron de poca importancia.

Los alrededores de *Brünhild* se habían apoderado de grupos de bolas de fuego y esferas de luz que bailaban. Parecía como si una deidad inmensa hubiera volcado un joyero sobre una extensión de terciopelo negro. Gracias al hábil control de Seidlitz sobre la nave, *Brünhild* parecía estar sentado pacíficamente en medio de las gemas dispersas. Para Reinhard, había sido una experiencia desagradable ser llevado a una batalla tan confusa y difícil a pesar de la gran diferencia en la fuerza armadaa, pero esta canción también se acercaba a su final. *La ofensiva de las fuerzas de la alianza ha llegado a su punto final,* observó Reinhard. Ahora, incluso si sufrían espasmos con la última de sus fuerzas moribundas, las pequeñas explosiones de energía que aún podían manejar ya no eran suficientes para impulsarse hacia adelante. A las 2240, en el instante en que las líneas de batalla extendidas de las fuerzas de la alianza parecían estar a punto de comenzar a contraerse, los labios de Reinhard — formados con el propósito de comandar flotas masivas — dieron órdenes y, junto con la señal de Seidlitz, el acorazado *Brünhild* empujó una Jabalina plateada blanca de energía brillante en las filas de las fuerzas de la alianza. Casi simultáneamente, un operador de comunicaciones emitió un extraño grito y luego, sonrojándose cuando el Capitán Seidlitz lo fulminó con la mirada, dio su informe: la flota de Schwarz Lanzenreiter acababa de llegar al espacio de batalla.

V

“¿Es eso así? Parece que las Lanceros Negros se han apresurado por el pánico”. Reinhard se echó a reír. Wittenfeld, que había perdido las comunicaciones con la flota principal y se había apresurado por delante aislado del resto de la fuerza, por fin había llegado a tiempo para la batalla. Después de recoger con éxito las transmisiones de Steinmetz, siguió a las fuerzas de la alianza que partieron de Heinessen, y de esa manera regresó a la fuerza principal. Cuando Fahrenheit confirmó la repentina aparición de un enorme enjambre de luces, se sorprendió momentáneamente al pensar que podría ser una fuerza enemiga de reserva. Sin prestar atención a la sorpresa de su colega, Wittenfeld había pasado a su lado y se dispuso a patear y dispersar las filas de las fuerzas de la alianza, de aspecto agotado.

“No carguen allí como jabalíes, caballeros”, advirtió el jefe de personal del káiser, el mariscal imperial von Reuentahl, a través del canal de comunicaciones con un toque de ironía. “El comandante del enemigo es un hombre experimentado y talentoso. Él podría estar preparando algún truco que ni siquiera puedes imaginar”.

Aunque leve, sintió la necesidad de decir: *¿Planeas alardear de tus logros personales después de llegar al espacio de batalla en un momento como este?*

Reinhard, sin embargo, se echó hacia atrás su brillante cabello dorado y habló por su feroz comandante, aunque con una sonrisa irónica:

“Déjalo ser. Si Wittenfeld tuviera un exceso de prudencia, terminaría minando la fuerza del Schwarz Lanzenreiter”.

Von Reuentahl asintió con la cabeza. El káiser tenía razón, así que todo lo que pudo hacer fue reconocerlo con una sonrisa irónica. Cargar como

jabalíes era, después de todo, en lo que los Lanceros eran buenos.

El propio Wittenfeld tenía una razón para defender. Como comandante de la flota, había probado la derrota absoluta solo una vez: en el año 487 del antiguo Calendario Imperial, cuando en la Batalla de Amritsar se había rendido ante el contraataque de Yang Wen-li. Su derrota había sido uno de los primeros frutos de la táctica de disparo de punto concentrado que se había convertido en la especialidad de Yang y la Flota Yang, y durante los últimos tres años, desde que experimentó esa humillación, el Lanwarreiter Schwarz había continuado, en cada espacio de batalla, para dar golpes al enemigo que había excedido el daño que recibieron. Para las fuerzas confederadas de los altos nobles y también para los militares de la Alianza de Planetas Libres, un enjambre de temibles de naves de guerra pintados de negro era un objeto de asombro.

Y ahora, Wittenfeld golpeó a las fuerzas de la alianza con todo su espíritu, cortándolas constantemente en una tormenta de cañones. Las motas de luz consumieron motas de luz, mientras el dominio de un dios oscuro se extendía por el espacio de batalla. En lo que originalmente había sido una pelea entre individuos, las fuerzas de la alianza no eran rival para el Schwarz Lanzenreiter, y ahora, con sus energías agotadas, fueron destruidas sin siquiera poder resistir.

A las 2310, Bucock recibió la noticia de que Carlsen había muerto en la batalla. Para entonces, la flota de la alianza ya había perdido el 80 por ciento de su fuerza. La destrucción y la matanza se convirtieron en un asunto unidireccional, e incluso las naves que no tenían rival en términos de valentía vieron a los ganadores y perdedores como si estuvieran completamente decididos, y comenzaron a buscar algunos medios de escape. Sin embargo, el cuartel general de comando de la alianza aún no se había desmoronado. Unos cientos de naves que rodean a la nave insignia continuaron librando una batalla de resistencia, creando un camino estrecho de retirada por el bien de sus aliados.

“Son duros, como el espíritu de ese viejo”.

Adivinando el humor de Reinhard a partir de sus palabras murmuradas,

Hilda sugirió aconsejarles que se rindieran una vez más. Sin embargo, el joven conquistador sacudió la cabeza, haciendo que su brillante cabello dorado se agitara de un lado a otro.

“Un esfuerzo perdido. Ese viejo solo se reiría de mí por apegarse demasiado. En primer lugar, ¿qué necesidad tengo yo como vencedor para lograr el favor del perdedor?”

El káiser no parecía disgustado, pero sus palabras parecían teñidas de alguna manera con el orgullo de un niño herido. Hilda una vez más suplicó la indulgencia del káiser, diciendo que extender la mano a un enemigo derrotado mostraba la habilidad de un vencedor; era el enemigo vencido quien no podía aceptar quien era de mente pequeña. Reinhard asintió y, aunque no aconsejó rendirse, sí tuvo un representante que lo hizo por él.

Eran las 2330.

“¡Al comandante enemigo!”

La voz del Mariscal Imperial Mittermeier, comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial, llegó a la señal de comunicación.

“Para el comandante enemigo: nuestras fuerzas te envuelven completamente y ya has perdido tu camino de retirada. Más resistencia no tiene sentido. Ponga en marcha sus motores y retírese ahora. Su Alteza Káiser Reinhard recompensará sus valientes esfuerzos en la batalla al tratarte con generosidad. Lo diré una vez más: retírense ahora”.

Como no esperaba respuesta, Mittermeier se sorprendió un poco cuando un operador de comunicaciones informó una respuesta de las fuerzas de la alianza. En cualquier caso, lo hizo remandar hasta la nave insignia *Brünhild* . El viejo almirante que apareció en la pantalla tenía una tez plomiza debido al agotamiento, pero sus ojos tenían una vitalidad tranquila pero abundante. La mano con la que saludó al apuesto joven conquistador ni siquiera tembló.

“Su Alteza, Káiser Reinhard, pienso muy bien en su talento y habilidad. Si

tuviera un nieto, me gustaría que fuera alguien como tú. Dicho eso, nunca seré tu vasallo”.

Bucock miró a un lado, donde su jefe general de personal, con la cabeza envuelta al azar en vendas teñidas de sangre, sostenía una botella de whisky y dos vasos de papel. El anciano mariscal mostró una sonrisa, luego se volvió hacia la pantalla.

“Yang Wen-li, del mismo modo, sería tu amigo, pero tampoco será tu vasallo. Él no está aquí para responder por eso, pero estoy lo suficientemente seguro como para garantizarlo”. Reinhard miró, sin decir una palabra, mientras la mano extendida de Bucock tomaba un vaso de papel.

“La razón es, si puedo hablar con tanta arrogancia, que la democracia es un modo de pensamiento que hace amigos iguales —no uno que hace amos y sirvientes”.

El anciano mariscal hizo un gesto hacia la pantalla, como haciendo un brindis.

“Quiero buenos amigos, y quiero ser un buen amigo para alguien más. Pero no creo que quiera un buen señor o buenos vasallos. Es por eso que usted y yo no pudimos seguir la misma bandera. Le agradezco su cortesía, pero ya no necesita estos huesos viejos”.

El vaso de papel se inclinó dónde estaba la boca del viejo.

“¡A la democracia!”

Su jefe general de personal se hizo eco del sentimiento. Con la destrucción y la muerte justo delante de sus ojos, parecía sin miedo, e incluso indiferente, aunque una expresión bastante tímida había aparecido en el rostro del anciano. Parecía decir que predicar sermones generalmente no era su estilo.

Su cortesía rechazada, sin embargo, no había ira en el corazón de Reinhard.

Si hubiera existido un poco, habría sido abrumado por una emoción de un tipo diferente. En silencio, pero generosamente, estaba absorbiendo el continente de su espíritu. Cuando se llegó a esto, una muerte sobresaliente fue la consecuencia de una vida sobresaliente, y Reinhard no creía que fuera posible existir de forma aislada. ¿Y Siegfried Kircheis, el amigo a quien le debía la vida, no había sido igual? Reinhard envolvió su palma alrededor del colgante de plata que colgaba de su pecho.

El mariscal imperial Oskar von Reuentahl, secretario general del cuartel general del comando militar imperial, dirigió el brillo de sus ojos negros y azules al perfil del guapo káiser. Respondiendo a eso, Reinhard levantó la cara y miró directamente a la pantalla. Junto con su asentimiento, fragmentos de hielo parecieron dispararse de sus ojos, perforando a la nave insignia de las fuerzas de la alianza. Von Reuentahl levantó una mano y luego la bajó.

Una bola de fuego explotó en medio de la pantalla. Más de una docena de rayos, enfocados en ese recipiente solitario, habían sido disparados. En ese instante, las Fuerzas Armadas de la Alianza de Planetas Libres, que habían alardeado de una historia de dos siglos, se extinguieron, junto con su último comandante en jefe y jefe general de personal. “¿Qué entiende un extraño…”, se dijo Reinhard, su belleza semidiós iluminada por la luz pulsante. Incluso en su bajo murmullo, había una vaga nota de horror en su voz. En su propia vida, no solo habían sido vasallos lo que había estado buscando al principio. Un amigo, su propia otra mitad, con quien compartir sueños más vastos que el espacio mismo, y acompañarlo en el camino hacia su realización, eso era lo que había estado buscando primero. Durante un tiempo, esa solicitud había sido concedida, pero después de que se hizo añicos, Reinhard tuvo que soportar sus sueños solo. Había tenido que caminar solo. Las palabras del anciano no habían dejado una impresión en Reinhard tan grande como la de su firme determinación. Extendió la mano y, de acuerdo con su autoridad legítima, el viejo la rechazó. Eso fue todo.

Eran las 2345 del mismo día. El mariscal Wolfgang von Mittermeier, comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial Galáctica, transmitió las órdenes del Káiser Reinhard a toda la flota: “Al pasar por el espacio de batalla durante nuestra partida, todas las manos deben estar atentas al

comandante enemigo y saludarlo.”

No hubo necesidad de confirmar que la orden se llevó a cabo. Parecía poco probable que Reinhard olvidara pronto la figura del anciano mariscal del enemigo que había muerto sin cesar, e incluso resuelto. Debe haber desaparecido en medio de la luz y el calor, todavía intercambiando brindis con el jefe de personal a este lado.

“Mariscal von Reuentahl…”

“¿Si su Alteza?”

“Parece que en el futuro cercano, una vez más estaré conversando de esta manera con un almirante enemigo”.

No había necesidad de preguntar al sustantivo apropiado de quien hablaba.

“Sí, su alteza…” respondió von Reuentahl. Cuando Reinhard salió del puente para regresar a su habitación privada, los ojos de von Reuentahl lo siguieron, con una mirada que carecía de simplicidad.

¿Debo colocar a Yang Wen-li bajo mi mando, o verlo solo como un enemigo para luchar y destruir? Sería difícil afirmar que las cuerdas del corazón de Reinhard se estiraron en línea recta para llegar a una conclusión.

Aunque la charla de Reinhard sobre señor y vasallo había sido claramente rechazada en la reunión que siguió a la Guerra de Vermillion el año pasado, se creía que la codicia de Reinhard por reunir individuos talentosos todavía estaba inclinada a agregar a un gran pensador del almirantazgo de las Fuerzas Armadas de la Alianza en su colección de talento. ¿Esto también califica como el vencedor que se gana el favor de los vencidos?

No, no es así, pensó Reinhard. Quería hacer que Yang Wen-li doblara la rodilla hacia él y jurara su lealtad. También pensó que si ese era el resultado, podría decepcionarse y perder interés, pero aun así, era una pena

que alguien que estaba conquistando el universo entero fuera incapaz de conquistar a un hombre.

Cuando Reinhard entró en sus habitaciones privadas, su joven ayudante Emil von Selle vino trayendo café con crema. La emoción de la batalla había dejado su resplandor en sus ojos.

“Gracias a poder servir a Su Alteza, he podido viajar tan lejos y experimentar tantas cosas. Tendré mucho de qué presumir cada vez que vuelva a casa”.

“Al escucharte hablar de esa manera tan deliberadamente, parece que extrañas tu hogar. Si lo desea, puedo concederle que se vaya para que pueda volver a visitarlos”.

Bromeado por el gran señor joven a quien adoraba, no solo la cara, sino todo el cuerpo del futuro médico jefe del káiser se sonrojó.

“No podría preguntar eso. Dondequiera que vaya Su Alteza, iré contigo. Incluso a otra galaxia”.

Después de un momento de silencio, el joven káiser rió en voz alta con una voz que era como un martillo de diamantes que aplasta una campana de cristal. Acarició la cara del niño y luego le revolvió el pelo.

“Para un niño, tu actitud es demasiado generosa. Esta galaxia es suficiente para mí. Las otras nebulosas galácticas son las que puedes conquistar”.

De esta manera, la batalla del Mar Adetta llegó a su fin. Para las Fuerzas Armadas de la Alianza de Planetas Libres, esta fue su batalla final de la flota y su derrota final.

Tres horas después, el Káiser Reinhard recibió la noticia de que la Fortaleza Iserlohn había caído. Parecía que la historia misma no se contentaba con simplemente tratar de tragarse a sus actores en sus violentas corrientes; los estaba llevando hacia una cascada también. Parecía así también cuando

Yang Wen-li, inmediatamente después de llegar a la fortaleza de Iserlohn, recibió la desafortunada noticia del fallecimiento del mariscal Bucock.

CAPÍTULO 07: EL EDICTO DEL JARDÍN ROSA DE INVIERNO

I

LAS ALEGRÍAS INNUMERABLES SE TRANSFORMARON en innumerables desilusiones, y los brindis por la victoria se convirtieron en amargos borradores de derrota que fueron arrojados al suelo. Los zapatos del uniforme del kaiser transformaron todo el peso de su dueño en una furia que molió las astillas de su copa de vino destrozada en pedazos cada vez más pequeños, y dispersó granos de luz débilmente brillantes por el suelo.

A lo largo de muchos cientos de años luz de vacío, el almirante mayor Steinmetz estaba medio encogido ante una pantalla FTL que finalmente había sido eliminada de los efectos del bloqueo de alianzas. Cuando pensó en Lutz, de pie en el fondo con la cabeza gacha, y la reprimenda imperial que acababa de sufrir, no pudo evitar sentir lástima por él. El año pasado, había sido el propio Steinmetz quien había estado sentado en la silla del perdedor, y también había sido víctima de los astutos trucos de Yang Wenli. El arrepentimiento de Lutz no fue simplemente “el problema de otra persona”. Reinhard, después de haber difundido una parte de su ira en la copa de vino, había logrado escuchar el informe de Lutz hasta el final sin gritar. Lutz, con una palidez que se filtraba incluso en su voz, describió la escena de la derrota y se disculpó.

Detrás de Reinhard, que estaba frente a la pantalla de comunicación, Mittermeier dijo con una mezcla de enojo y asco: “Una vez más, ese hombre nos ha engañado”. Von Reuentahl estuvo de acuerdo, aunque se

refirió no solo a la derrota táctica de tener Iserlohn les robó. El difunto mariscal Bucock y Yang habían dividido sus roles en una difícil operación coordinada, con el primero sacrificándose para obstaculizar la fuerza principal del káiser, y el último recapturando a Iserlohn. No se trataba simplemente de que Yang derrotara a Lutz como individuos; si lo que sospechaba era cierto, ¿no había Yang— por sí solo— forzado a toda la Armada Imperial a beber un vino amargo del cáliz de la derrota?

Por supuesto, esto fue una sobreestimación a la que se llegó trabajando hacia atrás desde el resultado, pero Reinhard tenía la misma sospecha que los dos. Por un momento, una sensación de derrota negra y cenicienta se volvió tan intensa que la parte media de su campo de visión se oscureció. Fue su secretaria en jefe, Hilda, quien hizo el caso de que estaba pensando demasiado en esto.

“Esto no es más que el resultado de dos operaciones en solitario mutuamente aisladas que ocurren una al lado de la otra. Si hubiera sido una operación coordinada, Bucock habría asumido el deber de tomar Iserlohn, mientras que el propio Yang Wen-li habría salido a enfrentar a Su Majestad. Si los planes ya estaban establecidos para la captura de Iserlohn, podrían haber sido ejecutados incluso sin la presencia de Yang. Pero cuando se trataba de luchar con Su Majestad, el propio Yang habría tenido que haber estado aquí. Ahora, el mariscal Bucock no ha logrado más que una muerte en el espacio de batalla. Esto debe ser una pérdida difícil para Yang. Sacrificar a Bucock mientras asegura su propia victoria corre contra el tipo de persona que es Yang, y si se supiera ampliamente que había hecho algo así, podría perder la confianza que la gente deposita en él. No creo que Yang adopte ese tipo de plan tonto…”

“Entiendo”, dijo Reinhard. “Probablemente estés en lo correcto”.

Aunque aceptó la opinión de Hilda, la noticia de la pérdida de Iserlohn todavía era una amarga píldora para tragar. Reinhard decidió no juzgar a Lutz hasta después de que su furia había disminuido, y le ordenó que no abandonara sus habitaciones por el momento.

El mariscal imperial Oskar von Reuentahl, secretario general del Cuartel

General del Comando Militar Imperial, estaba de pie detrás de Reinhard, en el abrazo del ángel del silencio. El apuesto joven káiser se volvió hacia él, con los dedos blancos peinando el brillante cabello dorado mientras decía: “Mariscal von Reuentahl, su éxito, lamentablemente, tuvo una vida útil de menos de un año”.

“Es muy desafortunado”, dijo von Reuentahl. Fue una breve respuesta, pero el famoso mariscal imperial heterocromático no había recogido sus pensamientos lo suficientemente bien como para formar una respuesta adecuada. Era un hecho que Lutz había jugado directamente en las manos de Yang Wen-li, pero ni el Káiser Reinhard ni von Reuentahl estaban completamente libres de culpa en el asunto. Reinhard resultó tener una visión demasiado clara del valor estratégico de la fortaleza de Iserlohn, y cuando von Reuentahl logró la hazaña monumental de recuperar la fortaleza el año pasado, no pudo ver a través del “malvado plan” de Yang.

“Pensé que probablemente estaba tramando algo, pero pensar que estaba haciendo preparaciones meticulosas con tanta anticipación…”

Kornelias Lutz había sido el vicecomandante de von Reuentahl cuando retomó la fortaleza. Tenía una personalidad estable y un talento sobresaliente para comandar operaciones— ¿no había tenido forma de enfrentarse a los esquemas visionarios y estrategias inteligentes de Yang Wen-li?

Conducido desde la fortaleza de Iserlohn, Kornelias Lutz también lideraba una fuerza de diez mil naves de varios tamaños, y si hubiera tenido la voluntad de hacerlo, podría haber lanzado un ataque feroz contra El Fácil y haberlo quemado todo en llamas infernales. Aún así, saquear un mundo esencialmente indefenso parecía una manera descortés de tomar represalias por la pérdida de Iserlohn, por lo que haciendo un esfuerzo por conservar su honor en medio de la derrota, se retiró y se dirigió al sistema Gandharva, donde estaba estacionado su colega Steinmetz. Si hubiera sabido que Yang Wen-li estaba en El Fácil, podría haber cambiado de opinión, pero Lutz creía que el mago de cabello negro había encabezado el ataque personalmente, como lo había hecho en todas sus batallas hasta ese momento. Lutz no estaba solo en eso; Reinhard y von Reuentahl pensaron

lo mismo.

Reinhard, por su parte, no tenía nada que decirle a Lutz en este momento. Era el último nombre en una lista creciente de los principales comandantes imperiales derrotados por el ingenio de Yang Wen-li desde el año anterior. Reinhard se fue para reorganizar sus emociones y se encerró en sus habitaciones privadas. Los almirantes reunidos se miraron el uno al otro, y naturalmente se levantaron.

“¿No son todos los grandes almirantes del imperio nada más que un papel de aluminio para Yang Wen-li?”

Al caminar por el pasillo, von Reuentahl expulsó esas palabras de su caja de voz con una mezcla de ironía y asco, y Mittermeier, insatisfecho, se revolvió el cabello rubio como la miel con una mano.

“Entonces, básicamente, no tenemos nada que temer en una campaña militar que abarca cien mil años luz, excepto el contenido del cráneo de Yang Wen-li. Si ese hombre tuviera la misma cantidad de tropas que nosotros— o más— entonces podría ser a él a quien el destino le estaba guiñando el ojo”.

Si alguien que no fuera Mittermeier hubiera dicho ese tipo de línea, habría sido denunciado como un cobarde, pero sabía tan bien como su señor cómo respetar a un enemigo, y en ese punto incluso lo superó.

Von Reuentahl respondió, diciendo que las suposiciones no tenían sentido, momento en el que una suposición diferente floreció en la mente del famoso almirante heterocromático.

“Si Siegfried Kircheis estuviera vivo, podríamos no haber perdido a Iserlohn así”. Si Siegfried Kircheis hubiera estado todavía entre los vivos, entonces él, actuando como el alter ego de Reinhard, habría aplicado sus notables talentos y habilidades para comandar una fuerza masiva que podría que era probable que cercara a Yang Wen-li por todos lados en algún rincón distante del espacio. Por lo menos, la tormenta de viento militar llamada Yang Wen-li seguramente habría experimentado una caída en la velocidad y

la presión. O tal vez, si Kircheis hubiera estado viviendo, habría aplicado su incomparable imparcialidad y claridad de pensamiento a los deberes del alto comisionado— deberes demasiado pesados para Helmut Lennenkamp — y habría fomentado la confianza y la integridad en el gobierno de los Planetas Libres, en lugar del pánico y desesperación. O, de nuevo, podría haber ocupado el puesto de ministro de asuntos militares, permitiendo que Káiser Reinhard emprendiera su campaña personal sin ansiedad por el futuro, y disipando la desconfianza y la insatisfacción de los almirantes con el actual Ministerio de Asuntos Militares antes de que lo hubiera hecho. Alguna vez ha comenzado.

“Está bien. Si Kircheis estuviera vivo, tampoco habríamos tenido a ese tipo de von Oberstein de aspecto petulante enseñorearse de Asuntos Militares tampoco”.

Mittermeier habló como si ese fuera el punto que merecía mayor énfasis. Ambos mariscales imperiales sintieron que, en cualquier caso, era imperativo no perder ni un día en someter a Heinessen, para evitar que Yang Wen-li trabajara su juego de manos marcial junto con los desarrollos políticos en curso. Reinhard, que compartió esta opinión, se estaba preparando para ordenar a toda la flota que renovara su rápido avance de inmediato, pero Hilda sacudió la cabeza y lo contuvo.

“Su Majestad, no hay necesidad de darse prisa. Si nos acercamos a Heinessen audazmente, eso solo ejercerá la presión suficiente para destruir el gobierno de los Planetas Libres”. Pareciendo olvidar por un momento su descontento por la pérdida de Iserlohn, Reinhard se volvió para mirar a la bella y condesa infantil, formando una expresión que parecía estar a una sorprendente distancia de convertirse en una pequeña sonrisa.

“¿Crees que el gobierno de los Planetas Libres está hecho de cáscaras de huevo, Fräulein?”

“Sí, y creo que se está formando una tormenta dentro de ese huevo. Lo más probable es que se destruyan con disputas internas. No valdrá la pena molestar con las manos de Su Majestad”.

“Heh—”

La pequeña risa de Reinhard terminó antes de que comenzara. Se sumió en sus pensamientos con una expresión bastante vaga, y luego, una vez decidido, dio órdenes de reanudar el avance. Audazmente, como Hilda había dicho, y sin ninguna prisa.

Karl Robert Steinmetz tenía tanta potencia de fuego a sus órdenes que podría haber reducido a Heinessen a cenizas con una sola palabra. La razón por la que no lo hizo — dedicándose a la disuasión, la observación y el deber de mejorar la base del imperio — era muy clara. El joven káiser de cabello dorado anhelaba pisar el suelo de Heinessen no como su invitado sino como su vencedor. Eso era lo que Steinmetz creía, y en términos de resultados, su juicio había sido sólido. También era necesario que Steinmetz actuara como guía para el káiser, por lo que con frecuencia transmitía a Reinhard la inteligencia recibida de Heinessen. Sin embargo, cuando se dirigían a febrero, una inteligencia impactante llegó de repente. Le informó de la rendición de la Alianza de Planetas Libres y de la muerte de João Lebello.

II

El registro no dice nada sobre lo que João Lebello, el Jefe de Estado final de la Alianza de Planetas Libres, estaba trabajando en su oficina el 2 de febrero de ese año. Lo que es seguro es que, independientemente de su ineficacia y falta de resultados, nunca intentó eludir sus deberes, incluso en el capítulo final de su vida.

La declaración de Káiser Reinhard, que había expuesto tanto la muerte de Lennenkamp como su causa, ahora había demostrado ser una herida fatal para la alianza. Siguiendo el razonamiento subjetivo de un gobierno de alianza que había ocultado desesperadamente esos hechos, esto era el equivalente a ser apuñalado en la espalda por un compañero en el crimen.

Sin embargo, no era como si hubieran abrazado alguna visión de lo que vino después del encubrimiento. Si Lebello hubiera sido un intrigante malvado, podría haberse aferrado implacablemente a su ficción, convirtiendo a Yang en un fugitivo despreciable, y echando la culpa de todo el caos hacia él.

Sin embargo, no había podido llevarlo tan lejos. Incluso si era por naturaleza un poco estrecho de mente, era un hombre que había recorrido el camino correcto, y después de la muerte de Lennenkamp, parecía que su magro talento para la "planificación flexible" se había agotado. Después, se había perdido en el estrecho rango de sus deberes. Cuando percibió las emanaciones de una horrible intención rodando sobre él, de repente levantó la cabeza, miró a su alrededor y percibió que estaba rodeado por un grupo armado que no podría haber estado en ese lugar. Su antiguo conocido en la multitud lo saludó con una voz bastante sin emociones. Era el almirante Rockwell, director de la sede operativa conjunta.

"Director, ¿qué negocio te trae por aquí? No recuerdo haber llamado a todos ustedes".

"No podría importarnos menos sus recuerdos, Presidente. El problema aquí es lo que necesitamos".

Aunque el almirante Rockwell podría haber estado plagado una vez por la inquietud y la indecisión, ahora parecía listo para rodar hacia adelante, aplastando su propio sentido de vergüenza bajo sus ruedas. Se aplicó un archivo a las emociones apagadas de Lebello y, de repente, se dio cuenta de en qué tipo de situación se encontraba.

"Usted… tiene la intención de matarme, ¿no?"

Rockwell no respondió.

El silencio era otra forma de decir que sí. Lebello exhaló un suspiro bastante apático, cruzó los brazos y examinó a este grupo de oficiales, para obligarlo a que le enviara un boleto a algún lugar que no estuviera por encima del suelo.

“¿Puedo escuchar sus razones?”

“No podemos confiar en usted”.

“¿Qué quiere decir?”

“Si la Armada Imperial exigiera la cabeza de Yang Wen-li, la entregarías de inmediato. Si vinieran exigiendo la mía, tú harías lo mismo. Esto no es más que un medio de autoconservación. No quiero tu poder”.

“No tienen necesidad de defenderse. La Armada Imperial nunca vendrá por sus cabezas. Después de todo, ninguno de ustedes es Yang Wen-li”.

Este punto calmado fue como un rocío nocivo que hirió las caras de los oficiales.

“Tú eras el único”, dijo Rockwell, “quien me enseñó cómo hacer las cosas de esta manera, Excelencia. ¿No intentó el Mariscal Yang defenderse cuando le hizo un cordero sacrificado? Conocer su fin aquí, ahora, así, es lo que ellos llaman ‘cosechar lo que siembra’. Culpe a su propia estupidez”.

Nueva vida brotó en los ojos de Lebello. Parecía que todo su cuerpo debilitado había recibido una infusión de la energía que provenía del intelecto y la voluntad. Se sentó derecho y enfrentó a los oficiales, luciendo libre de todo miedo.

“Entiendo. ¿Entonces estoy cosechando lo que he sembrado? Tal vez lo estoy, pero justificar mi muerte no es lo mismo que justificar sus acciones. Mi conciencia y su conciencia también recibieron diferentes cargas para soportar. Pero eso está bien. Dispárame y compra tu seguridad”.

¿No había nadie para sentir lástima por la conciencia de Lebello y su sentido de responsabilidad sin recompensa? ¿Quién en los momentos anteriores a su muerte le otorgaría la gracia que fuera posible para él? En ese momento, la delgada figura del presidente del Consejo Superior no llevaba una sola arma, y sin embargo intimidaba a los asesinos. El almirante

Rockwell sintió que los disturbios se elevaban como un espejismo de las figuras que lo rodeaban. También se estaba levantando de él — su espíritu sublimándose, robándole energía a su cuerpo, sintiendo que no dejaría nada más que arrepentimiento y derrota. Después de un esfuerzo no menor, abrió la boca, luego la cerró nuevamente. Cuando sus pensamientos dispersos se volvieron a enfocar, vio el cuerpo de Lebello, atravesado por numerosas vigas, deslizándose de su silla al suelo.

Reinhard no dijo nada al recibir el informe; en cualquier caso, esto se llamaría una rendición sin sangre. Reinhard ordenó a la armada que se dirigiera directamente hacia Heinessen, y allí fue recibido por Steinmetz, que ya había desplegado su flota en órbita alrededor del planeta. Una fuerza imperial de cien mil naves vigilaba a la nave insignia de la armada *Brunhild* , protegiéndolo mientras descendía.

El 9 de febrero, 800 SE / 2 NIC, Reinhard von Lohengramm se convirtió en el primer Emperador Galáctico en pisar el Planeta Heinessen.

Después de llegar al puerto espacial, Reinhard, protegido por cuatro divisiones de tropas blindadas bajo el mando de Steinmetz, fue al Cementerio Nacional donde el cuerpo de João Lebello yacía en el estado. La visita en sí fue breve, y el káiser no ofreció nada como una opinión, pero Steinmetz fue nombrado presidente del consejo con motivo del funeral de Lebello.

“La desgracia de João Lebello no fue que se convirtió en jefe de estado en el peor momento posible — sino que se convirtió en jefe de estado. Mientras que Lebello podía creer en ficciones creadas por otros — en la inviolabilidad del régimen democrático, por ejemplo — simplemente no fue bendecido con las cualidades, el carisma, para decirlo sin rodeos — necesarias para construir una ficción propia.”

Tales evaluaciones existen, pero dejando de lado el veredicto de la historia, Reinhard, como vencedor, mantuvo el decoro perfecto hacia este viejo enemigo. O para darle un giro más cínico, mantener el decoro no causaría

problemas de ningún tipo, aunque la situación es la que era, no hay necesidad de inferir ningún exceso de emoción por su parte.

Después de abandonar el cementerio, Reinhard transmitió breves órdenes a von Reuentahl, Mittermeier y Müller desde el automóvil que compartía con Hilda.

El Goldenlöwe, el estandarte del león dorado de von Lohengramm, crujía desde el puesto elevado donde una vez había ondeado la bandera de la antigua Alianza de Planetas Libres. Ese día, el planeta Heinessen tenía cielos despejados sobre su distrito gubernamental y municipal de oficinas, pero con un viento fuerte y frío acariciando sus pieles, los espectadores se encogieron del aire frío y se inquietaron mientras veían pasar la procesión del joven conquistador. Las filas de soldados armados dividieron a los vencedores de los vencidos, y de vez en cuando, los ojos de los ciudadanos podían ver la belleza divina del apuesto conquistador. Cuando eso sucedió, las mujeres en particular tendieron a olvidar por un momento el frío y la inquietud. Por supuesto, esa fue una reacción mayormente superficial, tan diferente a la adoración de los soldados que lo habían seguido de batalla en batalla en esta campaña que ni siquiera se registraron. Si definimos a un héroe como alguien al que muchas personas irían con gusto a la tierra de los muertos para satisfacer su avaricia o los ideales de su razonamiento subjetivo, entonces Reinhard fue ciertamente un héroe. Valhalla estallaba en las costuras ya con hombres muertos que habían perecido por él — y su bloque residencial probablemente requeriría aún más expansión.

El vehículo terrestre se detuvo. Parecía que algún tipo de problema había estallado entre la multitud. Se acercó un automóvil blindado de la Armada Imperial, y un oficial de alto rango, con su cuerpo alto y musculoso envuelto en un uniforme negro y plateado, salió y se inclinó sobre sus rodillas junto al vehículo terrestre de Reinhard. Junto con Steinmetz estaba el almirante mayor Wittenfeld, comandante del Schwarz Lanzenreiter, a quien Reinhard había delegado la responsabilidad de la seguridad metropolitana.

“Para el Schwarz Lanzenreiter, no hay retirada”.

Esa jactancia fortaleció su fe, y esa fe produjo resultados. Bajo la antigua dinastía, Wittenfeld se había elevado al almirantazgo a pesar de su nacimiento no aristocrático, y fue su fe y sus resultados lo que lo llevaron a ser descubierto por Reinhard. Tenía lo necesario para ser considerado altamente por el joven conquistador.

Se dice que las tropas débiles no existen al servicio de un general feroz. En el caso de Schwarz Lanzenreiter, ese fue un hecho incontrovertible. Cuando su comandante cargó hacia adelante mientras estaba de pie a la cabeza de toda la flota, sus subordinados se convirtieron en una corriente fangosa de acero que lo seguía, exhibiendo continuamente un poder destructivo incomparable.

Fritz Josef Wittenfeld tenía la misma edad que Yang Wen-li y Oskar von Reuentahl; cumpliría treinta y tres años en 800 SE / 2 NIC. Otros sintieron que todo su ser podía resumirse en una sola palabra: "feroz". El hombre mismo, lejos de negar esto, en realidad estaba usando esa palabra con jactancia. Su audacia, sus rígidas tácticas de flecha recta y las hazañas del espacio de batalla que había logrado hasta ahora ciertamente respaldaron su reputación de ferocidad. Sin embargo, después de la Batalla de Rantemario, hizo una evaluación de las mayores hazañas realizadas entre sus subordinados, y el informe que le envió a Reinhard no hablaba de héroes que cortaban al enemigo como hierba, sino de las tripulaciones de las naves médicas que trataban soldados heridos en medio de feroces combates, realizando audaces rescates y transportando a los heridos a la retaguardia de la flota.

Reinhard se sorprendió, y francamente se movió, y dio recompensas generosas no solo a las tripulaciones de las naves médicas en la flota de Wittenfeld, sino también a los de toda la armada.

"Ese Wittenfeld… me pregunto si está haciendo una obra a favor de Su Majestad".

"Incluso si lo es, no es malo reevaluar los logros de las naves médicas".

"Ciertamente tienes razón en eso. Incluso si estaba pidiendo favores, fue

muy astuto de su parte solo pensar en eso…”

En ese momento, von Reuentahl y Mittermeier reconocieron con una sonrisa irónica este lado inesperado de su colega.

Ese mismo Wittenfeld ahora estaba arrodillado formalmente al lado del vehículo terrestre detenido. Hilda miró a Reinhard a los ojos y luego abrió la puerta del coche. El temible almirante de cabello anaranjado saludó, vistiendo una capa de tensión sobre su uniforme.

“Mis disculpas por el disturbio, Su Majestad. Sea amable y perdone el error de su vasallo”.

El apuesto joven káiser no tenía interés en el uso del lenguaje cortés. Claramente quería solo que le contaran lo que había sucedido.

“Sí, había un ideólogo republicano en la multitud, que intentó tomar medidas escandalosas contra la vida de Su Majestad…”

Pensé que todos en esta multitud eran idealistas republicanos, reflexionó Reinhard, aunque no lo dijo en voz alta.

“¿Y el perpetrador? ¿Fue arrestado?”

“Cuando lo rodeamos, se suicidó en el acto con una pistola. No es que incluso la muerte pueda excusar el grave delito de intento de regicidio. Confirmaré su identidad lo más rápido posible y tomaré las medidas apropiadas”.

Las cejas bien formadas de Reinhard, tan bonitas como pintadas con el pincel de un artista, formaron un arco de disgusto.

“No haga nada innecesario o no rentable. Suelta el cuerpo a su familia. Y para dejarlo doblemente claro: no dañen a su familia”.

“Si su Majestad…”

“¿No te importa eso? Aprecio tu lealtad, pero demasiado de ese tipo de cosas me convertirá en otro Rudolf”.

Con esa sola palabra, el almirante feroz y de cabello anaranjado entendió perfectamente la intención de su señor, e inclinó la cabeza con la mayor humildad. El nombre de Rudolf fue vilipendiado no solo por el propio Reinhard, sino también por sus vasallos.

La puerta estaba cerrada, ya que el vehículo terrestre comenzó a moverse nuevamente. Reinhard se recostó en su asiento, se hundió en el bosque de sus propios pensamientos profundos y cerró los ojos. Durante algún tiempo después, Hilda miró las sombras que sus largas pestañas proyectaban sobre su pálida piel blanca.

III

La generosidad de Reinhard hacia los viejos enemigos no se produjo sin algunos principios rectores. Su último deber oficial para ese día fue una entrevista con los asesinos de João Lebello. Como los otros almirantes estaban atendiendo los deberes de seguridad municipales y el control de varias instalaciones, el único oficial militar de alto rango que lo acompañaba era el almirante mayor Adalbert Fahrenheit.

Desde el comienzo de la entrevista de Reinhard con los asesinos, no hizo ningún esfuerzo por ocultar su desprecio por ellos. Arrogantemente, cruzó sus largas piernas y, mirando hacia el almirante torpemente arrodillado y sus diez oficiales rebeldes, habló con una voz mucho más fría que cero grados.

“Mi tiempo es demasiado valioso como para desperdiciarlo para ustedes. Te haré una pregunta: ¿cuándo lo hicieron, de qué estabas avergonzado?”

El almirante Rockwell apenas logró levantar la cara hacia el joven conquistador, pero resistir su mirada azul hielo no fue tarea fácil. Su expresión estaba en algún lugar entre conmoción y terror.

“¿Estás diciendo que nos falta vergüenza, Su Majestad?”

“Si sonaba de otra manera, mi fraseología era pobre”.

“Incluso el almirante Fahrenheit, que está a su lado, fue una vez un almirante en las fuerzas confederadas de los aristócratas. Pero ahora, ha cambiado sus objetivos y sirve a Su Majestad. Siendo ese el caso, creo que usted también deberías poder tratarnos con generosidad”.

Reinhard rasgueó un arpa de hielo con su fría sonrisa.

“¿Escuchaste eso, Fahrenheit? Estos hombres dicen que son iguales a usted”. Después de un momento, Fahrenheit dijo: “Estoy verdaderamente honrado”.

Mientras miraba directamente a los conspiradores entregados, un vapor colérico flotaba en los ojos color aguamarina de ese almirante, famoso por su dinastía en dos dinastías. Como oficial de la confederación de los nobles boyardos, había hecho todo lo posible, e incluso después de perder la fe en su miope e incompetente líder el Duque von Braunschweig, nunca había soñado con venderlo a sus enemigos. No había palabras para el asco que sentía al hacer que los asesinos de Lebello se equipararan con él. Al mirarlo a la cara, Reinhard asintió.

“Muy bien, Fahrenheit— siento exactamente lo mismo. Sé cómo eres reacio al derramamiento de sangre del campo de batalla, así que daré la orden especialmente para ti. Deseche estas sucias hienas de dos patas y desinfecte al menos una grieta de este universo”.

“¡Sí!”

Mientras el káiser seguía hablando, los asesinos entregados habían perdido

el color y se habían puesto de pie. Fahrenheit levantó una mano, y un círculo humano entró, creando una pared de uniformes alrededor de los once hombres.

Después de un momento de incredulidad silenciosa, el almirante Rockwell dijo: “¡Exijo protección legal!”

Pero el grito que soltó se desvió cuando Fahrenheit ladró: “No sé sobre su predecesor, pero la dinastía Lohengramm no tiene leyes que protejan a los traidores. Cesa tu súplica inútil”.

Los asesinos, marchados por Fahrenheit y los demás, se desvanecieron en la distancia, agitando el aire mientras avanzaban con una triple melodía de gritos, protestas y alegatos.

Cuando se fueron, Reinhard dijo: “Es tal como lo predijiste, Fräulein. Los que comen carne podrían juzgar a los demás con sus propios gustos”. Prácticamente escupió las palabras, colocando un dedo blanco contra sus dientes delanteros blancos. Hilda estaba a punto de vomitar por el asco por todo esto; Sin embargo, ella había salido y, después de una pequeña tos, murmuró palabras que podrían haber sido una evaluación o un autoexamen.

“Creo que las personas probablemente sean capaces de hacer cosas mucho más despreciables de lo que creen. En un mundo perfecto de paz y armonía, nunca tendríamos que descubrir ese lado de nosotros mismos, pero…”

Las cortinas azul hielo de los ojos de Reinhard se agitaron, y una pequeña parte de su frágil alma, envuelta en su piel gruesa y dura, tocó al aire libre. Reemplace la palabra “despreciable” con “tonto”, y él también se convirtió en un criminal mejor encerrado en el purgatorio. Él mismo lo sabía mejor que nadie.

Finalmente, sacudió su cabello dorado y dijo: “Si esos hombres eran lodos de alcantarilla, entonces ese viejo que murió en Mar Adetta era nieve recién caída”. Quizás decir que era un mecanismo de escape del que él mismo no estaba al tanto. Pero incluso si eso fuera cierto, no significaba que hubiera dicho ninguna falsedad.

“Es de las *cenizas* que renace el fénix. A medio cocinar, nunca puede recibir una nueva vida. El viejo lo sabía. Así que castigaré a esos hombres y les haré rogar su perdón en Valhalla”.

Con un movimiento elegante, Reinhard se volvió para enfrentar a su grupo de ayudantes.

“Trae una copa de vino blanco, ¿quieres, Emil?”

Su joven chambelán hizo una reverencia, y a una velocidad apenas tímida de una carrera a toda velocidad, se retiró brevemente de la presencia del káiser. Finalmente, regresó con un vaso de cristal lleno de un líquido casi transparente y se lo ofreció reverentemente a su maestro.

Sin embargo, Reinhard no había pedido vino para poder drenar el vaso él mismo. El joven káiser de cabello dorado tomó el vaso de cristal de la mano de Emil, giró su elegante figura directamente hacia una ventana y movió su elegante muñeca. Una cortina de vino blanco corría por el cristal de la ventana, empapando la vista de un patio medio envuelto en las palmeras del crepúsculo— esta era la ofrenda de Reinhard a los muertos.

Al día siguiente, salió una proclamación del káiser.

“Los muertos de guerra de las familias de las Fuerzas Armadas de la Alianza, así como los soldados enfermos o heridos— incluso aquellos que lucharon como enemigos contra la Armada Imperial— serán tratados con amabilidad. El tiempo del odio como motor de la historia ha terminado. Aquellos que no están satisfechos con su tratamiento y aquellos que enfrentan dificultades reales no deben dudar en presentarse”.

El impacto que esta proclamación entregó a los burócratas gubernamentales de los Planetas Libres no fue pequeño. Un miedo profundamente arraigado se apoderó de ellos— tal vez no fueron ellos mismos los que fueron derrotados por la fuerza militar, sino el propio gobierno democrático republicano que fue derrotado por la capacidad de un individuo. Si Reinhard hubiera tomado una venganza despiadada, dijeron, un espíritu de

rebelión contra su despotismo se habría apoderado, pero en cambio, su opuesto exacto, la magnanimidad, era como la luz del sol que derrite el hielo, desalentando la oposición.

Entre los oficiales militares y gubernamentales de alto rango, la gente cambiaba de bando uno tras otro. El amargo castigo dado a los asesinos de Lebello hizo que estos conversos fueran bastante cautelosos, pero la cooperación por devoción a sus deberes era poco probable que estimulara el lado fastidioso del imperio.

Muchos de los que no dejaron de lado la lealtad al gobierno republicano democrático eran soldados sin rostro y burócratas de nivel medio y bajo. Muchos de ellos intentaron resistir a sus conquistadores a través de varios actos de sabotaje menor, pero también hubo quienes declararon abiertamente sus intenciones. Busias Adora, un consejero que trabaja en el distrito gubernamental de la ciudad de Heinessen, se negó rotundamente cuando la Armada Imperial le ordenó presentar una declaración de lealtad al káiser.

“¿De quién es este káiser del que hablas? Aquí en la Alianza de Planetas Libres, tenemos un jefe de estado elegido por la gente, pero no tenemos ningún Káiser. No tengo que seguir las órdenes de alguien que no existe”.

Claude Monteille, gerente de la sección de tesorería en la oficina del Comité de Finanzas, recibió la orden de entregar una lista de todas las propiedades de propiedad estatal, pero se negó obstinadamente a satisfacer esta demanda.

“Solo los ciudadanos de la Alianza de Planetas Libres que tienen derecho a votar en las elecciones, tienen derecho a participar en las elecciones y también pagan sus impuestos tienen el derecho de ver las listas de propiedades de propiedad estatal. Además, los empleados públicos y gubernamentales realizan sus deberes solo de acuerdo con las leyes de la alianza y sus propias conciencias. Realmente tengo miedo. No quiero morir. Pero una vez que me convertí en servidor público, no pude eludir mis deberes, por muy humildes que sean”.

Además, el 11 de febrero, Graham Ebard-Noel-Baker, secretario de segunda clase en la Secretaría del Consejo Supremo, hizo la siguiente entrada en el registro público:

"Hoy a las 10:30, un hombre llamado Reinhard von Lohengramm, que se hacía llamar 'káiser del Imperio Galáctico', solicitó un recorrido por el salón de actos sin derecho legal".

Incluso cuando se solicitó la eliminación de la entrada, no cooperó.

Los tres terminaron en prisión, pero cuando el Káiser finalmente se enteró, fueron liberados por orden suya.

"Son buenos hombres, todos ellos. El fracaso para promover ese tipo más allá de los rangos medios es exactamente por qué la alianza finalmente cayó. No debemos dañar a personas así. Por el momento, solo ponga a las personas obedientes a cargo de las funciones administrativas gubernamentales". Dado que el puñado de individuos valientes que estaban decididos a resistir no causaron ningún impedimento particular a la administración de la ocupación, tal vez Reinhard pudo dejar sus emociones — o su sentimentalismo — se manifestaron.

Finalmente, salió a la luz a través de una serie de testimonios y pruebas de que el asistente principal del Alto Comisionado Lennenkamp, Udo Dater Fummel, había incitado a elementos descontentos, incluido el Almirante Rockwell, a asesinar a Lebello. Una nube de tormenta cayó sobre la frente de Reinhard cuando se enteró. Le ordenó a Müller que fuera y llevara a Fummel ante él, luego le preguntó por qué había cometido un acto de incitación tan deshonroso.

"Tenía miedo de que él causara problemas a su alteza", respondió Fummel.

A lo que Reinhard saltó a una conclusión puntiaguda.

"Un esfuerzo digno de elogio, pero si ese es el caso, debería haber frenado el comportamiento precipitado de Lennenkamp. ¿Y ahora vienes aquí actuando de manera inteligente, con la intención de ponerme en deuda?"

El mismo día, Reinhard tomó la decisión de despedir a Fummel y lo envió de regreso a la capital imperial de Odin.

IV

El 20 de febrero, el “Edicto del jardín de rosas de invierno” se promulgó de la siguiente manera. Fue referido como tal porque fue emitido desde un jardín de rosas de invierno dentro de los extensos terrenos del Museo Nacional de las Artes, ubicado en una esquina del gobierno y el distrito de oficinas municipales de Heinessen. Su nombre oficial era, por supuesto, prosaico: el “Edicto del 20 de febrero, 2 Año del Nuevo Año Imperial”. Era un nombre imposible de entender mal, ya que no atraía las emociones de las personas. Era el nombre común que permaneció mucho tiempo en sus recuerdos.

Neidhart Müller, de pie detrás del káiser, prestando especial atención a la seguridad y al mismo tiempo observando cómo se desarrolla la historia en tiempo presente progresivo, recordaría por mucho tiempo el oro y el carmesí que se destacan sobre un fondo impregnado de grises verdosos. Reinhard, de pie frente a altos funcionarios de la armada imperial y del gobierno de la FPA, flanqueado a ambos lados por los mariscales imperiales Wolfgang Mittermeier y Oskar von Reuentahl cuando recibió el edicto escrito de Hildegard von Mariendorf, parecía uno a quien el brillo de cada constelación se había condensado y parecía una personificación de los hellebores reales que crecían carmesí entre las otras rosas de invierno. Las sombras del anochecer se profundizaron rápidamente, y cuando la sustancia de la gente se fusionó con las sombras, el cabello dorado de Reinhard solo se destacó deslumbrante, como si hubiera envuelto el último destello de luz del sol alrededor de su propia cabeza.

“Yo, Reinhard von Lohengramm, káiser del Imperio Galáctico, por la presente proclamo que la Alianza de Planetas Libres ha caído por completo,

habiendo perdido la sustancia que justificaría su nombre. A partir de este día, solo hay un cuerpo de gobierno legítimo para gobernar a la humanidad: el Imperio Galáctico. Al mismo tiempo, reconozco públicamente que en la historia pasada existió la Alianza de los Planetas Libres, que durante mucho tiempo fue enajenada, y que se conoce como fuerzas rebeldes deshonrosas".

La esquina de la boca de von Reuentahl se retorció a escala de micras con ironía. ¿Cuánto más amargo podría ser la declaración del káiser? Por fin ser reconocido por la máxima autoridad gobernante del imperio, solo después de ser extinguido tanto de nombre como de hecho. Reconocido, pero solo como un artefacto del pasado — un ramo de mentiras para decorar una mortaja.

Cuando Reinhard completó la proclamación, su mirada fue errante por el jardín. Incluso si este jardín, donde generaciones de jefes de estado de alianzas pasadas debieron pasear, reunir a sus partidarios y celebrar fiestas en el jardín, estaba muy lejos de la ridícula grandeza del Palacio Neue Sans Souci, todavía era digno de apreciación.

Incluso en pleno invierno, hellebores de arcoíris carmesí, blanco y rosa formaron en el suelo. Una modesta casa de huéspedes de dos pisos colindaba con el jardín . *Haré de este mi residencia mientras esté aquí en Heinessen,* pensó Reinhard. Aunque era conocido por su elegancia al abordar un acorazado y su magnificencia al liderar sus fuerzas, su estilo de vida personal era más simple e incluso exhibía una sensación de repulsión hacia las propiedades lujosas. Aunque disfrutaba un poco en los jardines, prefería los pintorescos que estaban cerca de la naturaleza sobre la belleza geométrica y artificial. Entre las reliquias culturales de la Alianza de Planetas Libres, este jardín de rosas de invierno era una de las pocas cosas que le gustaban. Y aunque "palacio interino" era una palabra demasiado grandiosa para él, no obstante, decidió quedarse allí a partir de ese momento.

El ayudante de campo del mariscal von Reuentahl, el teniente comandante Emil von Reckendorf, le susurró algo a su comandante, a lo que el secretario general del Cuartel General del Comando Militar Imperial asintió y le pidió permiso al káiser para regresar al hotel que actualmente era su

residencia. Esa noche, se suponía que más de mil oficiales de alto rango se reunirían para un banquete de celebración, y como era pleno invierno, no sería bueno vestirse para una fiesta en el jardín. El káiser comenzó a caminar, y más de cincuenta mil soldados estacionados alrededor del perímetro del Jardín de Rosas de Invierno comenzaron a vitorear. No necesitaban la orden de nadie para hacerlo.

"¡Sieg káiser!"

"¡Sieg mein káiser!"

"¡Sieg Káiser Reinhard!"

El entusiasmo salvaje del oficial y del hombre alistado fue un poco desordenado, pero se convirtió en un poderoso coro que se extendió como un dosel sobre todo el ejército imperial. Los almirantes valientes y endurecidos por la batalla que estaban parados alrededor del káiser en ese momento *también sintieron* con la misma fuerza: que habían estado aquí para ver un momento del que se hablaría durante generaciones en la historia con un cincel dorado. Con orgullo, contemplaron su carmesí "hellebore real".

Por fin, finalmente llegué aquí, murmuró Reinhard en su corazón. La capital de la antigua alianza ahora no era más que un territorio situado en un extremo de la vasta tierra que él gobernaba. Antes, cuando había caminado por esta tierra, todavía había sido nominalmente un mero vasallo de la dinastía Goldenbaum. Pero ahora él era káiser. Incluso sin recurrir a esa tontería "santa e inviolable", se había convertido en la presencia más poderosa del universo.

Y, sin embargo, la verdad del asunto era que debería haber sido aún más poderoso — si una de sus alas invisibles no se hubiera roto por su propio pecado. Tratando de sacudirse el dolor, levantó una mano, y los soldados, mirándolo como si fuera un sol a la tierra, dejaron que sus emociones se desbordaran, cantando las alabanzas del káiser una y otra vez.

Al día siguiente, el 21 de febrero, Reinhard convocó a sus principales asesores a una habitación en el hotel que se había convertido en su cuartel general imperial temporal, y anunció que lideraría personalmente una fuerza a Iserlohn, e intentaría recuperar una vez más la fortaleza.

“Lo que Lutz ha perdido, lo recuperaré”, dijo.

Que su joven maestro tenía un espléndido espíritu de lucha, von Reuentahl reconoció con franqueza. Sin embargo, no pudo evitar sentirse cauteloso cuando se trataba de los planes inesperados y brillantes de Yang Wen-li. Era posible que Yang ya hubiera ideado un plan y estuviera esperando que Reinhard enfurecido saliera y lo atacara en persona . *No debería arriesgarse*, pensó von Reuentahl. Y no pudo evitar pensar: *es un pensamiento extraño que viene de mí* . Las derrotas y los fracasos del káiser lo llevarían directamente a su propia ascensión — podía seguir su ambición y observar desde el costado cómo Reinhard se autodestruía. Sin embargo, quería desde el fondo de su corazón aconsejarlo contra la acción precipitada en este momento.

No hace falta decir que los historiadores de las generaciones posteriores no pudieron evaluar de manera simplista al hombre conocido como Oskar von Reuentahl. Después de todo, él mismo había percibido un laberinto que existía en su corazón.

“Mein kaiser, en el improbable caso de que algo te suceda, la nueva dinastía se derrumbaría y esta era perdería a su abanderado. Por favor, regrese a Phezzan por un tiempo y trabaje en planes para perpetuar lo que ha construido. En cuanto a Yang Wen-li, le pido que nos encargues tanto a Mittermeier como a mí de someterlo”.

Mittermeier apoyó a su amigo apasionadamente.

“Von Reuentahl tiene razón. Dado que la campaña de Su Majestad ha logrado su objetivo por el momento, tómese un tiempo para descansar y déjenos el arduo trabajo en primera línea”.

Las recientes fiebres frecuentes de Reinhard debido al exceso de trabajo le preocupaban.

“No pretendo robarle ningún logro militar”, dijo Reinhard, “pero sí quiero arreglar las cosas personalmente con Yang Wen-li. Y es probable que ese hombre piense lo mismo”.

Quien pidió hablar en este momento fue la secretaria en jefe del káiser, Fräulein Hildegard “Hilda” von Mariendorf.

“Su Majestad, sus dos mariscales imperiales tienen razón en esto. Por favor, regrese a Phezzan por un rato. La presencia de Su Majestad allí es lo que estabiliza a Phezzan y permite que su posición como su asiento de poder en el centro del universo se arraigue”.

El espíritu de Reinhard aparentemente había sido estimulado en una dirección negativa esta vez; el brillo azul hielo en sus ojos contenía agujas.

“Fräulein von Mariendorf, cuando la precaución no conoce límites, las críticas a la debilidad y la indecisión se vuelven inevitables. Si simplemente retrocediera después de perder a Iserlohn, las fuerzas antiimperiales creerían que Yang Wen-li había prevalecido por defecto contra mí. Lo idolatrarían y se reunirían a su alrededor”.

“Su Majestad, por favor considere esto. Si Yang Wen-li toma todas las medidas posibles a nivel táctico, todo lo que puede hacer es encerrarse dentro de la Fortaleza Iserlohn y montar una defensa fuerte. Eso significa ceder el control sobre ambos extremos del corredor hacia nuestras fuerzas imperiales, lo que no tiene ningún efecto a nivel estratégico”. Reinhard lo rechazó con una risa baja.

“Estás hablando de una manera indirecta. Es muy diferente a ti, Fräulein. ¿Yang Wen-li no ha ocupado ya El Fácil y ha tomado el control de la salida del corredor?”Pero Hilda se negó a retroceder. “Eso es verdad. Sin embargo, en este caso, satisfacer sus requisitos estratégicos exigiría demasiado apoyo a nivel táctico. Para empezar, la fuerza militar de Yang Wen-li es apenas suficiente para defender la fortaleza de Iserlohn solo. Con

una fuerza tan pequeña, debo decir que también es increíblemente difícil tomar y sostener El Fácil. Incluso con su planificación superlativa, las circunstancias de Yang Wen-li le dificultan resolver simultáneamente los problemas tanto de su plan estratégico como de sus limitaciones tácticas. Mientras esta contradicción siga sin resolverse, tendremos muchas oportunidades para atacar a Yang Wen-li".

"Yang puede resolverlos", Reinhard trató de discutir. Sin embargo, quizás incapaz de negar lo correcto del razonamiento de Hilda, su voz ahora tenía poca fuerza.

Al final, Reinhard pospuso su campaña contra Iserlohn. Fue simplemente un retraso temporal. Pero aparte del consejo de Hilda, lo que lo hizo hacerlo fue un informe que llegó del distante Phezzan.

CAPÍTULO 08: EL LARGO CAMINO HACIA ADELANTE

I

“LAS BUENAS NOTICIAS SOLO vienen solas; las malas noticias traen a sus amigos”.

Este pensamiento no terriblemente original era un recuerdo de Alex Caselnes. Desde el regreso de los “pródigos” a la Fortaleza Iserlohn a principios de año, los visitantes de la Flota Yang de la clase solitaria casi habían desaparecido.

La llegada de la flota dirigida por Murai, Patrichev, Fischer y Soul fue el alcance de las buenas noticias, y gracias a eso, el poder militar y el grupo de recursos humanos de la Flota Yang se habían vuelto sorprendentemente más robustos. Por otro lado, el hecho seguía siendo que Poplin gimió: “¡No ese viejo malhumorado otra vez!” En el momento en que escuchó el nombre de Murai, y comenzó a silbar la tensión de una marcha fúnebre. La opinión de Attenborough, de que “nuestro picnic se convirtió en un viaje de estudios”, también fue bien atestiguado.

Cuando el almirante mayor Wittenfeld de la Armada Imperial se volvió y se dirigió a Mar Adetta, algunos de sus subordinados lo instaron a atacar la capital de Heinessen, a lo que respondió: “Creemos que la guerra es nuestra vocación. No somos como la gente de Yang Wen-li, jugando en la guerra y la revolución solo cuando no tenemos nada mejor que hacer. Actuamos solo de acuerdo con el principio”. Aunque la caracterización de Wittenfeld fue la

esencia de la calumnia, ninguno de los principales líderes de la Flota Yang podría haber rechazado la acusación por infundada. Después de todo, Dusty Attenborough había aceptado el cargo, e incluso declaró públicamente que “presumir y divertirse” había sido la fuente de su energía. Como en realidad se enorgullecía de este punto de vista, era un individuo bastante desesperado.

No hay evidencia de subordinados como estos que se unen conscientemente bajo el mando de Yang; Simplemente resultó que las aves de las mismas plumas realmente se congregaban juntas, y varias manzanas podridas estropearon su barril mucho más rápido. Desde su comienzo en el 796 SE, la Flota Yang — la flota más fuerte del universo — había desarrollado un espíritu propio.

Durante un descanso de los deberes militares con los que se suponía que estaban ocupados, Attenborough y Poplin compartieron este intercambio indiscreto:

“Necesitamos nuestra propia versión del ‘Sieg Kaiser’ de la Armada Imperial, pero ‘Viva democracia’ es todo lo que puedo pensar. ¿Qué piensas?”

“Como una apelación al sentimiento público, le falta algo. Sigo pensando que deberíamos usar el nombre de nuestro comandante como lo hacen, pero en términos de impacto relativo, faltan unas cinco cosas, ¿no?”

Pero era natural que incluso los hombres que se enorgullecían de la valentía y el buen humor fueran empujados momentáneamente a las profundidades del silencio cuando recibieron la noticia de la muerte del mariscal Alexander Bucock.

Cuando Frederica escuchó la noticia, pasaron varios cientos de segundos de oscuridad y silencio antes de ponerse de pie y mirarse en el espejo. Al encontrar su tez notablemente desprovista de corpúsculos rojos, estabilizó su respiración, se aplicó un poco de maquillaje y fue a la oficina de su esposo y comandante. Entró y se paró frente a Yang, que sostenía una taza de té caliente en una mano mientras miraba algunos documentos. Esperó su

mirada sospechosa para encontrarla, luego, con la voz más firme que pudo, dijo: “El comandante en jefe Bucock ha caído en la batalla”.

Yang tomó un sorbo de su té. Olía fuertemente a brandy. Él parpadeó dos veces, luego apartó la vista de su ayudante y esposa, mirando una pintura abstracta de un artista olvidado que colgaba en la pared.

“Excelencia…”

“Te escuché”.

Era una voz débil — una de las cuales no existía ninguna inscripción en el pilar de la memoria sobresaliente de Frederica.

“Ese informe no dejó espacio para correcciones, ¿verdad?”

“Las transmisiones que hemos recogido dicen lo mismo”.

Después de un largo silencio, Yang murmuró: “Entiendo”. La vida parecía haberse drenado de Yang, dando la impresión de un joven erudito transformado en una escultura de un joven erudito. De repente, la fragancia del brandy fue fuerte en las fosas nasales de Frederica, y ella jadeó. Yang había aplastado en su palma el vaso de papel que había estado sosteniendo, empapando una mano en el té humeante. Frederica tomó la taza de su marido y se limpió la mano escaldada con el pañuelo. De un cajón en su escritorio, ella recuperó un botiquín de primeros auxilios.

“Informar a toda la flota, Frederica. Durante las próximas setenta y dos horas, los Irregulares de Yang estarán de luto”.

Yang dio la orden, aceptando el tratamiento de Frederica como si no tuviera nada que ver con él. Sus emociones habían recibido un golpe crítico, y aunque al principio parecía que solo su razón estaba al servicio de sus cuerdas vocales, su psique revirtió inesperadamente su vector y su voz se volvió intensa.

“¡‘Almirante brillante,’ en mi ojo! Un incompetente desesperado es lo que

soy. Sabía cómo era el comandante en jefe. Que las posibilidades de que esto sucediera no eran exactamente pequeñas. Aun así, no pude ver venir esto”.

“Querido…”

“Debería haberlo traído con nosotros cuando dejamos a Heinessen, incluso si eso significaba esencialmente secuestrarlo. ¿No es así, Frederica? Si solo hubiera hecho eso…” Frederica trató desesperadamente de consolar a su marido. Si iba a hacer que “lo que era el mariscal Bucock” fuera un problema, Bucock nunca habría aprobado el vuelo de Heinessen en primer lugar. No era necesario que Yang se hiciera responsable de su muerte. ¿No se sentía responsable de esa manera teniendo en cuenta los deseos y decisiones de Bucock?

“Lo sé”, finalmente dijo Yang. “Tienes razón, Frederica. Lamento haberme alterado”. Pero la inmensidad del golpe fue tal que una recuperación fácil parecía poco probable.

Incluso en un sistema cuyos pecados de despotismo eran muchos, siempre había algunos que daban la vida y morían con él cuando llegaba la destrucción. La dinastía Goldenbaum había sido un ejemplo. Además, si la Alianza de los Planetas Libres, que supuestamente había vivido según su moral e ideales desde la época de su padre fundador, Ahle Heinessen, se extinguiría sin un solo mártir entre sus funcionarios de alto rango, significaría que la existencia de ese estado democrático había valido incluso menos que la dinastía Goldenbaum. La idea de que las vidas humanas se unieran al estado en la hora de su destrucción fue algo que a Yang le hubiera gustado rechazar, pero no estaba en condiciones de criticar la elección del mariscal Bucock.

Mientras ese viejo había vivido, Yang siempre lo admiraba. Ahora sentía lo mismo, y en el futuro probablemente lo sentiría aún más.

Los pensamientos sobre la edad de Bucock no fueron un consuelo en absoluto. Aunque había cruzado a una edad avanzada, desde el punto de vista médico, todavía tenía más de quince años antes de alcanzar la

expectativa de vida promedio. Aún así, fue un pequeño consuelo que nadie podría decir que su vida no había sido satisfactoria. Los subordinados de Yang también llegaron a compartir su opinión sobre ese asunto.

Von Schönkopf brindó por el anciano, celebrando su vida y deseándole un gozo en el más allá. Pronto, Soul abrió sus conductos lagrimales y los ejecutó a plena capacidad por primera vez en quince años. Merkatz se enderezó solemnemente el cuello de su uniforme. Murai se volvió hacia el lejano mundo de Heinessen y saludó. La mitad de ese gesto había sido para Chung Wu-cheng, quien había dado su vida por Bucock. Attenborough se unió a Murai al hacerlo, y luego se unió a von Schönkopf.

En cuanto a Julian, sintió la pena de Yang aún más aguda que la suya. Esto trajo consigo un efecto multiplicador, y se hundió en un mundo sin color.

Incluso Olivier Poplin, a menudo alabado como un verdadero depósito de buen ánimo, se había vuelto notablemente menos hablador. Su rostro no estaba hecho para expresiones hoscas, pero ahora soplaba un viento invernal contra él, y el joven que se describió a sí mismo como “un niño mestizo de inconstancia e indiscreción”, de quien dijo gente como Dusty ttenborough, “Si se avecinan problemas, seguramente se meterá la nariz, y si no es así, sembrará las semillas él mismo”, se quedó deambulando en silencio por una fortaleza que por un tiempo había perdido su energía viva.

Alex Caselnes estaba preocupado por la depresión inusual de todos. Una vez que él mismo había superado lo peor de su propia decepción, se volvió hacia su esposa, Hortense, sacudiendo la cabeza.

“La pereza y las disposiciones soleadas son todo lo que este grupo tiene para lograrlo. No podemos tenerlos en los basureros así”.

En ese momento, Hortense le estaba dando al viejo horno en las dependencias de sus oficiales, que no habían tenido uso durante el intervalo de un año que Iserlohn había estado ocupado por el imperio, una razón para vivir en su vejez.

“Bueno, no todos tienen nervios hechos de cable de acero como tú”, dijo.

“El mariscal Bucock era un buen hombre. Las reacciones de todos son perfectamente apropiadas”.

“Estoy hablando por preocupación por ellos. La tristeza y la fatalidad simplemente no se adaptan a esos tipos en absoluto”.

Caselnes se excluía de su propia crítica. También era sin lugar a dudas miembro de la Flota Yang; él simplemente pensó que solo él tenía sus actos juntos.

“Debería limitarse a preocuparse por los suministros y la contabilidad. ¿Crees que alguna vez desafiaron al gobierno, desafiaron al imperio y comenzaron una guerra revolucionaria si fueran del tipo que deja que algo como esto los devastara para siempre? Ser un lisonjeros para las autoridades es la forma más fácil de vivir, pero se ofrecieron voluntariamente para enfrentar las dificultades. Y esa es también la razón por la cual el ambiente que los rodea siempre es tan festivo”.

“Eso es absolutamente cierto, esos imbéciles”.

“Sin una sola excepción, ya sabes. ¿De quién crees que es la culpa que me perdí de ser la esposa del gerente general de servicios de retaguardia?”

Hortense Caselnes se lanzó hacia él, aturdido al hombre que había golpeado al presidente del gerente general de servicios de retaguardia.

“¡ *Sin embargo* , no estabas en contra de lo que hice! Cuando llegué a casa después de tirar esa carta de renuncia, ya tenía nuestras maletas empacadas…”

“Por supuesto que sí”, dijo, sin mostrar signos de retroceder. “Si fueras el tipo de hombre que abandonaría a un amigo para proteger su posición, me habría divorciado hace mucho tiempo. Como mujer, me daría vergüenza si tuviera que decirles a mis hijos que el hombre con el que me casé era alguien que solo hizo amistades superficiales”. Los globos de palabras de Caselnes se le metieron en la boca. Hortense transfirió un pastel de pollo con crema espléndidamente asado del horno a la mesa. “Bueno, querido,

llama a los Yangs, ¿quieres? Los vivos todavía tienen que comer adecuadamente— y disfrutarlo también por el bien de los difuntos”.

Olivier Poplin probablemente redescubrió tan pronto como Caselnes tuvo que un ambiente festivo era esencial para la plaza pública que era la Flota Yang. Incluso él, que el día en que se recibió la trágica noticia había sido tan formal y respetuoso como cualquier otra persona, se había quitado el saco mental el segundo día después, y ahora parecía decidido a trabajar para la reconstrucción psicológica de la Flota Yang. Por esa razón, había causado que una gran cantidad de whisky emigrara a las tazas de café en un esfuerzo por animar a todos. Como estaban de luto, no podían beber alcohol abiertamente.

“Aún así, me pregunto si incluso nuestro estimado mariscal alguna vez se deprime tanto”, preguntó Bernhard von Schneider deliberadamente. Von Schneider no era un hombre desalmado, pero apenas había conocido a Bucock y, por lo tanto, no había necesitado ayuda de Poplin para recuperarse del golpe.

“Parece que todos piensan en su propio comandante como una especie de bestia rara, pero…”

Poplin no respondió directamente.

“El mariscal Bucock era un viejo increíble”, dijo. “Totalmente desperdiciado en el ejército de la FPA. Es una pena que tenga que usar el tiempo pasado, ahora. Pero incluso si llorarlo es algo natural, es hora de que empecemos a pensar en la forma real de consolar a los muertos”.

“¿Con qué te refieres?”

“Luchando contra la Armada Imperial y ganando”.

“Creo que es lo mejor si no pasas de largo ‘cómo’ en tu camino hacia los resultados…”

“El ‘cómo’ es lo que inventará nuestro estimado mariscal. Es lo único para lo que es bueno”.

En palabras despectivas de Poplin, von Schneider sintió una variedad de cosas en el trabajo en la mente de Poplin — orgullo, respeto, burlas, etc.

“Aun así, comandante von Schneider, usted tampoco es demasiado brillante, ahora que lo pienso. Si te hubieras quedado en la Armada Imperial, realmente podrías haber avanzado en el mundo trabajando para el Káiser Reinhard”.

Von Schneider solo rió bruscamente y no respondió a la siempre provocativa pregunta de Poplin. Si hubiera tenido hermanos o hermanas, podrían haberlo convencido de servir al brillante joven káiser y aprovechar al máximo sus talentos y habilidades, pero en cuanto a él, tenía la intención de seguir al derrotado Almirante Merkatz hasta el final. El Káiser Reinhard tenía numerosos vasallos leales que lo servían. Entonces, ¿por qué no debería Merkatz por lo menos tenerlo?

II

Incluso después de que el Tratado de Baalat se finalizara en abril de 799 SE, las corrientes violentas de la historia aún no se calmaron. En agosto del mismo año, Yang Wen-li se rebeló contra la estratagema de su propio gobierno y huyó de la capital. En el mismo mes, el cuartel general de la Iglesia de Terra en la Tierra fue destruido por el almirante Wahlen de la Armada Imperial. Las oleadas y oleadas de ira continuaron avanzando sin fin.

Aún así, al comienzo de 800 SE, las corrientes subterráneas parecían hervir a la superficie de una vez, envolviéndolo todo. Puede ser que la extraña sensación de quietud asociada con los cuatro meses anteriores — a pesar de

su cadena de innumerables estallidos de voluntad y acción a pequeña escala — se deba a la inmensidad del calor y la luz emitidos por las erupciones que marcaron ese período. Para aquellos que no miran más allá de las superficies de los eventos, puede parecer que Reinhard von Lohengramm desperdició varios días entre la partida del Planeta Phezzan y la llegada a la capital de la alianza de Heinessen. También podrían preguntarse qué estaba haciendo Yang Wen-li entre su escape de Heinessen y su recuperación de la fortaleza de Iserlohn, y también después.

Esas personas probablemente piensan que todo lo que el Káiser necesitaba hacer era dar la orden, y una fuerza masiva de diez millones se movilizaría el mismo día, sin necesidad de organizar flotas o establecer líneas de suministro; probablemente no tengan idea de cuánto tiempo lleva desarrollar el plan estratégico necesario para preparar un entorno adecuado para ejecutar las tácticas en el campo de batalla. Como las fuerzas imperiales de Reinhard eran de gran escala y las fuerzas revolucionarias de Yang Wen-li eran pequeñas, ambos tuvieron problemas para establecer sus respectivas redes de suministro. En el caso de la Armada Imperial, fue extrañamente difícil mover cantidades tan grandes de mercancías a través de la larga ruta de suministro desde Phezzan. Por razones de honor y de estrategia política, el saqueo estaba estrictamente prohibido. En el caso de Yang Wen-li, la capacidad de producción de El Fácil y las reservas de Iserlohn fueron suficientes por el momento para mantener sus fuerzas abastecidas, pero para resistir a la Armada Imperial, no tuvo más remedio que aumentar el tamaño de su fuerza, y a medida que crecía el número de soldados, el esfuerzo de suministro iba a exceder la capacidad. Previendo una grave elección entre dos opciones mutuamente excluyentes, incluso Alex Caselnes no había tenido problemas para encontrar cosas que le dieran dolores de cabeza.

Yang Wen-li estaba en una posición difícil, en la que era difícil hacer que su plan estratégico coexistiera con las condiciones tácticas necesarias para llevarlo a cabo: fue la secretaria en jefe del Káiser Reinhard, Fräulein Hildegard “Hilda” von Mariendorf, quien dedujo que, aunque en realidad las tareas políticas también se estaban acumulando en Yang en ese momento. Además, una vez más se encontró luchando por seguir siendo un mero especialista en la división de combate del gobierno revolucionario y

no convertirse en el líder supremo del movimiento revolucionario.

Desde el punto de vista de Walter von Schönkopf, la forma de hacer las cosas de Yang parecía tan indirecta que tuvo ganas de chasquear la lengua una docena de veces. “Tiempos extraordinarios requieren medidas extraordinarias” resumió sus sentimientos; Durante los últimos tres años había tratado constantemente de convencer a Yang para que tomara el poder.

Julian dijo una vez: “Mientras daba conferencias a otros acerca de que las convicciones eran dañinas e inútiles, se mantuvo muy terco. Sus palabras y sus acciones realmente no se alinearon”. Aunque Julian también estaba bastante impresionado por la persistencia de von Schönkopf; habían pasado tres años, y el hombre todavía no se había rendido.

Cuando Walter von Schönkopf recibió la noticia del fallecimiento de Bucock, pensó: *Esta es la razón por la que debería haber puesto fin a Reinhard von Lohengramm cuando tuvo la oportunidad,* aunque no dejó que ese pensamiento le aclare la lengua.

Probablemente hubo algún grado de error entre las evaluaciones de otros de von Schönkopf, pero el hombre mismo entendió que había un momento y un lugar para su lengua afilada.

Lo que le dijo a Julian fue su única mención de un plan que había perdido la oportunidad de hacerse realidad:

“Si el Viejo Bucock todavía estuviera vivo, también podría haberme visto recomendarle que encabezara la nueva administración, con su tutor manejando los asuntos militares. No sirve de nada hablar de eso ahora, sin embargo…”

Para Julian, también, esta era una idea fresca y atractiva. Aunque era difícil imaginar al anciano mariscal ahora fallecido que aceptaba tomar la primera posición.

Finalmente, el propio von Schönkopf tuvo que enfrentar un problema

propio. Con una actitud que podría llamarse “resuelta”, el cabo Katerose Karin von Kreutzer solicitó una reunión con su padre. En cualquier forma que pudiera tomar, estaba tratando de poner fin a la incomodidad que había resultado de evitar el contacto en los últimos seis meses.

Cuando Karin apareció en la oficina de von Schönkopf, estaba lista para la batalla, usando dos o tres capas de armadura invisible. Su saludo era rígido, su expresión tensa y su porte solemne. Ninguna de estas cualidades era adecuada para una joven que iba a cumplir dieciséis años este año, von Schönkopf evaluó internamente.

“Vicealmirante von Schönkopf, me ofrecí como voluntario para luchar en el momento de la operación para recuperar la Fortaleza de Iserlohn, pero Su Excelencia, sirviendo como comandante de operaciones de combate, eliminó mi nombre de la lista. Esto es difícil de aceptar, y quiero escuchar la razón”.

Era obvio que Karin estaba leyendo un guión invisible que había preparado con anticipación. Una sonrisa algo irónica se formó alrededor de la boca de von Schönkopf; se le acababa de ocurrir cuánto le gustaría a su colega Attenborough estar aquí para esto, incluso si tuviera que pagar la admisión. Sin embargo, no valía la pena preocuparse por las demandas de la niña de una explicación.

“Quería que la operación saliera perfectamente”, dijo, “así que no quería incluir a nadie — no solo a ti — que no tuviera experiencia en el combate cuerpo a cuerpo. Eso fue todo. ¿Qué tiene de extraño eso?”

Karin no pudo responder. Todavía era miope de varias maneras, y no había pensado en cómo habían sido tratadas otras personas sin experiencia en el combate cuerpo a cuerpo.

Después de un momento, von Schönkopf dijo: “Bueno, esa es mi excusa. La verdad del asunto es que no quería ver a una chica bastante joven blandiendo un hacha de guerra”. La actitud que von Schönkopf copió al

agregar ese comentario fue exactamente la actitud que Karin había estado pensando todo este tiempo y que no quería ver.

La de un mujeriego frívolo e infiel.

Ella se armó de valor y habló: “¿Así era usted cuando sedujo a mi madre también?”

Fue ella misma la que se sorprendió más por su tono agudamente ascendente; su padre literalmente no levantó una ceja. Levantó la vista hacia la chica que estaba parada con baqueta justo enfrente de su escritorio, y dijo: “¿Entonces me pregunto cuál es el verdadero punto de esta reunión?”

Su voz, que parecía contener una reprimenda, era aún más desconcertante para ella.

“Estoy decepcionado. Si quieres hacerme responsable de mis responsabilidades como padre, debes decirlo por adelantado. No hay necesidad de encontrar fallas en mis decisiones de comando”.

Karin se puso roja en la cara. La fiebre que había estallado en su corazón se había extendido a su cuerpo, y las células de sus mejillas estaban ardiendo.

“Tiene razón, señor. Hablé fuera de turno. Así que déjame preguntarte de nuevo de esta manera: ¿Amabas a mi madre, Rosalind Elizabeth von Kreutzer?”

“La vida es demasiado corta para dormir con mujeres que no amas”.

“¿Es eso todo lo que tienes que decir?”

“La vida es probablemente demasiado corta para acostarse con hombres a los que no amas también”.

Karin llamó la atención con tanta energía que era un milagro que sus articulaciones no explotaran.

“Su Excelencia, le estoy agradecido por darme la vida. Pero por criarme, no te debo nada, y no puedo pensar en ninguna razón por la que deba respetarte. Estoy hablando claramente, de acuerdo con tu consejo”.

Von Schönkopf y Karin se miraron fijamente el uno al otro, y al final fue su padre quien apartó la vista primero. Las cortinas de su identidad como funcionario público colgaban sobre su rostro, pero a través de sus estrechas brechas, la luz de la luna de la vergüenza y una sonrisa amarga se deslizaban. No había roto el contacto visual primero porque se había estremecido, sino porque no reconocía la necesidad de construir un laberinto confuso entre ellos a través de la conversación. Karin de alguna manera entendió esto, aunque no a través de la razón. Dio un saludo perfecto, lo que significaba solo que había sido secuestrada por las formalidades, se dio la vuelta y, reprimiendo los impulsos competitivos de darse la vuelta y salir corriendo, salió de la oficina de su padre.

III

Walter von Schönkopf y Olivier Poplin fueron ambos miembros principales de los “Enemigos de conciencia y moralidad familiar” de la Flota Yang. Si se les hubiera preguntado cuál de ellos era peor, ambos probablemente habrían señalado al otro sin dudarlo. Cuando a finales de 799 SE, los dos héroes se volvieron a encontrar por primera vez en seis meses, Poplin saludó a von Schönkopf y le dijo: “¡Bueno, si no es mi oficial superior de mala reputación! No hay mayor alegría para este humilde oficial que ver a un hermano de armas todavía tan obstinadamente vivo y bien”.

En respuesta, von Schönkopf dijo: “Me alegra que haya vuelto, comandante Poplin. Cuando no estás cerca, mi gusto por las mujeres no es tan maduro”.

El piloto as, sin tener la intención de ser reducido a un papel de von Schönkopf, miró a su oponente desde el otro lado de su escritorio de

oficina, sintiéndose bastante confiado. El brillo en sus ojos declaró descaradamente, *Puedo sembrar las semillas, pero no soy tan descuidado como para dejarlas brotar.*

“De todos modos”, dijo al fin Poplin, “tengo una familiaridad pasajera con la situación de la *joven señorita* , si me perdona que lo diga”.

El énfasis especial que Poplin puso en las palabras “joven señorita” fue, por supuesto, un sarcasmo no adulterado, pero tan seguramente como los muros exteriores de la Fortaleza de Iserlohn defendieron su interior, por lo que la expresión de von Schönkopf protegió su propio ser interior. Poplin se volvió a su lado y dijo: “Karin es una buena chica — nada como su viejo. Aunque todavía no es una buena mujer…”

“Bueno, creo que ella también es una buena chica. En cualquier caso, ella nunca me costó un dinar en manutención de niños”.

“Sin embargo, la compensación por la angustia mental podría comenzar a aparecer de aquí en adelante. Me prepararía”.

Sin embargo, una vez que Poplin terminó de llover sus cuchillas de sarcasmo sobre von Schönkopf, su rostro y tono se volvieron más formales.

“Vicealmirante von Schönkopf, si pudiera ponerse un poco serio aquí, esa joven tiene demasiada emoción para manejarla sola, y tampoco sabe cómo expresarla adecuadamente. Personalmente, creo que alguien mayor que yo necesita mostrarle el camino a seguir. Lo siento si estoy sobrepasando mis límites”.

Von Schönkopf miró a su colega, siete años menor que él, con una mirada inescrutable. Cuando finalmente habló, fue con una oleada de risas.

“Lo siento”, dijo. “Es solo que este año realmente es uno para conmemorar. Que yo sepa, esa fue la primera cosa concienzuda que has dicho”.

“Supongo que sí. También será el primer año que su hija no cargue con los pecados de su padre”.

Para cualquier otra persona, esa línea podría haber sido golpeado al final, pero von Schönkopf solo dio un asentimiento tranquilo de acuerdo, a lo que añadió insolentemente: “Eso es cierto. Y si puedo agregar una cosa, asegúrate de que no seas suave con ella solo porque es mi hija”.

“Duro amor paternal, ¿eh? Lo haré”. El joven piloto as tuvo que admitir que se había puesto un poco a la defensiva. Si von Schönkopf pudo hacer eso incluso al gran Olivier Poplin, entonces no era de extrañar que una novata como Karin hubiera caído en la derrota.

Von Schönkopf le dijo una última cosa a Poplin cuando se iba.

“Parece que este asunto te está causando muchos problemas, pero hay una cosa que me gustaría corregir”.

“¿Qué es eso?”

“Escuché que vas a llamarme delincuente de mediana edad. Pero todavía no soy de mediana edad”.

Media hora después, la elegante figura de Poplin apareció ante Karin. Estaba en la zona de observación del puerto militar, mirando fijamente a los grupos de naves de guerra que aparentemente no tenían nada que hacer, pero saludó tan pronto como vio al joven oficial. Varios soldados sentados con ella se levantaron y se fueron. ¿Se referían a él? Lo más probable es que se tratara de una deferencia basada en un prejuicio muy específico. Karin no se dio cuenta, y a Poplin no le importó.

“¿Come te fue? ¿Qué te pareció conocer a tu padre? Te ves decepcionada”.

“No, no especialmente. Sabía qué tipo de hombre es, así que en este momento no hay forma de que me decepcione”.

“Te tengo”. Una luz pensativa brilló en los ojos verdes del joven as. “Pero si puedo decir una cosa, Karin— por lo que sé, cuando se trata de personas en esta unidad que han sido bendecidas con una vida familiar estable, la

señorita Charlotte Phyllis de la familia Caselnes se trata de eso. Todos los demás crecieron en entornos más o menos malos". Sin sentido, tomó su boina negra en la mano.

"Toma a Julian Mintz. Si sus padres estuvieran vivos y bien, no habría tenido que crecer en la casa de un inadaptado social como Yang Wen-li. Realmente no puedo decir que lo haya tenido mucho mejor que tú".

"¿Comandante?"

"¿Sí?"

"¿Por qué estás criando al subteniente Mintz en un momento como este?"

"Sí, Walter von Schönkopf habría dado un mejor ejemplo". Karin no dijo nada, esperando que continuara.

"Era un niño muy pequeño cuando su familia desertó del imperio, y su situación tampoco fue fácil"

Poplin se interrumpió, interrumpiendo su propio discurso. Parecía haberse dado cuenta de lo increíblemente absurdo que era para él defender el caso de von Schönkopf.

"En cualquier caso, Karin", dijo un momento después, "va en contra del espíritu de nuestra flota para hacer mercadería por desgracia, y tampoco te queda bien. Incluso si hay alguien a quien no puedes soportar, no es como si estuviera vivo para siempre…"

Partiendo de nuevo, Poplin parecía haber recordado inesperadamente a su viejo amigo de guerra, que había abandonado el mundo que solían compartir.

"Ivan Konev, esa pésimo hijo de— fue y me apuñaló por la espalda. Me hizo pensar que no moriría a pesar de que lo mataron".

Inconscientemente, Karin volvió los ojos a la cara de Poplin, pero las

persianas se cerraron sobre la expresión del joven as, y sus poderes de perspicacia aún no eran suficientes para penetrarlos. Cuidadosamente corrigiendo el ángulo de su boina negra, Poplin se puso de pie.

“Suponiendo que las cosas vayan bien, ese delincuente de mediana edad morirá unos veinte años antes que tú. No significa nada para compensar con una lápida”.

A pesar de los halagos, el tono de Poplin en el momento en que dijo “de mediana edad” no podría haber sido llamado genuino.

Poplin estaba sentado en el club de oficiales, planeando un régimen de entrenamiento para después del final del período de duelo, cuando Julian vino y se sentó en la misma mesa. Sobre el vapor de alcohol que salía de su taza de café, no dijo nada, pero como sabía sobre la ronda de visitas de Poplin con el padre y la hija, dijo: “Debes estar agotado de todas las conferencias de la PTA”.

Popelín empujó ligeramente el sonriente cabello rubio de Julian. Aunque parecía que Julian también se había recuperado de alguna manera de su temor mental, el as de la lucha podría decir que probablemente todavía estaba luchando para superarlo.

“Te has vuelto tan horrible como Ivan Konev. A este ritmo, evolucionará a la clase von Schönkopf en poco tiempo. ¿Qué vamos a hacer contigo?”

“Lo siento.”

“Olvídalo — mientras seas honesto, aún hay esperanza para ti”.

“¿Bien? ¿Tiene algún tipo de receta para traer paz a la familia von Schönkopf?”

“Un patrón general, al menos: la vida de la hija está en peligro, el padre la rescata personalmente, la hija abre su corazón al padre…”

“Eso ciertamente es un patrón”.

“Los guionistas para dramas de solivisión han estado usando el mismo patrón durante siglos, y no se avergüenzan en lo más mínimo. Básicamente, el corazón humano no ha cambiado desde la Edad de Piedra”.

“¿Entonces todavía habrías sido un mujeriego infame incluso si hubieras nacido en la Edad de Piedra, Comandante?”

Si bien Poplin tuvo un regreso para eso, las funciones nerviosas de Julian, incluidas las de sus nervios auditivos, habían cambiado en otra dirección.

Julian había recordado el cabello del color del té ligeramente preparado, ojos azul violeta, una cara cuyas expresiones se desbordaban provocativamente con energía y vida. Para un hombre joven, eso no era desagradable. Hasta ahora, ninguna chica de su edad o menor había causado este tipo de respuesta emocional en él.

Sin embargo, Julian todavía no tenía en mente colorear el dibujo que había hecho en su corazón. Hace apenas medio año, había visto con cierto dolor que Frederica Greenhill se había casado con Yang; Le parecía superficial verter inmediatamente sus sentimientos en una nueva vasija. Y para empezar, ni siquiera estaba seguro de que le gustara a Karin.

IV

A pesar de la emoción interna, al final del período de luto de tres días, Yang Wen-li volvió a ser capaz de sentarse derecho y mantener la cabeza erguida mientras caminaba. Como Caselnes preguntó: “¿Podría esto significar que finalmente se dio cuenta de que él era el que estaba en la cima?”

De hecho, Yang no había pasado todo ese tiempo lamentando la belleza del

resplandor de una puesta de sol. Un nuevo sol, aún más poderoso e intenso, se levantaba en el horizonte opuesto, y no podía darse el lujo de quedarse de brazos cruzados esperando que llegara su calor abrasador. Ahora que el firme terraplén que era el Mariscal Bucock se había derrumbado, el espíritu conquistador del Káiser Reinhard se había convertido en una ola ardiente y violenta que se había tragado toda la alianza y disolvió el viejo sistema.

Al mismo tiempo que terminó el duelo, Yang también se quitó el vendaje de la mano izquierda. La terapia con electrones había energizado las células de su piel dañada, y las células cerebrales de Yang, como inspiradas por este proceso, también habían salido de su oscura habitación. Frederica se alegró de ver que Yang había recuperado sus poderes de actividad inteligente, y sintió como si el propio Mariscal Bucock lo hubiera agarrado del cuello y lo hubiera sacado de su sótano de confusión.

Entre la planificación estratégica, la organización de unidades y el contacto con El Fácil, Yang estaba extremadamente ocupado, pero aun así, nunca sacrificó el tiempo que pasó tomando té. Fue lo que hizo a Yang – Yang.

Un día, con el aroma de las hojas de Shillong contra su barbilla, Yang le dijo a su esposa: “Frederica, estoy preocupado. Simplemente me di cuenta de que si los oportunistas en el ejército intentaban ganarse el favor del imperio, el presidente Lebello podría terminar asesinado”.

Frederica estaba sin palabras. Sus ojos color avellana reflejaban la figura de su marido, ambas manos jugando con su boina negra.

“Realmente no llegarían tan lejos, ¿verdad?”

Frederica no intentaba discutir, sino sacar una explicación detallada de su esposo. Las manos de Yang dejaron de jugar con la boina.

“El presidente Lebello les mostró cómo hacerlo él mismo, ¿no? Naturalmente, tenía sus propias justificaciones, y no era como si estuviera planeando asegurar la paz solo para él. Aun así, seguramente habrá algunas personas que simplemente copiarán la apariencia externa”.

El Káiser Reinhard fue magnánimo con los que se rindieron o fueron derrotados, pero si esa generosidad se pensara por error incondicional, la gente estaría haciendo fila para vaciar sus bolsillos de vergüenza y respeto propio, para preparar regalos de bienvenida y tratar de congraciarse.

Pasaron varios días y llegó un informe del Capitán Bagdash sobre las condiciones en la capital. Debido al peligro de escuchar a escondidas, había renunciado a las transmisiones electrónicas, en su lugar, movilizó una nave de recolección de inteligencia que había salido de El Fácil y se había dirigido hacia Heinessen.

“El ex jefe de estado de la Alianza de Planetas Libres, João Lebello, ha sido asesinado por elementos dentro del ejército. El grupo rebelde ofreció rendirse a las fuerzas imperiales, y la Armada Imperial ocupó con éxito Heinessen sin resistencia”.

Al recibir esa noticia, Yang hizo una nueva predicción a su esposa y a Julian.

“Y con eso, esos asesinos acaban de firmar sus propias órdenes de ejecución. No hay forma de que el Káiser Reinhard tolere un acto tan descaradamente descarado como eso”.

Dos o tres días después, llegó otro informe, en el sentido de que los asesinos de Lebello habían sido ejecutados por un pelotón de fusilamiento. Yang, sin embargo, ya no mostró ninguna preocupación. Esto probablemente se debió a que los ideales del padre fundador, Ahle Heinessen, se habían debilitado y estaban a punto de morir. Eso había quedado claro en el momento en que había huido de Heinessen. Además, durante la conmoción que había experimentado ante la noticia de la muerte del mariscal Bucock, también había aceptado sus emociones con respecto a la muerte del estado conocido como la Alianza de Planetas Libres. Además, había muchas tareas más urgentes que atender.

“Voy a reconocer el derecho del Káiser Reinhard y la dinastía Lohengramm a gobernar todo el universo. Y en base a eso, vamos a asegurar para un sistema estelar el derecho al autogobierno en sus asuntos internos. Así es

como mantendremos vivo al gobierno democrático republicano y nos prepararemos para su futuro renacimiento”.

Cuando Yang Wen-li explicó ese plan básico, los ojos del Dr. Romsky, el jefe del gobierno independiente de El Fácil, no se iluminaron exactamente con entusiasmo.

“¿Te refieres a un compromiso con la autocracia del káiser? No puedo creer que esas sean realmente las palabras del campeón de lucha de la democracia, Yang Wen-li”.

“La coexistencia de diversos valores políticos es la esencia de la democracia. ¿No estarías de acuerdo?”

En el interior, Yang solo quería suspirar ante lo absurdo de un soldado que daba una conferencia a un político sobre democracia. Pudieron conversar así porque la Flota Yang tenía el control completo de la red FTL entre Iserlohn y El Fácil — lo que no garantizaba ninguna discusión fructífera.

El Dr. Romsky estaba trabajando enérgicamente como primer ministro del gobierno independiente. Era cierto que este político revolucionario tenía tanto una conciencia fuerte como un sentido de responsabilidad, pero cuando Walter von Schönkopf opinó con acidez, “No importa cuán alto pueda llegar el balón, todavía no anotas en una falta”, dijo Yang no me queda más remedio que asentir de acuerdo. Con Heinessen bajo el control completo del imperio y el último jefe de estado de la alianza que se había encontrado con una desaparición inesperada, los zapatos de Romsky habían desarrollado un ansioso juego de alas. Llamó a Yang y habló enfáticamente del peligro de que la Armada Imperial invadiera El Fácil.

El tono de voz de Yang había incluido una pizca de especias maliciosas cuando dijo: “Estoy seguro de que has pensado en el futuro y le has dado mucha consideración a tal escenario”. Parecía que estaban en pánico ahora que Káiser Reinhard estaba… nuestra ofensiva se acercaba rápidamente; Me costó mucho poder gritar sobre el “gobierno independiente” y la “contrarrevolución” ahora. Por otro lado, no obstante mostraron renuencia a la hora de tolerar el gobierno de Reinhard. Querían que se cumplieran sus

ideales sin enfrentar ningún peligro.

En esencia, los sueños de que Yang derrotara a Reinhard en la batalla y de un estado democrático que uniera el universo eran ingredientes que ahora estaban tratando de hacer que Yang cocinara. Ellos mismos esperaban con un cuchillo y un tenedor en la mano en una mesa con un mantel bordado. Pero la democracia no era un VIP alojado en un hotel caro llamado Política. Primero, tenía que construir la cabaña de troncos y encender el fuego usted mismo.

“Cuando lo piensas”, dijo el Dr. Romsky, “todo habría salido bien si hubieras destruido al Káiser Reinhard en la Guerra Vermillion. Después de todo, el gobierno de la alianza estaba condenado en cualquier caso. Si lo hubiera hecho, al menos habríamos evitado la mayor crisis que enfrentamos ahora. Es una pena que hayas dejado pasar ese momento”.

Ese comentario cortó a Yang, pero no le respondió. Incluso bajo una gruesa capa de maquillaje jocoso, estaba claro cómo era la cara sin adornos del comentario del Dr. Romsky. Al ver la expresión de Yang, Romsky dijo innecesariamente: “¡Estoy bromeando!”, Lo que solo hizo que Yang se sintiera más incómodo. Pero cuando compartió la anécdota y vio incomodidad frente a un conocido también, Romsky le mencionó: “El mariscal Yang tiene menos sentido del humor de lo que esperaba”. El estado mental de Yang podría resumirse en la frase *¡Lo he tenido con ustedes!* pero ya era demasiado tarde para reeducar a Romsky.

“Yang Wen-li abandonó a Lebello del gobierno de la alianza y en su lugar eligió a Romsky, del gobierno independiente de El Fácil. En última instancia, debemos concluir que Yang fue un terrible juez de carácter”.

Este veredicto, pronunciado por algunos eruditos en las generaciones futuras, probablemente carecía de justicia. Yang casi había sido purgado por Lebello; nunca lo había abandonado por su propia cuenta. Para satisfacer los requisitos mínimos de su pensamiento político y plan estratégico, no tuvo más remedio que recurrir al gobierno independiente de El Fácil; no era como si hubiera jurado lealtad a Romsky personalmente. Si Yang hubiera querido llevar una vida tan fácil y relajante como afirmaba, entonces

probablemente se habría convertido en un vasallo de Reinhard von Lohengramm, basado en el tipo de “juez de carácter” que era. Y tal vez esa decisión podría haber contribuido no solo a la paz en la vida personal de Yang, sino a la paz en el universo en general — aunque bajo una dictadura, por supuesto. Mientras viviera, Yang nunca estaría libre de esa contradicción profundamente arraigada y de su propia duda.

V

Con respecto a la cuestión de ese disco óptico que Julian Mintz y Olivier Poplin habían traído de la Tierra, Yang lo había empujado de vuelta al fondo de su nido de recuerdos y había tapado por un momento. Tan pronto como la Fortaleza de Iserlohn fue retomada con éxito, los informes de las muertes de Marshal Bucock y Lebello llegaron en rápida sucesión. La oportunidad de inspeccionarlo se había perdido. En cualquier caso, el cuartel general de la Iglesia de Terra había sido destruido por el Almirante Wahlen de la Armada Imperial, y esto se había convertido en una razón más para la pérdida de urgencia con respecto a la recopilación de información sobre la Iglesia de Terra.

En términos extremos, tampoco se puede negar que Yang simplemente estaba satisfecho con el regreso seguro de Julian y Poplin. Sin embargo, una voz de oposición del interior de su mente finalmente llegó al centro, y Yang se tomó un tiempo de su apretada agenda para examinar el disco óptico. Siete personas, Frederica, von Schönkopf, Julian, Poplin, Boris Konev, Machungo y Murai, se unieron. Y cuando aprendieron un poco, se miraron con expresiones de asombro. Lo que se registró allí fue el registro de una relación entre el Dominio Phezzan y la Iglesia de Terra que data de un siglo completo.

“Entonces, ¿qué significa esto, ‘cabezas’ es Phezzan y ‘colas’ es la Iglesia de Terra?”

“Si ese es el caso, si unimos nuestras manos con los comerciantes de Phezzan, estaremos bailando mejilla a mejilla con ese lote Terraistas.”

Incluso si la mirada de Poplin carecía de veneno, todavía había agujas en ella mientras rozaba la cara de Boris Konev, exigiendo una explicación sin palabras.

“Debes estar bromeando”, dijo Konev. “No sabía nada de esto. Si tengo alguna relación con la Iglesia de Terra, el transporte de peregrinos a la Tierra fue el alcance de la misma”.

La insistencia de Boris Konev era natural; dentro de la sede de la iglesia, él mismo había trabajado con Julián e incluso intercambió disparos con los fanáticos. Sugerir que él estaba en alianza con la Iglesia de Terra solo porque acechaban en las sombras de Phezzan sería lo que ellos llaman “un puente demasiado lejos”.

Yang no creía que Boris Konev estuviera secretamente aliado con la Iglesia de Terra. Pero, ¿qué pasa con el liderazgo supremo de Phezzan, que se remonta a generaciones? ¿Qué pasa con el “Zorro Negro de Phezzan” — Adrian Rubinsky— que actualmente se creía que faltaba? ¿Qué había estado planeando hasta ahora, y qué planes tenía la intención de poner en marcha en el futuro?

Frotándose la barbilla ligeramente puntiaguda, von Schönkopf dijo: “Una obsesión que se extendió por nueve siglos, ¿eh? Eso es bastante asombroso. Aun así, con las cosas como están, esto no es algo que podamos ignorar. ¿Han sido realmente aniquilados los terraistas? ¿Su “Sumo Obispo” o lo que sea que él llama está confirmado que está muerto?”

Al escuchar esas preguntas, incluso el valiente Olivier Poplin frunció el ceño y guardó silencio. No era como si él mismo hubiera visto el cadáver del Sumo Obispo; confirmando que habría requerido volver a la Tierra y desenterrar decenas de miles de millones de toneladas de roca y tierra.

“Muy bien, envíame a Phezzan”, dijo Konev. “De cualquier manera, todavía tengo que hacer contacto con los comerciantes independientes allí. Mientras

estoy en eso, me gustaría ver qué puedo sacar del zorro negro Rubinsky”.

“No se puede ir allí y no volver, Capitán Konev”. El tono de voz de Poplin fue controlado, pero eso no hizo nada para aliviar la ira de Boris Konev cuando las palabras en sí eran tan extremas. Durante un tiempo, un par de ciclones lingüísticos se enfrentaron, hasta que finalmente Yang aprobó el viaje de Boris Konev a Phezzan y terminó la reunión. Por su parte, Yang no podía sentirse muy positivo al respecto. Si Phezzan y la Iglesia de Terra tenían una relación anormalmente estrecha, unir fuerzas alegremente con ellos podría dar lugar a una fea coalición de especuladores y fanáticos que se comerían la sustancia de su democracia de adentro hacia afuera. Saltar al mismo bote que Phezzan era poco probable que terminara con una simple solicitud de respaldo económico. Al parecer, una de las condiciones necesarias para la estrategia de Yang tendría que someterse a una revisión seria.

Los dos Yang y Julian permanecieron en la oficina de Yang. Durante un tiempo, los tres respiraron los vapores que dejaban el contenido del disco óptico y los restos de una acalorada discusión, pero al final Yang se sentó en el sofá y dijo: “¿Julian?”

“¿Sí?”

“En última instancia, las conspiraciones y el terrorismo no pueden hacer que el flujo de la historia retroceda. Sin embargo, pueden hacer que se estanque. No podemos permitir que la Iglesia de Terra o Adrian Rubinsky hagan eso”.

Julian asintió con la cabeza.

“Especialmente en el caso de la Iglesia de Terra, su único objetivo es satisfacer el ego de un planeta egoísta. No es para restaurar la autoridad del Planeta Tierra, es para justificar el pasado y ahogarse en el dulce néctar del privilegio”.

¿Había sido realmente destruida la Iglesia de Terra? Si aún quedaban reservas, ¿qué estaban tramando? Yang quería saberlo.

Aun así, Yang tuvo que admitir que no tenía tiempo para buscar esas respuestas. En primer lugar, el Káiser Reinhard se estaba acercando a sus ojos; esa fue, con mucho, la mayor amenaza. Además, Reinhard no era una amenaza debido a una mala agenda reaccionaria como la de la Iglesia de Terra; él era una amenaza porque estaba usando un sistema distinto de la democracia para reformar su generación, y tener éxito. *Honestamente, no existe un sistema más eficiente que una dictadura cuando se propone avanzar en las reformas. ¿No siempre lo dice la gente cuando está harta del sistema indirecto de la democracia?*

"¡Dele gran autoridad a un gran político y avance la reforma!" Es paradójico, pero ¿no ha estado la gente siempre buscando un dictador?

Y ahora, ¿no están a punto de recibir un dictador del mejor tipo? Reinhard von Lohengramm — un héroe digno de su respeto y adoración. Comparado con el brillo de ese ídolo dorado, ¿la democracia no es más que un ídolo de bronce desvaído?

No eso está mal. Aturdido, Yang sacudió la cabeza de un lado a otro, balanceándose alrededor de su rebelde cabello negro.

"Julian, somos soldados. Y las repúblicas y las democracias a menudo surgen de los barriles de las armas. Pero si bien el poder militar podría dar origen al gobierno democrático, no puede salirse con la suya estar orgulloso de ese logro. Eso no es injusto. Eso se debe a que la esencia de la democracia está en la moderación de los que detentan el poder. La democracia es la moderación de los poderosos, codificada por la ley y sistematizada en sus instituciones. Y si el ejército no se contiene, tampoco hay razón para que alguien más tenga que hacerlo".

Los ojos negros de Yang ardieron con creciente pasión. Si nadie más, quería que Julian entendiera esto.

"Nosotros mismos luchamos por un sistema político que fundamentalmente rechace lo que somos. Esa estructura contradictoria es algo con lo que los militares de la democracia solo tienen que vivir. Lo máximo que los

militares deberían exigir al gobierno son vacaciones pagadas y una pensión. En otras palabras, sus derechos como trabajadores. Nunca nada más que eso”.

Julian reflexivamente sonrió ante la palabra “pensión”, pero Yang realmente no había dicho eso para atraer su sentido del humor. Julian reprimió su sonrisa en unos dos parpadeos, corrigió en exceso e hizo que su expresión fuera demasiado seria, y finalmente dio voz a algo en lo que había estado pensando durante mucho tiempo.

“Pero quería que actuaras según tus propios sentimientos y tus propios deseos”.

“¡Julian!”

“Y sé que me merezco para eso, pero realmente es cómo me siento”. *Es una situación irónica*, pensó Julian, *cuando alguien con un talento tan inmenso puede actuar con mayor libertad en una dictadura que en una democracia.* Si las circunstancias de Reinhard y Yang se hubieran invertido… Si Reinhard hubiera sido un hombre de ambición perjudicial en un gobierno democrático, podría haberse convertido en la malvada segunda venida de Rudolf el Grande. Y podría haber sido Yang quien terminó con una corona de oro.

Julian terminó de dar voz a estos pensamientos, y Yang dijo: “Julian, esa es una suposición increíblemente audaz”.

“Sé que lo es, pero aún así…”

“No es que haya eliminado por completo mis sentimientos personales. Cuando luchamos en Vermillion, Julian, *no quería matar a* Reinhard von Lohengramm. Lo digo con toda seriedad”.

Incluso sin Yang presionando el punto, Julian entendió eso.

“Incluso si su personaje no es perfecto, sigue siendo la mente más brillante que aparece en cuatro o cinco siglos de historia— no podía sentir nada más

que terror ante la idea de que mis dos manos destruyeran a un hombre así. Tal vez utilicé la orden del gobierno como una excusa para evitar hacerlo. Tal vez fue lealtad al gobierno o a mí mismo… *tal vez* . Pero para todos los soldados que murieron en la batalla, puede haber sido una violación imperdonable de la fe. No había razón para que murieran por salvar a las autoridades gobernantes, o por mi sentimentalismo”.

Yang se rio. Era una risa que parecía decir que todo lo que podía *hacer* era reír, y cada vez que Julian lo veía, se sentía muy consciente de la impotencia de las palabras, y no podía hacer nada más que quedarse en silencio.

“Siempre soy así. Ocupado con cosas que nunca van a ninguna parte. Bueno, no hay mucho tiempo. ¿Qué tal si hablamos de algo más positivo?”

Antes de eso, sin embargo, parecía que era necesario un poco de lubricante. Por primera vez en lo que parecieron años, Julian reveló su habilidad magistral, y la fragancia del té Arushan manchó cada corriente en el aire de la habitación.

Frederica buscó la consola, y después de que sus dedos blancos bailaron sobre ella, apareció una carta estelar en la pantalla. Después de agrandarlo dos o tres veces, mostró el Corredor de Liberación que conecta a Iserlohn y El Fácil.

“Tenemos dos fortalezas”, dijo Yang. “Iserlohn y El Fácil. Desde el punto de vista de la Armada Imperial, cuando hay múltiples bases enemigas, la táctica obvia es separarlas unas de otras. Creo que la flota personal del káiser probablemente apuntará al Corredor Iserlohn junto con una unidad de reserva que se lanza desde el espacio imperial…”

“¿Cuándo crees que será?”

“Hmmm… no muy lejos, yo diría. El káiser probablemente pensará más en las desventajas de tomarse su tiempo que en las ventajas”.

Yang creía que, sobre todo, ese joven de cabello dorado no podía tolerar a

nadie más que a sí mismo haciendo historia. Tomarse su tiempo significaba dar a otros la oportunidad de planear y maniobrar. Ahora que había disuelto la Alianza de los Planetas Libres, de hecho y de nombre, vendría a borrar al grupo de Yang con cañones ardientes y un enorme y embarrado río de naves de guerra. El espacio estaba a punto de ser inundado por una ola furiosa de espíritu conquistador que superó incluso al de Rudolf von Goldenbaum hace mucho tiempo.

Ante eso, Yang tuvo que actuar como un rompeolas, usando la poca fuerza que poseía, por el bien de un día en que las olas de ira se irían y la marea retrocedería. No tenía idea de cuándo llegaría ese día. Probablemente sería en una época en que Yang todavía existía solo en registros y grabaciones.

Y así, incluso cuando endureció su determinación como un “caballero de la democracia”, Yang también relativizó descuidadamente la posición de su oponente. El uno representaba el camino más corto hacia la paz y la unidad; el otro el largo camino hacia el gobierno democrático principal. Si existiera un solo Dios supremo en este universo, ¿cuál de ellos aprobaría cuando ambos emprendieran una guerra sangrienta?

CAPÍTULO 09: EN LA VÍSPERA DEL FESTIVAL

I

EN FEBRERO DE 800 SE, y 2 NIC, se envió un informe del Planeta Phezzan a la sede imperial en Heinessen que luego se conocería como la "carta que detuvo veinte millones de botas". Si el contenido de ese informe se hubiera hecho público antes de ese momento, sin embargo, seguramente se habría reído como una broma de mal gusto y olvidado. No era de extrañar que Fräulein Hildegard "Hilda" von Mariendorf, quien recibió el informe primero, se quedó sin palabras durante varios segundos, y dudó en informarlo al kaiser.

"Hay signos preocupantes que rodean a von Reuentahl", dijo.

A Hilda no le habría sorprendido tanto si el mariscal von Oberstein, ministro de asuntos militares, y el jefe Lang, de la Oficina de Seguridad y de Salvaguardia Nacional del Ministerio de Asuntos Internos, hubieran sido los únicos firmantes. Este informe, sin embargo, había venido del Ministro de Justicia Bruckdorf. Un hombre llamado Odets había comenzado a difundir ruidosamente rumores después de llegar a Phezzan. Aunque afirmó ser un enviado del gobierno de los Planetas Libres, ni siquiera se había reunido con el káiser. Según él, el mariscal von Reuentahl tenía la intención de rebelarse. El Jefe Lang de la Oficina de Seguridad y de Salvaguardia Nacional del Ministerio de Asuntos Internos se había subido a eso de inmediato.

Odets había apostado el destino de su nación en la punta de su lengua. ¿Era ahora un hombre destrozado, listo para morir, solo tratando de difundir la confusión en el imperio? ¿Estaba tratando de recuperar — con una metodología bastante extrema — la confianza que había tenido en su elocuencia, perdida cuando Mittermeier lo había rechazado? ¿Quería causar un alboroto social y no le importaba lo que le sucedió? ¿Contaba con la efectividad de la elocuencia junto con la ficción? ¿Tenía tendencias psicológicas asociadas con delirios de grandeza? En ese momento, nadie podía decir con certeza. En cualquier caso, sin embargo, era seguro decir que tenía una creatividad y pasión extraordinarias. Ni siquiera el agudo ingenio y la lógica del Káiser Reinhard o la valentía y astucia de von Reuentahl y Mittermeier podrían haber soñado que este charlatán impertinente podría hacerles daño de esa manera. Ningún ser humano era todopoderoso. Los pensamientos, en particular, estaban sujetos a la influencia restrictiva del temperamento. Ni siquiera Mittermeier, que había conocido a Odets en persona, podía recordar los nombres de hombres tan pequeños, por lo que era seguro que ni Reinhard, que lo había rechazado en la puerta, ni von Reuentahl, que había estado allí a su lado, tenían incluso le dio un asiento en la esquina en los pasillos de sus recuerdos.

Bruckdorf, el ministro de justicia del Imperio Galáctico, tenía poco más de cuarenta años— un abogado de mediana edad, con una mente intrincada y una postura política imparcial. Por eso había sido elegido por Reinhard cuando todavía era un humilde fiscal, y era extremadamente fiel tanto a su káiser como a su posición. Al mismo tiempo, se le proporcionó la ambición y la aspiración que se espera de alguien que se convirtió en el primer ministro de justicia en una nueva dinastía. Sus alimentos de destete los había sazonado con ética y conciencia del orden público. A medida que crecía hasta la edad adulta, el conocimiento de la ley había sido su vino y dependiente de los jueces, su comida. Ciertamente era cierto que, a nivel personal, nunca había pensado bien en el mujeriego de Oskar von Reuentahl; sin embargo, su participación en el juicio político de von Reuentahl no surgió de ningún ánimo personal.

Él, por su parte, sentía la necesidad de imponer disciplina a los funcionarios gubernamentales de alto rango, ciertamente no de manera flexible — por supuesto, lo suficientemente estricta— y además quería establecer una posición ventajosa para el Ministerio de Justicia en relación con los militares. La dinastía Lohengramm había estado bajo un káiser militar desde el principio, y tenía una fuerte tendencia hacia la dictadura militar. Eso puede haber sido permisible en el momento de su fundación, pero a menos que la ley, la burocracia y los militares pudieran alcanzar un estado de equilibrio, no había forma de que el imperio pudiera desarrollarse como una nación sana. Siendo ese el caso, seguramente habría algún valor en denunciar a la figura más influyente de los militares, el mariscal imperial von Reuentahl, y en reventar las narices de esos militares.

En realidad, criticar públicamente el mujeriego de von Reuentahl no fue algo fácil de hacer. Casi sin excepción, las mujeres se habían acercado a él primero, y al final de sus enamoramiento unilateral, fueron dejadas a un lado. De hecho, los rumores sobre von Reuentahl sugirieron que por dentro podría ser el polo opuesto de lo que su mujeriego pareciera implicar, de forma aislada: un hombre con un odio muy profundo hacia las mujeres. Sin embargo, en ausencia de evidencia, el único que Bruckdorf sabía que podría saber la verdad era Wolfgang Mittermeier, el mejor amigo de von Reuentahl, quien había enfrentado la vida y la muerte con él. Como no había forma de que Mittermeier fuera a hablar de tales cosas, el asunto se había convertido en un chismorreo, no especialmente confiable.

En cualquier caso, Bruckdorf no calculó los rumores. Lo que él creía eran hechos que se ajustaban a las circunstancias — solo allí existían pruebas. Por otro lado, en lugar de regresar a la capital imperial de Odín, que fue abandonando gradualmente, tal vez quería asegurarse un lugar para él en Phezzan, el futuro centro del universo entero.

Con el permiso del Ministro de Asuntos Militares von Oberstein y la cooperación del Jefe Lang del Buró de Seguridad y Salvaguardia, Bruckdorf estableció una oficina temporal en Phezzan y se dedicó a investigar los antecedentes de von Reuentahl. Luego, con una facilidad que lo dejó un poco atónito, se enteró de la mujer llamada Elfriede von

Kohlrausch.

“El mariscal imperial von Reuentahl está escondiendo a un miembro de la familia del difunto duque Lichtenlade en su propiedad privada. Esto claramente desafía la voluntad de Su Majestad, y no es exagerado llamar a esto una forma de alta traición”. Lang había tratado de ocultar su emoción, fracasó y, con los ojos llenos de capilares rotos, incitó al ministro de justicia a acto. Bruckdorf se sintió un poco incómodo con esto; También tenía conciencia como abogado, por lo que decidió interrogar a esta mujer Elfriede y escuchar la situación directamente de ella. Como se había enterado de ella tan fácilmente, también se había preguntado si todo esto podría ser una configuración orquestada por alguien que lo tenía para von Reuentahl. Sin embargo, Elfriede había respondido a sus preguntas sin siquiera intentar negarse, y el resultado había provocado un éxtasis en Lang.

“Esa mujer está embarazada del hijo del mariscal imperial von Reuentahl. Ella testifica que cuando le informó, el mariscal lo felicitó y dijo que por el bien del niño, él pondría su vista aún más alta”.

Al menos en su corazón, Lang probablemente había bailado un alegre vals. Lo siguiente que hizo fue arrebatarle la autoridad para destituir a von Reuentahl del ministro de justicia. Von Reuentahl podría desafiar la voluntad de Su Majestad, pero como no violaba ninguna ley escrita, el asunto estaba fuera del ámbito del Ministerio de Justicia— esa era la razón que había dado. Bruckdorf se puso furioso cuando supo que solo se había usado su nombre en el informe oficial y, al final, se dio cuenta del estúpido error que había cometido al quedar atrapado en la trampa definitiva de la ley. Lo máximo que podía hacer en ese momento era retirarse con gracia.

Ernest Mecklinger registra lo siguiente:

“El hombre llamado Paul von Oberstein recurría con frecuencia a trucos ingeniosos y estratagemas despiadadas para purgar a otros; Además, no habló de sus causas ni explicó su razonamiento, por lo que no es de extrañar que fuera odiado por los almirantes de una mente militar, que aman la claridad y la sencillez. Dicho esto, nunca conspiró para obtener ganancias personales, y al menos desde su punto de vista, estaba ofreciendo una

devoción desinteresada a su estado y su señor. Sus habilidades directivas como ministro de asuntos militares y su dedicación a su trabajo estaban en un nivel extremadamente alto. El mayor problema con él era probablemente su naturaleza sospechosa, que se había fusionado con la lealtad que tenía hacia su maestro. Como el Mariscal Imperial Mittermeier alguna vez opinó, ‘Von Oberstein piensa que cada vasallo importante además de él es un agente durmiente para alguna rebelión’, y esa observación fue muy acertada. Debido a su sospecha, von Oberstein era naturalmente incapaz de tener fe en colegas confiables, lo que lo dejó usando hombres como Lang. Está muy claro que no pensaba mucho en el carácter de Lang. Lo más probable es que pensara en él como nada más que una simple herramienta. Si Lang hubiera sido un ser humano igual, von Oberstein habría desconfiado de él, pero en realidad fue porque lo veía como una herramienta simple que nunca dudó de él. Sin embargo, aunque esa herramienta podría no haber tenido colmillos como un animal salvaje o un pico como un ave de rapiña, sí tenía espinas venenosas”.

Y así, el 27 de febrero, Oskar von Reuentahl dio la bienvenida al almirante mayor Neidhart Müller a la casa de su oficial. La expresión en el rostro de Müller no podía describirse como alegre. El mariscal imperial heterocromático estaba terminando su desayuno y sugirió compartir un café después del desayuno con su colega más joven. Aunque Müller era ciertamente lo suficientemente inteligente, el joven simplemente no podía actuar, y con una mirada a las nubes que se cernían sobre sus ojos marrones arenosos, von Reuentahl supuso que lo que había traído, no sería una buena noticia. Después de terminar su café, von Reuentahl hizo una señal con su mirada negra y azul, y Müller, vistiendo apresuradamente una etiqueta, solicitó que se presentara en la sede imperial.

A las nueve en punto de la misma mañana, Wolfgang Mittermeier entró a trabajar en el viejo hotel contiguo al puerto espacial, ahora designado como el Centro de Comando Imperial de la Armada Espacial. Allí recibió el informe del arresto de von Reuentahl, expulsando instantáneamente las fuerzas restantes del hombre de arena de su cuerpo. Sin decir palabra, giró sobre sus talones y comenzó a salir corriendo por la puerta de su oficina.

En ese mismo instante, el joven vicealmirante Bayerlein apareció de repente

en la puerta, bloqueándole el camino.

“¿A dónde vas, excelencia?”

“¿No es obvio? Voy a ver a von Reuentahl, por supuesto”.

“No, su excelencia — no debe hacer eso. En un momento en que tales hechos han salido a la luz, reunirse con el mariscal von Reuentahl suscitaría sospechas innecesarias”.

La expresión de Bayerlein era desesperada mientras intentaba evitar que Mittermeier se fuera. Los ojos de Mittermeier brillaron con pulsos eléctricos de ira.

“No te vuelvas inteligente conmigo. No tengo una micra de tierra que esconder. ¿Qué les pasa a los vasallos de la corte — que han sido amigos durante años — reuniéndose? Sal de mi camino, Bayerlein”. Pero ahora, había alguien más que lo impedía.

“Su Excelencia, Almirante Bayerlein tiene razón. Podrías ser completamente honesto y justo, pero si la lente de las personas que te miran está distorsionada, la imagen que ven también estará naturalmente distorsionada. Una vez que el Mariscal von Reuentahl sea liberado de esta sospecha deshonrosa, nadie lo acusará, sin importar cuándo Su Excelencia se encuentre con él. Por favor, sea prudente”.

Fue el general Büro quien dijo eso.

Büro era mayor que Mittermeier, y sus palabras de persuasión no debían tomarse a la ligera. La luz eléctrica que había llenado los ojos grises del “Gale Wolf” ahora se debilitó, y después de permanecer allí en silencio por un momento, finalmente se sentó en su escritorio. Sus movimientos lentos estaban muy lejos de su velocidad habitual, e incluso su voz parecía frágil y sin vida.

“Su Majestad me otorgó el título de Mariscal Imperial, e incluso un puesto muy por encima de mi estación, de comandante en jefe de la Armada

Espacial Imperial. No importa cuán alto sea mi posición, si ni siquiera puedo encontrarme con mi amigo cuando quiero, ¿eso no me pone detrás incluso del campesino más humilde?”

Los oficiales de su personal no dijeron nada y solo observaron a su respetado comandante.

“En aquel entonces, cuando Su Alteza todavía era Marqués von Lohengramm, ciertamente dio órdenes de que los hombres del clan Lichtenlade fueran ejecutados y las mujeres exiliadas. Pero nunca dijo que las mujeres debían permanecer en sus lugares de exilio para siempre. No hay forma de que von Reuentahl haya desafiado la voluntad de Su Majestad”.

Era un trocito de sofistería extremadamente torpe, uno que Mittermeier nunca hubiera usado para defenderse.

“En cualquier caso, el mariscal von Reuentahl es una figura influyente en el ejército y un héroe nacional. Su Alteza el Káiser Reinhard nunca lo castigaría por algún rumor irresponsable”.

Mientras respondía a Büro con un movimiento de cabeza mecánico, Mittermeier miraba en su soledad las llanuras de su corazón, sobre las cuales comenzaban a caer gotas de inquietud.

II

La cara angulosa y bien dibujada del funcionario de von Reuentahl, Hans Eduard Bergengrün, estaba llena de preocupación. Bergengrün nunca había perdido su comportamiento fuerte y silencioso mientras luchaba contra enemigos poderosos, pero por el momento incluso él era impotente ante la inesperada crisis de su superior.

El año anterior, cuando recuperaron la Fortaleza Iserlohn de la alianza militar, von Reuentahl le reveló a Bergengrün una parte de su estado mental menos que simplista con respecto al kaiser. Ahora, en una habitación en el Museo Nacional de Arte — que sirve por el momento como cuartel general imperial — Bergengrün solo pudo soportar la opresión en su pecho mientras miraba desde atrás el cabello castaño oscuro de su oficial superior, que estaba sentado con excelente postura en la silla que había tomado.

El “interrogatorio” de Von Reuentahl fue llevado a cabo por Neidhart Müller, pero este interrogador habló muy cortésmente sobre su tema y permitió que Bergengrün estuviera presente con su superior, probablemente para evitar molestar a los subordinados de von Reuentahl y dar la impresión de un juicio secreto.

Las respuestas de Von Reuentahl a las preguntas de Müller resonaron en las paredes.

“Si se corriera el rumor de que yo, Oskar von Reuentahl, fue a través de la fuerza o abuso de autoridad cometiendo actos de saqueo o trayendo daño a los civiles, eso, para mí, sería la mayor de las humillaciones. Hacer que diga que tengo la intención de rebelarme y buscar el trono, eso es — para mí — para un guerrero en tiempos caóticos, más una ocasión de orgullo”.

Los órganos respiratorios de Bergengrün dejaron de funcionar repentinamente ante la absoluta arrogancia de esas palabras, mientras los dedos de Müller bailaban en silencio sobre su escritorio.

“… Sin embargo, desde que Su Majestad el Káiser Reinhard estableció su almirantazgo en la antigua dinastía, todos los días, sin excepción, he hecho todo lo posible al servicio de su conquista. En ese punto, no tengo la menor pizca de culpa en mi corazón”.

Tal vez el prejuicio de Bergengrün estaba carcomiendo su propio campo de conciencia, pero sintió que la respuesta de von Reuentahl estaba un poco vagamente sombreada.

“Lo que es ridículo es la identidad de mi calumniador. ¿Quién es el Jefe

Lang de la Oficina de Seguridad y Salvaguardia Nacional del Ministerio de Asuntos Internos? Es el mismo individuo equivocado que el año pasado, sin calificación, asistió a una reunión que era solo para oficiales clasificados como almirante superior y superiores y, como si eso no fuera suficiente, incluso se atrevió a hablar en ella. Es probable que esté molesto por haber recibido la orden de la sala y está haciendo acusaciones injustas basadas en sus sentimientos personales. Me gustaría que tengas en cuenta la situación en ese momento".

Cuando se formularon y respondieron las preguntas básicas, Müller dijo: "He escuchado el caso de Su Excelencia. ¿Qué dirías si te encontraras con Su Majestad directamente y le defendieras?"

"No me importa la palabra 'defensa'." La esquina de la boca de von Reuentahl se inclinó ligeramente hacia arriba. "Aun así, si puedo reunirme con Su Majestad en persona para hacerle saber lo que pienso, mis acusadores perderán cualquier oportunidad para apuñalarme. Es una molestia, estoy seguro, almirante mayor Müller, pero ¿puedo pedirle que haga los arreglos necesarios?"

"Si el mariscal imperial así lo desea, eso no será un problema. Iré e informaré a Su Majestad de inmediato".

Reinhard recibió el informe de Müller y, después del almuerzo, interrogó personalmente al mariscal heterocromático. El lugar era una galería gigante en el Museo Nacional de Arte, frente al Jardín de Rosas de Invierno desde más allá de un bosque de cipreses. Una exposición de pinturas al óleo había estado en exhibición hasta la época de la ocupación imperial, e incluso ahora, las paredes todavía estaban alineadas con esas pinturas. Mittermeier y otros líderes militares superiores cuya asistencia Reinhard había permitido tenían con sus propias manos alineadas las sillas plegables que ahora ocupaban; Esto mostraba un lado de la nueva dinastía que se negaba a poner demasiado énfasis en la belleza de las formas. Mientras alineaban sus sillas y miraban, su káiser de cabello dorado — él mismo era una obra de arte que respiraba — separó de alguna manera de mala gana sus elegantes labios.

"Mariscal imperial von Reuentahl".

“Su Majestad…”

“¿Es verdad la acusación de que tienes una mujer de la familia del difunto duque Lichtenlade en tu casa privada?”

Mientras von Reuentahl estaba solo en medio de la amplia galería, sus ojos heterocromáticos —e l negro profundo y hundido de su derecha y el azul brillante de su izquierda — fueron entrenados sin miedo directamente en el joven káiser. Eran ojos completamente apartados del arrepentimiento y la defensa.

“Es verdad, Su Majestad”.

Lo que sacudió el aire de la galería en el siguiente instante no fue la voz de von Reuentahl, sino la de su amigo más querido. Mittermeier se había levantado de su asiento.

“¡Su Majestad! Esa mujer guarda rencor contra von Reuentahl. Ella ha hecho amenazas contra su vida. Hablo con plena conciencia de la incorrección, pero por favor, tenga en cuenta la situación tanto antes como después. Perdona el comportamiento imprudente de von Reuentahl”.

Mittermeier se dio cuenta de que alguien tiraba de la manga de su uniforme y movió un poco la mirada. Sentado en el asiento junto a él estaba el “almirante silencioso”, el almirante mayor von Eisenach. Su boca todavía era una línea recta, y estaba mirando a Mittermeier con una expresión que era como un trozo de mineral. Mittermeier entendió lo que estaba diciendo, pero aun así, no dejaría de presentar su caso al káiser.

“Su Majestad, mein káiser, es el Mariscal Imperial von Oberstein, el ministro de asuntos militares, y el Jefe Lang de la Oficina de Seguridad y Salvaguardia Nacional del Ministerio de Asuntos Internos a quien denuncio. En un momento en que la facción de Yang Wen-li ha ocupado Iserlohn y se está preparando abiertamente para oponerse al imperio, calumniar al mariscal von Reuentahl — el principal asesor de Su Majestad — es dañar la unidad y la cohesión de los militares. ¿No es esto equivalente

a ayudar e incitar al enemigo?”

El fervor de Mittermeier, al parecer, había derretido el corazón del káiser, o al menos su superficie exterior. La elegante línea de los labios de Reinhard se inclinó ligeramente en una sonrisa.

“Mittermeier, eso es suficiente. Tu boca fue hecha para alentar a vastos ejércitos— criticar mal a los demás no le conviene”.

El rostro juvenil del almirante valiente y de más alto rango de la Armada Imperial se enrojeció, y después de estabilizar su respiración, volvió a sentarse torpemente.

Interrumpir un interrogatorio entre el káiser y su sujeto fue una violación del decoro que normalmente habría exigido el cargo de lèse-majesté. Mittermeier no había estado tratando de imponer la bondad del káiser; había estado preparado para serios castigos al sonido del grito del káiser, pero para Reinhard, el fuerte espíritu y la rectitud de corazón del Gale Wolf nunca despertaron desagrado.

“Mein káiser”, dijo von Reuentahl a su maestro. Este era el tono que inspiraría a varias personas a comentar más tarde: “Nadie pronunció las palabras ‘mein kaiser’ de manera más bella que el mariscal imperial von Reuentahl”. La belleza física de Káiser Reinhard era tan incomparable como su ingenio rápido, pero von Reuentahl También tenía una belleza majestuosa e imponente, y de pie allí, con una baqueta justo delante del Káiser, su belleza y dignidad sobresalían incluso en las muchas esculturas que el museo tenía en exhibición.

“Mein kaiser, fue una tontería por mi parte llevar a esa mujer, Elfriede von Kohlrausch, a mi casa, sabiendo que era pariente del duque Lichtenlade. Lamento profundamente mi descuido. Pero que eso sea visto como un signo de rebeldía contra Su Majestad es indeseable en extremo, y les juro que no es tal signo”.

“En ese caso, ¿qué pasa con su alegría al enterarse de su embarazo y su afirmación de que, por el bien del niño, apuntará aún más alto?”

“Esa es una absoluta falsedad. No sabía que la mujer estaba embarazada. Si hubiera sabido…” —aquí un iceberg de auto-reproche levantó su punta justo por encima de la superficie de un mar negro y azul— “… Le habría hecho abortarlo de inmediato. En ese punto no hay lugar para la duda”.

“¿Cómo puedes estar tan seguro?”

“Porque no soy digno de ser el padre de nadie, Su Majestad”.

Había oscuridad en la voz de von Reuentahl, pero no había niebla de incertidumbre, y el silencio de los presentes en la espaciosa galería del museo solo se hizo más profundo. Debajo de su uniforme, Mittermeier sudaba por el bien de su amigo.

Con respecto a ese último punto, Reinhard no hizo preguntas. Naturalmente, era consciente de que el comportamiento personal de von Reuentahl invitaba a todo tipo de críticas desfavorables, pero a pesar de lo dictador que era, todavía era reacio a caminar descalzo hacia los dormitorios mentales de sus vasallos. De todos modos, las relaciones amorosas de los demás nunca le habían interesado. Las palabras que surgieron de entre los dientes blancos glaciares del joven káiser al principio parecían no tener relación con la respuesta de von Reuentahl.

“Me prometiste lealtad cuando todavía no había logrado el nombre de von Lohengramm…”

Eso había sido una noche hace cinco años; en ese momento, Reinhard tenía diecinueve años y simplemente era “Almirante von Müssel”. Había sido la noche en que la flota enviada para subyugar al marqués von Klopfstock tras el fallido intento del marqués en la vida del emperador había regresado al planeta Principal Odín. Con los truenos desgarrando las gruesas cortinas de la noche y la lluvia, von Reuentahl había venido solo a ver a Reinhard y Siegfried Kircheis. Explicando que la vida de su amigo Mittermeier estaba en manos de los altos nobles, había rogado por su ayuda y había jurado su lealtad a Reinhard.

Ahora, los recuerdos compartidos de esa escena se superponían a los ojos del káiser y del secretario general del Cuartel General del Comando Militar Imperial.

“¿Recuerdas aquella noche, mariscal von Reuentahl?”

“Nunca lo he olvidado, Su Majestad. Ni siquiera por un día.”

“Muy bien, entonces…”

Aunque una sombra de melancolía no se había desvanecido por completo del rostro de Reinhard, parecía que un rayo de sol había atravesado la niebla.

“Decidiré qué hacer contigo en los próximos días. Espere instrucciones en sus habitaciones — hasta entonces, el almirante mayor Müller atenderá sus tareas”.

Un coro de respiraciones contenidas, exhalado de alivio, agitó la más leve brisa en la espaciosa galería. Von Reuentahl hizo una profunda reverencia, y después de que los asistentes se marcharon, Reinhard regresó a su oficina — anteriormente la oficina del curador — y buscó opiniones de su círculo íntimo. ¿Qué hacer con von Reuentahl?

Su ayudante principal von Streit miró a su apuesto joven señor de frente, con los ojos brillantes con profunda consideración.

“Es sabido por todos que el Mariscal Imperial von Reuentahl es un vasallo consumado y valioso para Su Majestad, y un héroe para la nación. Si trataras a ese hombre a la ligera porque creías en un rumor, sería un shock mental para los demás, quienes a su vez se sentirían incómodos por su propia posición. Su Majestad, trátelo con imparcialidad informada por su perspicacia”.

“¿Oh? ¿Parece que quiero juzgar a von Reuentahl?”

Cuando von Streit estaba respondiendo, los ojos de Reinhard se volvieron

hacia Hilda. La condesa era conocida por sus ingeniosos planes y su sabio juicio, pero inusualmente para ella, se abstuvo de responder de inmediato en este caso. Como aliado, von Reuentahl era incomparablemente confiable, pero aun así, había algo en él que ponía nerviosa a Hilda.

El año pasado, en el momento de la Guerra Vermillion, Hilda le había pedido a Mittermeier que realizara un asalto directo a la capital de los Planetas Libres, Heinessen. Lo que había sentido de von Reuentahl en ese momento, Hilda aún no había logrado evaporarse.

III

En la oficina del secretario general del Cuartel General del Comando Militar Imperial, ahora privado de su amo, los asesores de von Reuentahl estaban discutiendo un plan para pasar los próximos días.

El teniente comandante von Reckendorf se inclinó hacia adelante y dijo: “Su Excelencia, si perdona mi impertinencia, creo que deberíamos pedirle al ministro de asuntos militares que nos entregue a esta mujer von Kohlrausch, y hacerla confrontar al mariscal von Reuentahl en persona. Al hacerlo, el hecho de que ella intentó arrastrar al Mariscal von Reuentahl se puede establecer claramente”. Ante esta propuesta, Bergengrün miró a sus colegas con tristeza y dijo: “Las cosas no irían tan fácilmente, Teniente Comandante von Reckendorf. Sabes tan bien como yo qué tipo de hombre es el ministro de asuntos militares. Una vez que esa mujer esté en sus manos, él la hará dar cualquier tipo de declaración que le convenga, ¿no?”

Cuando sintió que la opinión del almirante era correcta, el teniente comandante guardó silencio. Bergengrün se cruzó de brazos.

“Lamentablemente, todavía no podemos suponer que la seguridad personal del mariscal von Reuentahl está garantizada. En la actualidad, Su Majestad parece confiar en su antigua amistad y estar de un humor magnánimo, pero

en el futuro, no sabemos hacia dónde se inclinará la balanza…”

Murmuró estas palabras como si advirtiera contra su propio optimismo, y mientras hablaba, un oficial anunció la presencia de un visitante.

El visitante era el general Volker Axel Büro, un oficial del personal del comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial Mittermeier.

Bajo el mando del pelirrojo Siegfried Kircheis, Büro y Bergengrün una vez compitieron entre sí por la fama. Durante la Batalla de Amritsar y la Guerra de Lippstadt por igual, habían luchado con sus respectivas columnas una al lado de la otra. Con la muerte inesperada de Kircheis, su nave insignia, *Barbarossa* , había perdido a su honorable maestro y fue atracado en el puerto espacial de la capital imperial, mientras que su equipo de oficiales de personal había sido dividido y reasignado a varios puestos dispersos. Pero a pesar de que las secciones a las que estaban afiliados ahora diferían, eso no hizo nada para erosionar sus recuerdos de las batallas de vida o muerte juntas.

Büro se reunió con Bergengrün en una habitación separada y alentó a su viejo amigo, informándole que el kaiser probablemente trataría generosamente con von Reuentahl, y que el mariscal imperial Mittermeier había prometido su plena cooperación.

“Estoy agradecido de escucharlo. Aun así, Büro…” Mientras bajaba la voz, los truenos que ocultaban destellos de relámpagos cruzaban la expresión de Bergengrün. “Fue por la intromisión del ministro de asuntos militares que perdí a mi oficial superior, el almirante Kircheis. Era joven, pero realmente era un gran comandante. Si perdiera a un segundo oficial superior en el espacio de dos o tres años por el mismo mariscal von Oberstein, mi vida sería el epítome de la tragedia y la comedia”.

“Espera un minuto, Bergengrün…”

Ante los ojos de su viejo amigo, Bergengrün exhaló un fuerte aliento.

“Sé lo que vas a decir, Büro — mi deber es calmar al mariscal von

Reuentahl y asegurarme de que no se desborde. Y pondré toda mi fuerza en hacer eso. Sin embargo, si el mariscal von Reuentahl incurre en un castigo que excede en gran medida lo que exige su crimen, no podré dejarlo pasar”.

Aunque sabía que no había nadie más en la habitación, Büro no pudo evitar mirar a su alrededor.

El mariscal imperial von Reuentahl había llevado a una mujer a su casa privada que era de la familia del conde Lichtenlade — esa acción precipitada había sido el comienzo de todo esto. Pero ahora, en un momento en que Yang Wen-li y sus asociados habían retomado la Fortaleza Iserlohn y se necesitaba la unidad y la cooperación de todo el ejército imperial, la gente estaba reprendiendo al secretario general del Cuartel General del Comando Militar Imperial por un error en su vida personal, y hablando de ello como si estuviera directamente relacionado con la alta traición. Büro podía entender bien los sentimientos de odio que su viejo amigo tenía hacia eso.

Desde la inesperada muerte de Siegfried Kircheis, un pequeño fuego de insatisfacción y hostilidad hacia von Oberstein se había consumido en Bergengrün y no había podido apagarlo. Ese día, en septiembre del año 488 del antiguo Calendario Imperial, un cañón de mano de asesino había sido apuntado a Reinhard, y su descarga no debería haber sido evitada por el cuerpo de Kircheis, sino por el cañón de su arma. Después de todo, hasta ese día, solo a él se le había permitido llevar armas al lado de Reinhard, y su puntería había sido sobresaliente.

Había sido von Oberstein quien había visto las maniobras armadas de Kircheis como un privilegio injusto, y aconsejó su revocación. Reinhard también tuvo la culpa de escucharlo, pero se arrepintió de lo que había hecho; en contraste con eso, von Oberstein era frío e indiferente, y hasta el día de hoy los antiguos subordinados de Kircheis no podían evitar sentirse indignados hacia él.

De vuelta en el planeta Phezzan, separado por un mar de estrellas, el

mariscal imperial von Oberstein, ministro de asuntos militares, no pudo detectar la hostilidad de Bergengrün y sus compatriotas. Aunque incluso si lo detectara, era poco probable que cambiara su actitud o políticas de alguna manera.

Fue Heidrich Lang quien cultivó los rumores de la “intención rebelde” de von Reuentahl hasta que dieron el fruto de un interrogatorio personal por parte del káiser. Von Oberstein había estado observando en silencio mientras Lang, con un gusto depravado, prodigaba grandes cantidades de agua y fertilizantes con ese chisme irresponsable. Von Oberstein no lo había alentado en esta empresa, ni había tratado de evitarlo; más bien, simplemente había observado, como un maestro podría observar el desempeño de un torpe discípulo. Tal vez podría haber dicho que la caída de von Reuetahl sería un resultado aceptable, y si no se caía, simplemente no lo hacía. Aun así, simplemente dando su aprobación tácita a las acciones de Lang probablemente significaba que no encontraría ningún favor con el resto del almirantazgo, o con Mittermeier en particular.

Tal era el pensamiento de su subordinado, Anton Ferner. Otra posibilidad era que al concentrar en él toda la antipatía, hostilidad y odio de los almirantes, el ministro de asuntos militares estaba sirviendo de escudo para el káiser. Sin embargo, Von Oberstein nunca dejó que las palabras en ese sentido se le escaparan de la lengua, por lo que esto podría no haber sido más que la interpretación de Ferner, ya que habría sido difícil determinar en primer lugar si von Oberstein había pensado siquiera en tales consideraciones. Sin embargo, desde el principio, la visión de Lang, que ni siquiera estaba afiliado al Ministerio de Asuntos Militares, se acomodó aquí en Phezzan mientras se acercaba a von Oberstein como un asesor de confianza apenas había sido agradable para Ferner. Sin embargo, no se mostró en absoluto en su actitud. Después de todo, tampoco era el dueño de un sistema de valores tan claro y directo.

Cuando Lang llegó a informar que el mariscal von Oberstein finalmente había sido interrogado por el propio káiser, von Oberstein dirigió la fría luz de sus ojos artificiales hacia él. A pesar de la alegría que sentía Lang por dentro, mantuvo la cara baja, y parecía que estaba hablando al escritorio en lugar de a la cara severa de von Oberstein. Cuando terminó su informe, von

Oberstein habló por primera vez.

“Lang”.

“Er, ¿sí…?”

“No me decepciones. Su deber es estar atento a los enemigos internos para garantizar la paz y la seguridad de la dinastía. Sería escandalosamente desleal de su parte acusar falsamente a un héroe de la fundación de nuestra nación por un rencor personal y, por lo tanto, debilitar los cimientos de la dinastía. Tenga eso en cuenta.”

“Soy muy consciente de eso, Su Excelencia. Por favor, tranquilícese”.

Von Oberstein no estaba provisto de visión de rayos X. En la cara de Lang, con una reverencia tan baja que estaba mirando hacia el suelo, había una pequeña cantidad de sudor, y un extraño vapor de incongruencia parecía colgar sobre él. En un espacio donde ningún alma estaba mirando, su cara parecía estar hecha de piezas inorgánicas de un rompecabezas.

“‘… No hay evidencia concreta por la cual podamos concluir con confianza que Heidrich Lang estaba tratando de mover las cosas con intenciones peligrosas desde el principio. Sin embargo, actualmente se cree que los contornos de su ambición aparecieron al comienzo de 2 NIC aunque todavía no eran claros. Su intención era avivar el conflicto entre el ministro de asuntos militares, el mariscal von Oberstein y el secretario general del cuartel general del comando militar imperial, mariscal von Reuentahl, y aprovechando su lucha, ascender para convertirse en el jefe de todos los vasallos del imperio.…’ Hoy, esto se considera un pensamiento escandalosamente ridículo, y ni siquiera merece ser comentado. Como todos sabían, Lang no era un almirante famoso e invicto con innumerables logros a su nombre como von Reuentahl. Tampoco era un asesor capaz como von Oberstein, que durante mucho tiempo había estado eliminando a los enemigos de su señor y el estado mediante intrigas y una gestión cuidadosa de los militares. Lang era un simple conspirador, y nada más que el jefe de una policía secreta deshonrosa. Sin embargo, la historia nos instruye con innumerables ejemplos de la vida real de cómo los

conspiradores sin talento y de mente estrecha a menudo empujan a individuos de mucho mayor talento o nobleza que ellos mismos a mires sin fondo, hundiendo no solo a sus oponentes sino también las posibilidades de sus generaciones…”

El hombre que más tarde dejaría ese registro, el almirante mayor Ernest Mecklinger, había recibido en este momento las órdenes de Reinhard, y actualmente estaba moviendo toda la fuerza que se le había dado como comandante de la retaguardia en jefe hacia Iserlohn. Era su trabajo restringir las actividades ofensivas y defensivas de Yang Wen-li, quien había robado la fortaleza de Iserlohn. Si Yang invadía el espacio imperial, debía detener a Yang, y si se dirigía a lo que había sido el espacio de la Alianza de Planetas Libres, atacaría a Yang desde la retaguardia. Es justo decir que fue una misión muy importante.
Si bien parecía que Reinhard había estallado de ira y movía fuerzas militares masivas basadas en la emoción, su mirada azul hielo estaba evaluando la situación militar en cada cuarto de esa vasta extensión de espacio. Y eso era algo que Yang Wen-li ya había supuesto en la fortaleza de Iserlohn.

IV

La noche antes de partir de la capital imperial, Mecklinger cenó con dos de sus colegas, Kessler y Wahlen.

Para entonces, el asistente de Mecklinger, por así decirlo, el vicealmirante Lefort, el jefe de personal de la retaguardia, ya había subido a su nave de guerra en órbita, donde esperaba la llegada de Mecklinger. Las fuerzas militares del imperio eran abrumadoramente superiores a las de las Fuerzas Armadas de la Alianza o la facción Yang Wen-li, pero desde el punto de vista de Mecklinger, eso planteaba un pequeño problema en términos de distribución de las fuerzas militares. El Káiser Reinhard tenía a casi todos sus principales asesores agrupados en una vasta franja de espacio que se

extendía desde Phezzan hasta el espacio de Planetas Libres, y en la actualidad su subyugación de la alianza parecía ser un éxito total. Pero mientras tanto, dentro de las fronteras aún más vastas del espacio imperial, la capital imperial de Odín, aparentemente abandonada por el joven conquistador, estaba siendo defendida por el almirante mayor Kessler, y Mecklinger estaba siendo desplegado en la región del Corredor Iserlohn. Muy pronto, Wahlen probablemente también recibiría órdenes para su primera movilización desde su ataque punitivo en la Tierra. En el territorio original del Imperio Galáctico, parecía inevitable que las fuerzas militares se dispersaran.

Justo antes de su café después de la cena, Kessler le hizo a Mecklinger la siguiente pregunta:

“Estoy un poco nervioso por esto, Almirante Mecklinger. Es bueno y bueno para el Káiser trasladar su cuartel general imperial a Phezzan, pero ¿qué piensa hacer con este planeta? Aquí hay alguien muy cercano a Su Majestad”.

“¿Te refieres a la hermana mayor de Su Majestad, el Almirante Kessler?”

Kessler se desempeñó como comisionado de la policía militar y comandante de las defensas de la capital, pero no era un comandante de la flota y, por lo general, nunca se lo habría llamado el título de “Almirante”. Sin embargo, sus colegas no insistían en tales formalidades, y él mismo disfrutaba de ser llamado así.

“Así es”, dijo. “Su Majestad la Archiduquesa von Grünewald. Ella”. El almirante mayor August Samuel Wahlen hizo una pregunta vacilante:

“El káiser y la archiduquesa son hermanos, pero no se han reunido desde que sucedió *eso* , ¿verdad?”

Eso se refería a la muerte de Siegfried Kircheis en septiembre del año 488 del antiguo Calendario Imperial. Esa tragedia había sido la ocasión para el traslado de la condesa Annesrose von Grünewald a una villa de montaña en Froiden.

Una preocupación compartida flotaba en el aire sobre la mesa entre estos tres almirantes famosos.

El káiser no tenía heredero. Solo había una persona en todo el universo que compartió su sangre: la archiduquesa Annerose von Grünewald. Esa señora había monopolizado el afecto de su hermano menor, el káiser, y la admiración de todos en la corte, pero ahora vivía una vida tranquila en su villa en Froiden, y nunca usó su línea de sangre como escudo para interferir en asuntos de estado. El káiser le había pedido a su hermana a menudo que fuera a vivir con él al antiguo palacio imperial de Neue Sans Souci, pero Annerose había seguido negándose; Todo lo que Reinhard había podido hacer era enviar un mínimo detalle de seguridad para garantizar su seguridad.

Era algo realmente siniestro y extremadamente irrespetuoso de imaginar, pero en el caso de que el káiser se fuera de este mundo sin una emperatriz ni un heredero, podría ser Annerose quien salvaría a la dinastía Lohengramm del desmantelamiento y el colapso. Si siguieran la política existente y trasladaran el centro de todo el espacio a Phezzan, Odín sería degradado a otro planeta atrasado. En tal caso, se dedujo que sus fuerzas de seguridad también disminuirían. Para mantener con mayor certeza la seguridad de la archiduquesa Annerose von Grünewald, claramente sería mejor que pudieran hacerla mudarse a Phezzan. También sería mejor suerte de lo que Kessler podría haber pedido si él mismo pudiera acercarse al trono en el proceso.

“Aun así”, dijo Mecklinger, “ese tipo de pensamiento parece tener las cosas al revés. Primero, debemos adelantar a alguien al káiser para ser emperatriz. Entonces no habrá problemas con respecto a la existencia continua de la dinastía”.

Mecklinger sonrió, pero los otros dos hicieron una mueca en respuesta. Ese fue de hecho el mayor problema; Aunque su joven señor poseía una belleza física incomparable, las relaciones amorosas eran, al menos por ahora, ajenas a él. Si lo hubiera deseado, podría haberse enterrado en las flores caleidoscópicas del patio interior. Sin embargo, no importa cómo se

inquieten sus vasallos, este era un problema que solo podía resolverse por la inclinación del corazón de Reinhard.

"¡Acabo de recordar algo!", Dijo Kessler. "Hablando de problemas, ¿qué tal el de Karl Bracke?" El nombre era el de un miembro del gabinete que ocupaba la sede del ministro del gobierno civil. Conocido desde los días del viejo imperio como un cruzado por el avance del conocimiento y la civilización, era un aristócrata que había renunciado al uso de "von" antes de su apellido, y junto con Eugen Richter, el actual ministro de finanzas, había cooperado con todo junto con la política de reforma de Reinhard.

"¿Crees que el Ministro Bracke tiene algo en contra del Káiser?"

"No guarda su insatisfacción para sí mismo. Justo el otro día, aparentemente expresó a su personal: 'Cada año, ordena estas movilizaciones sin sentido, consume el presupuesto nacional para la guerra y aumenta las filas de los muertos más allá de toda razón'. Aunque parece que había tenido un poco de beber en el momento".

"El tesoro todavía está en condiciones bastante estables, ¿no?"

"'Si dejara de ir a la guerra y se concentrara en la política interna, sería más estable', dice. Hay verdad en eso, pero para mí, parece problemático si sus comentarios descuidados terminan ayudando a los reaccionarios anti-káiser".

Wahlen se puso a pensar, apoyando la barbilla algo torpemente con su brazo izquierdo artificial, mientras Mecklinger golpeaba con los dedos su taza de café como si pudiera tocar las teclas de un piano.

"Si tuviera que dar rienda suelta a mi imaginación, diría que alguien con intenciones inquietantes podría estar detrás del escenario, presentando a Bracke como su representante. Y aunque sería un ultraje comentar de inmediato qué hacer con él…"

"En cualquier caso", dijo Kessler, "el ministro Bracke es un miembro del gabinete designado por el Káiser, por lo que realmente no hay nada que

podamos hacer al *respecto* . Pero en el entre bastidores… Así es — ¿qué pasaría si algunos de esos terraistas se deslizaran por allí?” Hablando como si la iglesia fuera una familia de serpientes, Kessler levantó sus anchos hombros encogidos para mostrar su repulsión.

“Cuando lo piensas”, continuó Kessler, “si hay fanáticos sobrevivientes de la Iglesia de Terra que planean venganza, el Almirante Wahlen y yo, como enemigos de su secta, seguramente tendremos nuestros nombres en su lista de éxitos”.

“Bueno, entonces, ¿eso significa que si vamos, iremos juntos?”

Wahlen había comenzado a reírse de ese comentario, pero no tuvo éxito, su rostro adquirió una expresión aguda y amarga. En el momento en que había ejercido fuerza militar contra el cuartel general de la Iglesia de Terra, fue asesinado por un asesino terraista y como resultado había perdido para siempre su brazo izquierdo. Por haber llevado a cabo su misión mientras soportaba un desastre inesperado, la reputación de fortaleza y calma de Wahlen solo había mejorado, pero esa evaluación no haría que su brazo perdido volviera a crecer.

Un reloj antiguo dio las diez. Además de ser un poeta en prosa, un pianista y un pintor de acuarelas, el maestro de esta propiedad, Mecklinger, también era un coleccionista de antigüedades. Era un caballero guapo con un bigote bien recortado, que durante la Guerra de Lippstadt había corrido de inmediato a galerías de arte y museos cada vez que ocupaba territorio enemigo, protegiendo las obras de bellas artes de las llamas de la batalla. Kessler lo había molestado por esto.

“Esa rutina de coleccionistas de arte tuya se ha vuelto realmente desagradable. No puedo evitar preguntarme si pronto comenzarás a recopilar las historias militares del káiser y Yang Wen-li”.

Mecklinger había pensado en eso muy en serio.

“Se suponía que la fortaleza de Iserlohn era inexpugnable hasta que Yang Wen-li abriera su bolsa de trucos de magia. Sin embargo, hizo que cambiara

de manos tan fácilmente como lo hace la posesión de una pelota. Si eso puede llamarse arte, entonces seguramente no tiene igual”.

“Pero aun así, no creo que haya nadie más que pueda imitarlo”.

“Nunca lo toleraría”, dijo Wahlen. “Aun así, cuando lo piensas, es un hombre digno de elogio, incluso si es nuestro enemigo. Con solo esa pequeña fuerza, se está enfrentando a toda la armada de nuestro imperio y nos mantiene tan ocupados que nos está agotando”.

Había una verdad de peso en la voz de Wahlen. Esto fue porque en el año anterior, él mismo había sido llevado a una derrota masiva por el ingenioso plan de Yang. Naturalmente, tenía una determinación tácita de no dejar que volviera a suceder.

A medida que la tarde se desvaneció, Kessler se convirtió en el primero en irse. Tenía que ir y escuchar un informe subordinado sobre los movimientos de Job Trünicht, uno de los temas que tenía bajo observación.

La postura de Kessler hacia Trünicht, ex jefe de estado de la Alianza de Planetas Libres fue, para decirlo amablemente, tratar de ignorarlo cortésmente. La inteligencia le había llegado a través de múltiples canales que Yang Wen-li había aborrecido a Trünicht, hasta el punto de que simpatizaba con un almirante enemigo al que nunca había visto. En su posición, Yang Wen-li tenía que respetar los fundamentos del sistema de gobierno mayoritario conocido como democracia, pero Kessler había podido vivir libre del tipo de ambivalencia de la que Yang había sido víctima, y porque Kessler estaba aún más temperamentalmente rígido que Yang, no había forma de que las dulces palabras y la traición de Trünicht pudieran tener alguna atracción para él. A sus ojos, Trünicht no era más que un ladrón deshonroso de un político. Para robar autoridad, se había aprovechado de las fallas en la forma democrática de gobierno, y para robar su propia seguridad personal, se había aprovechado del mismo declive y caída de la propia nación.

Después de partir hacia el espacio imperial con su familia y fortuna, había dejado atrás instituciones gubernamentales devastadas y simpatizantes.

El Káiser Reinhard también odiaba al hombre y le había prohibido que ocupara un cargo público. Sin embargo, Trünicht, que aún no había abandonado los deseos terrenales, no había perdido el tiempo en usar su abundante capital y su energía sin principios para comenzar a mover los hilos de la burocracia.

En el asiento trasero de un vehículo terrestre con destino a su propio cuartel general, el mal humor de Kessler continuó tomando agua. Como comisionado de la policía militar y comandante de las defensas capitales, se despidió de sus colegas y se quedó solo en Odín. Esto se debió a las órdenes del káiser y a las propias habilidades clericales de Kessler, que le habían permitido cumplir esas expectativas; no se había quedado fuera de ningún deseo personal propio. Si no hubiera sido tan capaz a la hora de desactivar las crisis o tan hábil en la gestión de grandes organizaciones, probablemente habría evitado arrastrarse por el suelo de esta manera y mirar al cielo estrellado con insatisfacción. Kessler no envidiaba los éxitos militares de sus colegas, aunque no pudo evitar sentirse un poco celoso de dónde habían ido. Eran héroes, liderando flotas numeradas en decenas de miles de naves y cruzando vastos mares de negrura llenos de enjambres de estrellas. Originalmente, Ulrich Kessler también se había inclinado en esa dirección, y había elegido por su propia cuenta la vida de un oficial militar imperial. Sin embargo, el verdadero Ulrich Kessler estaba a decenas de miles de años luz de distancia de ese grupo de estrellas que necesitaba ser conquistado, tener que proteger un palacio que ya no tenía un maestro y entretener a personas como Job Trünicht. Si se lograra la paz y la unificación antes de irse al campo de batalla, Kessler celebraría el triunfo de su señor, pero al mismo tiempo probablemente no podría evitar sentir pequeños granos de insatisfacción similares a la arena.

Cuando Kessler llegó al cuartel general, Wahlen también se dirigía a su casa. Un mes después, estos tres hombres estarían separados unos de otros por distancias medidas en los miles de años luz.

V

Era el primero de marzo. El calor de vanguardia de la próxima primavera, inconstante en su cobardía durante las horas del día, fue eliminado por un viento frío de la tarde, que cubrió una capa gruesa, fría y transparente sobre una parte del Planeta Heinessen. A las diez de la noche, su maestro le dijo al joven Emil von Selle, el chambelán del káiser, que se fuera a la cama, ya que no tenía que hacer más recados esa noche. Emil regresó a su habitación, que estaba justo al otro lado del pasillo, y se puso el pijama. Abrió una ventana que estaba empañada de un blanco lechoso, y la fragancia de las rosas de invierno invadió sus fosas nasales, junto con una corriente de aire lo suficientemente fría como para hacerlo temblar. El niño estornudó suavemente. El sonido pareció resonar en la quietud de la noche, y los soldados que patrullaban el espacioso jardín le lanzaron miradas sospechosas. Emil cerró la ventana, se estiró una vez como era su costumbre de acostarse, y estaba a punto de saltar sobre el colchón. Realmente sucedió en ese preciso instante. Una masa de luz blanca en forma de ventana se abrió paso en el centro de su habitación. Justo cuando su color parecía cambiar a naranja, una inmensa pared de sonido se estrelló contra Emil. Cuando se dio cuenta de que algo acababa de explotar, el joven saltó de su cama.

Sonaban explosiones una tras otra, invadiendo los canales auditivos de Emil von Selle. Se cubrió los oídos inconscientemente, solo para ser atormentado por los ecos. Intentó correr hacia la habitación del káiser, pero en su lugar encontró a Reinhard parado frente a la puerta en camisón. Mientras los guardias imperiales formaban columnas y muros a su alrededor, su cabello dorado captaba ondulaciones de luz naranja y brillaba.

“Kisling, ¿qué está pasando?”

El jefe de los guardias imperiales, como un gato — o más bien como una pantera — miró a Reinhard y dijo: “Estamos investigando ahora. En cualquier caso, Su Majestad, apúrese. Te acompañaré a un lugar seguro”.

El káiser asintió. “Emil, ayúdame a cambiarme. Si el káiser huyera en su camisón, los rebeldes tendrían una nueva historia de la cual reírse”.

Kisling quería decirle que este no era el momento ni el lugar para tales preocupaciones, pero para Emil, cualquier palabra que saliera de la boca del káiser era una orden. Sin dudarlo, siguió al káiser a su habitación y ayudó al joven conquistador a ponerse su uniforme negro y plateado. Ignorando la luz, la sombra y el capricho de las explosiones que se desarrollaban fuera de la ventana, Reinhard terminó de cambiarse, y luego sonrió al ver a Emil todavía en pijama. Arrojó su propio camisón alrededor del fiel joven chambelán.

Guiados por Kisling, quien se esforzó por no dejar que sus botas chirriaran con sus pisadas, los tres salieron al Jardín de Rosas de Invierno. Ya, varios oficiales se estaban reuniendo aquí con sus tropas. En medio de franjas negras y naranjas que bailaban salvajemente, los oficiales le aconsejaron al káiser que se ocultara por miedo al fuego de francotiradores. Sin embargo, sin darse cuenta, Reinhard, valiente y confiadamente, mantuvo en alto su hermosa cabeza de cabello dorado. Envuelto en un camisón demasiado grande para él, Emil lo miró con ojos adoradores.

En el momento en que la primera luz del amanecer destellaba con su espada desenvainada en el horizonte, el fuego había disminuido. A primera hora de la mañana se inició una investigación sobre la causa del incendio. Por supuesto, se llevó a cabo junto con la distribución de dinero y suministros a los atrapados en el desastre, y la causa misma se determinó en poco tiempo. Un generador de partículas Seffl que la antigua alianza militar había vendido a civiles para el desarrollo minero se activó por error mientras estaba conectado a una fuente de energía, y una pequeña fábrica que había estado funcionando hasta altas horas de la noche había encendido esos fuegos artificiales.

Finalmente, un accidente fue el culpable de ese gran incendio, que fue el hijo ilegítimo de un sistema irresponsable que se había formado durante el intervalo entre la caída del gobierno de la alianza y el establecimiento de la autoridad del imperio. Sin embargo, casi todas las personas de esa época lo vieron como un incendio provocado. Atrapado en las circunstancias de ese período, era natural verlo así. Los militares imperiales querían creer que los grupos de resistencia de las Fuerzas Armadas de la Alianza habían

comenzado el fuego como un acto de terrorismo, con la intención de aprovechar la confusión, pero de hecho no había habido un levantamiento organizado. Los disturbios habían estallado aquí y allá cuando la gente trataba de aprovecharse de la confusión, pero todos y cada uno de ellos habían sido apagados en las primeras etapas. Esto se había logrado no solo por el liderazgo sensato de Mittermeier y Müller, sino también por la buena influencia del manual de gestión de emergencias, en el que von Reuentahl había considerado detenidamente cada eventualidad. Esto había permitido a las fuerzas imperiales movilizarse eficientemente, tomar posiciones críticas y no ponerse nervioso.

“De todos modos, necesitamos un criminal para responsabilizarnos por esto. Hasta que alguien sea arrestado, la población no estará tranquila”.

El área perdida por el incendio superó los dieciocho millones de metros cuadrados, y los muertos y desaparecidos sumaron más de 5,500. La mitad de ese número consistía en tropas imperiales recién estacionadas que no estaban familiarizadas con la disposición de la tierra. Además, muchos edificios históricos se habían reducido a cenizas, y debido a que las fuerzas imperiales no les habían importado nada, incluso hubo rumores de que los militares imperiales triunfantes habían tratado de purgarlos de sus escondites con fuego. El grupo que el almirante Brentano, vice comisionado de policía militar, extrajo de entre varios “candidatos criminales” era un grupo de resistencia de los Caballeros Patrióticos, un grupo nacional a favor de la guerra que se había desenfrenado durante los últimos días del antiguo FPA.

De hecho, el ejército imperial había considerado el peligro de que tomar medidas enérgicas contra los Caballeros Patrióticos podría convertirlos en un símbolo de resistencia heroica contra el imperio, pero al final de la investigación, se supo que desde el 796 al 799 SE, una relación que involucraba fondos y personal habían existido entre los Caballeros Patrióticos y la Iglesia de Terra. A partir de ese momento, el imperio no reconoció más necesidad de moderación. Mucha gente se sentía segura de todos modos de que los Caballeros Patrióticos habían comenzado el fuego, independientemente de la falta de evidencia. También estaba el hecho de que, tras el intento fallido de atacar la vida del káiser el verano anterior, era

una regla no escrita en el gobierno imperial y en el ejército que la evidencia ya no era necesaria para tomar medidas enérgicas contra los grupos asociados con Terra.

Veinticuatro mil seiscientas personas que tenían relaciones con los Caballeros Patrióticos y la Iglesia de Terra quedaron temporalmente sujetas a arresto, aunque el número de detenidos en realidad no alcanzó los veinte mil. Esto se debió a que 5.200 resistieron y fueron abatidos a tiros, y otros mil huyeron y escaparon de la captura. Las armas fueron incautadas de muchos de sus escondites, proporcionando evidencia que irónicamente justificó la represión al final.

De esta manera, Bretano, a quien se le había confiado la seguridad pública, pudo salvar la cara, dejando la reconstrucción de una ciudad reducida a cenizas como una tarea crítica para los próximos días.

El 19 de marzo, los principales líderes del ejército imperial se reunieron en el cuartel general imperial temporal del Jardín de Rosas de Invierno. Ese fue el día en que el Káiser anunciaría el castigo del Mariscal Imperial von Reuentahl. Von Reuentahl merecía mucho crédito por haber minimizado el caos que acompañaba al reciente incendio, y se esperaba que su castigo fuera solo una palmada en la muñeca. La proclamación del káiser, sin embargo, cubrió las heladas corazones de sus oyentes por un instante.

“Mariscal imperial von Reuentahl, lo libero de sus deberes como secretario general del cuartel general del comando militar imperial”.

Una agitación sin voz ascendió rápidamente, pero justo cuando estaba a punto de cruzar el umbral audible, la voz de Reinhard, en continuación de su proclamación inicial, desvaneció los temores de los asistentes desde todos los rincones del Jardín de Rosas de Invierno.

“En cambio, te ordeno que permanezcas aquí en Heinessen como gobernador de la Tierra Neue de nuestro imperio y gestiones todos los asuntos políticos y militares en el territorio de la antigua Alianza de

Planetas Libres. El rango y el trato del gobernador de Tierra Neue serán equivalentes a los de un jefe de ministerio, y él será responsable solo ante el káiser”.

La cabeza de Von Reuentahl estaba inclinada respetuosamente, pero la sangre se alzaba en su semblante elegante. Esto no fue una palmada en la muñeca; arrodillarse ante él ahora era una gloria cuyo estilo había existido solo más allá de los horizontes de su imaginación. Cambió ligeramente el ángulo de sus ojos desiguales, y la figura de su mejor amigo se reflejó en sus iris negros y azules. Mittereier parecía tan alegre como si este honor le hubiera llegado.

Von Reuentahl recibió la flota que había comandado antes de convertirse en secretario general del Cuartel General del Comando Militar Imperial, y las flotas de almirantes von Knapfstein y Grillparzer también fueron puestos bajo su mando. Como resultado, se convirtió en el líder de una fuerza de 35.800 naves y 5.226.400 oficiales y soldados. Esta fue la segunda fuerza armada más poderosa del Imperio Galáctico, solo superada por la del Káiser Reinhard. Además, su posición de gobernador había sido declarada igual al de un ministro del gabinete por el propio Káiser, lo que significa que, en lo que respecta al organigrama, von Reuentahl había alcanzado el mismo nivel que el mariscal imperial von Oberstein, el ministro de asuntos militares. . Por supuesto, en términos de habilidad de combate, ya había superado en gran medida a von Oberstein.

La decisión de Reinhard no afectó solo a von Reuentahl; Los cambios organizativos y de recursos humanos que acompañaron esta cita también se anunciaron en este momento.

“Me haré cargo personalmente del cuartel general del Comando Militar Imperial. Para ayudarme, habrá un comisionado de personal. Para este puesto, nombro al almirante mayor Steinmetz. Como ahora se ha establecido la oficina del gobernador de Tierra Neue, Steinmetz, puede considerar que se completó la misión para la que estaba estacionado en el sistema Gandharva”.

De hecho, Reinhard inicialmente había preparado este asiento para Hilda,

pero ella lo había rechazado, en lugar de eso se remitió al almirantazgo, ya que nunca antes había ordenado un solo soldado en su vida.

“Sin embargo, estos nombramientos solo tendrán efecto después de obligar a Yang Wen-li y sus asociados, actualmente refugiados en la Fortaleza Iserlohn, a rendirse”. En asistencia, llenándolos de una tensión similar a una emoción que les recorre las espinas.

“Antes de que sus fuerzas y otros activos puedan hacer movimientos precipitados, atacaré a Yang Wen-li y sus seguidores. Darle tiempo no solo haría que su fuerza de fuerza fuera más poderosa — sino que también permitiría que se declarara a mí mismo y a los militares. Estoy tan orgulloso de ese miedo a los ingeniosos diseños de un individuo que nos hizo descuidar nuestro deber de unificar el universo. Así que declaro: hasta que haga que Yang Wen-li se doblegue ante mí, no volveré a Phezzan, y mucho menos a Odín…”

La voz de Reinhard se había convertido en una sinfonía sin instrumentos que armonizaban perfectamente con el espíritu de lucha de los almirantes. No estaba claro quién fue el primero en gritar, pero tanto la fragancia como la helada pureza del aire invernal en el Jardín de las Rosas de Invierno se dividieron y aplastaron bajo una cascada caliente de voces apasionadas.

“¡Sieg Kaiser Reinhard!”

Reinhard anunció además que eliminaría al almirante mayor Lutz de las líneas del frente y lo nombraría comandante de las fuerzas de seguridad de Phezzan, así como convocar al almirante mayor Wahlen de Odín para que se uniera a sus filas para la batalla. Luego, regresó por un tiempo al salón de su residencia oficial.

Después de sentarse en el pequeño pero cómodo salón con vista al Jardín de Rosas de Invierno, Emil vino a traer café. Reinhard acababa de dejar su taza de café en la montaña cuando Hilda planteó un asunto completamente inesperado.

“Su Majestad, ¿qué hará con *ella* ?”

Parecía que por un momento, ese pronombre no había logrado alterar la memoria de Reinhard con respecto a quién se refería, por lo que Hilda tuvo que agregar lo siguiente:

“Esa mujer de la familia Lichtenlade que estaba en la finca privada del mariscal imperial von Reuentahl”.

“Ah, sí…”

Cuando Reinhard asintió, la apatía y la confusión brillaron débilmente en sus ojos. La verdad del asunto era que la mujer llamada Elfriede von Kohlrausch ya había desaparecido de la mente de Reinhard.

Aun así, solo para responder la pregunta, dijo: “He oído que está embarazada, pero eso no debería ser un problema si la obligan a abortar”.

“Ella ya está en su séptimo mes. Un aborto en este punto sería demasiado peligroso para la madre”.

“Bueno, ¿qué crees que debería hacer?”

“Con tu permiso, te responderé. Aunque no estoy realmente seguro de que esta sea la mejor opción, ¿qué te parece trasladarla de la propiedad del mariscal imperial von Reuentahl a un centro médico en otro lugar y luego poner al bebé en adopción después de dar a luz?”

“Me pregunto si no podemos sacarla de Phezzan de inmediato y trasladarla a su lugar original de exilio”.

Hilda estaba en contra de eso, sin embargo. Ella argumentó que deberían tener en cuenta los efectos nocivos del viaje de urdimbre en un bebé nonato en este momento de la gestación. Si esos efectos resultaran en un aborto espontáneo o muerte fetal, pensó Hilda, se habría sembrado otra nueva semilla de tragedia y odio, aunque el propio von Reuentahl probablemente

tenía una opinión diferente.

Después de un momento, Reinhard dijo: “Entendido, Fräulein. Lo dejo en tus manos.”

Así como así, Reinhard le había delegado el asunto. Su mente había comenzado por un largo camino que atravesaba océanos de estrellas en el camino hacia la conquista; no deseaba hacer algo tan innecesario como mirar al modesto destino de una mujer soltera. Hilda lo entendió muy bien. Reinhard no carecía de piedad. Había ofrecido su generosa e inmensa sensibilidad al universo y a otra persona. Si hubiera sido despiadado, habría ordenado la muerte de Elfriede y, por lo tanto, habría cortado un hilo que algún día podría enredarse aún más.

Naturalmente, hubo quienes vieron esto como algo suave, sin embargo…

“Una vez que hayas derrotado a Yang Wen-li y unificado completamente el universo, puedes volver a Odín y visitar a tu hermana, ¿no?”

Hilda se encontró lamentando esas palabras justo antes de terminar de pronunciarlas. Un toque de invierno se deslizó en la voz del káiser cuando dijo: “Recuerda tu lugar, Fräulein. Eso no es de tu incumbencia”.

Después de un largo momento, Hilda se disculpó obedientemente.

“Si su Majestad. Por favor perdóname.”

Cuando lo pensó, Reinhard había enviado a Hilda como su enviado personal a su hermana en su villa de montaña en Froiden. Seguramente no debería ignorarla ahora, diciendo que esto no tenía nada que ver con ella.

Sin embargo, los caprichos de ese corazón juvenil se mantuvieron dentro de los límites de lo que Hilda aceptaría.

VI

En lo profundo de la superficie del planeta Phezzan había una habitación individual completamente cerrada del mundo exterior. Los que habían ocupado esa habitación durante el año pasado ahora se mudaban secretamente a la región montañosa de Okanagan, ubicada a unos quinientos kilómetros de la ciudad más cercana. Ubicado en lo profundo de su bosque de hoja perenne había una mansión señorial que nadie más conocía. Alrededor de cincuenta de los nombrados en la lista de “no amistosos” de la Armada Imperial estaban bajo el control de un hombre.

Ese hombre, Adrian Rubinsky, estaba en un salón equipado con una chimenea, en el que dos cortinas se cerraron durante el día. Cuando Phezzan se había llamado a sí mismo dominio y poseía soberanía sobre sus asuntos internos, había sido su Landesherr. Cuando Reinhard había ocupado tan audazmente el planeta, había sido expulsado de su asiento de poder y había ido literalmente a la clandestinidad justo antes de que hubiera caído en manos de la Armada Imperial. Si el actual gobernador y títere imperial Boltec se enterara de esto, sin duda se lamería los labios y haría que su antiguo maestro fuera servido en el plato del juicio. Por un poco más de tiempo, Rubinsky tendría que soportar ser un ermitaño del bosque.

En el sofá frente a él, una mujer que sostenía una copa de vino en una mano abrió la boca.

“Parece que la grieta entre el Káiser Reinhard y von Reuentahl ha sido reparada. ¡No solo no lo purgó, sino que lo instaló como gobernador en todo el territorio de la antigua Alianza de Planetas Libres! ¿Supongo que tus maniobras han tenido demasiado efecto contrario?”

“Ciertamente parece que ha sido reparado. Al menos eso es lo que pensará el Ministro de Asuntos Militares von Oberstein. Pero la grieta está simplemente oculta, ciertamente no ha desaparecido”.

“Y vas a ampliarlo, ¿no?”

La mujer que había arrojado despectivamente ese comentario como una red

de pesca contra él era la amante de Rubinski, el ex cantante Dominique Saint-Pierre. Rubinsky continuó, su cuerpo poderosamente construido absorbiendo las ondas irradiadas de desprecio.

“Otra cosa: la debilidad del káiser es esa hermosa hermana suya. Si algo le sucediera a la archiduquesa von Grünewald, el káiser entraría en un frenesí. El héroe… el gran monarca se desvanecería, dejando solo un mocoso lleno de furiosa emoción”.

“¿Y crees que sería más fácil de controlar si eso sucediera?”

“Al menos más que antes del frenesí”. La expresión con la que respondió Rubinsky no era tan genial y serena como carecía de emoción por completo. Se llevó el vaso de whisky a los labios.

“¿Pero será exitoso, me pregunto?”

“No tiene que ser así. Incluso si solo se intenta, el simple hecho de que tal acto de violencia fue planeado contra ella tendrá todo el efecto que necesito. Incluso el mocoso de oro finalmente se dará cuenta de que su vida no se trata solo de avance y ascenso. A medida que su poder se expande, también se vuelve hueco. Está de pie sobre un globo inflado”.

Adrian Rubinsky procedió a tomar un trago de conspiración licuada de su vaso de whisky. Cuando se absorbió en el revestimiento de su estómago, convirtiéndose en energía para él, parecía una bestia inhumana.

“Si los asesinos persiguen a su hermana, Kaiser Reinhard dejará a un lado su “Tierra Nueva” y volverá a Odín para verla. Cuando eso suceda, aparecerá una apertura entre el káiser y el mariscal imperial von Reuentahl. Me pregunto, en ausencia del káiser, ¿podrá resistir la tentación de convertirse en un ángel caído?”

“En cualquier caso, vas a incitarlo”. Dominique le dio el mismo tipo de respuesta que ella había dado momentos antes. Al parecer, usar un tono burlón con Rubinsky se estaba convirtiendo en algo natural para ella. “Después de todo, incluso antes de que empieces a hablar de necesidad,

disfrutas esparciendo aceite donde sea que haya la más mínima llama. ¿Es posible que incluso el gran incendio del planeta Heinessen haya sido algo que pusiste en marcha?”

“Me complace que pienses tanto de mí, pero eso fue una coincidencia. Extiende el fuego demasiado y en demasiados lugares, y morirás quemado antes de que puedas apagarlo. Sin embargo, eso solo se aplica a incendios que ya han comenzado. Estas cosas me gusta usar de manera eficiente siempre que sea posible”.

“Eres un genio cuando se trata de usar basura vieja”.

El joven emperador del Imperio Galáctico, Erwin Josef II, el Conde Alfred von Lansberg, y el ex Capitán de la Armada Imperial Leopold Schumacher… esos y muchos otros nombres propios estaban guardados en la caja de herramientas de Rubinsky. Incluyeron nombres de líderes en la Iglesia de Terra, y también ex soberanos del bajo vientre de Phezzan.

“Aun así, me pregunto si el movimiento Terraistas realmente se ha extinguido…”, dijo Dominique.

“Así que estaba pensando…” comenzó Rubinsky.

Debido a que no continuó de inmediato, Dominique quería pensar que eso significaba algo, pero cuando la respuesta de Rubinsky finalmente apareció, fue con un chapoteo desde una dirección completamente inesperada. El zorro negro de Phezzan acarició los tímpanos de su amante con una voz que carecía de toda emoción.

“¿Qué tal, Dominique? ¿Quieres tener un bebé conmigo?”

El momento de silencio que siguió trajo un hedor como el del queso viejo.

“¿Para qué lo mates tú? No, gracias.”

Incluso si ese comentario se hubiera cortado como un cuchillo invisible que lo atraviesa en el pecho, no se notaba en la expresión de Rubinsky. Una vez,

él había matado a un joven, Rupert Kesselring, quien había tratado de robar su poder. Ese joven había sido el hijo de Rubinsky, y Dominique había sido el compañero del crimen que había ayudado al padre a matar al hijo.

Los ojos del antiguo Landesherr de Phezzan eran como pantanos en la estación seca mientras veía a su amante salir de la habitación. Detrás de ella estaba la fragancia de un perfume llamado amargura.

“No es eso, Dominique”, dijo. “Es para que me mate”.

Esas palabras, sin embargo, fueron pronunciadas demasiado suavemente para llegar a la espalda de Dominique.

VII

En un rincón del jardín de rosas de invierno, Reinhard von Lohengramm estaba sentado en la hierba, observando la muerte de las rosas de invierno mientras bajaban a la derrota antes de la invasión de una altiva primavera. Fahrenheit y Wittenfeld ya se dirigían a Iserlohn con sus flotas, mientras que Mittermeier, von Reuentahl, Müller y von Eisenach estaban haciendo preparativos perfectos para avanzar y unirse a esta gran campaña. Iban a pasar por el Corredor Phezzan, atravesar el dominio del antiguo FPA, cargar en el Corredor Iserlohn y finalmente regresar al espacio imperial. En términos de planificación y ejecución, fue una operación magníficamente grandiosa que nadie más que Reinhard podría haber hecho realidad.

“Quizás he sido maldecido desde el nacimiento”, dijo el káiser, su voz baja golpeando pétalos caídos.

De pie solo junto a su maestro, Emil von Selle irradió ondas de sorpresa al espacio.

“Prefiero la guerra arriba. Ya no puedo tener color en mi vida, excepto a

través del derramamiento de sangre. Aunque podría haber sido posible de otra manera”.

En nombre de su maestro, Emil respondió fervientemente: “¿Pero no es eso porque Su Majestad desea la unidad en todo el universo? Si hay unidad, la paz seguirá naturalmente. Y si te aburres con eso, ¿no puedes simplemente ir a otra galaxia por completo?”

Él estaba en lo correcto. La unidad engendraría la paz. ¿Pero qué vendría después de eso? El resplandor de vitalidad que Reinhard emitió brilló tan brillantemente porque había enemigos allí para atrapar su luz. ¿Debería hacer lo que este chico imaginó salvajemente y dirigirse a otra galaxia?

Reinhard se estiró y acarició el cabello del joven con una mano tan bien formada que solo un artista podría haberlo imaginado.

“Eres un muchacho amable. Piensas a menudo en mí. Quiero… quiero hacer felices a los que piensan en mí, pero…”

Como era evidente que estaba hablando consigo mismo, Emil miró tímidamente, sin hablar, el perfil increíblemente hermoso del káiser mientras ardía en una niebla de tristeza. Reinhard ya no podía creer, como lo había hecho en otros días, que su afecto y pasión garantizaban la felicidad de aquellos de quienes se reflejaba. A veces incluso se preguntaba si en realidad se había convertido en un dios de la fatalidad y la desgracia para los que más amaba. Aun así, nunca había olvidado el voto que había hecho hacía mucho tiempo, ni había pensado en ser negligente en su deber de cumplir ese voto hasta el final.

Con rumbo a marzo, un número cada vez mayor de naves civiles naves de guerra de las antiguas Fuerzas Armadas del FPA continuaron llegando desde la dirección de Heinessen, habiéndose deslizado entre los dedos de las patrullas imperiales antes de ingresar al Corredor de Liberación. A medida que se acercaban los pasos de abril, la información que traían mostraba el grado de peligro que se disparaba bruscamente.

El Káiser Reinhard declaró que eliminaría a la facción Yang y ordenó a los almirantes superiores Wittenfeld y Fahrenheit que encabezaran el asalto. El planeta Heinessen ya se estaba transformando en la base militar más grande del Imperio Galáctico. De repente, el tiempo estaba madurando para la guerra.

Adivinando la gran intención de Reinhard, Yang se quitó su ropa indolente de invierno, sacó los bolsillos de todas sus células cerebrales y se propuso diseñar un plan para involucrarlo. Para realizar su plan de manera ventajosa, no podía darse el lujo de abandonar el método de resistencia militar. Sus subordinados también estaban haciendo preparativos para obedecer el plan de su comandante y "presumir y divertirse" en serio. Incluso la gigantesca fortaleza de Iserlohn parece haber alcanzado un estado de saturación con toda la energía humana llenando su interior, y esta "noche antes del festival" de vida y muerte fue una que Julian Mintz recordaría con gran detalle más tarde.

Frederica se limpió el sudor de las mejillas de Yang mientras miraba inmóvil el esquema de su plan operativo. Como un caballero a punto de competir, von Schönkopf estaba limpiando y engrasando su traje blindado. Poplin estaba nombrando a sus escuadrones espartanos recién reorganizados después de varias bebidas alcohólicas. Murai estaba organizando solemnemente el papeleo, Fischer inspeccionaba silenciosamente la flota y Merkatz, con von Schneider en el remolque, calmaba el estado de ánimo entre los soldados y oficiales simplemente por estar allí. Attenborough estaba elaborando patrones de movimientos de flota, todo el tiempo sin dejar que una libreta titulada "Una memoria de la guerra revolucionaria" abandonara sus manos. Finalmente, estaba la cara sonrojada de Katerose "Karin" von Kreutzel, frente a su primera misión de combate.

Aunque sabían el tipo de despedidas y la cantidad de derramamiento de sangre que les esperaba, el Corredor Iserlohn era, para la Flota Yang, un pabellón de festivales. Siendo ese el caso, ¿por qué no disfrutarlo al máximo, con toda la alegría y el bullicio que solo ellos eran capaces de hacer?

Era marzo de 800 SE y 2 NIC. Reinhard von Lohengramm y Yang Wenli estaban a punto de intercambiar disparos en persona por primera vez desde la Guerra Vermillion, por el control del Corredor de Liberación que se alzaba desde la Fortaleza Iserlohn al sistema El Fácil. Sin embargo, aún no podían adivinar que este choque provocaría la mayor conmoción hasta el momento para ambos.

SOBRE EL AUTOR

Yoshiki Tanaka nació en 1952 en la prefectura de Kumamoto y completó un doctorado en literatura en la Universidad Gakushuin. Tanaka ganó el Premio al Nuevo Escritor Gen'eijo (una revista de misterio) con su historia debut "Midori no Sogen ni…" (En el campo verde…) en 1978, luego comenzó su carrera como escritor de ciencia ficción y fantasía. Legend of the Galactic Heroes, que traduce las guerras europeas del siglo XIX a un entorno interestelar, ganó el Premio Seiun a la mejor novela de ciencia ficción en 1987. Las otras obras de Tanaka incluyen la serie de fantasía The Heroic Legend of Arslan y muchas otras películas de ciencia ficción, novelas e historias de fantasía, históricas y de misterio.
